



JULIO VERNE

SEGUNDA
PATRIA

Lectulandia

Los miembros de la familia Robinson comienza a explorar el resto de la isla donde habían naufragado años atrás y acto seguido comienzan a modernizar su estilo de vida. Verne hace una continuación en esta historia de la novela «El Robinsón suizo» de Swiss. En el prefacio de este libro el propio Verne explica las razones que lo llevaron a escribir la novela.

Lectulandia

Jules Verne

Segunda Patria

Viajes Extraordinarios (47)

ePub r1.0

Webfish 15.02.14

Título original: *Seconde patrie*

Jules Verne, 1900

Ilustraciones: George Roux

Editor digital: Webfish

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

PREFACIO

Por qué he escrito *Segunda Patria*...

Los *Robinsones* han sido los libros de mi infancia, y han dejado en mí recuerdo imperecedero, afirmado en mi alma por las repetidas lecturas que de ellos he hecho. Y hasta puedo asegurar que otros libros modernos no han producido en mí la impresión que los de mi primera edad. No es extraño que mi gusto por este género de aventuras me haya llevado, instintivamente, al camino que más tarde debía seguir. Por esta razón he escrito *Escuela de Robinsones*, *La isla misteriosa* y *Dos años de vacaciones*, cuyos héroes son próximos parientes de los de De Foe y Wyss. Tampoco extrañará a nadie que yo me haya entregado por completo a la obra de los *Viajes extraordinarios*.

Los títulos de las obras que con tanta avidez leía acuden a mi memoria: el *Robinsón de doce años*, de madame Mollar de Beaulieu, el *Robinsón de las arenas del desierto*, de madame de Mirval. Y, semejantes a éstos, las *Aventuras de Robert*, de Louis Desnoyers, que publicaba el *Diario de los niños*, con otros muchos libros que jamás olvidaré.

Vino después el *Robinsón Crusoe*, esa obra maestra, a pesar de no ser más que un episodio en la larga y fastidiosa narración de De Foe. Y, en fin, *El cráter* de Fenimore Cooper aumentó mi pasión por los héroes de las islas desconocidas del Atlántico o del Pacífico.

Pero la genial imaginación de Daniel de Foe no había creado más que un hombre solo y abandonado en una tierra desierta, capaz de bastarse a sí mismo merced a su inteligencia, a su ingenio, a su ciencia y a una tan persistente confianza en Dios, que a veces le inspiraba magnífica plegaria. Pero, tras ese ser solitario, ¿no se podía idear la familia arrojada sobre una roca después de un naufragio, la familia estrechamente unida, y sin desesperar nunca de la Providencia? Sí..., y tal ha sido la obra de Wyss, no menos durable que la de Daniel de Foe.

Rudolph Wyss, nacido en Berna en 1781 y muerto en 1850, era profesor de la universidad. Escribió varias obras acerca de su país, aparte el *Robinsón suizo*, publicado en Zurich el año 1812.

Al siguiente año apareció la primera traducción francesa de esta obra. Fue debida a la pluma de madame Isabelle de Bottens, baronesa de Montolieu, nacida en Lausana en 1751, y que murió en Bussigny el año 1832, la cual se había estrenado en literatura con su novela en dos tomos titulada *Caroline de Lichsield* (1781).

Hay tal vez motivos para suponer que Rudolph Wyss no fue el único autor de la célebre novela, sino que tuvo a su hijo por colaborador. A ambos, en efecto, dedicó madame de Montolieu la segunda parte de esta obra, que apareció en París en 1824 con el siguiente título: *El Robinsón suizo o Diario de un padre de familia naufragado*

con sus hijos.

La traductora, pues, había tenido la idea de continuar la obra que antes tradujo, y yo he sido adelantado por ella y quizá por otros, sin que me extrañara que otros hagan lo mismo que yo.

Efectivamente. Esta novela no queda terminada con la llegada de la corbeta la *Licorne*, y ya *madame* de Montolieu decía en el prólogo de su traducción:

«Cuatro ediciones consecutivas son prueba del aprecio que el público francés ha tenido con esta producción que forma las delicias de los niños y de los padres de éstos por consecuencia... Pero le faltaba una segunda parte y un final. Todos querían saber si aquella familia que tanto les interesaba permanecía en la maravillosa isla, donde todos los jóvenes desearían ir. Yo he recibido con este motivo gran número de cartas, tanto de los niños como de mi editor, solicitando que escribiese dicha segunda parte y dejara de este modo satisfecha su curiosidad».

Conviene advertir que de la obra de Wyss, y después de la traducción de *madame* de Montolieu, se hicieron otras versiones, entre ellas la de Pierre Blanchard en 1837. De esto resultó que, si *madame* de Montolieu no fue la única que tradujo la obra, tampoco será la única que haya escrito una segunda parte, puesto que yo también he procurado hacerlo al escribir *Segunda patria*.

Aparte de esto, en 1864, la casa Hetzel publicó una traducción nueva de esta historia, escrita por P. J. Stahl y E. Mullec, los que le dieron carácter más moderno en la composición y el estilo; y a decir verdad, a esta edición, revisada también desde el punto de vista científico, sucede la *Segunda patria* que ofrezco a mis lectores.

Y realmente, ¿no era interesante prolongar la narración de Rudolph Wyss, volviendo a buscar a la familia de los naufragos en sus nuevas condiciones de vida; a aquellos cuatro jóvenes tan simpáticos; Fritz, emprendedor y valiente; Ernest, algo egoísta, pero estudioso; Jack, el travieso, y el pequeño François y observar las modificaciones que la edad había impreso en sus caracteres, tras doce años pasados sobre la isla? ¿Acaso, después del descubrimiento de la Roca Humeante, la introducción de Jenny Montrose entre aquella familia no debía modificar la existencia de ésta? 1.ª llegada de *mister* Wolston y de los suyos a bordo de la *Licorne*, y su instalación en la isla, ¿no imponían una segunda parte a esta historia? ¿No era preciso recorrer por completo aquella afortunada isla, de la que sólo se conocía la parte septentrional? ¿La partida de Fritz, de François y de Jenny Montrose para Europa no hacía indispensable la narración de sus aventuras hasta el regreso a la Nueva Suiza?

Así es que yo no he podido resistir al deseo de continuar la obra de Wyss y de darle definitivo desenlace, que, por lo demás, sería imaginado un día u otro.

Y, a fuerza de pensar en ello, de hundirme en mi propósito de vivir junto a mis héroes, se ha efectuado un singular fenómeno: y es que he llegado a creer que existía realmente esa Nueva Suiza, que era una isla situada en el nordeste del océano índico,

cuyo emplazamiento he acabado por ver en mi mapa; que las familias Zermatt y Wolston no son imaginarias, y que habitan en la próspera colonia de la que han hecho su «Segunda patria»... ¡Y he tenido el disgusto de que la edad me impida ir a reunirme a ellas!

Ésta es, en resumen, la razón por la que he creído que era menester continuar su historia hasta el fin, y por lo que he escrito la continuación del *Robinsón suizo*.

Julio Verne.



I

LA VUELTA DE LA BUENA ESTACIÓN - FRITZ Y JACK -
TIEMPO SOBERBIO - LA PARTIDA DEL KAYAK - VISITA
AL ISLOTE DEL TIBURÓN - FUEGO DE DOS PIEZAS -
TRES CAÑONAZOS A LO LEJOS.

La buena estación llegó en la segunda semana de octubre. Éste es el primer mes de la primavera en la zona austral.

El invierno no había sido muy riguroso en aquella latitud del grado 19, entre el Ecuador y el trópico de Capricornio. Los huéspedes de la Nueva Suiza iban a poder reanudar sus trabajos. Después de once años pasados en aquella tierra, era natural que se procurase conocer si pertenecía a uno de los continentes que baña el océano índico, o si los geógrafos debían comprenderla entre las islas de estos parajes.

Indudablemente, desde que la joven inglesa había sido recogida por Fritz sobre la Roca Humeante, *monsieur* Zermatt, su mujer, sus cuatro hijos y Jenny Montrose eran tan felices como es posible serlo. Verdad que los temores del porvenir, y el recelo improbable de que faltara la salud, junto con los recuerdos del país y la necesidad de trato social, se hacían sentir a veces, por ser ley de naturaleza impuesta a toda humana criatura.

Aquel día, muy de mañana, *monsieur* Zermatt atravesó el cercado de Felsenheim y fue a pasearse por la orilla del arroyo de los Chacales. Fritz y Jack le habían precedido armados de sus aparejos de pesca. François no tardó en unirse a ellos. Respecto a Ernest, siempre algo perezoso y poco madrugador, no había aún abandonado el lecho.

Madame Zermatt y Jenny se ocupaban en las labores domésticas.

—Padre —dijo Jack—. Me parece que se prepara un buen día.

—Tal creo, hijo mío —respondió *monsieur* Zermatt—. Y espero que le seguirán otros no menos bellos, puesto que estamos al comienzo de la primavera.

—¿Y hoy qué vais a hacer? —preguntó Frangís.

—Vamos a pescar —respondió Fritz mostrando sus aparejos.

—¿En la bahía? —preguntó *monsieur* Zermatt.

—No —respondió Fritz—; subiendo por el río de los Chacales pescaremos más de lo necesario para el almuerzo.

—¿Y después? —añadió Jack.

—Después, hijo mío, no faltará trabajo. Por la tarde pienso ir a Falkenhorst con el objeto de ver si nuestra casa tiene necesidad de alguna reparación. Además, nos aprovecharemos de los primeros días de la primavera para visitar nuestras otras alquerías, Waldegg, Zuckertop, Eberfurt, Prospect-Hill... Después vendrá el cuidado de los animales, el cultivo de las plantaciones...

—Comprendido, padre —respondió Fritz—. Pero, puesto que esta mañana podemos disponer de una o dos horas, vamos, Jack, vamos. François.

—Estamos prestos —exclamó Jack—, ya presiento una hermosa trucha en el anzuelo. ¡Hala...! ¡Hala!

Y Jack hizo el ademán de agarrar el imaginario pez, y dijo alegremente:

—¡Andando!

Quizá François hubiera preferido permanecer en Felsenheim, donde consagraba sus mañanas al estudio; pero su hermano insistió tanto que se decidió a seguirle.

Los tres jóvenes se dirigían a la orilla derecha del arroyo de los Chacales cuando *monsieur Zermatt* les detuvo.

—Vuestro afán de ir de pesca —les dijo— os hace olvidar...

—¿Qué? —preguntó Jack.

—Lo que tenemos por costumbre en los primeros días de la primavera.

Fritz se acercó a su padre, y rascándose la frente dijo:

—¿Qué puede ser?

—¿Cómo? ¿No te acuerdas Fritz... ni tu, Jack?



¿Será no haberte abrazado en honor de la primavera? —dijo Jack.

—No —respondió Ernest, que acababa de salir frotándose los ojos y estirando sus miembros.

—Entonces es que partimos sin haber almorzado, ¿no es eso, goloso? —dijo Jack dirigiéndose a Ernest, que antes de todo se cuidaba de la cuestión de la comida y era gran aficionado a los buenos manjares.

—No —respondió Ernest—. No se trata de eso. Nuestro padre se refiere a la costumbre de disparar todos los años, en esta época, las dos piezas de la batería del Tiburón.

—Justamente —añadió *monsieur* Zermatt.

Ésta era, en efecto, la costumbre. Uno de los días de la segunda quincena de octubre, después de la estación de las lluvias, Fritz y Jack iban al islote a la entrada de la bahía del Salvamento, e izando el pabellón de la Nueva Suiza lo saludaban con dos cañonazos, que se oían distintamente en Felsenheim.

Después, sin gran esperanza, más bien maquinalmente, recorrían con la miradas la mar y el litoral... ¿Tal vez algún barco que atravesara aquellos parajes oiría las detonaciones? ¿Tal vez se presentara a la vista de la bahía? ¿Tal vez algunos naufragos habían sido arrojados en aquella tierra, que debían creer inhabitada, y las descargas les darían señal de que allí había gente?

—Es verdad —dijo Fritz—, hemos olvidado nuestra costumbre. Ven a preparar el kayak, Jack, y antes de una hora estaremos de vuelta.

Ernest dijo entonces:

—¿Pero a qué conduce eso? ¡Hace muchos años que disparamos nuestras piezas y sólo sirve para turbar los ecos de Falkenhorst y Felsenheim! ¿Para qué gastar pólvora inútilmente?

—Te apoyo en eso, Ernest —exclamó Jack—. Si un cañonazo cuesta tanto, debe producir tanto... o no se dispara.

—Haces mal en hablar así —dijo *monsieur* Zermatt a su hijo segundo—. Y yo no encuentro que ese gasto sea inútil. Arbolar un pabellón sobre el islote del Tiburón no es bastante, pues no sería visto desde alta mar, mientras que nuestros cañonazos se oyen desde una legua larga. No sería razonable descuidar esta probabilidad de señalar nuestra presencia a algún barco que pasase...

—Entonces —dijo Ernest— sería conveniente disparar todas las mañanas y todas las tardes.

—Ciertamente, como en las malinas militares —afirmó Jack.

—En las marinas militares no se corre el riesgo de que falten municiones —respondió Ernest, que era el más terco de los cuatro hermanos.

—Estáte tranquilo, hijo mío —afirmó *monsieur* Zermatt—. La pólvora no ha de faltarnos. Disparar dos cañonazos dos veces por año, antes y después del invierno, es gasto insignificante. Creo que no debemos renunciar a esta costumbre.

—Nuestro padre tiene razón —replicó Jack—. Y si los ecos de Felsenheim y de Falkenhorst se disgustan al verse turbados en su sueño, Ernest les dedicará unos versos pidiéndoles perdón y quedarán encantados. ¡Vamos, Fritz!

—Antes —dijo François— es preciso prevenir a nuestra madre.

—Y también a nuestra querida Jenny —añadió Fritz.

—No dejaré de hacerlo —respondió *monsieur* Zermatt—. Las detonaciones pudieran sorprenderlas y hasta hacerles creer que un barco entraba en la bahía del Salvamento.

En aquel instante *madame* Zermatt y Jenny Montrose, que salían de la galería, se detuvieron a la puerta del cercado.

Después de abrazar a su madre, Fritz tendió la mano a la joven, que le sonreía. Y como viera que Jack se dirigía hacia la pequeña caleta donde estaban ancladas la chalupa y la pinaza, dijo:

—¿Es que vais al mar esta mañana?

—Sí, Jenny —respondió Jack volviendo sobre sus pasos—; Fritz y yo hacemos preparativos para una gran travesía.

—¿Una gran travesía? —repitió *madame* Zermatt, a la que siempre producían gran inquietud tales ausencias, por mucha confianza que tuviera en la habilidad náutica de sus dos hijos.

—Tranquilízate, querida Betsie, y también vos, Jenny —dijo *monsieur* Zermatt—, Jack bromea. Se trata únicamente de ir al islote del Tiburón y disparar los dos cañonazos reglamentarios al arbolar el pabellón, y regresar después de haber visto si todo está en orden.

—Bien —respondió Jenny—, y mientras Fritz y Jack ganan el islote, Ernest, François y yo iremos a tender nuestras redes, siempre que *madame* Betsie no tenga necesidad de mí.

—No, hija mía —dijo *madame* Zermatt—, y entre tanto voy a prepararlo todo para la próxima colada.

Después de bajar a la desembocadura del río de los Chacales, donde Jack llevó el kayak, Fritz y él embarcaron. Se les deseó buena travesía, y la ligera embarcación se lanzó vivamente fuera de la caleta.

El tiempo era hermoso; la mar tranquila, favorable la marea.

Los dos jóvenes, colocados frente a frente, manejaban acompasadamente los remos, alejándose con rapidez de Felsenheim. Como la corriente impulsaba algo hacia el este, el kayak tuvo que aproximarse a la orilla opuesta mientras franqueaba el canal que ponía la bahía del Salvamento en comunicación con la alta mar.

En aquella época Fritz contaba veinticinco años. Ágil, vigoroso, acostumbrado a todos los ejercicios corporales, infatigable andarín, intrépido cazador, el mayor de la familia, a la que hacía honor. Su carácter, algo duro, se había dulcificado. Sus hermanos no sufrían, como en otra época, por efecto de la vivacidad del joven, vivacidad que le había valido reprensiones de su padre y de su madre. Además un sentimiento de otra índole había contribuido a modificar en buen sentido sus propensiones naturales.

En efecto: él no podía apartar de su imaginación a la joven que había encontrado

en la Roca Humeante, y Jenny Montrose no podía olvidar tampoco que debía al joven su salvación. Jenny era encantadora, con sus rubios cabellos que formaban sedosos bucles, su talle flexible, sus manos finas y la frescura del color de su cara. Al entrar en la honrada y laboriosa familia había llevado a ella lo que faltó hasta entonces, la alegría de la casa, y fue el buen genio del hogar doméstico.

Ernest, Jack y François no veían en la encantadora joven más que una hermana. ¿Veía Fritz lo mismo? ¿Era igual sentimiento el que hacía latir su corazón? ¿Y Jenny no experimentaba tampoco más que amistad por el animoso joven que fue a su socorro? Dos años habían ya transcurrido desde el conmovedor incidente de la Roca Humeante...

Fritz no había podido vivir junto a la joven sin prendarse de ella... ¡Cuántas veces hablaban el padre y la madre de lo que respecto a este punto reservaba el porvenir...!

En lo que concierne a Jack, si su carácter había experimentado alguna modificación era en el sentido de aumento en sus gustos, tan vivos por todos los ejercicios que requieren tuerza, valor y destreza, y en este punto nada tenía ya que envidiar a Fritz. De veintiún años de edad, de regular estatura, era siempre el valiente mozo alegre y bromista, y tan bueno y servicial que jamás había causado pena alguna a sus padres. No dejaba de bromear con Fritz, Ernest y François, cosa que éstos le perdonaban de buen grado. ¿No era el mejor camarada que se podía desear?

Entretanto el kayak se deslizaba como una flecha por la superficie de las aguas. Fritz no había desplegado la vela que utilizaba cuando el viento era favorable, porque la brisa venía de alta mar; pero al regreso lo haría y los remos no serían necesarios para llegar a la desembocadura del río de los Chacales.

Nada atrajo la atención de los dos hermanos durante aquella corta travesía de tres cuartos de legua. Por la parte este la ribera, árida y desierta, presentaba una sucesión de amarillentas colinas. Al otro lado extendíase el verde litoral desde la desembocadura del río de los Chacales hasta la del río de los Flamencos y desde allí hasta el cabo de la Esperanza Perdida.

—Decididamente —dijo Fritz—, nuestra Nueva Suiza no está situada en el camino de los barcos, y estos parajes del océano índico son poco frecuentados.

—¡Hall! —dijo Jack—. No tengo yo grandes deseos de que nuestra Nueva Suiza sea descubierta. El barco que arribara se apresuraría a tomar posesión de ella, y si plantara aquí su pabellón..., ¿qué sería del nuestro? Como seguramente no sena el pabellón helvético, nos veríamos expuestos a no estar en nuestra casa...

—Pero... el porvenir... Jack..., ¿y el porvenir?... —respondió Fritz.

—¿El porvenir? —respondió Jack—. Pues bien; sera la continuación del presente..., y si tu no estás satisfecho...

—Nosotros, mi vez —dijo Fritz—. Pero olvidas a Jenny..., a su padre, que cree que ella ha perecido en el naufragio de la *Doráis*. ¿No es natural que Jenny desee con

toda su alma ser llevada junto a él? Ella sabe que está en Inglaterra, y, ¿cómo reunirse a él si no llega aquí algún barco?

—Es natural —respondió Jack sonriendo, pues adivinaba lo que pasaba en el corazón de su hermano.

Después de cuarenta minutos de navegación el kayak arribó en las rocas bajas del islote de] Tiburón.

El primer cuidado de Fritz y de Jack debía ser visitar el interior para dar después la vuelta en derredor de él. Importaba reconocer en que estado se encontraban las plantaciones hechas desde hacía algunos años en torno del montículo de la batería.

Estas plantaciones estaban muy expuestas a los vientos del norte y del nordeste, que soplaban fuertemente sobre el islote antes de hundirse a través del estrecho de la bahía del Salvamento como en un embudo. En aquel paraje se formaban remolinos atmosféricos de violencia tal, que más de una vez habían destrozado el techo del cobertizo, bajo el cual estaban colocadas las dos piezas.

Aquella vez, las plantaciones no habían sufrido mucho. Solamente algunos árboles de la parte septentrional yacían sobre la arena. Y serían aprovechados para aumentar la provisión de madera de Felsenheim.

Respecto a los cercados donde se habían encerrado los antílopes estaban tan sólidamente contruidos, que Fritz y Jack no advirtieron en ellos deterioro alguno. Los animales encontraban allí hierba en tal abundancia, que aseguraba su alimentación durante todo el año. El ganado se componía en la actualidad de unas cincuenta cabezas, que aumentarían sin duda.

—¿Y qué haremos de estas bestias? —preguntó Fritz, viendo a los graciosos rumiantes refocilarse entre las hayas del cercado.

—Los venderemos —respondió Jack.

—¿Admites, pues, que uno u otro día vendrán navíos, a los que será posible vender estos bichos? —preguntó Fritz.

—No del todo —respondió Jack—. Los venderemos en el mercado libre de la Nueva Suiza.

—¡El mercado libre...! A creerte, no está lejos el día en que la Nueva Suiza tendrá mercados libres.

—Sin duda, Fritz, como tendrá pueblos, poblaciones y hasta una capital, que será, naturalmente, Felsenheim.

—¿Y cuándo sucederá esto?

—Cuando los distritos de la Nueva Suiza posean varios miles de habitantes.

—¿Extranjeros?

—¡No, Fritz, no! —afirmó Jack—. Suizos, nada más que suizos. Nuestro país está bastante poblado para enviarnos algunos centenares de familias.

—Pero Suiza no ha tenido jamás colonias, y yo dudo de que las tenga en lo por

venir, Jack.

—Pues, bien... Tendrá una, por lo menos.

—¡Hum! —dijo Fritz—. Nuestros conciudadanos no tienen afición a emigrar...

—¿Y qué hemos hecho nosotros? ¿Acaso no nos ha entrado el afán de la colonización, y no sin provecho?

—Pero nosotros hemos sido forzados a ello —respondió Fritz—. Aparte esto, si la Nueva Suiza se puebla alguna vez, tengo el temor de que no justificará su nombre, y que la inmensa mayoría de sus habitantes sea de origen anglosajón.

Fritz tenía razón, y Jack lo comprendió tan bien que no pudo menos de hacer un gesto de aquiescencia.

En aquella época, de todos los Estados europeos, la Gran Bretaña era la que imprimía el mayor vuelo a su imperio colonial. Poco a poco el océano índico le entregaba sus posesiones de ultramar; de donde resultaba la probabilidad de que si alguna vez arribaba un barco a la Nueva Suiza llevaría el pabellón británico, que el capitán del navío izaría en las alturas de Prospect-Hill.

Acabada la visita al islote, los dos hermanos subieron por el montecillo y llegaron al cobertizo de la batería.

Detuviéronse en la planicie superior, y con el catalejo ante los ojos recorrieron el vasto espacio de mar comprendido entre el cabo de la Esperanza Perdida y el cabo que cerraba al este la bahía del Salvamento.

Parajes siempre desiertos. Nada a la vista hasta la extrema línea donde se confundían el cielo y el agua, a no ser, a legua y media al nordeste, el arrecife sobre el que había naufragado el *Landlord*.

Dirigiendo sus miradas hacia el cabo de la Esperanza Perdida, Fritz y Jack advirtieron, entre los árboles de la colina, el mirabel de Prospect-Hill. Esta casa de verano estaba en su sitio, para tranquilidad de *monsieur Zermatt*, siempre temeroso de que fuera destruida por las borrascas durante el mal tiempo.

Los dos hermanos penetraron bajo el cobertizo que las tempestades habían respetado, por más que los dos meses y medio del invierno hubiesen sido turbados con frecuencia por impetuosas borrascas.

Tratábase al presente de izar al extremo del mástil colocado junto al cobertizo el pabellón blanco y rojo, que flotaría hasta el fin del otoño, y saludarlo con los dos cañonazos de costumbre.

Mientras Jack sacaba el pabellón cié su caja y lo ataba por dos de sus ángulos a la driza del mástil, Fritz examinaba las piezas colocadas en dirección a alta mar. Estaban en buen estado y no había más que cargarlas. Con objeto de economizar pólvora, Fritz tuvo el cuidado de emplear un taco de tierra, como tenía por costumbre, lo que aumentaba la intensidad de la descarga. Después introdujo en el oído de los cañones la mecha destinada a comunicar el fuego en el momento en que el pabellón fuera

izado al extremo del mástil.

Eran las siete y media de la mañana. El cielo, limpio de las primeras brumas del alba, se mostraba en toda su pureza. No obstante, hacia el oeste subían algunas nubecillas. El viento mostraba tendencia a ceder. La bahía, resplandeciente bajo los rayos solares, iba a caer en la calma.

Cuando hubo terminado, Fritz preguntó a su hermano si estaba dispuesto.

—Cuando quieras, Fritz —respondió Jack, asegurándose de que la driza se desenrollaba sin engancharse en el techo del cobertizo.

—Primera pieza..., ¡fuego! Segunda pieza..., ¡fuego! —gritó Fritz, que tomaba en serio su oficio de artillero.

Las dos detonaciones resonaron, mientras la tela roja y blanca desplegábase al soplo de la brisa...

Fritz se ocupó en volver a cargar los dos cañones; pero apenas había introducido el cartucho en la segunda pieza, se irguió.

Una lejana detonación acababa de herir su oído. Jack y él se lanzaron en seguida fuera del cobertizo.

—Un cañonazo —exclamó Jack.

—¡No...! —dijo Fritz—. ¡No es posible...! Nos hemos engañado.

Una segunda detonación atravesó el aire, y tras un minuto de intervalo, otra.

—Sí..., sí... Son cañonazos... —repitió Jack.

—Y vienen del este —añadió Fritz.

¿Significaba aquello que un barco, al pasar ante la Nueva Suiza, había respondido a la doble descarga del islote del Tiburón, e iba este navío a poner la proa en dirección a la bahía del Salvamento?

II

EL REGRESO DEL KAYAK - LA IMPRESIÓN PRODUCIDA - RESOLUCIÓN TOMADA - TRES DÍAS DE TEMPESTAD - LA PROA AL ESTE - EL BARCO ANCLADO.

Los ecos de Felsenheim repercutieron de roca en roca la doble detonación de la batería del islote del Tiburón.

En tal momento, *monsieur* y *madame* Zermatt, Jenny, Ernest y François corrieron a la playa, y pudieron advertir la blancuzca humareda de las dos piezas que se dirigía lentamente hacia Falkenhorst. Agitando sus pañuelos respondieron con un hurra menos ruidoso, pero que salía de sus corazones.

Después cada cual se disponía a volver a sus quehaceres cuando Jenny, mirando con el antejo en dirección al islote, dijo:

—Fritz y Jack vuelven.

—¿Ya? —dijo Ernest—. Apenas han tenido tiempo de volver a cargar los cañones, tienen gran prisa en reunirse a nosotros.

—Así lo parece —respondió *monsieur* Zermatt, advirtiendo que el kayak acababa de abandonar el islote.

No había duda de que aquel punto movable que el catalejo permitía virar a la derecha del islote era la ligera embarcación que navegaba rápidamente al impulso de los remos.

—Es muy extraño... —hizo observar *monsieur* Zermatt—. ¿Tienen que comunicarnos alguna noticia..., alguna noticia importante?

—Así lo creo —respondió Jenny.

¿Sería buena o mala esta noticia? todos se lo preguntaban sin pretender resolver la cuestión.

Todas las miradas se dirigían hacia el kayak, cuyo tamaño aumentaba. En un cuarto de hora estuvo a mitad del camino del islote del Tiburón y de la desembocadura del río de los Chacales. Fritz no había izado la vela porque la brisa caía, y maniobrando únicamente con los remos, los dos hermanos marchaban mas rápidamente que el viento sobre las aguas apenas rizadas de la bahía del Salvamento.

Entonces a *monsieur* Zermatt le acometió la idea de que tan precipitado regreso fuese una huida, y que quizás una piragua de salvajes, persiguiendo al kayak, iba a aparecer a la vuelta del islote, o hasta una embarcación de piratas venida de alta mar. Pero no manifestó su inquietante pensamiento. Seguido de Betsie, de Jenny, de Ernest y de François llegó a la extremidad de la caleta, a fin de interrogar a Fritz y a Jack en

cuanto arribasen.

Un cuarto de hora después el kayak se detenía junto a las primeras rocas que servían de embarcadero en el fondo de la caleta.

—¿Qué sucede? —preguntó *monsieur* Zermatt.

Fritz y Jack saltaron a la arena. Sofocados, sudorosos, llenos de fatiga, al principio no pudieron responder más que con ademanes, mostrando el litoral al este de la bahía del Salvamento.

—Pero ¿qué ocurre? —preguntó François cogiendo el brazo de Fritz.

—¿No habéis oído? —dijo al fin el último cuando recobró el habla.

—Sí... Los dos cañonazos que habéis disparado en el islote del Tiburón —dijo Ernest.

—No —respondió Jack—. No los nuestros, sino los que nos han contestado.

—¿Cómo? —dijo *monsieur* Zermatt—. ¿Detonaciones?

—¿Es posible...? ¿Es posible? —repetía *madame* Zermatt.

Jenny se había aproximado a Fritz y, pálida por la emoción, dijo a su vez:

—¿Habéis oído detonaciones por esa parte?

—Sí, Jenny —respondió Fritz—. Tres cañonazos disparados con intervalos regulares.

Hablaba Fritz con tan seguro tono, que no era posible creer que hubiera error por su parte. Además, Jack confirmó las palabras de su hermano, añadiendo:

—No hay duda de que un barco se encuentra a la vista de la Nueva Suiza, y que su atención ha sido atraída por la descarga de nuestras piezas.

—¡Un barco...! ¡Un barco...! —murmuraba Jenny.

—¿Y estáis seguros de que era en dirección del este? —insistió *monsieur* Zermatt.

—Sí... En dirección este —respondió Fritz—, y de ahí deduzco que solo una o dos leguas deben separar la bahía del Salvamento de alta mar.

Era lo probable; pero sépase que no se había efectuado exploración alguna en el litoral de la bahía del Salvamento.

Tras un momento de sorpresa, de estupefacción, podría decirse, es fácil imaginar la naturaleza de los sentimientos que invadieron el alma de los huéspedes de Nueva Suiza.

Un navío... Había seguramente un navío a la vista... Un navío cuyos cañonazos habían sido llevados por el viento hasta el islote del Tiburón... ¿No era aquello un lazo por el que aquella tierra ignorada, donde desde hacía once años vivían los naufragos del *Landlord*, se unía al resto del mundo habitado? ¡El cañón es la voz de los navíos, con él hablan a largas distancias, y aquella voz acababa de hacerse oír por vez primera desde que la batería del islote del Tiburón saludaba la partida y la llegada del buen tiempo! Parecía como si se hubiese presentado aquella eventualidad con la

que no contaban ya *monsieur* Zermatt y los suyos, como si aquel barco hubiese hablado una lengua que ellos ya no comprendían.

Se rehicieron y sólo pensaron en lo favorable de la nueva situación. Aquel lejano ruido llegado hasta ellos no era uno de esos ruidos de la naturaleza, a los que desde hacía largo tiempo estaban habituados: el crujido de los árboles bajo la violencia del huracán, el estrépito del mar bajo el imperio de la tempestad, el estampido del trueno durante las poderosas borrascas de aquella zona intertropical... ¡No! Aquel ruido era debido a la mano del hombre. El capitán, los tripulantes del navío que pasaba por alta mar no podían ya creer que aquella tierra estuviera inhabitada... ¡Si se detenían en la bahía su pabellón saludaría al pabellón de la Nueva Suiza!

Así es que todos vieron en aquel suceso la certeza de la próxima libertad. *Madame* Zermatt sentía desvanecerse sus temores por lo por venir. Jenny pensaba en su padre, al que no esperaba volver a ver. *Monsieur* Zermatt y sus hijos se encontraban entre sus semejantes... Y todos se abrazaron estrechamente.

La primera impresión, pues, que experimentó aquella familia abandonada fue la que produce la realización de los más caros deseos. Tomando aquel suceso por lo que tenía de dichoso, llenóse de esperanza y de agradecimiento hacia el cielo.

—Lo primero es dar gracias a Dios, cuya protección jamás nos ha faltado —dijo François—. A Él debe dirigirse nuestro reconocimiento y a Él deben dirigirse nuestras plegarias.

Natural era que François se expresase de este modo. Sábese de qué sentimientos religiosos estaba siempre animado, y éstos se habían hecho más profundos con los años. Era un carácter recto, tranquilo, lleno de amor por los suyos, es decir, para los que habían constituido su humanidad hasta entonces. Era el último de los hermanos, y, sin embargo, el consejero en los raros disgustos que surgían en el seno de tan unida familia. ¿Cuál hubiera sido su vocación de haber vivido en su país natal? Sin duda hubiera buscado en la medicina, en el derecho o el sacerdocio los elementos para satisfacer aquella necesidad del sacrificio que era el fondo de su ser, como la actividad física el de Fritz y Jack, y la actividad intelectual el de Ernest. Dirigió, pues, a la providencia ferviente oración, en la que lo acompañaron sus padres, sus hermanos y Jenny.

Convenía obrar sin perder tiempo. La hipótesis más probable era que el barco, cuya permanencia no podía ser objeto de duda, debía de estar anclado en una de las ensenadas del litoral y no que pasaba a lo largo de la Nueva Suiza. Quizá las detonaciones que habían llegado hasta él le impulsaran a reconocer aquella tierra. Tal vez entraría en la bahía del Salvamento después de haber doblado el cabo que la terminaba al este.

Esto dijo Fritz, que acabó su argumentación así:

—El partido que debemos tomar es ir hasta allí antes de nada, siguiendo la costa

este que probablemente el barco recorre de norte a sur.

—¡Dios sabe si ya nos habremos retrasado! —dijo Jenny.

—No lo creo —respondió Ernest—. Es imposible que el capitán de un barco no procure saber...

—En fin, menos palabras y partamos —exclamo Jack.

—Hace falta algún tiempo para preparar la chalupa —hizo observar *monsieur Zermatt*.

—Eso sería demasiado largo —declaro Fritz—. El kayak bastará.

—¡Sea! —dijo *monsieur Zermatt*.

Y añadió:

—Lo esencial es proceder con extraordinaria prudencia. Me parece improbable que salvajes malayos o australianos hayan desembarcado en el litoral del este; pero el océano índico es muy frecuentado por piratas..., y rodó hay que temerlo de ellos.

—Sí —añadió *madame Zermatt*— y preferible sería que ese barco se alejase si...

—Yo mismo iré —declaró *monsieur Zermatt*—. Antes de entrar en comunicación con esos extranjeros es preciso saber quiénes son.

Este plan era prudente. No restaba más que ponerlo en práctica. Pero, por desgracia, el tiempo cambió desde las primeras horas de la mañana. Después de haber caído el viento empezó a soplar del oeste y aumentaba sensiblemente. El kayak no hubiera podido arriesgarse a la bahía aun no tratándose más que de ganar el islote del Tiburón. El cielo se había cubierto de nubes, de esas nubes presagio de tempestad, de las que un marino desconfía siempre. Pero a falta del kayak, y aunque fuera preciso perder una o dos horas en preparativos, ¿no se podía emplear la chalupa, por más que el oleaje debiera de estar muy violento pasado el estrecho? Con vivo disgusto *monsieur Zermatt* tuvo que renunciar a ello. Antes del mediodía una verdadera tempestad agitaba las aguas de la bahía del Salvamento y la hacía impracticable. Por más que este brusco cambio de tiempo no podía prolongarse mucho en aquella época, por lo menos dificultaba todo proyecto de lanzarse al mar, y con que la tormenta durase veinticuatro horas sería quizá tarde para ir en busca del navío Además, si el sitio de su anclaje no le ofrecía seguro abrigo, le abandonaría, y con aquellos vientos del oeste, perdería rápidamente de vista las costas de la Nueva Suiza.

Por otra parte —dijo Ernest—, tal vez el barco intentara refugiarse en la bahía del Salvamento si consigue doblar el cabo por la parte este.

—Es posible, en efecto —respondió *monsieur Zermatt*—. Y hasta es de desear, siempre que no tengamos que habérmolas con piratas.

Vigilaremos, padre —dijo François—, vigilaremos todo el día y toda la noche.

—¡Si pudiéramos ir a Prospect-Hill, o por lo menos a Falkenhorst —añadió Jack—, estaríamos mejor colocados para observar la alta mar!

Sí, pero no había que pensar en ello. Durante la tarde el viento se hizo más fuerte.

La lluvia caía con tal abundancia que las aguas del río de los Chacales se desbordaron y el puente de la Familia estuvo a punto de ser arrastrado. *Monsieur Zermatt* y sus hijos permanecieron alerta y tuvieron que trabajar mucho para impedir que la inundación invadiese el cercado de Felsenheim. Betsie y Jenny no pudieron salir. Jamás día alguno transcurrió más tristemente. Si el navío se alejaba, era seguro que no volvería jamás por aquellos sitios.

Llegó la noche y arreció la violencia de la tempestad. Por recomendación de *monsieur Zermatt*, al que sus hijos obligaron a que se retirase a descansar, Fritz, Ernest, Jack y François, se relevaban de hora en hora. Desde la galería, que no abandonaban, veían la mar hasta el islote del Tiburón. Si los fuegos de un navío hubieran aparecido a la entrada del estrecho, ellos lo hubieran advertido; si una detonación hubiera estallado, la habrían oído, a pesar del tumulto de las embravecidas olas que se rompían contra las rocas con formidable estrépito. Cuando el huracán se apaciguaba un poco, envueltos en sus capotes impermeables, los cuatro avanzaban hasta la desembocadura del río de los Chacales, asegurándose de que la chalupa y la pinaza estaban en su sitio.

La tormenta duró cuarenta y ocho horas. Apenas si durante todo este tiempo *monsieur Zermatt* y sus hijos habían podido llegar a medio camino de Falkenhorst, a fin de abrazar con la mirada más extenso horizonte. La mar, blanca por la espuma de las olas, estaba desierta. Realmente ningún barco se hubiese arriesgado tan cerca de la tierra durante aquella tempestad.

Monsieur y madame Zermatt habían hecho ya el sacrificio de sus esperanzas. Ernest, Jack y François, habituados a aquella existencia desde su menor edad, no se lamentaban gran cosa por aquella ocasión perdida. Pero Fritz lo sentía por ellos, o más bien por Jenny.

Efectivamente; si el navío se había alejado, si no volvía nunca a aquellos parajes... ¡qué decepción para la hija del coronel Montrose! ¡Se le escapaba la posibilidad de unirse a su padre! ¡Cuánto tiempo transcurriría antes de que se presentase la ocasión de volver a Europa, y quién sabía si alguna vez se presentaría!

—¡Esperemos! ¡Esperemos! —repetía Fritz, al que el dolor de Jenny entristecía profundamente—. Ese barco... u otro volverá..., puesto que ahora se sabrá que existe la Nueva Suiza.

Durante la noche del 11 al 12 de octubre, el mal tiempo terminó por haber saltado el viento del norte. En el interior de la bahía del Salvamento calmóse la mar, y al alba las olas no se levantaban agitadas sobre la playa de Felsenheim.

Toda la familia abandonó el cercado y miraba hacia alta mar.

—Vamos al islote del Tiburón —propuso Fritz—. No hay riesgo alguno para el kayak.

—¿Y qué haréis allí? —preguntó *madame Zermatt*.

—Tal vez el barco se encuentre aún al abrigo del litoral, y aun en el supuesto de que la tempestad le haya obligado a ir a alta mar, puede que haya vuelto... Disparemos algunos cañonazos, y si recibimos alguna respuesta...

—¡Sí..., Fritz..., sí...! —repitió Jenny, que hubiera querido ir en persona al islote.

—Fritz tiene razón —dijo *monsieur* Zermatt—. Es preciso no olvidar nada... Si el barco está allí, nos oirá y se dejará oír.

El kayak estuvo preparado en algunos minutos. Cuando Fritz se disponía a ocuparlo, *monsieur* Zermatt le aconsejó que permaneciese en Felsenheim con su madre, sus hermanos y Jenny. Jack le acompañaría. Llevaba un pabellón a fin de indicar si había alguna buena noticia o si amenazaba algún peligro.

En este último caso, después de haberlo sacudido tres veces, arrojaría el pabellón a la mar, y entonces Fritz conduciría a toda la familia a Falkenhorst. *Monsieur* Zermatt y Jack se reunirían a ella apresuradamente, y a ser preciso, se refugiarían ya en las granjas de Waldegg o de Zuckertop, ya en Eberfurt. Por el contrario, si después de haber agitado dos veces el pabellón, *monsieur* Zermatt lo colocaba cerca de la batería, significaba con esto que no había motivo alguno de inquietud y Fritz esperaría su vuelta a Felsenheim.

No hay que decir que estas diferentes señales serían claramente percibidas desde la desembocadura del arroyo de los Chacales observándolas con un catalejo.

Jack acababa de llevar el kayak al pie de los rocas. Su padre y él embarcaron. A algunos cables más allá de la caleta el oleaje no era fuerte. Empujada por los remos, la embarcación se dirigió rápidamente hacia el islote del Tiburón. El corazón de *monsieur* Zermatt palpitaba fuertemente cuando la barca llegó a la punta del islote. Con gran apresuramiento Jack y él subieron por el montecillo.

Llegados ante el cobertizo, se detuvieron. Desde allí recorrieron con la mirada el vasto horizonte comprendido entre el promontorio del este y el cabo de la Esperanza Perdida.

Ninguna vela aparecía en la superficie de la mar, agitada a lo lejos y siempre desierta.

En el momento en que iban a entrar en el cobertizo, *monsieur* Zermatt preguntó de nuevo a Jack:

—¿Tu hermano y tú estáis seguros de haber oído...?

—¡Completamente seguros! —respondió Jack—. Eran detonaciones que venían de la parte este.

—¡Dios lo quiera! —dijo *monsieur* Zermatt.

Como Fritz había vuelto a cargar los dos cañones, no restaba más que aplicarles la mecha encendida para hacer fuego.

—Jack —dijo *monsieur* Zermatt—, vas a disparar dos cañonazos con dos minutos

de intervalo; y después de cargar la primera pieza, harás fuego por tercera vez.

—Bien, padre —respondió Jack—. ¿Y tú?

—Yo voy a colocarme al borde de la plataforma, vuelto hacia levante, y así podré percibir si contestan.

Como el viento, aunque débil, había saltado al norte, las circunstancias eran favorables. Las descargas de artillería que partiesen del oeste y del este debían ser oídas con facilidad si la distancia no excedía de legua y media. *Monsieur Zermatt* se colocó en el sitio que había indicado, y Jack hizo fuego tres veces. Después corrió junto a su padre, y ambos permanecieron inmóviles con el oído atento a la parte este.

El ruido de un primer cañonazo llegó distintamente al islote del Tiburón.

—Padre... —exclamó Jack—. El barco continúa allí...

—¡Escuchemos! —respondió *monsieur Zermatt*.

Con intervalos regulares, otras seis detonaciones siguieron a la primera. De modo que el barco no solamente respondía, sino que parecía indicar que las cosas no debían quedar allí.

Monsieur Zermatt, después de haber agitado el pabellón, lo colocó junto a la batería.

Si las detonaciones del barco no habían llegado a Felsenheim, por lo menos se sabía que no había que temer peligro alguno.

Media hora después, cuando el kayak entró en la caleta, Jack se apresuró a gritar:

—¡Siete cañonazos...! ¡Han disparado siete cañonazos!

—¡Qué el cielo sea siete veces bendito! —respondió François.

Con vivísima emoción Jenny estrechó la mano de Fritz; y después se arrojó en los brazos de *madame Zermatt*, que le enjugó sus lágrimas cubriéndola de besos.

No había, pues, duda respecto a la presencia del navío, puesto que acababa de responder a la batería del islote del Tiburón. Por una u otra causa debía estar anclado en el fondo de una de las bahías de la costa oriental. Quizá no había podido abandonar aquel sitio por efecto de la tempestad, y ahora no partiría sin haberse puesto en comunicación directa con los habitantes de aquella tierra desconocida. ¿No era lo mejor esperar a que se presentase a la vista de la bahía?

—¡No...! ¡Partamos...! ¡Partamos al instante! —repetía Jack.

Pero el prudente Ernest hizo algunas reflexiones que merecieron la aprobación de *monsieur Zermatt*. Se ignoraba a qué nacionalidad pertenecía aquel barco. ¿No era posible que estuviera tripulado por piratas, que, como se sabe, eran muy numerosos en aquella época en los parajes del océano índico? ¿Quién sabía si aquel barco no era presa hecha por aquellos forajidos? Y en este caso, ¡a qué peligros se verían expuestos *monsieur Zermatt* y su familia!

Estas dudas eran lógicas.

—Pero es preciso que sean resueltas en seguida —dijo Fritz.

—Sí... ¡Es preciso! —repitió Jenny, que no podía contener su impaciencia.

—Yo voy a embarcarme en el kayak —añadió Fritz—; y puesto que el estado de la mar lo permite, doblaré el cabo hacia el este.

—Sea —respondió *monsieur* Zermatt—, pues no podemos continuar en la indecisión... Sin embargo, antes de acercarse a ese navío es preciso saber... Fritz... Yo me embarcaré contigo.

Jack intervino.

—Padre —dijo—, yo tengo costumbre de manejar el remo. Solamente para llegar al cabo será preciso emplear más de dos horas, y desde allí la distancia hasta el sitio en que se encuentra el barco quizá sea mucha... Déjame que acompañe a Fritz...

—Eso será lo mejor —añadió este último.

Monsieur Zermatt dudaba. Le parecía que era deber suyo tomar parte en aquella operación que había de ser efectuada con extraordinaria prudencia.

—Sí..., que vayan Fritz y Jack... —dijo *madame* Zermatt—. Nosotros podemos reunimos a ellos.

Monsieur Zermatt accedió, y los dos hermanos partieron no sin recibir las mayores recomendaciones para que obrasen con prudencia. Después de haber doblado el cabo, debían seguir la tierra, deslizarse entre las rocas de aquella parte de la costa, observar antes de haber sido vistos, asegurarse solamente de la situación del barco, sin subir a bordo, y volver en seguida a Felsenheim. *Monsieur* Zermatt vería entonces lo que convenía hacer. Lo mejor sería que Fritz y Jack evitasen ser vistos.

Tal vez, como hizo observar Ernest, convendría también que Fritz y Jack fuesen tomados por salvajes, y que vestidos al estilo de éstos, se ennegreciesen el rostro, los brazos y las manos, recurso empleado ya por Fritz cuando llevó a Jenny a la bahía de las Perlas. Los tripulantes del navío extrañarían menos encontrar negros en aquella tierra del océano Indico que blancos.

Aceptable era el consejo de Ernest. Los dos hermanos se disfrazaron de indígenas y ennegrecieron sus rostros y brazos. Hecho esto embarcaron, y inedia hora después el kayak estaba fuera del estrecho.

Monsieur y *madame* Zermatt, Jenny, Ernest y François les siguieron con la mirada mientras pudieron verles, y no regresaron a Felsenheim hasta después de haberles visto salir de la bahía del Salvamento.

A la altura del islote del Tiburón, Fritz maniobró para acercarse al litoral opuesto. En el caso en que una chalupa del navío hubiese doblado la extrema punta, el kayak hubiera podido ocultarse tras los arrecifes y observar.

Emplearon dos horas en llegar al cabo, pues la distancia pasaba de dos leguas. Como el viento era del norte, la vela no podía ser utilizada. La marea descendente había favorecido la marcha de la ligera embarcación.

Era la vez primera que aquel cabo iba a ser franqueado desde que la familia

Zermatt había encontrado refugio en la bahía del Salvamento.

¡Qué contraste con el cabo de la Esperanza Perdida que se dibujaba a cuatro leguas de allí en el noroeste! ¡Qué aridez presentaba aquella parte oriental de la Nueva Suiza! La costa estaba sembrada de dunas arenosas, erizada de negruzcas rocas, bordeada de escollos, que se prolongaban en una extensión de centenares de toesas, más allá del promontorio contra el cual las olas, aun en buen tiempo, chocaban con violencia.

Cuando el kayak hubo rodeado las últimas rocas, el litoral oeste se desarrolló ante los ojos de Fritz y de Jack. Descendía casi de norte a sur, limitando por aquella parte a la Nueva Suiza. A menos que no fuese una isla aquella tierra, se uniría, por el sur a un continente.

El kayak bordeaba la ribera, casi confundiéndose con las rocas, siendo, por tanto, difícil que fuera visto.

A una legua de aquel sitio, en el fondo de una estrecha bahía, apareció un navío, un tres mástiles, en reparación en su anclaje. Sobre la vecina playa había algunas tiendas.

El kayak se acercó a seis cables del barco. Desde que fue visto, advirtieron Fritz y Jack señales de amistad que desde a bordo les dirigían. Algunas frases pronunciadas en lengua inglesa llegaron hasta ellos, y era evidente que les tomaban por indígenas.

No podían los jóvenes engañarse respecto a la nacionalidad del barco. El pabellón británico flotaba en el pico cangrejo, era una corbeta inglesa de diez cañones.

No había, pues, inconveniente en ponerse en comunicación con el capitán de aquella corbeta, y Jack lo deseaba, pero Fritz no consintió en ello. Había prometido volver a Felsenheim en cuanto supiera la situación y nacionalidad del barco, y quería mantener su promesa. Así es que el kayak tomó la dirección norte, y después de dos horas y media de navegación, franqueaba el estrecho de la bahía del Salvamento.

III

LA CORBETA INGLESA LICORNE - LOS CAÑONAZOS

OÍDOS - LLEGADA DE LA PINAZA - LA FAMILIA

ZERMATT - LA FAMILIA WOLSTON - PROYECTOS DE

SEPARACIÓN - CAMBIOS MUTUOS - LA DESPEDIDA -

MARCHA DE LA CORBETA.

La *Licorne*, pequeña corbeta de diez cañones, que ostentaba el pabellón británico, estaba en curso de navegación, yendo de Sydney (Australia) al cabo de Buena Esperanza. El teniente Littlestone tenía a sus órdenes una tripulación compuesta de sesenta hombres. Aunque es costumbre que un barco de guerra no admita pasajeros, la *Licorne* había sido autorizada para recibir a bordo a una familia inglesa, cuyo jefe, por motivos de salud, se veía precisado a regresar a Europa. Dicha familia se componía de *mister* Wolston, mecánico-constructor, su mujer, Merry Wolston, y sus dos hijas, Annah y Dolí, de diecisiete años la una y de catorce la otra. Esta familia contaba, además, con un hijo, James Wolston, que habitaba entonces en Capetown, con su mujer y su hijo.

Seis semanas antes, la *Licorne* había abandonado el puerto de Sydney, y después de haber recorrido la costa meridional de Australia habíase di rígado hacia los parajes del nordeste del océano índico.

En el curso de aquella travesía, por orden del almirantazgo, el teniente Littlestone debía cruzar aquellas latitudes y buscar, ya en la costa occidental de Australia, ya en las islas vecinas, si existían algunos sobrevivientes de la *Doráis*, de la que no se tenían noticias desde hacía treinta meses. No se conocía exactamente el lugar del naufragio, aunque no hubiese duda de la catástrofe, puesto que el contramaestre y tres tripulantes del mencionado barco, recogidos en el mar, habían sido conducidos a Sydney. Respecto al capitán Greenfield, y a los marineros y pasajeros, entre otros, la hija del coronel Montrose, difícil fuera conservar esperanza de encontrarlos, después de oír la relación que del naufragio hizo el contramaestre. No obstante, el gobierno de la Gran Bretaña quiso que se efectuasen nuevas pesquisas, tanto en aquella parte del océano índico, como en las cercanías del mar de Timor. Allí son numerosas las islas, poco frecuentadas por los barcos de comercio, y convenía visitar tas que estaban próximas a los parajes donde, probablemente, la *Dorcas* había naufragado. A consecuencia de esto, desde que dobló el cabo Lecuwin, al extremo sudoeste de Australia, la *Licorne* se dirigió hacia el norte. Después de haber practicado inútiles

pesquisas en algunas de las islas de la Sonda, volvió a tornar el camino del Cabo. Allí, combatida por violentas tempestades, tuvo que luchar durante una semana, no sin sufrir grandes averías, viéndose obligada a buscar un punto donde hacer escala para repararse.

El 8 de octubre los vigías señalaron tierra en dirección sur. Se trataba, indudablemente, de una isla, cuyo yacimiento no indicaban los mapas más modernos. El teniente Littlestone ordeno dirigirse a aquella tierra, y encontró refugio en el fondo de una bahía de su costa oriental, sitio muy abrigado contra los vientos y a propósito para fondear.

La tripulación se puso a la faena sin perder tiempo. Sobre la playa se alzaron algunas tiendas. Organizóse un campamento, tomando todas las medidas que la prudencia demandaba, pues podía suceder que aquella costa fuera habitada o frecuentada por salvajes, y es sabido que los naturales del océano Indico gozan de detestable reputación, muy justificada.

Llevaba la *Licorne* dos días en aquel punto cuando, en la mañana del 10 de octubre, una doble detonación, que venía del oeste, atrajo la atención del teniente y de los tripulantes.

Esta doble detonación merecía respuesta, y la *Licorne* la dio con una salva de tres cañonazos, disparados por la batería de babor.

Hecho esto el teniente esperó. No podía hacer otra cosa. Estando su barco en reparación, era imposible aparejar para salir de la bahía y doblar la punta nordeste. Era menester que transcurriesen algunos días para que estuviese en estado de navegar. No dudaba de que las detonaciones de la corbeta habrían sido oídas, pues el viento venía de alta mar, y consideraba probable la próxima llegada de un barco a vista de la bahía.

Algunos vigías fueron colocados en la arboladura del barco. Por la tarde aún no había aparecido ninguna vela. La mar estaba desierta al norte; desierta igualmente la porción del litoral que limitaba la curvatura de la bahía. El teniente Littlestone, por prudencia, no creyó oportuno enviar un destacamento para reconocer por tierra aquellos lugares, pues quizá hubiera sido exponer a sus hombres a un mal encuentro. Además, las circunstancias no lo exigían de modo imperioso. Cuando la *Licorne* pudiera dejar su anclaje, rodearía aquella tierra, cuya situación acababa de señalarse con gran exactitud, 19° 30' de latitud y 114° 5' de longitud al este del meridiano de la isla de Hierro, que pertenece al grupo de las Canarias del océano Atlántico. No era dudoso que fuera una isla, pues no existe ningún continente en aquella parte del océano Índico.

Transcurrieron tres días sin que ocurriera nada nuevo. Verdad es que una violenta tempestad se había desencadenado, aunque la *Licorne* permaneció en seguridad al abrigo de la costa.

El 13 de octubre, y en la misma dirección que los primeros, oyéronse varios cañonazos.

A esta salva, en la que entre cada detonación mediaba un intervalo de dos minutos, respondió la *Licorne* con siete cañonazos separados por el mismo intervalo. Como las nuevas detonaciones no parecieron venir de más cerca que las precedentes, el teniente dedujo que el barco de donde aquéllas partían no debía de haber cambiado de lugar.

Aquel día, a las cuatro de la tarde, el teniente Littlestone, que se paseaba mirando con su antejo, advirtió la presencia de una pequeña embarcación. Tripulada por dos hombres, se deslizaba entre las rocas. Aquellos hombres, de negra piel, debían de ser naturales del país y de la raza malaya o australiana. Su presencia demostraba que aquella parte de la costa estaba habitada, así es que se tomaron medidas de precaución en previsión de un ataque, siempre de temer en los parajes del océano Índico. Entretanto la canoa, una especie de kayak, se acercaba. Se la dejó llegar. Cuando estuvo a tres cables de la corbeta, los dos salvajes dejaron entender una lengua absolutamente incomprensible.

El capitán Littlestone y sus oficiales agitaron sus pañuelos y levantaron sus manos para indicar que estaban sin armas. El kayak no pareció dispuesto a avanzar más. Un instante después se alejaba, impulsado rápidamente por los remos y desaparecía tras el promontorio.

Llegada la noche, el teniente Littlestone consultó con sus oficiales sobre la oportunidad de enviar el bote mayor para reconocer la costa septentrional. En efecto: la situación debía aclararse. No eran salvajes los que habían disparado los cañonazos oídos por la mañana. No se debía dudar que al oeste de la isla hubiese un barco, tal vez naufragado, y que pedía socorro. Se acordó que al siguiente día se efectuaría un reconocimiento en la dirección indicada, y la chalupa iba a ser echada al mar a las nueve de la mañana cuando el teniente Littlestone mandó suspender la maniobra.

A la punta del cabo acababa de aparecer, no un kayak, ni una de las piraguas que usan los naturales, sino un ligero barco de construcción moderna, una pinaza de quince toneladas. Cuando estuvo próxima a la *Licorne*, izó un pabellón blanco y rojo.

¡Qué sorpresa experimentaron el teniente, los oficiales y los tripulantes de la corbeta cuando vieron que una canoa se destacaba de la pinaza, se arbolaba una bandera blanca a popa en señal de amistad, y la canoa se dirigía hacia la corbeta!

Dos hombres subieron a bordo de la *Licorne* y se dieron a conocer. Eran suizos: Jean Zermatt y su hijo mayor Fritz, los náufragos del *Landlord*, de los que no se tenía noticia desde hacía diez años.

Los ingleses no escasearon las manifestaciones de cordialidad al padre y al hijo. Después éstos propusieron al teniente Littlestone que fuera a bordo de la pinaza, y éste accedió con gusto.

Monsieur Zermatt presentó con orgullo al teniente, primero a su esposa y después a sus cuatro hijos. Su ademán resuelto, sus rostros inteligentes y su salud fueron objeto de admiración. Toda la familia resultaba extraordinariamente simpática. Jenny fue presentada en seguida al capitán Littlestone.

—¿Qué nombre tiene la tierra en la que desde hace doce años vivís, *monsieur Zermatt*? —preguntó Littlestone.

—Le hemos dado el de la Nueva Suiza, y espero que lo conservará —respondió *monsieur Zermatt*.

—¿Es una isla? —dijo Fritz.

—Sí, una isla del océano índico que no está indicada en los mapas.

—Ignorábamos que fuese una isla —dijo Ernest—, pues con el temor de un mal encuentro no hemos abandonado nunca esta parte de la costa.

—Y habéis obrado muy cuerdamente, puesto que nosotros hemos visto indígenas —respondió el teniente Littlestone.

—¿Indígenas? —exclamó Fritz con asombro.

—Sí —afirmó el teniente—. Ayer... En una especie de piragua, más bien un kayak.

—Esos indígenas éramos mi hermano y yo —respondió Jack riendo—. Nos tiznamos rostro y brazos para pasar por salvajes.

—¿Y con qué fin?

—Porque no sabíamos con quiénes teníamos que habérmolas, y vuestro barco podía ser un barco de piratas.

—¡Oh! —dijo el teniente Littlestone—. ¡Un navío de S. M. el rey Jorge III...!

—Sí..., convengo en ello —respondió Fritz—, pero nos pareció preferible regresar a nuestra casa, de Felsenheim, a fin de volver tocios juntos.

—Fritz y Jack —añadió *monsieur Zermatt*— notaron que vuestro barco estaba en reparación, y teníamos la seguridad de encontrarle en el fondo de esta bahía.

¡Qué dicha la de Jenny cuando el teniente Littlestone le manifestó que el nombre del coronel Montrose no le era desconocido, y que aun antes de la partida de la *Licorne* para el mar de las indias los periódicos habían anunciado la llegada del coronel a Portsmouth y después a Londres! Pero, como en aquella época se había esparcido la noticia de que los pasajeros y tripulantes de las *Dorcas* habían perecido, a excepción del contra maestre y los tres marineros desembarcados en Sydney, el desgraciado padre fue presa de terrible desesperación, ante la idea de que su hija había encontrado la muerte en aquella catástrofe. Desesperación con la que únicamente podría compararse su alegría cuando supiera que Jenny había sobrevivido al naufragio de la *Doráis*.

Entretanto, la pinaza se preparaba a regresar a la bahía del Salvamento, donde *monsieur* y *madame Zermatt* pensaban ofrecer hospitalidad al teniente Littlestone.

Este mostró empeño en retenerlos hasta el final del día. Después, como aceptaran pasar la noche en la bahía, levantáronse tres tiendas al pie de las rocas, una para los cuatro hijos, otra para el padre y la madre, y la tercera para Jenny Montrose.

Monsieur Zermatt contó su historia desde su llegada a la Nueva Suiza. Como es natural, el teniente y sus oficiales manifestaron el deseo de visitar el alojamiento de la pequeña colonia, o sea, las cómodas instalaciones de Felsenheim y de Falkenhorst.

Después de una excelente cena servida a bordo de la *Licorne*, *monsieur* y *madame Zermatt*, sus cuatro hijos y Jenny se despidieron del teniente Littlestone y se retiraron a descansar bajo las tiendas.

Solos ya, *monsieur Zermatt* dijo a su esposa:

—Querida Betsie. Se nos ofrece ocasión de volver a Europa, de volver a ver a nuestros compatriotas y amigos... Pero preciso es pensar que nuestra situación ha cambiado. La Nueva Suiza no es ahora una isla desconocida. No tardarán en visitarla otros navíos.

—¿Y qué quieres decir con eso? —preguntó *madame Zermatt*.

—Que es preciso decidir si debemos o no aprovechar esta ocasión.

—Querido esposo —respondió Betsie—. Desde hace algunos días pienso en el caso, y he aquí el resultado de mis reflexiones: ¿Para qué abandonar esta tierra donde somos tan felices? ¿Para qué reanudar relaciones que el tiempo y la ausencia han debido romper por completo? ¿No hemos llegado a una edad en que la aspiración mayor es el descanso? ¿A qué, pues, aventurarnos a los riesgos de una larga travesía?

—¡Ah, querida esposa! —exclamó *monsieur Zermatt* abrazando a Betsie—. ¡Me has comprendido...! ¡Sí...! ¡Abandonar nuestra Nueva Suiza sería casi ingratitud con la Providencia...! Pero no se trata únicamente de nosotros... Nuestros hijos...

—¿Nuestros hijos? —respondió Betsie—. Comprendo que quieran volver a su patria. Son jóvenes. El porvenir es suyo; y aunque su ausencia nos cause profundo disgusto, conviene dejarles en libertad.

—Tienes razón, Betsie. Pienso lo mismo que tú.

—Que nuestros hijos se embarquen a bordo de la *Licorne*... Ellos volverán...

—Además, es preciso que pensemos en Jenny —dijo *monsieur Zermatt*—. No podemos olvidar que su padre, el coronel Montrose, está de regreso en Inglaterra desde hace dos años... Dos años que llora la pérdida de su hija... Natural es que ella quiera reunirse con su padre.

—Gran pena será la nuestra al ver partir a esa joven, a la que consideramos como una hija —respondió Betsie—. Fritz siente por ella profundo afecto, del que ella participa... Pero nosotros no podemos disponer de Jenny...

Monsieur y *madame Zermatt* hablaron largamente de todas estas cosas. Comprendían bien las consecuencias que traía el cambio producido en su situación, y el sueño no vino a ellos hasta hora muy avanzada de la noche.

Al siguiente día, después de abandonar la bahía y haber doblado el cabo del Este, la pinaza desembarcó al teniente Littlestone, a dos de sus oficiales, a la familia Zermatt y a la de Wolston, en la desembocadura del arroyo de los Chacales.

Los ingleses experimentaron el mismo sentimiento de admiración y sorpresa que había experimentado Jenny Montrose al llegar por vez primera a Felsenheim. *Monsieur Zermatt* recibió a sus huéspedes en la casa de invierno, con propósito de hacerles visitar después el castillo de Falkenhorst, la quinta de Prospect-Hill y las alquerías de Waldegg, de Zuckertop y de Eberfurt.

El teniente Littlestone y sus oficiales no pudieron menos de admirar la prosperidad de aquella Tierra Prometida, debida al ánimo, inteligencia y común esfuerzo de una familia de náufragos, durante sus doce años de abandono en aquella isla. Así es que a los postres de la comida que les fue servida en el salón de Felsenheim, brindaron en honor de los colonos de la Nueva Suiza.

En el transcurso de aquel día, *mister Wolston*, su mujer y sus dos hijas tuvieron ocasión de entablar amistad con *monsieur* y *madame Zermatt*. Así, no es de extrañar que al llegar la noche, *mister Wolston*, al que su estado de salud obligaba a una estancia de algunas semanas en tierra, dijera:

—*Monsieur Zermatt*, ¿me permitís que os hable con toda confianza y sinceridad?

—Seguramente.

—L,a vida que llevan en esta isla me place sobremanera —dijo *mister Wolston*—. Paréceme que ya me siento mejor en medio de esta hermosa naturaleza, y me consideraría feliz con vivir en un rincón de vuestra Tierra Prometida..., siempre que no tuvierais reparo que oponer...

—Ninguno, *mister Wolston* —se apresuró a responder *monsieur Zermatt*—. Mi esposa y yo tendríamos gran gusto en admitiros en nuestra colonia... Fíenos resuelto acabar nuestros días en la Nueva Suiza, que ha llegado a ser nuestra segunda patria, y tenemos el propósito de no abandonarla jamás.

—¡Hurra por la Nueva Suiza! —exclamaron alegremente los huéspedes.

Y vaciaron en honor de ella sus copas llenas de vino de las Canarias, que *madame Zermatt* sustituía por el vino indígena en las grandes ocasiones.

—Y ¡hurra por los que quieren vivir en ella! —añadieron Ernest y Jack.

Fritz no dijo nada. Jean inclinó la cabeza sobre el pecho.

Cuando los visitantes partieron para volver a bordo de la *Licorne* y Fritz se encontró a solas con su madre, la abrazó sin pronunciar palabra. Pero como advirtiese su emoción, nacida de la idea de que su hijo mayor pensaba en partir, Fritz, arrodillándose ante ella, exclamó:

—¡No, madre, no! ¡Nunca te dejaré!

Jenny, que se acercó a ellos, dijo arrojándose en brazos de *madame Zermatt*:

—¡Perdón...! ¡Perdón...! Voy a causaros una gran pena... Yo, que os amo como

a mi madre... Pero... pensad... Mi padre está allí..., lejos... ¿Puedo dudar?

Madame Zermatt y Jenny permanecieron juntas. Después de su conversación parecía que Betsie estaba resignada a una separación.

En este momento entraron *monsieur* Zermatt y Fritz. Jenny, dirigiéndose al primero, dijo:

—¡Padre mío! (por vez primera le dedicaba tan dulce nombre). Bendecidme como mi madre acaba de hacerlo. Dejadme..., dejadnos partir para Europa... Vuestros hijos volverán... Nada podrá separarles de vosotros. El coronel Montrose es un hombre de corazón y pagará la deuda de su hija. ¡Qué Fritz venga a buscarle a Inglaterra...! ¡Confiadnos el uno al otro! ¡Vuestro hijo responde de mí, al igual que yo respondo de él...!

Para abreviar: he aquí lo que se convino, con la aprobación del teniente de la *Licorne*. El desembarco de la familia Wolston dejaba algunas plazas libres a bordo de la corbeta. Fritz, François y Jenny las ocuparían en compañía de Dolí, la más joven de las señoritas Wolston, que iría a reunirse con su hermano en Capetown, y lo traería a Nueva Suiza con su mujer y su hijo. Ernest y Jack no abandonarían a sus padres.

La misión encomendada al teniente Littlestone estaba cumplida; en primer lugar porque había encontrado a Jenny Montrose, única superviviente de los pasajeros de la *Dorcas*, y además, porque la Nueva Suiza ofrecía un excelente punto de escala en el océano Indico. Como *monsieur* Zermatt era dueño de la isla en su calidad de primer ocupante, se la ofrecía a la Gran Bretaña, y el teniente Littlestone prometió ocuparse en trabajar aquel asunto y obtener la aprobación del gobierno británico.

Era, pues, de suponer que la *Licorne* volvería a tomar posesión de la isla. Se llevaría a Fritz, François y Jenny Montrose. Después embarcaría en Capetown a James Wolston y a su hermana Dolí, a su mujer y a su hijo. Respecto a Fritz, llevaría, con el consentimiento de *madame* Zermatt, los documentos necesarios para efectuar su matrimonio, matrimonio que el coronel Montrose aprobaría, y era de suponer que se prestase a acompañar a los recién casados a la Nueva Suiza.

Todo, pues, estaba perfectamente arreglado. Pero era natural que los miembros de la familia Zermatt experimentaran gran tristeza al separarse, aunque el regreso de Fritz, de François, de Jenny, del padre de ésta y quizá de algunos otros que les siguieran, traería nueva dicha y próspero porvenir para la colonia.

Se dio comienzo a los preparativos. Algunos días más y la *Licorne* estaría dispuesta a partir de la bahía del litoral oeste, a la que dio su nombre. Arreglado el aparejo, la corbeta inglesa se daría de nuevo al mar, dirigiéndose al cabo de Buena Esperanza.

Jenny quiso llevar al coronel Montrose algunos objetos que ella había fabricado con sus propias manos en la Roca Humeante.

Cada uno de ellos recordaba aquella vida tan animosamente soportada durante

más de dos años de soledad. Fritz se encargó del cuidado de aquellos objetos, que vigilaría como si se tratara de un tesoro.

Monsieur Zermatt confió a sus hijos todo cuanto ofrecía valor comercial y podía ser convertido en dinero en los mercados de Inglaterra; las perlas recogidas en gran cantidad y que producirían una suma considerable; el coral, pescado a lo largo de los islotes de la bahía de Nautilus; la nuez moscada y la vainilla, productos con los que se llenaron varios sacos.

Con el dinero proveniente de la venta de estos diversos productos, Fritz compraría el material necesario para la colonia, material que sería embarcado en el primer navío en que los colonos tomaran pasaje con su pacotilla. Ésta formaría un cargamento bastante importante para exigir un navío de varios centenares de toneladas. Además, *monsieur Zermatt* efectuó algunos cambios con el teniente Littlestone. De este modo se procuró algunos barriles de vino y de aguardiente, trajes, ropa blanca, municiones, o sea, una docena de barriles de pólvora y balas. Toda vez que la Nueva Suiza bastaba a las necesidades de sus habitantes, importaba, sobre todo, asegurarse el servicio de las armas de fuego, necesarias no solamente para la caza, sino también para la natural defensa, en el caso, no muy probable, de que los colonos fueran atacados por los piratas o por los indígenas, si algunas tribus de éstos ocupaban la parte no reconocida al otro lado de las montañas del sur. El teniente de la *Licorne* se encargó de entregar a las familias de los pasajeros que habían perecido los valores y alhajas recogidos a bordo del *Landlord*. Se trataba de varios miles de piastras, collares, sortijas, relojes de oro y plata, todo un capital en esas preciosas inutilidades del lujo europeo. Aparte su valor material, tales objetos deberían tener el del recuerdo para los parientes de los naufragos.

Monsieur Zermatt había escrito un diario de su vida. Fritz lo llevaría a Inglaterra y lo publicaría, a fin de asegurar a la Nueva Suiza el puesto a que tenía derecho en la nomenclatura geográfica.^[1]

Los preparativos quedaron terminados la víspera de la partida.

Todas las horas que sus ocupaciones le dejaban libres, habíalas pasado el teniente Littlestone en la intimidad de la familia Zermatt. Se esperaba que antes de un año, después de hacer escala en El Cabo y de haber recibido en Londres las órdenes del Almirantazgo, en lo que a la colonia concernía, volvería a tomar posesión oficial de la isla en nombre de la Gran Bretaña. Al regreso de la *Licorne* la familia Zermatt estaría reunida para no separarse nunca.

Llegó el 19 de octubre.

Desde la víspera, la corbeta, que había abandonado la bahía de la *Licorne*, estaba anclada a una encabladura del islote del Tiburón. ¡Triste día para *monsieur* y *madame* Zermatt y para Ernest y Jack, de los que Fritz, François y Jenny iban a separarse al siguiente día, como lo fue igualmente para *mister* y *mistress* Wolston, puesto que su

hija Doll también partía!

¿No era precisamente pedir a aquellos bravos corazones una firmeza superior a sus fuerzas? y ¿cómo habían de contener sus lágrimas?

Monsieur Zermatt intentó disimular su emoción, pero no pudo. Betsie y Jenny lloraron, abrazándose estrechamente, lágrimas de madre e hija. Al alba, la chalupa conducía a los pasajeros al islote del Tiburón. *Monsieur* y *madame* Zermatt, Ernest, Jack y *mister* y *mistress* Wolston y su hija mayor les acompañaban.

En dicho islote, a la entrada de la bahía del Salvamento, se cambiaron los últimos adioses, mientras la chalupa llevaba los equipajes a la corbeta. Se abrazaron estrechamente. No se podía hablar de escribirse, puesto que no existía medio de correspondencia entre Inglaterra y la Nueva Suiza... No... Sólo se habló del día en que volvieran a verse, de regresar lo más pronto posible, de hacer de nuevo vida común... Después la canoa de la *Licorne* llevó a bordo a Jenny Montrose, a Doll Wolston, confiada a sus cuidados, y a Fritz y a François.

Media hora después, la corbeta levaba anclas, y con favorable viento nordeste se dirigía a alta mar, después de haber saludado con tres cañonazos el pabellón de la Nueva Suiza.

A estos tres cañonazos respondieron los del islote del Tiburón, disparados por Ernest y Jack. Una hora más tarde, las altas velas de la *Licorne* habían desaparecido tras las últimas rocas del cabo de la Esperanza Perdida.

IV

EL PASADO DE LA NUEVA SUIZA - DIEZ AÑOS ATRÁS -
LAS PRIMERAS INSTALACIONES DE LA FAMILIA
ZERMATT - PRINCIPALES INCIDENTES RELATADOS EN
EL DIARIO DE MR. ZERMATT - FIN DEL DÉCIMO AÑO -
PRINCIPALES INCIDENTES RELATADOS EN EL DIARIO
DE M. ZERMATT - FIN DEL DÉCIMO AÑO

Fue aquí el resumen de los diez primeros años que los náufragos del *Landlord* habían pasado en la Nueva Suiza, y que conviene que el lector conozca.

El 7 de octubre de 1803, una familia había sido arrojada sobre una tierra desconocida, situada al este del océano índico.

El jefe de esta familia, de origen suizo, se llamaba Jean Zermatt y su mujer Betsie. El primero contaba treinta y cinco años de edad; la mujer treinta y tres. Tenían cuatro hijos: Fritz, de quince años, Ernest, de doce, Jack, de diez, y François, de seis.

Al séptimo día de una espantosa tempestad, el *Landlord*, en el que *monsieur* Zermatt se había embarcado, habíase separado de su camino, en medio de aquel inmenso mar. Impulsado hacia el sur, y habiendo pasado Batavia, puerto de su destino, naufragó en un montón de rocas, a unas dos leguas de la costa.

Monsieur Zermatt era hombre inteligente e instruido; Betsie, mujer animosa y de gran abnegación. Sus hijos presentaban caracteres diferentes: Fritz, intrépido y firme; Ernest, el más serio y estudioso de los cuatro, pero algo egoísta; Jack, irreflexivo; François era aún un bebé. La familia estaba muy unida, capaz de sacar provecho de todo, aun en las terribles circunstancias a que su mala suerte la había precipitado. Además, profundo sentimiento religioso les animaba a todos. Poseían esa fe sencilla y sincera del cristiano que no discute las enseñanzas de la iglesia, y cuya creencia no puede turbar ninguna otra doctrina.

¿Qué motivo había obligado a *monsieur* Zermatt a abandonar su país natal después de realizar los bienes de la familia? Sencillamente su intención de establecerse en alguna de las posesiones holandesas de ultramar, en plena prosperidad entonces, y que tan buen porvenir ofrecían a los hombres de acción y de trabajo.

Tras feliz navegación a través del Atlántico y el mar de las Indias, el navío en el que se había embarcado con su familia acababa de perderse. De toda la tripulación y pasajeros del *Landlord*, solamente él, su mujer y sus hijos sobrevivieron al naufragio. Pero fue preciso abandonar inmediatamente el barco perdido entre las rocas. Roto su

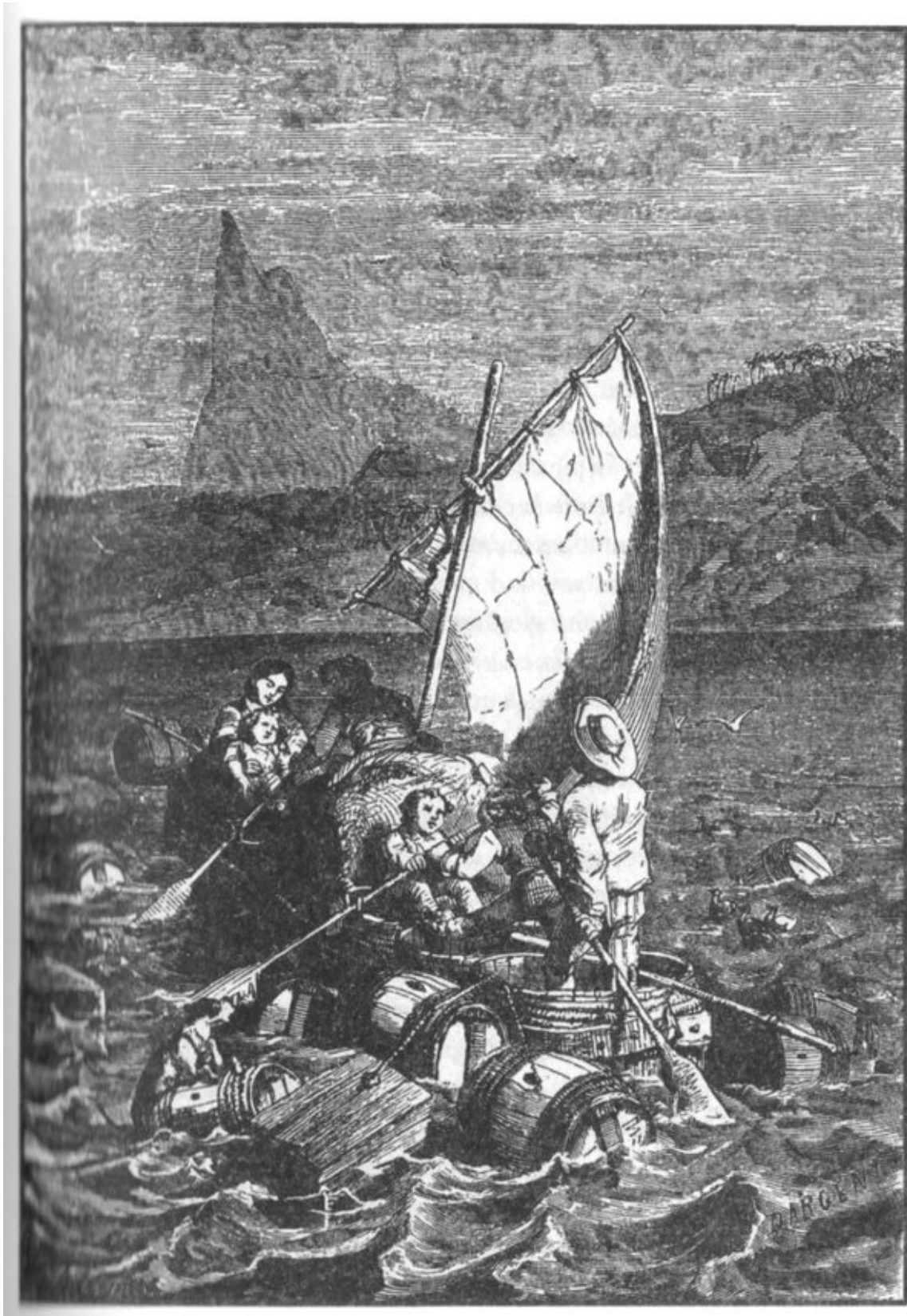
casco, caídos sus mástiles, abierta la quilla, expuesto a la furia de las olas, el próximo golpe de viento acabaría de destrozarlo y dispersaría sus restos.

Reuniendo por medio de cuerdas y planchas media docena de cubas, *monsieur* Zermatt, ayudado por sus hijos, logró formar una especie de embarcación, en la que embarco la familia antes de la noche. La mar había recobrado su calma, el oleaje era suave y la marea empujaba hacia el litoral. Después de dejar a estribor un alto promontorio, el aparato flotante llegó a una ensenada donde un río vertía sus aguas.

Condujéronse a tierra los diferentes objetos transportados a bordo, y se levanto una tienda en el sitio que mas tarde recibió el nombre de Zeltheim. Poco a poco el campamento se completó con el cargamento que *monsieur* Zermatt y sus hijos retiraron en los siguientes días de la cala del *Landlord*, utensilios, muebles, camas, conservas, granos, plantas, armas de caza, barricas de vino y de licores, cajas de galleta, quesos, jamones, vestidos y ropa blanca; en suma, todo lo que conreina aquel navío de cuatrocientas toneladas, fletado para las necesidades de una colonia nueva.

La caza de pluma y de pelo era abundante en aquella costa. Veíanse pasar en bandadas aguríes, especie de liebres, de cabeza de cerco, ondatras, ánades, flamencos, avutardas, gallos silvestres, pecaríes y antílopes. En las aguas de una bahía, situada más allá de la ensenada, abundaban los salmones, sollos, arenques y otras muchas especies de peces. Había, además, ostras, langostas y cangrejos.

El campo de los alrededores, que producía mandioca, yuca y patata, estaba plantado de algodonereros, cocoteros, palmeras y otros árboles propios de la zona tropical. Así pues, sobre aquella tierra, cuya situación ignoraban, la existencia parecía estar asegurada a los náufragos.



Conviene añadir que regular número de animales domésticos pudieron ser sucesivamente desembarcados en Zeltheim: *Turco*, un dogo inglés, *Bill*, una perra danesa, dos cabras, seis ovejas, una cerda preñada, un asno, una vaca, y todo un corral: gallos, pollos, gansos, ánades, pichones, que se aclimatarían en la superficie de las charcas y en las praderas vecinas.

Los últimos viajes al navío lo vaciaron por completo de cuanto podía ser precioso

o utilizable. Varias caronadas de a cuatro fueron transportadas a tierra para la defensa del campamento, como también una pinaza, barco ligero, cuyas piezas pueden ser unidas sin gran trabajo, y al que se dio el nombre de *Isabel* en honor de Betsie. *Monsieur Zermatt* disponía también de una embarcación, con aparejo de bergantín, de quince toneladas. De aquí gran facilidad para reconocer los parajes al este y al oeste, y doblar los promontorios vecinos, uno que se alzaba al norte en punta, y otro que se extendía en el lado opuesto de Zeltheim.

La desembocadura del río se encuadraba en las altas rocas, que hacían el acceso bastante difícil, y esta disposición serviría para defenderse al menos contra las fieras. Pero se presentaba esta cuestión: ¿*monsieur Zermatt* y los suyos habían arribado al litoral de una isla o de un continente que bañaban las aguas del océano índico? Los únicos datos que podían dar algo de luz en este punto, obtenidos antes del naufragio por el capitán del *Landlord*, eran los siguientes:

El barco se acercaba a Batavia cuando fue asaltado por una tempestad. Durante seis días había sido seguramente arrojado fuera de su ruta y empujado hacia el sudeste. La víspera, el capitán había establecido el punto de este modo: 13° 14' de latitud meridional y 114° 5' de longitud al este de la isla de Hierro (Canarias). Como el viento había soplado constantemente del norte, era admisible que la longitud no hubiera variado mucho. Dado, pues, el meridiano 114°, *monsieur Zermatt* dedujo de una observación de latitud hecha con el sextante, que el *Landlord* debía de haber derivado unos seis grados hacia el sur, y que la costa de Zeltheim podía estar comprendida entre los paralelos 19 y 20.^[2]

Así pues, en cifras redondas, aquella tierra debía de encontrarse a 300 leguas marinas al oeste de Australia o Nueva Holanda. De modo que, aunque estuviese en posesión de la pinaza, *monsieur Zermatt*, por muy grande que fuera su deseo de repatriarse, no se decidiría nunca a arriesgar a su familia sobre aquella frágil embarcación, a la violencia de los ciclones y tempestades, tan frecuentes en aquellos parajes.

En las circunstancias en que los náufragos se encontraban, sólo de la providencia podían esperar socorros. En la época a que nos referimos, los barcos de vela, al atravesar aquella parte del océano índico, pasaban muy lejos cuando se van hacia las colonias holandesas. La costa occidental de Australia, entonces casi desconocida y de difícil arribo, no tenía importancia ni geográfica ni comercial.

Al principio, la familia se contentó con vivir, bajo la tienda de Zeltheim, junto a la orilla derecha del río, que recibió el nombre de arroyo de los Chacales, en recuerdo a un ataque de estos carniceros. Pero entre aquellas altas rocas, el calor, que no amenguaba la brisa del mar, era sofocante. Así es que *monsieur Zermatt* decidió instalarse en la parte de la costa que se extendía de sur a norte, un poco más allá de la bahía del Salvamento.

En una excursión hecha a la extremidad de un bosque magnífico, no lejos de la mar, *monsieur* Zermatt se detuvo ante un enorme nopal, cuyas ramas más bajas se extendían a unos sesenta pies sobre el suelo. Sujetándola a estas ramas, el padre y los hijos consiguieron levantar una plataforma con las planchas procedentes del barco, construyendo así una casa aérea, cubierta de sólido tejado, dividida en varias habitaciones, y a la que se dio el nombre de Falkenhorst, «nido de los halcones». Notóse, además, que aquel nopal había perdido la parte inferior del tronco, como ciertos sauces, ocupada por numerosos enjambres de abejas, siendo posible instalar una escalera para sustituir la escala de cuerda, que al principio daba acceso a Falkenhorst.

Entretanto practicáronse reconocimientos en unas tres leguas de distancia, hasta el extremo del cabo de la Esperanza Perdida, bautizado de esta suerte desde que *monsieur* Zermatt renunció a encontrar supervivientes.

A la entrada de la bahía del Salvamento, frente a Falkenhorst, había un islote de media legua, al que se dio el nombre de islote del Tiburón, porque uno de estos enormes animales cayó allí el día en que el barco de cubas conducía a Zeltheim los animales domésticos.

Si un tiburón fue causa de que se diese tal nombre al islote, algunos días después, una ballena dio el suyo a otro islote, de un cuarto de legua de circunferencia, situado ante la pequeña bahía de los Flamencos, al norte de Falkenhorst. La comunicación entre la casa aérea y Zeltheim, distantes una legua, se facilitó por medio del puente de la Familia, sustituido más tarde por otro, tendido sobre el arroyo de los Chacales.

Durante las primeras semanas la familia vivió bajo la tienda. Pero después de que terminara el buen tiempo, *monsieur* Zermatt se trasladó a Falkenhorst con los animales domésticos. Las enormes raíces del nopal, cubiertas de telas embreadas, sirvieron de establos. Hasta entonces no se habían notado huellas de fieras.

Se pensó en prevenirse contra el retorno de la estación invernal, si no fría, turbada por esas violentas tempestades de la zona intertropical, que duran de nueve a diez semanas. Habitar Zeltheim después de almacenar en él el material del *Landlord*, era arriesgar el precioso cargamento salvado del naufragio. Este campamento no ofrecía seguridad completa. Las lluvias aumentarían el caudal de las aguas del río transformándolo en torrente, y si se desbordaba, las instalaciones de Zeltheim serían arrebatadas. Así es que, con motivo, *monsieur* Zermatt se preocupaba con encontrar un abrigo seguro cuando la casualidad vino en su ayuda del siguiente modo.

En la orilla derecha del arroyo de los Chacales, un poco más atrás de Zeltheim, se levantaba un compacto muro, formado de roca, en el que el pico, el martillo y hasta el barreno permitían abrir una gruta. Fritz, Ernest y Jack pusieron manos a la obra. El trabajo no adelantaba gran cosa, pero una mañana el pico de Jack atravesó la roca de parte a parte.

En el interior del macizo existía una vasta excavación. Antes de penetrar en ella, y con objeto de purificar el aire, quemaron montones de hierba. Luego, a la luz de las antorchas, el padre, la madre y sus hijos, sintiéronse llenos de admiración al contemplar las estalactitas que pendían de la bóveda, las cristalizaciones de sal que la adornaban y la alfombra de finísima arena que cubría el suelo.

La morada fue dispuesta prontamente. Se le pusieron ventanas, procedentes de la galería del barco, y tubos para los hornos. A la izquierda estaban el cuarto para trabajar, las cuadras y los establos. En la parte de atrás se instalaron los depósitos, separados por planchas, a modo de paredes.

A la derecha se dispusieron tres habitaciones: la primera, destinada para el padre y la madre; la segunda, para comedor; la tercera, para los cuatro hijos, con hamacas suspendidas del techo. Algunas semanas más y la instalación no dejaría nada que desear.

Posteriormente se hicieron nuevas instalaciones, en mitad de los prados y bosques, al oeste del litoral, que se extendía tres leguas entre Falkenhorst y el cabo de Esperanza Perdida.

Después fueron creadas la alquería de Waldegg, junto a un lago llamado de los Cisnes, algo más al interior la alquería de Zuckertop. Luego, en una colina, cerca del cabo, la granja de Prospect-Hill; y, en fin, la ermita de Eberfurt, junto al desfiladero de Cluse, que limitaba al oeste el distrito de Tierra Prometida.

La Tierra Prometida. Tal nombre se dio a aquella fértil comarca, protegida al sur y al oeste por una alta muralla rocosa, que se extendía desde el arroyo de los Chacales hasta el fondo de la bahía de los Nautilus. Al este corría la costa comprendida entre Felsenheim y el cabo de la Esperanza Perdida. Al norte la mar libre... Aquel distrito de tres leguas de latitud, por cuatro de longitud, hubiera bastado a las necesidades de una pequeña colonia. Allí la familia pudo atender al cuidado de los animales domésticos y de los que había domesticado: un onagro, dos búfalos, un avestruz, un chacal, un mono y un águila. Allí fructificaron las plantaciones indígenas, los árboles frutales, de los que el *Landlord* poseía completo surtido: naranjos, perales, manzanos, melocotoneros, castaños, cerezos, ciruelos, hasta cepas que, bajo aquel sol ardiente, producirían vino superior al vino de palma de las zonas intertropicales.

Indudablemente la naturaleza favoreció a los náufragos, pero el trabajo, la energía, la inteligencia de éstos fueron considerables. Ellos trajeron la prosperidad a aquella tierra, a la que, en recuerdo a su patria, dieron el nombre de Nueva Suiza.

Antes de terminar el primer año, nada quedaba del navío que naufragó en los escollos. Una explosión, preparada por Fritz, dispersó los últimos restos, que fueron recogidos en diversos puntos de la costa. No hay que advertir que se había retirado cuanto el navío encerraba de algún valor, objetos destinados al comercio con los plantadores de Port Jackson o con los salvajes de Oceanía, las alhajas pertenecientes

a los pasajeros, relojes, petacas, sortijas, collares, y en oro y plata regular cantidad, aunque sin valor en aquella tierra. En desquite prestarían gran utilidad algunos objetos, barras de hierro, lingotes de plomo, ruedas, piedras de afilar, picos, sierras, azadones, paletas, rejas de arado, rollos de alambre, bancos, tornos, herramientas de carpintero, aserrador y herrero, molinos, y, en fin, variada colección de cereales, maíz, avena, guisantes, algarrobas y legumbres, todo de gran provecho para la Nueva Suiza.

Para resumir: la primera estación de las lluvias la familia la pasó en condiciones favorables. Habitó en la gruta, que procuraba dotar de lo necesario. Los consejos de la madre fueron atendidos: los muebles procedentes del navío, sillas, armarios, consolas, divanes, camas, se repartieron entre los distintos cuartos, y como la casa no era ya una tienda, sustituyóse al nombre de Zeltheim el de Felsenheim, «la casa de las rocas».

Transcurrieron varios años. Ningún barco había aparecido en aquellos lejanos parajes. Nada, sin embargo, se había descuidado para señalar la presencia de los naufragos del *Landlord*. La batería establecida en el islote del Tiburón era disparada de vez en cuando por Fritz y Jack. Pero ningún cañonazo respondía.

Por lo demás, no parecía que la Nueva Suiza estuviese habitada en los alrededores. Debía de ser bastante extensa, y un día, efectuando un reconocimiento hacia el sur, hasta la barrera rocosa que atravesaba el desfiladero de Cluse, *monsieur* Zermatt y sus hijos llegaron hasta el valle de Grünthal. Más allá se desarrollaba un inmenso horizonte, formado por una cordillera, cuya extensión podía calcularse en diez leguas. La eventualidad de que la recorrieran algunas tribus salvajes era para producir inquietud; pero jamás se las vio en los contornos de Tierra Prometida. Los únicos peligros vinieron del ataque de algunas fieras temibles: osos, tigres, leones, serpientes, entre otras una boa enorme, de la que fue víctima el asno, y que se había introducido en los alrededores de Felsenheim.

Las producciones indígenas, de las que *monsieur* Zermatt obtuvo, gran provecho, pues poseía extensos conocimientos de historia natural, botánica y geología, fueron las siguientes: un árbol, semejante a la higuera salvaje, cuya corteza agrietada destilaba un humor parecido a la resina, dio el caucho propio para la fabricación de varios objetos, entre ellos las botas impermeables. De ciertos arbustos, pertenecientes al género de *Myrica cerífera*, se extrajo una sustancia parecida a la cera, que se utilizó para la confección de bujías. La nuez del cocotero, sin hablar de la sabrosa almendra que contenía, sirvió para construir copas y tazas, propias para resistir todos los choques. De la cal del palmito se obtuvo la refrigerante bebida que se conoce con el nombre de vino de palma; de las habas de cacao, un chocolate bastante amargo; del sagú, harina muy nutritiva, que Betsie empleaba frecuentemente en sus preparaciones culinarias. Azúcar no faltó nunca gracias a los enjambres de abejas, que producían

abundante miel. Lino se obtuvo de las hojas del *Pbormium tenax*, aunque el cardarlas e hilarlas sea tarea no muy fácil. El yeso se fabricó pulverizando los restos de las rocas. Se sacó algodón de las cápsulas que llenaba esta preciosa sustancia. Con el fino polvo de una nueva gruta se fabricó jabón. Se obtuvo un condimento, en el que mezclaban la nuez moscada y el clavo con la corteza del *Rauensara*. Se fabricaron vasos con la mica, atravesada con filamentos de amianto, descubierta en una caverna de los contornos. Pieles con los castores y angoras. Goma del euforbio, propia para distintos usos medicinales. Se usó hidromiel como bebida refrescante, y de algas marinas, recogidas por *madame* Zermatt, hizo ésta computas excelentes.

A estas riquezas hay que añadir los recursos que la fauna de la Nueva Suiza ofreció a los audaces cazadores. Entre las fieras, contra las que, aunque raramente, tuvieron que defenderse, se contaban el tapir, el león, el oso, el chacal, el tigre, el cocodrilo, la pantera, el elefante, y también los monos, cuyos robos exigieron una matanza general. Entre los cuadrúpedos, algunos de los cuales pudieron ser domesticados, se deben mencionar el onagro, el búfalo, y en el número de volátiles un águila, que llegó a ser el pájaro de caza de Fritz, y un avestruz, que fue la cabalgadura favorita de Jack.

La caza de pelo y pluma abundaba en los bosques de Waldegg y de Eberfurt. El arroyo de los Chacales suministraba excelentes cangrejos. Entre las rocas de la playa pululaban los mariscos y crustáceos, y en la mar arenques, salmones y otros pescados de variadas especies.

Durante tan larga estancia, las exploraciones no se extendieron más allá de la parte comprendida entre la bahía de los Nautilos y la bahía del Salvamento. Pero, más allá del cabo de la Esperanza Perdida, la costa iba a ser reconocida en una extensión de diez leguas. Sin contar la pinaza, *monsieur* Zermatt poseía ahora una chalupa, que fue construida bajo su dirección. Además, a petición de Fritz, se fabricó una de esas ligeras canoas, al estilo de Groenlandia, conocidas con el nombre de kayak, utilizando para las cuernas las barbas de una ballena, que había muerto a la entrada de la bahía de los Flamencos, y pieles de tiburón para el casco. Esta canoa impermeable, merced a un calafateo de alquitrán, tenía dos aberturas, donde podían colocarse dos remeros, y una de ellas podía ser herméticamente cerrada cuando la otra estaba ocupada. Después de ser lanzada a la corriente del arroyo de los Chacales, que la llevó a la bahía del Salvamento, se condujo de maravilla.

Transcurrieron diez años sin incidentes graves. *Monsieur* Zermatt, entonces de cuarenta y cinco años, disfrutaba de inalterable salud, y de gran vigor moral y físico a prueba de las eventualidades de vida tan excepcional. Betsie, su animosa mujer, enérgica madre de cuatro hijos, entraba en los cuarenta y tres años. Ni su cuerpo, ni su corazón se habían debilitado, como tampoco su amor por su esposo y por sus hijos.

Fritz, de veinticinco años, vigoroso, ágil y diestro, de rostro franco y mirada aguda, había ganado mucho en lo que se refiere a carácter.

Ernest, más serio de lo regular en sus veintidós años, y con más afición a los ejercicios del espíritu que a los del cuerpo, contrastaba con Fritz, y era muy instruido gracias a la biblioteca retirada del *Landlord*.

Jack andaba en los veinte años. Era la vivacidad, el movimiento continuo, de carácter aventurero como Fritz, y como éste, apasionado por la caza.

Aunque a los dieciséis años François fuera ya un mozo completo, su madre le acariciaba como cuando tenía diez. La vida de esta familia era, pues, tan dichosa como era posible, y en alguna ocasión *madame Zermatt* decía a su marido:

—¡Ah, mi querido esposo! ¡Dicha completa sería la nuestra si viviéramos siempre junto a nuestros hijos; si en esta soledad no estuviéramos condenados a desaparecer el uno después del otro, dejando a los que nos sobrevivan el abandono y la tristeza! Sí... Yo bendeciría al cielo que nos ha concedido este paraíso sobre la tierra... Pero... llegará un día en que nuestros ojos se cierren...

Tal era, tal había sido siempre la preocupación de Betsie. Frecuentemente ella y su marido hablaban de estas tristezas.

Continuando nuestro relato, diremos que aquel año tuvo lugar un inesperado acontecimiento que iba a modificar la situación presente, si no el porvenir de aquella simpática familia.

El 9 de abril, a las siete de la mañana, cuando *monsieur Zermatt* salió de la casa con Ernest, Jack y François, buscó vanamente a su hijo mayor, que creía estaba ocupado en algunos trabajos de fuera.

Fritz se ausentaba con frecuencia, y el caso no era para producir inquietud ni en su padre ni en su madre, aunque ésta experimentase siempre algún temor cuando su hijo se aventuraba más allá de la bahía del Salvamento.

Era de suponer que el joven estuviera en el mar, puesto que el kayak no estaba en su lugar de costumbre.

Como la tarde avanzaba, *monsieur Zermatt*, Ernest y Jack volvieron con la chalupa al islote del Tiburón para espiar desde este punto el regreso de Fritz. Si tardaba éste, y para no dejar a Betsie en la inquietud natural que la prolongada ausencia de su hijo había de causarle, *monsieur Zermatt* dispararía un cañonazo.

No fue preciso. Apenas él y sus dos hijos habían puesto el pie sobre el islote, Fritz doblaba el cabo de la Esperanza Perdida. Desde que le vieron *monsieur Zermatt*, Ernest y Jack se embarcaron nuevamente, y llegaron a la ensenada de Felsenheim en el instante en que Fritz saltaba a la playa.

Fritz relató aquel viaje, que duró veinte horas.

Desde hacía algún tiempo pensaba efectuar el reconocimiento de la costa septentrional, y aquella mañana, acompañado de su águila *Blitz*, se había embarcado

en el kayak. Llevaba algunas provisiones, un hacha, un arpón, redes, un fusil, un par de pistolas, un zurrón y una calabaza con hidromiel.

El viento que venía de tierra le condujo rápidamente más allá del cabo, y aprovechando la marea siguió el litoral, que oblicuaba algo hacia el sudoeste.

En la parte de atrás del cabo, y a continuación de un montón de rocas colocadas en espantoso desorden por efecto de alguna convulsión geológica, abríase una espaciosa bahía, terminada en el lado opuesto por un promontorio tallado a pico. Servía esta bahía de refugio a millares de pájaros, que llenaban el espacio con sus gritos. Sobre la arena que la cubría veíanse numerosos anfibios, lobos marinos, focas y otros, mientras por su superficie nadaban elegantes nautilos.

Fritz no sentía temor ante aquellos terribles mamíferos, y pasando a la entrada de la bahía continuó navegando hacia el oeste.

Después de haber doblado una punta de singular forma, y a la que dio el nombre de cabo de Camus, Fritz se aventuró por debajo de una arcada natural, la base de cuyos pilares batía la resaca. Había allí millares de golondrinas, que tenían sus nidos en las resquebrajaduras de los muros y de las bóvedas. Fritz cogió algunos de estos nidos, de extraña forma, y los puso en su saco.

—Esos nidos de golondrinas —dijo aquí *monsieur* Zermatt, interrumpiendo el relato de su hijo— tienen gran valor en los mercados del Celeste Imperio.

Pasada la arcada encontró Fritz la entrada de otra bahía situada entre dos cabos separados por legua y media de distancia. Reunidos, por así decirlo, por una cadena de escollos, no dejaban entre ellos más que estrecha abertura, que no hubiera permitido pasar a un navío de trescientas a cuatrocientas toneladas.

Tras la bahía extendíanse grandes llanuras, que los ríos regaban, y bosques, formando todo un paisaje de variado aspecto. La bahía hubiera ofrecido enormes tesoros de ostras perleras a los exploradores de Asia, América y Europa. Fritz presentó muestras magníficas.

Después de rodear la bahía por el interior, franqueó la desembocadura de un río, sembrado de hierbas acuáticas, y llegó al promontorio, situado al extremo opuesto de la arcada.

No creyó prudente prolongar más lejos su excursión. El tiempo corría, y Fritz tomó el camino del este, dirigiéndose hacia el cabo de la Esperanza Perdida, que dobló antes de que el cañón del islote del Tiburón fuera disparado.

Esto fue lo que el joven refirió del viaje, que trajo como consecuencia el descubrimiento de la bahía de las Perlas. Después, ya a solas con su padre, éste oyó con sorpresa lo que su hijo le confió, que fue lo que sigue:

Entre los numerosos pájaros que se arremolinaban sobre el promontorio, golondrinas, gaviotas y otros, había también varias parejas de albatros, de los que uno cayó de un golpe dado con el bichero.

Fritz recogió el pájaro, y al observarlo advirtió un pedazo de fuerte tela que envolvía una de sus patas, sobre la cual leyó estas líneas, escritas en inglés: «Cualquiera que seáis vos, a quien Dios lleva este mensaje de una infortunada, poneos en busca de una isla volcánica, que reconoceréis por la llama que se escapa de uno de sus cráteres... ¡Salvad a la infeliz abandonada de la Roca Humeante!».

¡De modo que en los parajes de la Nueva Suiza, tal vez desde hacía varios años, una infortunada mujer vivía sobre un islote, sin disponer de los recursos que el *Landlord* había suministrado a la familia de los náufragos!

—¿Y qué has hecho? —preguntó *monsieur* Zermatt.

—Lo único que podía hacerse —respondió Fritz—. He tratado de reanimar al albatros, que estaba aturdido solamente por el golpe del bichero, y lo he conseguido vertiendo un poco de hidromiel en su pico. Después, en un pedazo de mi pañuelo, he escrito con la sangre de una nutria, en inglés, estas palabras: «Tened confianza en Dios. Tal vez su auxilio está cercano». Fue atado el escrito a la pata del animal en la creencia de que éste tomaría el camino hacia la Roca Humeante. Así que se vio en libertad el pájaro voló a poniente con tan rápido vuelo, que bien pronto lo perdí de vista. Seguirlo me hubiera sido imposible.

Monsieur Zermatt estaba profundamente emocionado. ¿Qué hacer para salvar a aquella infortunada? ¿Dónde estaba situada la Roca Humeante? ¿En las cercanías de la Nueva Suiza, o a centenares de leguas al oeste?

Los albatros, poderosos e infatigables voladores, pueden atravesar inmensos espacios... ¿Venía aquél de lugares tan lejanos que la pinaza no podría llegar a ellos...?

Monsieur Zermatt aprobó el silencio de Fritz. La revelación de lo sucedido hubiera apenado inútilmente a *madame* Zermatt y a sus hermanos. ¿Para qué causarles esta tristeza? Además, ¿existía aún la naufraga de la Roca Humeante? El papel no estaba fechado. Tal vez habían transcurrido muchos años desde el día en que fue atado a la pata del albatros.

El secreto fue guardado. Por desgracia, era evidente que ninguna tentativa podía efectuarse para encontrar a la inglesa.

Monsieur Zermatt resolvió ir a reconocer la bahía de las Perlas y la importancia de los bancos de ésta. Betsie consintió, no sin algún disgusto, en permanecer con François en la casa de Felsenheim. Fritz, Ernest y Jack debían acompañar a su padre.

El día siguiente, 11 de abril, la chalupa abandonó la ensenada del arroyo de los Chacales, cuya corriente la empujó rápidamente hacia el norte. Varios de los animales domésticos hacían también el viaje; el mono *Knips II*, el chacal de Jack, la perra *Bill*, a la que su edad debiera de haber librado de las fatigas propias de una expedición de aquel género, y, en fin, *Braun* y *Falb*, dos perros en todo su vigor.

Fritz iba en su kayak, delante de la chalupa, y después de dar la vuelta al cabo de

la Esperanza Perdida, tomó la dirección del oeste, por en medio de las rocas, en las que abundaban las morsas y otros anfibios de aquel litoral.

No fueron, sin embargo, estos animales los que atrajeron más particularmente la atención de *monsieur* Zermatt, sino los innumerables nautilos, ya observados por Fritz. La bahía estaba cubierta de estos graciosos cefalópodos, con sus pequeñas velas tendidas al viento, semejando una flotilla de flores movientes.

Tras un trayecto de tres leguas, Fritz señaló, hacia la extremidad de la bahía de los Nautilos, el cabo de Camus, que representaba con bastante exactitud una nariz. Legua y media más allá estaba la arcada tras la cual se extendía la bahía de las Perlas. Atravesando aquel pórtico, Ernest y Jack recogieron bastantes nidos de salanganas, que los pájaros defendieron con encarnizamiento.

Cuando la chalupa franqueó el estrecho paso comprendido entre la arcada y las rocas, la espaciosa bahía, de una circunferencia de siete a ocho leguas, apareció en toda su extensión.

¡Qué placer navegar por la superficie de aquella magnífica sabana de agua, de la que emergían tres o cuatro islotes cubiertos de árboles! Limitábanla verdes praderas, espesos macizos y pintorescas colinas. Al oeste, el litoral dejaba paso a la corriente del lindo río, cuyo cauce se perdía bajo los árboles.

La chalupa arribó a una pequeña ensenada, cercana al banco de ostras perleras. La noche se aproximaba, y *monsieur* Zermatt organizó un campamento a orillas del río. Los expedicionarios encendieron una hoguera, bajo cuya ceniza asaron algunos huevos, que con la carne seca, las patatas y el pan de maíz constituyeron la cena. Terminada ésta, y como medida de prudencia, cada cual ocupó su puesto en la chalupa, dejando a *Braun* y a *Falb* el cuidado de defender el campamento contra los chacales, cuyos aullidos se dejaban oír a lo largo del río.

Tres días, del 12 al 14, fueron empleados en la pesca de las ostras, todas las que contenían la preciosa perla en su estuche de nácar. Al llegar la noche Fritz y Jack iban a cazar ánades y perdices a un bosquecillo situado en la orilla derecha del río. Hubo necesidad de tomar algunas precauciones. Sin hablar de animales más terribles, los jabalíes frecuentaban aquel bosque.

Efectivamente; la noche después un león y una leona de gran corpulencia, rugientes y amenazadores, golpeándose con la cola sus flancos, se presentaron. Fritz mató al león de un balazo. La leona cayó a su vez, no sin haber destrozado de una zarpada el cráneo de la pobre *Bill*, lo que causó vivo disgusto a su amo.

Resultaba de esto que algunas fieras habitaban en aquella parte de la Nueva Suiza, al sur y al oeste de la bahía de las Perlas, fuera del distrito de Tierra Prometida. Feliz casualidad era que hasta entonces ninguno de estos animales hubiese forzado la entrada por el desfiladero de Cluse; pero *monsieur* Zermatt formó el proyecto de obstruir, en la medida de lo posible, este desfiladero; y mientras llegaba el momento

de emprender la obra, recomendó a sus hijos, especialmente a Fritz y a Jack, a los que su pasión cinegética arrastraba a imprudentes excursiones, que desconfiasen de los malos encuentros.

El día aquel fue consagrado a vaciar las ostras amontonadas en la playa; y como aquellos moluscos comenzaban a exhalar miasmas poco sanos, *monsieur* Zermatt y sus hijos decidieron partir al día siguiente al alba. Convenía regresar a Felsenheim, pues *madame* Zermatt debía de estar inquieta. La chalupa partió precedida del kayak. Llegado éste a la arcada, y después de dejar una carta a su padre, Fritz se alejó en dirección oeste. ¿Cómo hubiera podido sospechar *monsieur* Zermatt que su hijo iba al descubrimiento de la Roca Humeante?

V

REGRESO A FELSENHEIM - VIAJE DE LA ISABEL A LA
BAHÍA DE LAS PERLAS - UN SALVAJE - UNA CRIATURA
HUMANA - JENNY MONTROSE - NAUFRAGIO DE LA
DORCAS - DOS AÑOS EN LA ROCA HUMEANTE -
RELATO DE FRITZ.

Fácilmente se comprenderá la inquietud experimentada por *monsieur* Zermatt pensando en los peligros que su hijo iba a correr. Como no era posible ni detenerle ni reunirse con él, la chalupa tuvo que continuar su camino hacia el cabo de la Esperanza Perdida.

De vuelta a Felsenheim, *monsieur* Zermatt no quiso decir aún nada, a sus hijos ni a su mujer, de la excursión emprendida por Fritz. Hubiera sido causar inútiles inquietudes y crear vanas esperanzas. No habló más que de una exploración por la costa del litoral del oeste. Sin embargo, al cabo de tres días el ausente no había regresado, y *monsieur* Zermatt, muy ansioso, resolvió ir en busca de él.

El 20 de abril, al alba, aparejó la *Isabel*. Con provisiones para el viaje, llevaba a bordo al padre, a la madre y a sus tres hijos.

El viento no era muy favorable; venía del sudeste. Por la tarde la pinaza rodeó las rocas de la arcada y entró en la bahía de las Perlas.

Monsieur Zermatt ancló junto al banco de ostras, en la desembocadura del río, donde se veían los restos del antiguo campamento. Todos se preparaban a desembarcar cuando Ernest gritó:

—¡Un salvaje! ¡Un salvaje!

En efecto; al oeste de la bahía, entre los islotes maniobraba una canoa.

Hasta entonces no había motivo para suponer que la Nueva Suiza estuviese habitada. En previsión de un ataque la *Isabel* se puso a la defensa, con los cañones cargados y los fusiles prestos a hacer fuego. Pero cuando el salvaje se hubo acercado a algunos cables, exclamó Jack:

—¡Es Fritz!

Era él, solo en su kayak. Por la mucha distancia no había podido reconocer la piragua, que no esperaban encontrar en aquellos parajes, y avanzaba con prudencia, habiendo tomado la precaución de ennegrecer su rostro y manos.

Reunido con su familia, besó a su madre y hermanos, no sin mancharles algo las mejillas, y llevó aparte a su padre.

—He logrado mis propósitos —dijo.

—¿Cómo...? ¡La inglesa de la Roca Humeante!

—Está allí... En un islote de la bahía de las Perlas —respondió Fritz—. Os tomé por salvajes y no quise exponerla.

Sin decir nada a su mujer ni a sus hijos, *monsieur* Zermatt dirigió la pinaza hacia el islote situado cerca del litoral, al oeste de la bahía. Al aproximarse pudieron distinguir un bosquecillo de palmeras, vecino a la playa, y en él una barraca al estilo hotentote.

Todos desembarcaron. Fritz disparó un pistoletazo al aire, y un joven bajó ágilmente de un árbol, entre cuyas ramas estaba oculto.

No tardó en ser conocido el misterio. Aquella criatura humana, la primera que los náufragos del *Landlord* encontraban después de diez años, no era un hombre, sino una joven de veinte años a lo más, vestida con traje de marinero. Era Jenny Montrose, la joven inglesa de la Roca Humeante.

Madame Zermatt, Ernest, Jack y François supieron entonces cómo Fritz había conocido la situación de aquella infortunada sobre un islote volcánico, más allá de la bahía de las Perlas, y cómo había contestado a su escrito con otro que la joven no había de recibir, pues el albatros no volvió a la Roca Humeante.

¡Cómo pintar la acogida que se hizo a Jenny Montrose, y la ternura con que *madame* Zermatt la estrechó en sus brazos! En espera de que ella refiriese su historia, Jenny sabía ya por Fritz la de la Nueva Suiza y la de los náufragos del *Landlord*.

La pinaza abandonó en seguida la bahía de las Perlas con toda la familia, aumentada con la joven inglesa. Todos hablaban el inglés y el alemán lo bastante para entenderse. ¡Qué muestras de afecto fueron prodigadas por una y otra parte durante este viaje de regreso! Jenny acababa de encontrar un padre, una madre, unos hermanos. *Monsieur* y *madame* Zermatt, Fritz, Ernest, Jack y François llevaban una hija y una hermana, respectivamente, a su casa de Felsenheim.

La *Isabel* conducía algunos utensilios fabricados por Jenny y llevados a bordo por el kayak desde la Roca Humeante. Era natural que la pobre abandonada quisiera conservar estos objetos, que representaban para ella tantos recuerdos.

Además, la *Isabel* llevaba también dos seres vivos, dos fieles compañeros, de los que la joven no hubiera podido separarse: un cormorán adiestrado para la pesca y un chacal domesticado, que, seguramente, haría buena pareja con el de Jack.

Desde su partida la *Isabel* fue favorecida por viento fresco, que permitió usar su velamen. El tiempo era tan seguro, que *monsieur* Zermatt no pudo resistir el deseo de hacer escala en los diversos establecimientos de la Tierra Prometida, conforme se presentaban, cuando la pinaza hubo doblado el cabo de la Esperanza Perdida.

El primero fue Prospect-Hill, situado sobre la verde colina, de donde la vista se extendía hasta Falkenhorst. Allí pasaron la noche, y hacía mucho tiempo que Jenny

no había reposado con tan apacible sueño.

Fritz y François habían partido al alba con el kayak, a fin de prepararlo todo en Felsenheim para recibir a la joven inglesa.

Tras ellos la pinaza se dio a la mar e hizo escala en el islote de la Ballena, donde pululaban los conejos. *Monsieur Zermatt* quiso que Jenny fuera la propietaria de aquel islote, presente que ella recibió con gratitud.

Desde este punto los pasajeros de la *Isabel* hubieran podido hacer el camino por tierra, visitando la granja de Waldegg y la casa aérea de Falkenhorst; pero *monsieur y madame Zermatt* deseaban dejar a Fritz el placer de conducir allí a su nueva compañera.

La pinaza continuó, pues, siguiendo el litoral hasta la desembocadura del arroyo de los Chacales. Cuando tocaba en la entrada de la bahía del Salvamento, fue recibida con tres salvas, disparadas por la batería del islote del Tiburón. Al mismo tiempo Fritz y François izaban el pabellón blanco y rojo en honor de la joven.

Contestada esta salva por los dos cañones de la pinaza, *monsieur Zermatt* arribó en el momento en que Fritz y François desembarcaban del kayak. Reunida la familia, subió por la playa para llegar a Felsenheim.

¡Qué admiración experimentó Jenny al penetrar en la fresca y verde galería, y al ver la disposición y el mueblaje de las diversas habitaciones! Esta admiración creció al ver la mesa preparada por Fritz y su hermano, la vajilla de loza, las tazas de bambú, los platos de nuez de coco, las copas de huevos de avestruz, junto a los utensilios de origen europeo, provenientes del *Landlord*. La comida se componía de pescado fresco, ave asada, jamón de pécarí y varias frutas, que la hidromiel y el vino de Canarias regaron agradablemente.

El puesto de honor fue reservado a Jenny Montrose, entre *monsieur y madame Zermatt*. De los ojos de la joven brotaron nuevas lágrimas de ternura y alegría cuando sobre una banderola, adornada con flores, colocada sobre la mesa, leyó estas palabras:

«¡Viva Jenny Montrose! ¡Bendita sea su llegada al domicilio del Robinsón suizo!»

Entonces la joven refirió su historia.

Jenny era la única hija del mayor William Montrose, oficial de la armada de las Indias, donde, aún muy niña, había seguido a su padre de guarnición en guarnición. Huérfana de madre a la edad de siete años, fue educada con solicitud paternal, de forma que pudiera sostener las luchas de la vida si su único sostén llegaba a faltarle. Fue instruida en todo lo que una joven debe saber, formando gran parte su educación los ejercicios corporales, principalmente la equitación y la caza, para los cuales mostraba disposiciones poco comunes a su sexo.

A mediados del año 1812, el mayor Montrose, nombrado coronel, recibió orden

de volver a Europa a bordo de un barco de guerra encargado de repatriar a los veteranos de la armada indoinglesa. Llamado para mandar un regimiento en expedición lejana, todas las probabilidades eran que él no regresaría sino para recibir su retiro. De aquí la necesidad para su hija, joven de diecisiete años, de volver a su país natal, al lado de su tía, hermana del coronel, la que habitaba en Londres. Allí esperaba el regreso de su padre, que descansaría al fin de las fatigas de una vida por completo consagrada al servicio de las armas.

Como Jenny no podía embarcarse en el barco destinado para el transporte de las tropas, el coronel la confió, con la asistencia de una doncella, a un amigo suyo, el capitán Greenfield, que mandaba la *Dorcas*. Este navío partió algunos días antes que el que debía conducir al coronel.

La travesía fue mala desde el principio: al salir del golfo de Bengala, tempestades que se desencadenaron con violencia extraordinaria; después persecución por una fragata francesa, que obligó a la *Dorcas* a buscar refugio en el puerto de Batavia.

Cuando el enemigo abandonó aquellos parajes la *Dorcas* se hizo a la mar de nuevo, dirigiéndose al cabo de Buena Esperanza. El mal tiempo hizo difícil la navegación. Los vientos contrarios se mantuvieron con persistencia extraordinaria. La *Dorcas* tuvo que apartarse de su camino por efecto de una furiosa tempestad que venía del sudeste. Durante una semana el capitán Greenfield no pudo conocer su posición. Por último, sin que hubiera podido decir a qué parajes del océano Indico le había arrojado la tempestad, su navío, una noche, chocó contra un escollo.

A alguna distancia se alzaba una costa desconocida. La tripulación, arrojándose en una chalupa, procuró llegar a aquélla. Jenny Montrose, su doncella y algunos pasajeros se embarcaron en otro bote. El navío se hundía y era menester abandonarlo pronto.

Media hora después la segunda chalupa naufragaba, mientras la primera desaparecía entre las tinieblas.

Cuando Jenny se recobró del síncope que había sufrido se halló en una playa, donde el oleaje la había depositado, siendo probablemente la única sobreviviente del naufragio de la *Dorcas*.

¿Cuánto tiempo había transcurrido desde que la chalupa se hundió en la mar? La joven no podía decirlo. Verdadero milagro fue que conservara fuerzas bastantes para arrastrarse hasta una gruta, donde, después de haber comido algunos huevos, se durmió.

Al levantarse secó al sol el traje de hombre con que se había vestido en el momento del naufragio, para tener más libres los movimientos, y en uno de los bolsillos del mismo había un eslabón de metal, con el que pudo procurarse fuego.

En una excursión a lo largo de las playas del islote no vio a ninguno de sus compañeros. Sólo restos del navío, algunas piezas de madera, que Jenny utilizó como

combustible.

Era tal la energía física y moral de aquella joven, y el poder de su educación, casi viril, que la desesperación no entró en su alma. Organizó su instalación en la gruta. Algunos clavos arrancados de los restos de la *Dorcas* fueron sus únicas herramientas. Diestra de manos, y poseyendo el espíritu de la invención, supo fabricar diversos objetos de primera necesidad. Consiguió hacer un arco, y construir flechas, para dedicarse a la caza de pelo y pluma, bastante abundante en aquella parte de la costa, y subvenir a su diario sustento; y domesticó a algunos animales, entre ellos el chacal y el cormorán, que jamás la abandonaron.

En el centro del islote, al que el mar había arrojado a la náufraga, alzábase una gran montaña volcánica, cuyo cráter vomitaba vapores y llamas. Después de haber trepado hasta su cúspide, a un centenar de toesas sobre el nivel del mar, Jenny no consiguió distinguir ninguna tierra en el horizonte.

La Roca Humeante, de unas dos leguas de circunferencia, no presentaba hacia el este más que un estrecho valle, por el que se deslizaba un diminuto río. Algunos árboles de variadas especies, al abrigo de los malos vientos, la cubrían con su espeso ramaje. Sobre uno de ellos estableció Jenny su morada, como lo había hecho la familia Zermatt en Falkenhorst.

La caza en los alrededores del valle, la pesca en el río por medio de anzuelos, fabricados con clavos; los frutos de algunos árboles y varias cajas de conservas y barriles de vino arrojados al litoral durante los dos o tres días que siguieron al naufragio permitieron a Jenny añadir algo a las raíces y moluscos con que al principio se había alimentado.

¿Cuánto tiempo vivió así Jenny Montrose en la Roca Humeante?

Al principio no se dio cuenta del tiempo que transcurría. Sin embargo, recordando ciertos hechos y uniendo algunos datos pudo establecer un cálculo bastante aproximado de los meses transcurridos desde la pérdida de la *Dorcas*. Unos dos años y medio pensaba que había durado su estancia en el sitio indicado, y no se equivocaba.

Durante este largo tiempo, ni un solo día dejó la joven de interrogar con la mirada al horizonte. ¡Jamás una vela se destacó sobre el fondo del cielo! Cuando éste estaba despejado, desde lo más alto de la isla le parecía distinguir tierra en dirección este... Mas ¿cómo franquear la distancia que de ella la separaba? ¿Qué tierra era?

A aquella latitud de la zona intertropical el frío no era temible, pero Jenny sufrió bastante en la estación de las lluvias. Refugiada en el fondo de la gruta, de donde no podía salir para pescar o cazar, la cuestión de la alimentación era difícil. Felizmente, con huevos, muy abundantes entre las rocas, y con moluscos, amontonados al pie de la gruta, y con las frutas conservadas para aquel período, su existencia quedó asegurada.

Más de dos años habían transcurrido cuando tuvo la idea —una inspiración del cielo— de atar a la pata de un albatros, del que se había apoderado, un escrito que daba a conocer su abandono sobre la Roca Humeante. No podía indicar el sitio en que ésta se encontraba. Así que dio libertad al pájaro, éste tendió el vuelo hacia el nordeste; y... ¿qué probabilidad existía de que volviese a la Roca Humeante?

Transcurrieron algunos días sin que el pájaro apareciera. La tenue esperanza que la joven había puesto en aquella tentativa, desvanecía poco a poco. Sin embargo, no quiso entregarse a la desesperación. Puesto que el socorro que aguardaba no venía por aquel camino, vendría por otro.

Tal fue la relación que Jenny hizo a la familia Zermatt. Durante ella más de una vez corrieron lágrimas, pues era imposible oírla sin conmoverse. ¡Cuántos besos prodigó Betsie a su nueva hija para secar el llanto que ésta vertía!

Quedaba por saber cómo Fritz había descubierto la Roca Humeante.

Ya se ha dicho que cuando la chalupa salió de la bahía de las Perlas, Fritz, que la precedía en su kayak, previno a su padre, por medio de una carta, de su intención de ir en busca de la joven inglesa. Así es que, después de pasar la arcada, en vez de seguir la costa al este, se alejó en sentido opuesto. El litoral estaba sembrado de arrecifes y bordeado de enormes rocas. A lo lejos se amontonaban algunos árboles tan hermosos como los de Waldegg o Eberfurt. Numerosos ríos iban a verter sus aguas en el fondo de pequeñas bahías. La costa del noroeste no se parecía a la que se desarrollaba entre la bahía del Salvamento y la bahía de los Nautilos.

El calor, muy intenso durante esta primera jornada, obligó a Fritz a desembarcar para buscar un poco de sombra. Tomó algunas precauciones, pues varios hipopótamos que estaban en la desembocadura de los ríos hubiesen fácilmente hecho pedazos el kayak.

Después de llegar a la orilla de un bosque espeso, Fritz arrastró su barca al pie de un árbol, y, lleno de fatiga, durmióse con profundo sueño.

Al siguiente día continuó su navegación hasta las doce de la mañana. En la escala que a esta hora hizo, el atrevido joven tuvo que rechazar la acometida de un tigre, al que hirió en el lomo, mientras el águila pretendía sacar los ojos a la fiera. Dos pistoletazos le hicieron caer muerto.

¡Pero qué disgusto para Fritz! El águila, con el vientre abierto por un zarpazo del tigre, no respiraba. Fue preciso enterrar a la pobre *Blitz* en la arena, y Fritz volvió a embarcarse, inconsolable por haber perdido a su fiel compañera de caza.

Este segundo día había sido empleado en seguir los contornos del litoral. Ningún vapor lejano indicaba la presencia de la Roca Humeante. La mar estaba serena. Fritz resolvió alejarse a fin de ver si alguna humareda se alzaba al horizonte del sudoeste. Lanzó, pues, su kayak en esta dirección. Su pequeña vela se hinchaba con el fresco viento que venía de tierra. Después de horas de navegación, se aprestaba a cambiar de

rumbo cuando creyó entrever un ligero vapor...

Entonces Fritz olvidó sus fatigas, la ansiedad que su prolongada ausencia causaría en Felsenheim, los riesgos que tenía que correr tan lejos en alta mar. Con la ayuda de los remos el kayak voló por la superficie de las olas. Una hora después se encontraba a seis cables de una isla dominada por un monte volcánico, del que salían humo y llamas.

La parte oriental de la isla parecía árida. Rodeándola Fritz, vio que estaba cortada por la desembocadura de un río.

El kayak fue arrastrado al fondo de una estrecha ensenada y depositado en la arena.

A la derecha se abría una gruta, a cuya entrada una criatura humana dormía profundamente.

¡Con qué emoción contempló Fritz a la pobre abandonada!

Era ésta una joven de diecisiete o dieciocho años, vestida con traje de grosera tela proveniente de la vela de un navío, pero limpio y no mal hecho. Sus facciones eran encantadoras; su rostro, de infinita dulzura. Fritz no se atrevía a despertarla, a pesar de que al despertar la esperaba la salvación.

Al fin la joven abrió los ojos. La presencia de un extraño le hizo lanzar un grito de sorpresa y de espanto. Fritz la tranquilizó con un gesto, y le dijo en inglés:

—Nada temáis, miss... No trato de haceros daño alguno. Vengo a salvaros.

Y antes de que ella pudiera responderle, él refirió cómo un albatros había caído en sus manos, y que el animal llevaba un escrito en que se pedía auxilio para la inglesa de la Roca Humeante. Añadió que algunas leguas al este había una tierra donde vivía una familia de náufragos.

Entonces, después de haberse arrodillado para dar gracias a Dios, la joven tendió a Fritz sus manos y le expresó su reconocimiento. En seguida refirió su historia a grandes rasgos, e invitó a Fritz a visitar su miserable alojamiento.

Fritz aceptó a condición de no emplear mucho tiempo en la visita, pues deseaba conducir a la inglesa cuanto antes a Felsenheim.

—Mañana —respondió ella—. Mañana partiremos, Fritz. Dejarme pasar esta noche en la Roca Humeante, puesto que jamás volveré a verla.

—Mañana, pues —respondió el joven.

Y uniendo a las provisiones de Jenny las que el kayak llevaba, ambos hicieron una comida, durante la cual se refirieron su extraordinaria historia.

Después de rezar sus oraciones, Jenny se retiró al fondo de la gruta, mientras Fritz se acostaba a la entrada como un fiel perro guardián.

Al día siguiente, al amanecer, fueron embarcados en el kayak los objetos que Jenny no quería abandonar, sin olvidar su cormorán y su chacal. La joven, que se había puesto su traje de hombre, tomó asiento en la popa de la barca. La vela fue

izada, hicieron funcionar los remos, y una hora después los últimos vapores de la Roca Humeante se perdían en el horizonte.

Fritz contaba con hacer directamente el camino al cabo de la Esperanza Perdida; pero el kayak, cargado con excesivo peso, chocó contra una roca y hubo necesidad de hacer en él algunas reparaciones. Fritz entró, pues, en la bahía de las Perlas, y condujo a su compañera a un islote donde la pinaza fue a recogerla.

Tal fue el relato de Fritz.

La vida siguió su curso habitual, tanto en Falkenhorst como en Felsenheim, vida aún más feliz desde que Jenny Montrose formaba parte de aquella honrada y laboriosa familia. Transcurrían los días muy ocupados con el cuidado de las granjas y el de los animales. Al presente, una hermosa fila de árboles frutales se extendía desde el arroyo de los Chacales hasta Falkenhorst. Se hermosteó Waldegg, Zuckertop, Eberfurt y Prospect-Hill. ¡Qué horas más deliciosas pasaban en esta quinta, formada con cañas de bambú, al estilo de los chalets suizos! Desde la cúspide de la colina la mirada podía extenderse, por una parte, sobre una gran porción de la Tierra Prometida, y por otra, sobre un horizonte de ocho a nueve leguas, limitado por la línea del cielo y del agua.

Llegó la estación de las lluvias, que el mes de junio trajo en gran abundancia. Fue preciso dejar Falkenhorst para volver a Felsenheim. Eran siempre dos o tres meses bastante penosos; tristes sobre todo por la continuidad del mal tiempo. Algunas excursiones a las granjas, exigidas por el cuidado de los animales, algunas cacerías que llevaban a Fritz y a Jack a los alrededores de Felsenheim... A esto se reducían las ocupaciones.

Sin embargo, aquella familia no permanecía ociosa. Los trabajos adelantaban bajo la dirección de *madame* Zermatt. Jenny la ayudaba aportando toda su ingeniosa actividad de anglosajona, que difería del método suizo, algo más rutinaria. La joven estudiaba la lengua alemana con *monsieur* Zermatt, y la familia la inglesa, que Fritz habló corrientemente al cabo de algunas semanas. ¿Cómo no había de hacer progresos con una profesora cuyas lecciones le eran tan agradables?

No se lamentaban, pues, mucho de los largos días de la estación lluviosa. La presencia de Jenny daba a las veladas un nuevo encanto. Nadie manifestaba deseos de retirarse a su cuarto. *Madame* Zermatt y Jenny trabajaban en la costura, a no ser cuando la joven, que poseía voz encantadora, accediendo de buen grado a las instancias de la familia, cantaba algo. Aprendió varias de esas canciones helvéticas, de esas melodías de las montañas que no envejecen. ¡Y qué entusiasmo producían al salir de su boca! Tras la música venía la lectura confiada a Ernest, y parecía que la hora del reposo llegaba siempre demasiado pronto.

Seguramente en este ambiente de familia, *monsieur* Zermatt, su mujer y sus hijos eran tan felices como es posible serlo. Verdad que los temores del porvenir, la

eventualidad de que la salud faltase, y en fin, el recuerdo de su país turbaban a veces esta dicha. Además, a Jenny se le oprimía el corazón cuando pensaba en su padre. Desde hacía más de dos años el coronel Montrose debía de estar de regreso en Londres, donde en vano esperaba a su hija. Del navío que debía llevarla allí, la *Dorcas*, no se tenían noticias, y lo presumible era que hubiera naufragado en algún ciclón de las Indias. En fin, ¿puede ser completa la dicha de los que viven en el aislamiento, sin relaciones con sus semejantes? ¿Qué eran, en suma, los habitantes de la Nueva Suiza sino los náufragos del *Landlord*?

Ya se sabe qué inesperado acontecimiento había modificado tan profundamente aquella situación.

VI

DESPUÉS DE LA PARTIDA - LO CONOCIDO DE LA NUEVA SUIZA - LA FAMILIA WOLSTON - PROYECTO DE NUEVAS INSTALACIONES - CONSTRUCCIÓN DE UN CANAL ENTRE EL ARROYO DE LOS CHACALES Y EL LAGO DE LOS CISNES - FIN DEL, AÑO 1816.

Durante los primeros días que siguieron a la partida de la *Licorne*, profunda tristeza reinó en Felsenheim. ¿Cómo no? Parecía que la mala suerte había caído sobre aquel modesto rincón, colmado hasta entonces de los favores de la providencia. *Monsieur y madame* Zermatt no se consolaban de haber dejado partir a sus dos hijos, proyecto que, sin embargo, no hubiera sido razonable rechazar, que exigían las circunstancias y cuya realización nada permitía suspender o retardar.

Pero no se puede pedir al corazón de un padre o de una madre lo que no puede dar. Fritz, el atrevido joven, no estaba allí; Fritz, el brazo derecho de la familia, que veía en él a su futuro jefe. Ausente también François, que seguía los pasos de su hermano mayor. Verdad que quedaban Ernest y Jack. El primero no había abandonado el estudio, y merced a excelentes lecturas, su instrucción era tan seria como práctica. El segundo participaba de las aficiones de Fritz, la caza, la pesca, la equitación y la navegación, y deseoso de descubrir los últimos secretos de la Nueva Suiza, reemplazaría a su hermano en sus aventuradas excursiones. En fin, tampoco estaba allí la encantadora y adorada Jenny Montrose, cuya ausencia Betsie lamentaba como la de una hija. Hería el corazón ver sus cuartos vacíos, vacíos también sus puestos en la mesa, en la sala donde se reunían todas las noches. ¡Parecía que todas las dichas de aquel bogar, enfriado por la separación, se habían extinguido como fuego que no anima el soplo familiar!

Todos volverían, sin duda, y entonces se olvidarían el disgusto de la partida y las tristezas de la ausencia. Volverían, y nuevos amigos con ellos; el coronel Montrose, que no querría separarse de su hija después de habérsela dado como esposa al que la salvó; Doll Wolston, su hermano James, su mujer y su hijo, que sin pena se instalarían con los suyos en aquella tierra, y, en fin, algunos emigrantes no tardarían en poblar la lejana colonia de la Gran Bretaña.

Sí; transcurrido un año a lo más, un hermoso día, a lo lejos del cabo de la Esperanza Perdida, aparecería un navío viniendo del oeste y no para desaparecer al norte o al este. Maniobraría en forma de entrar en la bahía del Salvamento. Este barco

sería probablemente la *Licorne*, pero fuera el que fuera, traería a bordo al coronel Montrose y a su hija, a Fritz y François, y a los hijos de *mister* y *mistress* Wolston.

Así pues, la situación había cambiado en un todo. Los huéspedes de la Nueva Suiza no eran ya aquellos náufragos del *Landlord* que habían encontrado refugio en una costa desconocida, sin más esperanza que la casualidad de recibir un socorro que a menudo no viene jamás. La situación geográfica de esta tierra era ahora conocida en longitud y latitud. El teniente Littlestone poseía los datos precisos y los comunicaría al almirantazgo, que dictaría las órdenes necesarias para la toma de posesión. Había un lazo de miles de leguas que se extendía desde la popa de la corbeta y que unía la Nueva Suiza al antiguo continente; lazo que nadie podría romper.

Cierto que no se conocía aún más que una parte de su costa septentrional, todo lo más 15 o 16 leguas del litoral comprendido entre la bahía de Licorne y los parajes situados al este de la Roca Humeante. Ni la pinaza ni el kayak habían recorrido en toda su extensión las tres profundas bahías del Salvamento, los Nautilos y las Perlas.

Durante los once años transcurridos, *monsieur* Zermatt y sus hijos no habían pasado más allá del murallón de rocas del desfiladero de Cluse, limitándose a seguir el valle Grünthal sin franquear las alturas opuestas.

Se recordará que la partida de la *Licorne* no había disminuido el número de los huéspedes de Felsenheim, gracias a la presencia de la familia Wolston.

Mister Wolston, de cuarenta y cinco años de edad, era hombre de fuerte constitución. Debilitado por unas fiebres adquiridas en Nueva Gales del Sur, en Australia, la salubridad del clima de la Nueva Suiza y los cuidados que se le prodigarían le harían recobrar pronto la salud. Sus conocimientos y experiencia como mecánico constructor serían de gran utilidad, y *monsieur* Zermatt se proponía mejorar los trabajos en proyecto. Pero antes de emprenderlos se esperaría a que *mister* Wolston se restableciese. Ernest se sintió atraído hacia *mister* Wolston por cierta conformidad de gustos y caracteres.

Mistress Merry Wolston era algo más joven que Betsie Zermatt. Estas dos mujeres debían simpatizar, y su amistad debía aumentar con el trato. Nada de frivolidad en sus almas, los mismos instintos de orden y actividad, igual cariño por sus maridos e hijos. Los cuidados de la casa las ocuparían en Felsenheim, y ellas se distribuirían el trabajo durante las visitas a las granjas de Waldegg, de Eberfurt y de Zuckertop.

Annah Wolston era una joven de diecisiete años. Su salud estaba quebrantada como la de su padre, y la estancia en la Tierra Prometida le haría seguramente mucho provecho, robusteciendo su cuerpo y dando color a sus mejillas, algo pálidas. Rubia, bonita, de ojos azules y aspecto elegante, prometía convertirse en una robusta y agradable joven. ¡Qué contraste entre ella y su hermana Dolí, de catorce años y risa fresca y sonora que hubiera alegrado todos los cuartos de Felsenheim! Siempre

cantando, siempre hablando... ¡Pero ya volvería aquel pajarillo encantado tras algunos meses, muy largos sin duda, y toda aquella gente se contagiaría con la alegría de la jovenzuela!

En fin, dejando a un lado la natural tristeza de la separación, convenía ocuparse en ensanchar la casa de Felsenheim, casa que resultaría insuficiente al regreso de la *Licorne*. No contando más que con el coronel Montrose y Jenny, con Fritz, François, con James Wolston, su hermana y su hijo, no podrían alojarse allí a menos de hacer grandes modificaciones. Si les acompañaban algunos colonos sería preciso construir alojamientos nuevos, para lo que no faltaría espacio, ya en la orilla izquierda del arroyo de los Chacales o en el litoral, subiendo hacia la bahía de los Flamencos, ya a lo largo del sombrío camino que iba de Felsenheim a Falkenhorst.

Entre *monsieur* Zermatt y *mister* Wolston hubo con este motivo frecuentes conversaciones, en las que Ernest tomaba siempre parte, siendo sus proposiciones dignas de ser atendidas.

Durante este tiempo, Jack, encargado él solo de las funciones que en otra época desempeñaba con su hermano mayor, no cesaba de trabajar. Seguido de sus perros *Braun* y *Falb* recorría diariamente los bosques y llanuras donde abundaba la caza de pelo y pluma. Registraba los pantanos donde los ánades y chochas permitían variar la comida habitual, sin hablar de las aves de corral. *Coco*, el chacal de Jack, rivalizaba con los perros, de los que era compañero en estas excursiones cinegéticas. El joven cazador cabalgaba ya sobre su onagro, que justificaba de maravilla su nombre de *Pieligero*, ya en su avestruz *Brausewind* o en el búfalo *Sturm*, que pasaba como el huracán a través de los bosques. Se le había recomendado que jamás se aventurase fuera de los límites de la Tierra Prometida, ni franquease el desfiladero de Cluse, donde podría exponerse a algún encuentro con las fieras. A instancias de su madre, el audaz cazador había prometido no prolongar su ausencia más que durante el día y estar de regreso para la comida de la noche.

Pero, no obstante tal promesa, Betsie no disimulaba sus temores cuando le veía desaparecer con la rapidez de una flecha tras los primeros árboles de Felsenheim.

Ernest prefería a los ejercicios de la caza las tranquilas ocupaciones de la pesca. Instalábase, ya en las orillas del arroyo de los Chacales, ya al pie de las rocas de la bahía de los Flamencos. Los crustáceos, moluscos y peces variados abundaban allí, como salmones, cangrejos, ostras, langostas y otros. Algunas veces, Annah Wolston le acompañaba, lo que no agradaba mucho al joven.

Annah Wolston cuidaba del cormorán y del chacal de la Roca Humeante que Jenny, al partir, le había confiado, y puede decirse que estaban en buenas manos. A su regreso, Jenny encontraría en perfecto estado de salud a sus dos compañeros, que tenían libertad completa para andar a su placer por todo el cercado de Felsenheim. Verdad es que si el cormorán había acabado por entenderse bien con sus

compañeros del corral, no le sucedía lo mismo al chacal con el de Jack, a pesar de los esfuerzos de éste para que fueran amigos. Mostrábanse celosos el uno del otro y no economizaban sus coces.

—¡Renuncio a ponerlos de acuerdo —dijo un día a Annah— y os los abandono!

—Contad conmigo —respondió Annah—. Con un poco de paciencia tal vez conseguiré inspirarles mejores sentimientos.

—Ensayadlo, pues, mi querida Annah... Entre chacales se debería ser buenos camaradas...

—Me parece también, Jack, que vuestro mono...

—¿*Knips II*...? ¡Oh...! Éste no desea más que morder al protegido de Jenny...

Knips II parecía efectivamente mostrar malas disposiciones por el recién venido, y por domesticadas que estas bestias estuvieran, la armonía entre ellas sería difícil.

Así transcurrían los días. Betsie y Merry no tenían momento libre. En tanto que *madame Zermatt* repasaba la ropa, *mistress Wolston*, habilísima modista, confeccionaba trajes nuevos con las telas conservadas cuidadosamente desde el naufragio del *Landlord*.

El tiempo era magnífico; aún soportable el calor. El viento venía de tierra por la mañana; de la mar por la tarde. Las noches seguían tranquilas y frescas. La última semana de octubre, el abril de las latitudes septentrionales, iba a dejar el campo al mes de noviembre, mes de primavera en el otro hemisferio.

Las visitas a las granjas, ya a pie, ya en el carro arrastrado por búfalos, eran frecuentes. Generalmente Ernest montaba en el asno y Jack en el avestruz. Estos paseos eran muy beneficiosos para la salud de *mister Wolston*. Los accesos de fiebre sólo de tarde en tarde reaparecían y con poca intensidad. Para ir desde Felsenheim a Falkenhorst se seguía el hermoso camino plantado desde hacía diez años y sombreado por los castaños, nogales y cerezos. A veces la parada en la casa aérea se prolongaba durante veinticuatro horas, con gran contentamiento de ambas familias. La casa quizás era algo pequeña al presente, pero en opinión de *mister Wolston* no se debía pensar en ensancharla. *Monsieur Zermatt* le respondió un día:

—Tenéis razón, mi querido *mister Wolston*. Habitar entre las ramas de un árbol es bueno para Robinsones, que en primer lugar tienden a buscar refugio contra las fieras; y esto es lo que nosotros hicimos al principio de nuestra estancia en la isla. Pero, al presente, somos colonos... verdaderos colonos...

—Además —respondió *mister Wolston*— es preciso pensar en el regreso de nuestros hijos, y no tenemos más tiempo que el preciso para poner Felsenheim en estado de albergar a todos.

—Sí —dijo Ernest—. Si hay que agrandar algo es Felsenheim. ¿Dónde podríamos hallar más segura morada durante la estación de las lluvias?

Soy de la opinión de *mister Wolston*. Falkenhorst ha llegado a ser insuficiente, y

en el verano creo que convendría más instalarse en Waldegg o en Zuckertop.

—Yo preferiría Prospect-Hill —dijo *madame* Zermatt—. Llevando allí lo necesario sería fácil...

—¡Excelente proyecto! —exclamó Jack—. En Prospect-Hill el paisaje es delicioso y la vista se extiende sobre la mar hasta la bahía del Salvamento... Esta colina está indicada para construir una quinta.

—O un fuerte —respondió *monsieur* Zermatt—. Un fuerte que dominaría esta punta de la playa.

—¿Un fuerte? —respondió Jack.

—¡Ah, hijo mío! Es preciso no olvidar que la Nueva Suiza va a convertirse en posesión inglesa, que los ingleses tendrán interés en fortificar. La batería del islote del Tiburón es insuficiente para defender la futura ciudad, que probablemente será fundada entre la bahía de los Flamencos y Felsenheim. Me parece, pues, indispensable que la colina de Prospect-Hill sirva en tiempo muy próximo para el establecimiento de un fuerte.

—Prospect-Hill... o algo más adelante, sobre el cabo de la Esperanza Perdida —dijo entonces *mister* Wolston—. En este caso la quinta podría ser conservada...

—Preferiría eso —declaró Jack.

—Y yo —añadió *madame* Zermatt—. Procuremos guardar los recuerdos de nuestros primeros días... ¡Qué disgusto si Prospect-Hill o Falkenhorst desaparecieran!

El sentimiento de Betsie era muy natural, pero la situación había cambiado. Mientras la Nueva Suiza no pertenecía más que a los naufragos del *Landlord*, no se había tratado nunca de ponerla en estado de defensa. Pero cuando perteneciera a Inglaterra, sería preciso establecer baterías en la costa. En suma: las consecuencias del arribo de la *Licorne* a la Nueva Suiza ¿eran de lamentar por los primeros ocupantes de ésta?

—No —concluyó *madame* Zermatt—; y dejemos que el porvenir traiga las modificaciones que deba traer.

Otros trabajos había más importantes que las reparaciones de Falkenhorst y Prospect-Hill. Se acercaba la época de enterrar las cosechas, sin hablar del cuidado de los animales de Waldegg, Eberfurt y Zuckertop.

Entre paréntesis. En su primera visita al islote de la Ballena, *monsieur* Zermatt y *mister* Wolston quedaron sorprendidos del extraordinario número de conejos que encerraba. Veíanse por centenares. Afortunadamente el islote producía bastantes plantas herbáceas y raíces para asegurar la alimentación de aquellos roedores. Puesto que *monsieur* Zermatt había donado aquel islote a la hija del coronel Montrose, ésta, a su regreso, lo encontraría en plena prosperidad.

—Habéis procedido cuerdamente encerrando aquí vuestros conejos —había dicho

mister Wolston—. Algún día habrá millares de ellos y os hubieran destrozado los campos de la Tierra Prometida. En Australia, de donde yo vengo, estos animales amenazan con llegar a ser un azote peor que la langosta en África, y si no se toman las más severas medidas contra ellos, la tierra australiana será roída en toda su superficie.^[3]

En los últimos meses de aquel año de 1816 se notó más de una vez la falta de Fritz y François, aunque la familia Wolston no regatease su trabajo. La época de la recolección era siempre de gran faena; era preciso emplear grandes esfuerzos para la conservación del maíz y de la yuca, de considerable rendimiento, lo mismo que para el arrozal situado más allá del pantano vecino a la bahía de los Flamencos. También la recolección de los árboles europeos e indígenas, tales como los bananos, guayabos, cacao, canelos y otros exigían una labor continua, así como la extracción y la manipulación del sagú, y, en fin, la recolección de los cereales, trigo, cebada, arroz, alforfón, y la corta de las cañas de azúcar, tan abundante en la granja de Zuckertop.

Era gran trabajo para los cuatro hombres, a los que las tres mujeres ayudaban animosamente. Y dentro de algunos meses sería preciso volver a empezar, pues el poder vegetativo de aquel suelo era tan grande, que dos cosechas al año no lo quebrantaban.

Por otra parte, era preciso que *madame Zermatt*, *mistress Wolston* y *Annah* no abandonasen sus ocupaciones del interior, limpieza, lavado, preparación de las comidas, etc., razón por la cual, mientras *mister Wolston*, *monsieur Zermatt* y sus dos hijos iban a trabajar al campo, ellas trabajaban en Felsenheim.

Por mucha que fuera la fertilidad del suelo de Tierra Prometida, podía, sin embargo, acontecer que la cosecha se comprometiese por exceso de sequedad durante el verano. Faltábale un sistema de riego bien dispuesto.

No existían más cursos de agua que los arroyos de los Chacales y de Falkenhorst al este, y al oeste el río Oriental, que desembocaba en el extremo sur de la bahía de los Nautilus. Esta falta de agua había llamado la atención de *mister Wolston*, y un día, el 9 de noviembre, después de la comida del mediodía, llevó la conversación a tan importante asunto.

—Nada más fácil —dijo— que establecer una rueda hidráulica, utilizando la cascada del arroyo de los Chacales, a media legua más arriba de Felsenheim. En el material que habéis retirado del *Landlord* están las dos bombas del barco. Una vez establecida la rueda, podrían imprimirle movimiento con fuerza bastante y elevar las aguas a un depósito, extendiéndolas por conductos hasta los campos de Waldegg y de Zuckertop.

—Pero ¿cómo fabricar esos conductos? —preguntó Ernest.

—Haríamos en grande lo que ya habéis hecho en pequeño para conducir las aguas del arroyo de los Chacales a la huerta de Felsenheim —respondió *mister Wolston*—.

En vez de emplear los bambúes emplearíamos troncos de sagú vacíos, y tal instalación no sería cosa superior a nuestras fuerzas.

—Perfectamente —dijo Jack—. Pero cuando hayamos hecho más fértiles nuestras tierras, éstas producirán más, y no sabremos qué hacer con nuestras cosechas, pues aún no hay mercado en Felsenheim.

—Habrá uno, Jack —respondió *monsieur* Zermatt—, como más tarde habrá una ciudad, y después varias, no solamente en Tierra Prometida sino en toda la Nueva Suiza. Es de esperar, hijo mío.

—Y cuando hay ciudades —añadió Ernest—, es que hay habitantes, a los que es preciso asegurar el sustento. Conviene, pues, obtener del suelo cuanto puede dar.

—Lo obtendremos —dijo *mister* Wolston— gracias a ese sistema de riego, que yo estudiaré con el debido detenimiento.

Jack guardó silencio sin quedar convencido. Le agradaba poco que la colonia inglesa contase algún día con numerosa población, indudablemente de origen diverso; y al leer en el fondo del corazón de *madame* Zermatt, tal vez se hubiera visto igual disgusto que en el de su hijo.

Fuera como fuera, en las escasas horas de vagar que les dejaban los trabajos del campo, *mister* Wolston, *monsieur* Zermatt y Ernest estudiaron la cuestión del riego, cuya idea había emitido el mecánico. Después de haber trazado las líneas y niveles, se reconoció que la disposición del suelo se prestaba al establecimiento de un canal.

Efectivamente; a un cuarto de legua al sur de Waldegg estaba el lago de los Cisnes, que las lluvias llenaban en la mala estación, pero cuyo nivel descendía hasta ser inutilizable durante la época de sequía. Los regatos que entonces se practicaran no hubieran permitido la corrida de las aguas demasiado bajas. Pero si mediante un préstamo, por así decirlo, del arroyo de los Chacales se conseguía mantener el lago en constante lleno, sería fácil verter las aguas por las tierras vecinas, llevando a ellas, con un sistema de derivación bien entendido, nuevos elementos de fertilidad.

Verdad es que la distancia entre la cascada y el extremo sur del lago era de más de una legua, y significaba gran trabajo extender un conducto por toda esta extensión. ¡Cuántos troncos de sagú hubiera sido preciso derribar!

Por fortuna, un nuevo estudio del terreno hecho por Ernest y *mister* Wolston demostró que se podía reducir mucho la longitud de los conductos.

He aquí lo que una noche dijo Ernest estando reunidas las dos familias en la sala después de un día bien empleado, tanto fuera como en el interior de la casa.

—Padre, *mister* Wolston y yo hemos determinado la disposición del terreno. Bastará con elevar las aguas del arroyo de los Chacales a una altura de 30 pies para conducir las por un espacio de 200 toesas al sitio en que el suelo empieza su pendiente hacia el lago de los Cisnes. Desde este sitio una zanja canalizará el agua y la verterá directamente en el lago.

—Bien —dijo *monsieur Zermatt*—. En esas condiciones se simplificará mucho el trabajo.

—Y entonces —añadió *mister Wolston*— el lago de los Cisnes servirá de depósito para regar los campos de Waldegg, de Zuckertop y aun los de Eberfurt. Además, no enviaremos más que el agua precisa para el riego, y en caso de que rebasase se llevaría fácilmente hacia la mar.

—Comprendido —dijo *monsieur Zermatt*—, y terminado el canal tendremos derecho al agradecimiento de los futuros colonos.

—Pero no al de los antiguos, que se contentaban con lo que les daba la naturaleza —observó Jack—. ¡Pobre arroyo de los Chacales! Se le va a robar parte de su caudal..., ¡y todo esto para enriquecer a gentes a quienes ni aun conocemos!

—Decididamente, Jack no está por la colonización —dijo *mistress Wolston*.

—¿Qué podríamos desear más que ver a nuestras dos familias instaladas en este distrito con su existencia asegurada?

—¡Bien! Ya se modificarán las ideas de Jack con las mejoras que vais a implantar —dijo Annah Wolston.

—¿Y cuándo comenzará ese gran trabajo? —preguntó Betsie.

—Dentro de unos días, querida mía —respondió *monsieur Zermatt*—. Terminada nuestra primera recolección, tendremos tres meses disponibles.

Desde el 15 de noviembre hasta el 20 de diciembre hubo, pues, laboriosa ocupación. Fue preciso hacer numerosos viajes a Prospect-Hill para derribar varios centenares de sagúes de los bosques vecinos. No fue difícil vaciarlos, y su sustancia se recogía cuidadosamente en barriles de bambú. El acarreo de estos troncos constituyó realmente la parte más penosa del trabajo, que tocó a *monsieur Zermatt* y a Jack, ayudados por los dos búfalos, el onagro y el asno, que arrastraban una especie de carro del género de los que más tarde se debía hacer uso en toda Europa. Ernest fue el que tuvo la idea de suspender las pesadas piezas en el eje de las ruedas del carro desmontadas. De este modo los troncos sólo por uno de sus extremos rozaban el suelo y su transporte se efectuó en buenas condiciones.

Todos, incluso los búfalos, onagro y asno, tuvieron que trabajar de firme, tanto, que un día Jack dijo:

—Es lástima, padre, que no dispongamos de un par de elefantes. ¡Cuántas fatigas se economizarían a nuestras pobres bestias!

—Pero no a esos dignos paquidermos, que a su vez se convertirían en nuestras pobres bestias —respondió *monsieur Zermatt*.

—¡Bah! Los elefantes tienen gran vigor y arrastrarían esos troncos como si fueran cerillas... Puesto que en la Nueva Suiza existen, podríamos...

—No deseo yo que esos animales penetren en nuestro distrito de Tierra Prometida. ¡Pronto pondrían nuestros campos en tristísimo estado...!

—Sin duda, padre; pero si se presentase la ocasión de encontrarlos en las llanuras de la bahía de las Perlas o en el valle de Grünthal...

—La aprovecharíamos —respondió *monsieur* Zermatt—. Sin embargo, no hagamos nada por buscar esa ocasión... Es lo más prudente.

Mientras *monsieur* Zermatt y su hijo se dedicaban a estos numerosos acarreos, *mister* Wolston y Ernest se ocupaban en instalar la máquina elevadora. En la fabricación de la rueda hidráulica desplegó el mecánico gran habilidad. Ernest, entusiasta aficionado a la mecánica, siguió aquellas operaciones con gran interés, aprovechando las lecciones de *mister* Wolston.

La rueda fue instalada al pie de la cascada del arroyo de los Chacales, de forma que pusiera en movimiento las bombas del *Landlord*. El agua, elevada a 30 pies, sería almacenada en un depósito abierto entre las rocas de la orilla izquierda, en el que embocarían los conductos de sagú; los primeros no tardaron en ser colocados.

El trabajo se hizo con regularidad y método, y el 20 de diciembre estaba terminado, comprendida la zanja abierta en el suelo hasta el extremo sur del lago de los Cisnes.

—¿Haremos fiesta inaugural? —preguntó aquella noche Annah Wolston.

—Así lo creo —respondió Jack—. ¡Lo mismo que si se tratase de inaugurar un canal en nuestra vieja Suiza! ¿No es verdad, madre?

—Como queráis, hijos míos —respondió Betsie.

—Así será —dijo entonces *monsieur* Zermatt—. La fiesta comenzará mañana, poniendo en movimiento nuestra máquina.

—¿Y cómo terminará? —preguntó Ernest.

—Con una excelente comida en honor de *mister* Wolston.

—Y de vuestro hijo Ernest —dijo *mister* Wolston—, que sólo elogios merece por su celo e inteligencia.

—Vuestras alabanzas me producen extraordinario placer —respondió el joven—; pero yo tenía buen maestro.

Al siguiente día, a las diez, y en presencia de las dos familias, reunidas junto a la cascada, se efectuó la inauguración del canal. La rueda, movida por el agua, dio vueltas con regularidad; las dos bombas funcionaron, y el agua penetró en el depósito, que se llenó en hora y media. Levantadas las compuertas, el agua corrió por el conducto en una distancia de 200 toesas.

Las dos familias se dirigieron a este sitio, y cuando los primeros chorros de agua inundaron el canal, los espectadores batieron palmas. Después que Ernest arrojó una pequeña boya, las dos familias subieron en el carro que esperaba en aquel sitio, y que tomó el camino del lago de los Cisnes precedido por Jack, que montaba en su avestruz.

Marchó el carro a tan buen paso, que aunque tuvo que dar alguna vuelta, llegó a

la extremidad del canal en el mismo instante en que la boya derivaba a la superficie del lago.

Grandes vivas la saludaron. El trabajo estaba terminado. Bastaría practicar algunas brechas en las orillas para que el agua, aun en las épocas de mayor sequía, regase todo el campo vecino durante el verano.

Tres meses habían transcurrido desde la partida de la *Licorne*. Si no sobrevenía algún retraso, el navío debía reaparecer dentro de nueve meses. Ni un día había pasado sin que se hablase de los ausentes. Se les seguía en su viaje. En tal fecha habrían llegado al cabo de Buena Esperanza, donde James Wolston esperaba a su hermana Dolí... En tal otra la corbeta remontaba el Atlántico a lo largo de la costa africana... Hoy llegaba a Portsmouth... Jenny, Fritz y François desembarcaban y llegaban a Londres... En este punto el coronel Montrose recibía en sus brazos a la hija que no esperaba volver a ver, y con ella al que la había recogido en la Roca Humeante..., y al que recibía como hijo...

Nueve meses más, y todos estarían de vuelta... Ninguno de los suyos faltaría a las dos familias... que tal vez estarían reunidas por lazos más estrechos.

Así terminó el año 1816, en el que habían ocurrido acontecimientos importantes, cuyas consecuencias debían modificar profundamente la situación de la Nueva Suiza.

VII

EL PRIMER DÍA DEL AÑO - PASEO A FALKENHORST -
PROYECTO DE CAPILLA - PROPOSICIONES DE VIAJE -
DISCUSIÓN - LA PINAZA EN ESTADO DE NAVEGAR -
PARTIDA EL 15 DE MARZO.

El 1 de enero cambiáronse mutuas felicitaciones entre las familias Zermatt y Wolston. Una y otra se hicieron algunos regalos de más valor moral que real, de esas nonadas que el tiempo transforma en recuerdos. También hubo enhorabuenas y apretones de mano desde el alba de ese día, fiesta en todas partes, en que el año nuevo:

*Se presenta en el teatro
Incierto del porvenir*

Como ha dicho un poeta.

Verdad que aquella vez el tal día se distinguía de los doce de los años que le habían precedido desde la llegada de los náufragos a la playa de Zeltheim. Hubo franca alegría, en la que Jack tomó principal parte con el entusiasmo que en todo ponía.

Monsieur Zermatt y *mister* Wolston se abrazaron. Los antiguos amigos —que como tales era justo calificarles— habían ya podido apreciarse y quererse en su vida común. El primero tuvo para Annah caricias de padre, y el segundo trató a Ernest y a Jack como si fueran hijos suyos. Lo mismo sucedió con las dos madres, que confundieron a sus respectivos hijos en los mismos besos.

Annah Wolston debió sentirse conmovida con los cumplimientos que Ernest le dirigió. No se habrá olvidado que este joven era algo aficionado a la poesía. Ya en una ocasión, y con motivo del honrado pollino, después del encuentro con la monstruosa boa, había compuesto un epitafio en recuerdo de aquél, en versos bastante correctos. Ahora, en honor de la joven invocó a las musas, que le sirvieron de maravilla, y el rostro de Annah se coloreó cuando el joven discípulo de Apolo la felicitó por haber recobrado la salud merced a los purísimos aires de la Tierra Prometida.

—¡La salud y la dicha! —respondió ella abrazando a *madame* Zermatt.

Aquel día, que era viernes, fue celebrado como domingo, dirigiendo oraciones de gratitud al Todopoderoso, cuya divina bondad se invocó en favor de los ausentes, y manifestando profundo reconocimiento por los beneficios recibidos.

Después, Jack exclamó:

—¿Y nuestras bestias?

—¿Cómo... nuestras bestias? —preguntó *monsieur* Zermatt.

—Sí... *Turco, Falb, Braun*, nuestros búfalos *Sturm y Brummer*, nuestro onagro *Leichtfuss*, nuestros asnos *Pfeil, Flink, Rash*, nuestro chacal Coco, nuestra avestruz *Brausewind*, nuestro mono *Knips 11...*, en fin, todos nuestros buenos amigos de dos y de cuatro patas...

—Vamos, Jack —dijo *madame* Zermatt—. No tendrás la pretensión de que tu hermano les dedique unos versos.

—No seguramente, madre; y no creo que esos bravos bichos sean sensibles a la rima... Pero merecen que se les desee feliz año y se les dé doble ración y lecho fresco.

—Jack tiene razón —dijo *mister* Wolston—, y es natural que hoy nuestras bestias...

—¡Sin olvidar al cormorán y al chacal de Jenny! —interrumpió Annah.

—Bien dicho, hija mía —añadió *mistress* Wolston—. Los protegidos de Jenny tendrán su parte en el agasajo.

—Y puesto que hoy es el primer día del año para todos —dijo *madame* Zermatt—, pensemos en aquellos que nos han abandonado y que seguramente piensan en nosotros.

Y las dos familias dedicaron cálido recuerdo a los queridos pasajeros de la *Licorne*.

Las fieles bestias fueron tratadas como se merecían, sin que se les economizara ni el azúcar ni las caricias.

No era aquel día propio para trabajar. Así es que *monsieur* Zermatt propuso un paseo a pie hasta Falkenhorst, una legua de camino, sin gran fatiga, a la sombra de la hermosa alameda, que unía la morada de verano con la de invierno. El tiempo era soberbio; el calor, fuerte. Pero la doble hilera de árboles no dejaba paso a los rayos solares. Sería una agradable excursión a lo largo del litoral con la mar a la derecha y la campiña a la izquierda.

A las once partieron, para poder permanecer toda la tarde en Falkenhorst, de donde regresarían para la hora de la comida.

Las familias Zermatt y Wolston no habían habitado aquel año ni en Waldegg, ni en Prospect-Hill, ni en Eberfurt, porque estas granjas necesitaban obras de ampliación, que se emprenderían al regreso de la *Licorne*. Era de suponer que la llegada de nuevos colonos modificaría el dominio actual de la Tierra Prometida.

Después de haber franqueado el cercado de la huerta y el arroyo de los Chacales por el puente de la Familia, los paseantes siguieron por la calle bordeada de árboles frutales, que habían adquirido desarrollo tropical. No había prisa, pues con una hora

bastaba para llegar a Falkenhorst. Los perros *Braun* y *Falb*, autorizados para seguir a sus amos, saltaban en torno de éstos. Por todas partes, los campos de maíz, cebada, avena, trigo, yuca y patata mostraban sus riquezas. La segunda cosecha prometía ser abundante, sin hablar de la que reservaban las tierras del norte, regadas por las derivaciones del lago de los Cisnes.

—¡Qué buena idea la de haber utilizado el agua del arroyo de los Chacales, que hasta ahora se perdía sin provecho, puesto que la mar no tenía necesidad de ella! —dijo Jack a *mister Wolston*.

Los expedicionarios se detenían cada doscientos o trescientos pasos, y durante estas paradas la conversación se animaba. *Annah* recogía con gran placer algunas de las hermosas flores, cuyo perfume embalsamaba la avenida. Centenares de pájaros saltaban entre las ramas, cargadas de frutos y hojas. La caza cruzaba rápidamente entre la hierba: liebres, conejos, gallos silvestres, ortegas y becasas. Ernest y Jack no habían obtenido permiso para llevar sus fusiles, y parecía que los volátiles lo comprendían. Se había ido a pasear, no a cazar.

—Pido —había dicho al partir *madame Zermatt*, apoyada en su pretensión por *Annah*—, pido que hoy no se intente nada contra esos inofensivos bichos.

Ernest, en quien la afición cinegética no era muy grande, contestó de buena gana; pero Jack se hizo de rogar. Salir sin su fusil, al que consideraba como parte de sí mismo, era como si saliese sin un brazo o una pierna.

—Puedo llevarlo, aunque no lo use —había dicho—. Me comprometo a no disparar aunque se me presente a veinte pasos una bandada de perdices.

—No seríais capaz de mantener vuestra promesa, Jack —respondió la joven—. Con Ernest no habría peligré, pero con vos sí.

—Pero ¿y si se presentase alguna fiera, pantera, oso, tigre, león...? Los hay en la isla.

—No en Tierra Prometida, Jack —había replicado *madame Zermatt*—. Vamos... Accede a nuestras súplicas. Te quedan trescientos sesenta y cuatro días en el año.

—¿Es bisiesto al menos?

—No —dijo Ernest.

—¡Qué lástima!

Una hora después, las dos familias se detuvieron al pie de Falkenhorst. Antes de nada, *monsieur Zermatt* se aseguró de que el cercado que encerraba a los animales de corral estaba en buen estado. Ni los monos ni los jabalíes se habían entregado a sus habituales instintos de robo. Jack no hubiera tenido ocasión de ejercer el derecho de represalias en aquellos merodeadores. Los paseantes descansaron en la terraza semicircular construida sobre las raíces del enorme árbol, y que, por estar cubierta de una mezcla de resina y alquitrán, era impermeable. Se refrescaron allí con hidromiel, y luego, subiendo por la escalerilla interior, llegaron a la plataforma, a cuarenta pies

del suelo.

¡Qué dicha experimentaba allí la familia Zermatt! Aquello era su primer nido, al que se unían tantos recuerdos... Con sus dos balcones, su doble piso, sus habitaciones, cubiertas con un techo de cortezas bien unidas, su ligero mueblaje, el nido se había convertido en una encantadora y fresca casa. Pero, al presente, no sería más que un sitio de parada. En Prospect-Hill se harían instalaciones más espaciosas. Sin embargo, *monsieur* Zermatt conservaría el antiguo «nido del halcón» todo el tiempo que el árbol lo sostuviera entre sus ramas, y hasta que, aniquilado por los años, se cayera de viejo.

Por la tarde, hablando en el balcón, *mistress* Wolston propuso lo siguiente. Muy devota y de sentimientos religiosos muy arraigados, nadie se sorprendió de que se expresase de esta forma:

—He admirado con frecuencia, y aún admiro, todo cuanto habéis hecho en este rincón de vuestra isla. Felsenheim, Falkenhorst, Prospect-Hill, vuestras granjas, vuestras plantaciones, vuestros campos... Todo ello indica tanta inteligencia como ánimos para el trabajo... Pero he preguntado a *madame* Zermatt por qué faltaba una cosa...

—¿Una capilla? —respondió en seguida Betsie—. Tenéis razón..., y debemos al Todopoderoso esta muestra de gratitud.

—Más que una capilla..., ¡un templo! —exclamó Jack—. ¡Un monumento con soberbio campanario! ¿Cuándo comenzaremos, padre? Los materiales no faltan. *Mister* Wolston hará los planos. Nosotros los ejecutaremos.

—Pero —respondió sonriendo *monsieur* Zermatt—. Si en la imaginación veo el templo, no veo el pastor... el predicador...

—Lo será François a su regreso —dijo Ernest.

—Y entretanto, no os inquiete eso, *monsieur* Zermatt —respondió *mistress* Wolston—. Nos contentaremos con rezar en nuestra capilla.

—*Mistress* Wolston... Vuestra idea es excelente, y es preciso no olvidar que bien pronto vendrán nuevos colonos. Así, durante el vagar de la estación lluviosa la estudiaremos... Buscaremos sitio conveniente.

—Me parece —dijo entonces *madame* Zermatt—, que si Falkenhorst no ha de servirnos ya de casa, sería más fácil transformarlo en capilla aérea.

—¡Y nuestras plegarias estarían ya a mitad del camino del cielo, como diría nuestro querido François! —añadió Jack.

—Resultaría algo lejos de Felsenheim —respondió *monsieur* Zermatt—. Me parece preferible erigir la capilla en la vecindad de nuestra principal habitación, en torno a la cual se agruparán poco a poco las nuevas casas... En fin, lo repito... Estudiaremos este proyecto.

Durante los tres o cuatro meses que duró la buena estación se practicaron trabajos

urgentes, y del 15 de marzo a fines de abril no hubo día de descanso. *Mister Wolston* no economizaba su esfuerzo; pero no podía reemplazar a Fritz y a François en la labor de hacer provisión de hierba en las granjas para asegurar el alimento durante el invierno. Entre carneros, cabras y cerdos, habría actualmente un centenar en Waldegg, Eberfurt y Prospect-Hill, y los establos de Felsenheim no hubiesen bastado para alojar este rebaño. La dificultad no era tan grande tratándose del averío, al que en el mal tiempo se le ponía en el corral, donde no faltaban los cuidados a los pollos, a las avutardas y pichones. Los gansos y ánades podrían volar sobre la mar, situada a dos tiros de fusil. Únicamente las bestias de tiro, asnos, búfalos y vacas, no dejaban Felsenheim. De este modo, aun prescindiendo de la caza y de la pesca, abundantes desde abril a septiembre, sólo con los productos del corral la alimentación estaba asegurada.

El 15 de marzo, y durante ocho días, los trabajos en el campo no exigían el concurso de todos. No había pues, inconveniente en destinar esta semana a alguna excursión fuera de los límites de la Tierra Prometida. Así se trató entre las dos familias, dando cada uno su opinión sobre el caso.

Mister Wolston no coniza más que la parte que se extendía entre el arroyo de los Chacales y el cabo de la Esperanza Perdida, comprendiendo las granjas de Waldegg, Eberfurt, Zuckertop y Prospect-Hill.

—Y me asombra, mi querido Zermatt —dijo un día—, que en el espacio de doce años, ni vos ni vuestros hijos hayáis procurado penetrar en el interior de la Nueva Suiza...

—¿Y para qué, Wolston? —replicó *monsieur Zermatt*—. Pensad que, cuando ocurrió el naufragio del *Landlord* y fuimos arrojados a esta costa, mis hijos eran muy niños e incapaces, por tanto, para ayudarme en una exploración... Mi mujer tampoco hubiera podido acompañarme, y habría sido gran imprudencia dejarla sola.

—¡Sola con François, que no tenía más que cinco años! —añadió *madame Zermatt*—. Además no habíamos perdido la esperanza de ser recogidos por algún barco.

—Ante todo —continuó *monsieur Zermatt*—, se trataba de subvenir a nuestras necesidades, permaneciendo cerca del navío hasta retirar de éste todo cuanto pudiera sernos útil. En la desembocadura del arroyo de los Chacales teníamos agua dulce, en la orilla izquierda campos propios para el cultivo, y, no lejos, excelentes plantaciones. Después, la casualidad nos hizo descubrir la morada sana y segura de Felsenheim... ¿Debíamos perder el tiempo en satisfacer nuestra curiosidad?

—Además, alejarnos de la bahía del Salvamento —hizo observar Ernest—, ¿no era exponernos a encontrarnos con los indígenas como los de las Andamán y los de las Nicobar, del océano índico, que tienen tan feroz reputación?

—En fin —añadió *monsieur Zermatt*—, cada día traía una nueva ocupación que

la necesidad no nos permitía dejar de cumplir. Cada nuevo año nos imponía los trabajos del año precedente. Además, los hábitos adquiridos, la costumbre del bienestar, nos hicieron echar raíces, por decirlo así, en este sitio... Ésta es la razón por la que no lo hemos abandonado. De este modo han transcurrido los años... y parece que llegamos ayer... ¿Qué queréis, mi querido Wolston? Nos encontrábamos bien aquí, y no hemos pensado que fuera prudente ir a buscar otro sitio mejor.

—Todo eso es muy lógico —respondió *mister* Wolston—; pero en lo que a mí se refiere, confieso que no hubiera podido resistir durante tantos años el deseo de explorar la comarca al sur... al este... al oeste...

—Porque vos tenéis sangre inglesa —respondió *monsieur* Zermatt—, y vuestros instintos os arrastran a viajar. Pero nosotros somos suizos, pacíficos y sedentarios, que no abandonan sus montañas sin gran pena... Gentes que gustan de permanecer en sus casas, y sin las circunstancias que nos han obligado a abandonar Europa...

—Protesto, padre —replicó Jack—, protesto en lo que a mí se refiere. Por suizo que yo sea, me hubiera gustado recorrer el mundo.

—Tú eres digno de ser inglés, mi querido Jack —declaró Ernest—, y yo no te censuro por tener ese ansia de locomoción. Por lo demás, creo que *mister* Wolston tiene razón. Es necesario que practiquemos un reconocimiento completo en la Nueva Suiza.

—Que es una isla del océano índico, como ahora sabemos —añadió *mister* Wolston—. Y será conveniente que esa exploración se efectúe antes del regreso de la *Licorne*.

—¡Cuándo padre quiera! —exclamó Jack, dispuesto siempre a lanzarse a nuevos descubrimientos.

—Ya hablaremos de eso después de la mala estación —declaró *monsieur* Zermatt—. Yo no me opongo a un viaje al interior... Reconozcamos, no obstante, que hemos sido favorecidos llegando a esta costa sana a la vez que fértil... ¿Existe otra que valga lo que ella?

—¿Quién sabe? —respondió Ernest—. Es cierto que cuando hemos doblado el cabo del Este para ganar la bahía de la *Licorne*, no hemos visto más que un litoral de rocas desnudas, peligrosos arrecifes y playas arenosas. Pero más allá, descendiendo al sur, es probable que la Nueva Suiza presente mejor aspecto.

—La manera de saberlo —dijo Jack—, es dar la vuelta a esta tierra con nuestra pinaza.

—Pero —insistió *mister* Wolston— si no habéis ido en la parte este más que hasta la bahía de la *Licorne*, habéis seguido las costas del norte en gran extensión.

—Sí... En unas quince leguas —respondió Ernest—. Desde el cabo de la Esperanza Perdida hasta la bahía de las Perlas.

—Y ni aun hemos tenido la curiosidad de visitar la Roca Humeante —exclamó

Jack.

—¡Un islote árido que Jenny no ha mostrado nunca deseo de volver a ver! —dijo Annah.

—En suma —concluyó *monsieur Zermatt*—, lo más útil será explorar los territorios que se avecinan con la bahía de las Perlas hasta la costa, pues más allá se suceden verdes praderas, colinas accidentadas, campos de algodoneros... bosques...

—Donde se recolectan trufas —dijo Ernest.

—¡Ah, goloso! —exclamó Jack.

—Trufas, en efecto —respondió riendo *monsieur Zermatt*—, y donde también se encuentra quien las desentierre...

—Sin olvidar las panteras y los leones —dijo Betsie.

—Bien: de todo eso resulta —declaró *mister Wolston*— que para aventurarse a una u otra parte será preciso tomar precauciones. Pero puesto que nuestra futura colonia tendrá necesidad de extenderse más allá de la Tierra Prometida, paréceme preferible practicar el reconocimiento por el interior en vez de hacerlo por la mar.

—Y antes del regreso de la corbeta —añadió Ernest—. En mi opinión lo mejor será franquear el desfiladero de Cluse, atravesar el valle de Grünthal, elevándonos hasta las montañas que se ven desde Eberfurt.

—¿No os han parecido muy alejadas? —preguntó *mister Wolston*.

—Sí... Unas quince leguas —respondió Ernest—, y no se distingue más que su azulado perfil en el horizonte.

—Estoy segura de que Ernest ha formado ya un plan de viaje —dijo Annah Wolston sonriendo.

—Lo confieso, Annah —respondió el joven—, y tengo gran impaciencia por conseguir formar un mapa exacto de nuestra Nueva Suiza.

—Mis queridos amigos —dijo entonces *monsieur Zermatt*—. Voy a manifestaros mis proyectos para comenzar a satisfacer los deseos de *mister Wolston*.

—Aceptado desde luego —respondió Jack.

—Espera, impaciente. Antes de que los trabajos de la segunda cosecha nos reclamen, transcurrirán unos doce días, y si os parece bien dedicaremos la mitad de ellos a visitar la parte de la isla que limita la ribera del este.

—¿Y mientras los hombres van a esa excursión, *madame Zermatt*, Annah y yo nos quedaremos solas en Felsenheim? —dijo *mistress Wolston* con disgusto.

—De ningún modo, *mistress Wolston* —respondió *monsieur Zermatt*—. Iremos todos a bordo de la pinaza.

—¿Cuándo partimos? —exclamó Jack—. ¿Hoy?

—¿Por qué no ayer? —respondió riendo *monsieur Zermatt*.

—Puesto que ya hemos reconocido el interior de la bahía de las Perlas —dijo Ernest—, a mi juicio lo mejor es seguir la ribera de levante. La pinaza se dirigiría

directamente a la bahía de la *Licorne* y continuaría hacia el sur. Tal vez descubriríamos la desembocadura de un río cuyo curso procuraríamos seguir.

—Es una excelente idea, Ernest —afirmó *monsieur* Zermatt—. A menos que no fuese preferible dar la vuelta a la isla —hizo observar *mister* Wolston.

—¿La vuelta a la isla? —respondió Ernest—. Sería menester más tiempo del que disponemos, pues en nuestra primera excursión al valle de Grünthal no se distinguía más que el azulado perfil de las montañas en el horizonte.

—De eso precisamente importa tener conocimiento preciso —insistió *mister* Wolston.

—¡Y lo que deberíamos saber desde hace mucho tiempo! —declaró Jack.

—En fin, es cosa convenida —concluyó *monsieur* Zermatt—, y tal vez ese litoral presente la desembocadura de un río por el que sea posible seguir, si no con la pinaza, al menos con la canoa.

Aceptado el proyecto, se fijó la partida para treinta y seis horas después, lo que no era mucho para los preparativos. En primer lugar, era preciso poner la *Isabel* en estado de hacer el viaje, y al mismo tiempo dejar dispuestas las provisiones para el sustento de los animales domésticos durante una ausencia que circunstancias imprevistas podían prolongar.

La faena era, pues, larga, para todos. *Mister* Wolston y Jack se ocuparon en visitar la pinaza, que estaba anclada en el fondo de la ensenada. No había navegado desde su viaje a la bahía de la *Licorne*. Había que hacer en ella algunas reparaciones, y *mister* Wolston entendía de este asunto. La navegación no era para él cosa nueva, y además se podía contar con Jack, el intrépido sucesor de Fritz, que manejaba la *Isabel* como el kayak. Y hasta sería preciso reprimir su ardor, que podría arrastrarle a alguna imprudencia.

Monsieur Zermatt y Ernest, *madame* Zermatt, *mistress* Wolston y Annah, encargados de aprovisionar los establos y el corral, lo hicieron con gran cuidado. Nada faltaría a los búfalos, al onagro, asnos, vacas y al avestruz. Se aseguraría igualmente la alimentación a los pollos, gansos, ánades, al cormorán de Jenny, a los de£ chacales, al mono y a los perros. Solamente irían a la expedición *Braun y Falb*, pues en el curso de ella podría presentarse ocasión de cazar, si la pinaza hacía escala en algún punto de la costa.

Claro es que estas disposiciones exigieron una visita a las granjas de Waldegg, Eberfurt, Zuckertop y Prospect-Hill, donde estaban repartidos los diversos animales; pero con ayuda del carro en las treinta y seis horas todo estuvo terminado.

Realmente no había tiempo que perder. Las cosechas tocaban a su madurez. La recolección no podía retrasarse más de doce días. No había duda de que la pinaza estaría de vuelta antes de esta época.

En la noche del 15 de marzo se llevaron a bordo una caja de conserva, un saco de

harina, un barril de hidromiel, un tonel de vino de palma, cuatro fusiles, cuatro pistolas, pólvora, balas y proyectiles en cantidad suficiente para las dos piezas de la *Isabel*, mantas, ropa blanca, vestidos, blusas de hule y utensilios de cocina.

Dispuesto todo para la marcha, no restaba más que aprovechar, al alba, el viento que vendría de tierra y remontar hacia el cabo del Este.

Después de una noche tranquila, a las cinco, las dos familias embarcaron en compañía de los dos perros, que saltaban alegremente.

Cuando los pasajeros hubieron ocupado sus puestos en el puente, la canoa fue izada a popa. Después, dispuestos la cangreja, el trinquete y el foque, colocado *monsieur Zermatt* en el timón, y *mister Wolston* y Jack en las escotas, la pinaza se puso en movimiento, y pasado el islote del Tiburón, no tardó en perder de vista las alturas de Felsenheim.

VIII

NAVEGACIÓN - LA VUELTA AL ESCOLLO DEL
LANDLORD - LA BAHÍA DE LA LICORNE - LA ISABEL
ANCLADA - EN LA CIMA DEL DESFILADERO -
COMARCA ÁRIDA - LA REGIÓN DEL SUR - PROYECTOS
PARA EL DÍA SIGUIENTE.

Pasado el estrecho, la pinaza se deslizó por la vasta extensión del mar comprendida entre el cabo de la Esperanza Perdida y el cabo del Este. En el cielo, de un gris azulado, había algunas nubes que tamizaban los rayos del sol.

El viento, que a aquella hora venía de tierra, favorecía la marcha de la *Isabel*. Hasta después de haber doblado el cabo del Este no sentiría el viento de alta mar.

El ligero barco había desplegado todo su velamen de bergantín y un foque volante y las velas de flecha de sus dos mástiles. Algo inclinado a estribor, su roda hendía las aguas, tan tranquilas como las de un lago, y andaba sus ocho nudos, dejando tras sí blanca estela de bulliciosa espuma.

Madame Zermatt, *mistress Wolston* y su hija, sentadas sobre cubierta, se volvían a veces, y sus miradas recorrían el litoral, desde Falkenhorst hasta el cabo de la Esperanza Perdida. A todos agradaba el dulce balanceo de aquella rápida navegación, con los últimos soplos cargados de los frescos perfumes de la tierra.

¡Qué reflexiones venían a la mente de Betsie, y qué recuerdos de los doce años transcurridos! Volvía a verse en el barco formado con las cubas, improvisado para el salvamento, y al que el más pequeño golpe podía hacer naufragar, dirigiéndose hacia una costa desconocida con todo cuanto amaba, su marido y sus cuatro hijos, de los que el más joven apenas contaba cinco años. Veía, en fin, la llegada a la desembocadura del arroyo de los Chacales, la primera tienda levantada en el sitio que fue Zeltheim antes de ser Felsenheim. Recordaba también sus mortales angustias cuando *monsieur Zermatt* y Fritz volvían al barco naufragado. Y al presente, en aquella pinaza, bien construida y bien dirigida, sin temor alguno, Betsie tomaba parte en un viaje de exploración al levante de la isla. Además, ¡cuántos cambios desde hacía cinco meses, y qué otros, más importantes tal vez, se dejaban entrever en un próximo porvenir!

Monsieur Zermatt utilizaba el viento que tendía a calmarse, conforme la *Isabel* se alejaba de la tierra. *Mister Wolston*, Ernest y Jack estaban junto a las escotas, a fin de atiesarlas o aflojarlas, según conviniera. Sería lástima que el viento calmase antes de

estar a la altura del cabo Este, donde la pinaza recibiría el de alta mar.

Así es que *mister Wolston* dijo:

—Temo que el viento ceda... Nuestras velas se deshinchán.

—En efecto —respondió *monsieur Zermatt*— el viento se debilita. Pongamos el trinquete en un borde, la cangreja en el otro y ganaremos, sin duda, algo de velocidad.

—¡Y pensar que no sería menester más que media hora para doblar la punta! —dijo Ernest.

—Si el viento cae del todo —propuso Jack— no hay más que agarrarse a los remos para llegar al cabo. Como somos cuatro a remar, *mister Wolston*, mi padre, Ernest y yo, creo que la pinaza no se estará quieta.

—Y ¿quién estará al timón mientras remáis los cuatro? —preguntó *madame Zermatt*.

—Tú, madre, o *mistress Wolston* o *Annah* —dijo Jack—. Sí. ¿Por qué no *Annah*? Estoy seguro de que manejará el timón como un viejo lobo de mar.

—Sí..., ¿por qué no? —respondió riendo la joven—. Sobre todo si sigo vuestros consejos, Jack.

—¡Bien! Dirigir un barco no es más difícil que dirigir una casa... y como todas las mujeres entienden de esto desde que nacen... —replicó Jack.

Pero no fue preciso recurrir a los remos, ni, lo que hubiese sido más sencillo, hacerse remolcar por la canoa. Dispuestas las dos velas, la pinaza recibió más directamente la acción del viento y adelantó hacia el cabo del Este. Por ciertos indicios, no había duda de que el viento del oeste se dejaba sentir más allá. De esta parte la mar verdeaba a menos de una legua. Pequeñas olas, escalonando sus espumas, brillaban con luminosos reflejos. La navegación continuó, pues, favorablemente, y apenas eran las ocho y media cuando la *Isabel* se encontraba cerca del cabo.

Modificada la disposición de las velas el barco tomó marcha más rápida, con ligero movimiento que no molestaba ni a los hombres ni a las mujeres.

Establecido al fin francamente el viento, *monsieur Zermatt* propuso remontar hacia el nordeste, a fin de rodear la masa rocosa contra la que había chocado el *Landlord*.

—Lo podemos hacer sin trabajo —respondió *mister Wolston*—; y por mi parte, siento curiosidad de ver el escollo sobre el que os arrojó la tempestad, tan lejos del camino entre el cabo de Buena Esperanza y Batavia.

—Naufragio que ha causado numerosas víctimas —añadió *madame Zermatt*, cuyo rostro se nubló ante aquel recuerdo—. Solamente mis hijos, mi marido y yo hemos escapado a la muerte.

—¿De modo —preguntó *mister Wolston*—, que no se ha sabido que nadie de la tripulación haya sido recogido en el mar, o se refugiara en las tierras vecinas?

—Nadie, según lo que ha manifestado el teniente Littlestone —respondió *monsieur Zermatt*—; y desde hace largo tiempo el *Landlord* estaba considerado como perdido.

—Hay que advertir —dijo Ernest— que la tripulación de la *Dorcas*, en la que Jenny había embarcado, ha sido más favorecida que nuestro barco, puesto que el contra maestre y dos marineros han sido conducidos a Sydney.

—Es cierto —respondió *monsieur Zermatt*—; ¿pero se puede afirmar que algunos sobrevivientes del *Landlord* no hayan encontrado refugio en alguna de las costas del océano Indico, y hasta que, después de tantos años, no estén allí como nosotros estamos en la Nueva Suiza?

—Nuestra isla —dijo Ernest— no está situada más que a trescientas leguas de Australia; pero el litoral australiano del oeste es poco frecuentado por los navíos europeos, y los naufragos no hubieran tenido probabilidad de ser arrancados de las manos de los indígenas.

—De todo esto se deduce —afirmó *mister Wolston*—, que estos parajes son peligrosos, y que las tempestades se desencadenaban en ellos con frecuencia. En pocos años se sufrió la pérdida del *Landlord* y de la *Dorcas*.

—Indudablemente —respondió Ernest—; pero no olvidemos que en esa época la situación geográfica de nuestra isla no estaba indicada en los mapas, y no es extraño que algunos barcos se hayan perdido en los arrecifes que la rodean. Pero en tiempo cercano, este emplazamiento será fijado con precisión tan absoluta como el de las otras islas del mar de las Indias.

—Tanto peor... —exclamó Jack—. Sí... Tanto peor, pues la Nueva Suiza caerá en el dominio público.

La *Isabel* evolucionaba entonces al oeste del escollo, y en la forma que iba, no tenía más que dejarse llevar en aquella dirección. En el lado opuesto de dicho escollo, *monsieur Zermatt* mostró a *mister Wolston* la estrecha zanja en que una enorme ola había encerrado al *Landlord*. La brecha abierta por el hacha de a bordo primero, y por una explosión después, había permitido retirar los objetos que el navío contenía, en espera del día en que la destrucción total se había efectuado por una última descarga de pólvora. Nada quedó del barco sobre el escollo, pues las olas arrastraron a la costa los últimos restos del mismo, así como los objetos susceptibles de sobrenadar, aparte de aquéllos cuyo flotamiento había sido asegurado por medio de toneles vacíos, tales como las calderas, las piezas de hierro, de cobre y plomo, los cañones que habían sido colocados en el islote del Tiburón y en la batería de Felsenheim.

Los pasajeros de la pinaza investigaron si bajo las aguas claras y tranquilas aparecían algunos restos. Dos años y medio antes, Fritz, embarcado en el kayak para su excursión a la bahía de las Perlas, había aún distinguido en el fondo del mar cañones, masas de hierro, fragmentos de la quilla y el cabrestante, para cuya

extracción hubiera sido preciso una campana de buzo. Ciertamente que, aun disponiendo de tal aparato, *monsieur* Zermatt no hubiera sacado gran provecho de todo aquello. Actualmente ninguno de dichos objetos era visible en el fondo submarino, y una capa de arena entreverada de algunas algas cubría los últimos restos del *Landlord*.

Terminada la exploración del escollo, la *Isabel* se dirigió al sur, de forma que pasaran junto al cabo del Este. *Monsieur* Zermatt mostró gran prudencia, pues una de las puntas de aquél se proyectaba hacia el lago en medio de los arrecifes.

Tres cuartos de hora después, más allá de dicha punta, que probablemente marcaba la extremidad oriental de la Nueva Suiza, la pinaza pudo seguir los contornos del litoral a distancia de media legua, recibiendo la brisa noroeste.

En el curso de esta navegación, *monsieur* Zermatt pudo nuevamente advertir el aspecto árido que presentaba la costa oriental de la Nueva Suiza. Ni un árbol en la escarpada ribera, ni rastro de vegetación en su base, ni un río entre las playas desnudas y desiertas. Nada más que rocas, uniformemente calcinadas por el sol. ¡Qué contraste con las verdes orillas de la bahía del Salvamento y su prolongación hasta el cabo de la Esperanza Perdida!

Monsieur Zermatt dijo entonces:

—Si después del naufragio del *Landlord* hubiéramos arribado a esta parte de la isla, ¿qué habría sido de nosotros, y cómo encontrar medios de vida?

—La necesidad —respondió *mister* Wolston— os hubiera obligado a dirigiros al interior... Rodeando la bahía del Salvamento, hubierais seguramente llegado al sitio donde fue colocada la tienda de Zeltheim...

—Es de suponer, mi querido Wolston —replicó *monsieur* Zermatt—. ¡Pero a precio de cuántas fatigas, y qué desesperación hubiéramos sentido durante los primeros días!

—¡Y hasta quién sabe si nuestro barco de cubas no se hubiera roto contra estas rocas! —añadió Ernest—. ¡Qué diferencia con la desembocadura del arroyo de los Chacales, donde pudimos desembarcar sin peligro ni trabajo!

—El cielo os ha protegido, amigos míos —afirmó *mistress* Wolston.

—Visiblemente, mi querida Merry —respondió *madame* Zermatt—, y no me olvido de darle las gracias todos los días.

A las once la *Isabel* llegó a la bahía de la Licorne, y media hora después ancló al pie de una roca, cerca del sitio en que la corbeta inglesa había hecho escala. La intención de *monsieur* Zermatt, de acuerdo con sus compañeros, era desembarcar en aquel rincón de la bahía y permanecer allí el resto del día, para partir de nuevo al alba del siguiente, continuando a lo largo del litoral.

Cuando el ancla fue enviada al fondo, una amarra acercó la popa de la pinaza y el desembarco se efectuó sobre arena fina y dura.



En torno de la bahía alzábase un derrumbadero calcáreo, de cien pies de altura. A la cúspide sólo se podía llegar por una estrecha hendedura, abierta en la mitad de la roca.

Las dos familias pasearon primeramente por la playa, en la que aún se veían las

huellas del campamento. Aquí y allá restos de maderas, provenientes de las reparaciones hechas en la corbeta, trozos de las estacas que fijaron las tiendas en el suelo, pedazos de hulla y las cenizas de los hogares.

Este estado de cosas llevó a *monsieur* Zermatt a hacer las siguientes reflexiones, muy justificadas por las circunstancias:

—Supongamos —dijo— que esta visita a la costa oriental la hiciéramos hoy por vez primera. Ante estas indiscutibles pruebas de un desembarco, ¡qué disgusto hubiéramos experimentado! ¿Un navío había venido a anclar en este sitio, su tripulación había acampado en el fondo de esta bahía? ¡Y nosotros nada habíamos sabido! Después de haber abandonado esta árida costa, ¿podía esperarse que jamás volviera?

—Es cierto —respondió Betsie—. ¿A qué se debe que hayamos sabido la llegada de la *Licorne*?

—A la casualidad —dijo Jack—. Sólo a la casualidad.

—No, hijo mío —respondió *monsieur* Zermatt— y diga lo que diga Ernest, ha sido debido a la costumbre que tenemos de disparar en esta época los cañones del islote del Tiburón, a los que han respondido los tres disparos de la corbeta.

—Me veo obligado a rendirme —confesó Ernest.

—¡Cuántas han sido nuestras zozobras, nuestras angustias —añadió *monsieur* Zermatt—, durante los tres días que siguieron, impedidos por la tempestad de volver al islote para renovar nuestras señales, y qué temor que el barco partiese antes de que hubiéramos podido reunirnos a él!

—Sí; terrible decepción hubiera sido ésta para vosotros, amigos míos —respondió *mister* Wolston—. ¡Tener la seguridad de que un barco había hecho escala en esta bahía sin haberos podido poner en comunicación con él! Sin embargo, aun en tal caso, la probabilidad de ser repatriados se había aumentado.

—Es claro —dijo Ernest—. Puesto que nuestra isla no era ya desconocida, y ese barco habría hecho constar su situación geográfica, un día u otro algún barco vendría a tomar posesión de la isla.

—En fin, y para concluir —dijo Jack—. La *Licorne* llegó, la *Licorne* ha sido visitada, la *Licorne* ha partido, la *Licorne* volverá, y lo que debemos hacer, en mi humilde opinión, es...

—¿Almorzar? —preguntó riendo Annah Wolston.

—Precisamente —respondió Ernest.

—¡A la mesa, pues! —exclamó Jack—. Tengo hambre para devorar hasta el plato... y estómago para digerido.

Fue general opinión instalarse en el fondo de la playa, junto a la hendidura, al abrigo de los rayos solares. Se fue a la pinaza en busca de provisiones, carne en conserva, atún ahumado, aves, fiambres, tortas de cazabe, y pan cocido la víspera.

Como bebida, en la pinaza había varios botellones de hidromiel y hasta algunas botellas de vino de Falkenhorst, que se descorcharían a los postres.

Hecho el desembarco de los víveres y de los utensilios, *mistress* Wolston, *madame* Zermatt y Annah pusieron la mesa sobre la arena y almorzaron opíparamente.

Realmente, para desembarcar, volver a embarcar, hacer escala en un punto del litoral, abandonarlo luego en las mismas condiciones... no hubiera valido la pena de emprender el viaje. El distrito de la Tierra Prometida no debía de comprender, en suma, más que una mínima porción de la Nueva Suiza.

Así, una vez terminado el almuerzo, dijo *mister* Wolston.

—Pienso aprovechar esta tarde explorando el interior...

—¡Y sin perder tiempo! —exclamó Jack—. Ya deberíamos estar a una legua de aquí.

—No hubierais hablado de ese modo antes del almuerzo —replicó Annah sonriendo—, pues habéis comido por cuatro...

—Y estoy dispuesto a andar por cuatro... —respondió Jack—, y hasta a ir al fin del mundo...; de nuestro pequeño mundo, se entiende.

—Pero si vas tan lejos nos será imposible seguirte, hijo mío —dijo *madame* Zermatt—. Ni *mistress* Wolston, ni Annah, ni tu madre se atreverían a ello.

—Decididamente —añadió *monsieur* Zermatt, dando un golpecito en el hombro a su hijo—, no sé qué hacer para calmar la impaciencia de nuestro Jack... No hay manera de sujetarle... Yo creo que ni él mismo ha mostrado nunca tanto ardor.

—¿Fritz? —respondió Jack—. Debo reemplazarle en todo... ¿Cuándo regrese no será el que era antes de partir!

—¿Por qué? —preguntó Annah.

—Porque estará casado... Será padre de familia... Tal vez abuelo, por poco que tarde en volver.

—¡Fritz abuelo en un solo año de ausencia! —exclamó *mistress* Wolston.

—Bueno... Abuelo o no, estará casado.

—¿Y por qué no ha de ser el mismo que antes de partir? —replicó Annah Wolston.

—Dejad a Jack que hable lo que quiera, Annah —respondió Ernest—. Ya le llegará el tiempo de ser un excelente marido como Fritz.

—Y a ti también, hermano —respondió Jack, mirando a Ernest y a la joven—. Respecto a mí, la cosa me asombraría, pues creo que la naturaleza me ha creado, especialmente, para ser tío... el mejor de los tíos... un tío de la Nueva Suiza... Pero creo que no se trata de presentarse hoy vestido de novio ante el juez de Felsenheim, sino de explorar estos lugares...

—Me parece —dijo *mistress* Wolston— que *madame* Zermatt, Annah y yo

debemos permanecer aquí durante vuestra excursión, que ha de ser muy fatigosa si se prolonga hasta la noche. Esta playa está desierta, y no hay que temer ningún mal encuentro en ella. Además, siempre nos será fácil volver a bordo de la pinaza. De este modo, dejándonos en el campamento no tardaréis en volver.

—Creo, en efecto, que aquí estaréis en perfecta seguridad —dijo *monsieur Zermatt*—. No obstante, no me iré tranquilo.

—Bien... —dijo Ernest—. Yo me quedaré aquí...

—¡Ah...! —exclamó Jack—. Ya apareció nuestro sabio... Quiere quedarse para leer alguno de sus librotos, que, sin duda, traerá. Pues bien... Que se quede, a condición de que Annah venga con nosotros.

—Y *mistress Wolston* y tu madre —añadió *monsieur Zermatt*—. Esto es lo mejor... Cuando se sientan fatigadas descansarán...

—Y Ernest podrá entonces hacerles compañía —exclamó Jack soltando la carcajada.

—No perdamos el tiempo —dijo *mister Wolston*—. Lo difícil hubiera sido escalar este desfiladero, cuya altura la calculo en ciento o ciento cincuenta pies. Afortunadamente, la pendiente de esta hendedura no es escabrosa y da acceso a la cúspide... Una vez en lo alto, decidiremos lo que más convenga.

—Pues... ¡andando...! ¡Andando! —exclamó Jack.

Antes de partir *monsieur Zermatt* fue a comprobar si la *Isabel* estaba bien amarrada, asegurándose de que con la marea baja el barco no estaba expuesto a encallar, ni en la marea aj^a corría el riesgo de chocar contra las rocas.

Dirigieronse, pues, hacia la hendedura. Los hombres iban armados con sus fusiles y llevaban municiones preparadas por Jack. El joven pensaba cazar tal vez alguna fiera de especie conocida o desconocida en aquella parte de la Nueva Suiza.

Braun y *Falb* precedían a los excursionistas. Éstos les siguieron por un sendero oblicuo. En la época de las lluvias la hendedura debía de servir de depósito a las aguas que descendían torrencialmente de la cúspide. Pero en aquella estación el lecho estaba seco. Como se caminaba entre rocas, a las que un choque podía hacer perder el equilibrio y provocar avalanchas, se tomaron las precauciones propias del caso.

Tardaron media hora en llegar a la cúspide... El primero que llegó fue Jack.

Ante sus ojos, al oeste, se extendía una vasta planicie... Jack quedó asombrado. Cuando *mister Wolston* se reunió a él, Jack exclamó:

—¡Vaya un país...! ¡Qué sorpresa y qué decepción!

Esta fue la opinión general. *Mistress Wolston*, *madame Zermatt* y *Annah* se sentaron al pie de una roca. Ni un árbol para librarse del sol abrasador, ni un trozo de verdor para sentarse. El suelo pedregoso, impropio para todo cultivo, estaba a trechos tapizado de ese musgo salvaje, al que el humus no es necesario. Como *monsieur Zermatt* dijo, aquello parecía un desierto de la Arabia Pétreá confinando con el fértil

distrito de la Tierra Prometida.

¡Sí! Sorprendente contraste con la región que se extendía entre el arroyo de los Chacales y el cabo de la Esperanza Perdida, aquel terreno que se desarrollaba más allá del desfiladero del Cluse, el valle de Grünthal y los territorios limítrofes de la bahía de las Perlas.

Repitémoslo con *monsieur Zermatt*: ¿cuál hubiera sido la situación de los náufragos si el barco de cubas les hubiera dejado en la costa oriental de la isla?

Desde aquella cúspide hasta la bahía del Salvamento, que se dibujaba a dos leguas al oeste, la mirada no alcanzaba más que una comarca desolada, sin verdor, sin árboles, sin un río. Ningún cuadrúpedo se mostraba en su superficie. Parecía que estuviera abandonada a los pájaros de mar y tierra.

—He aquí terminada nuestra excursión, por lo menos en esta parte de la isla —dijo *monsieur Zermatt*.

—Ciertamente —respondió *mister Wolston*—, me parece inútil desafiar un calor tórrido para reconocer un país pedregoso en el que nada hay que hacer.

—¡Cuán caprichosa y fantástica es la naturaleza! —observó Ernest—. No procede más que por contrastes. Allá abajo todas las fuerzas productivas en acción. Aquí la más espantosa esterilidad.

—Creo —dijo *madame Zermatt*— que lo mejor es que volvamos a bajar a la playa y nos embarquemos de nuevo.

—Ésa es también mi opinión —añadió *mistress Wolston*.

—¡Sea —respondió Jack—; pero no sin haber subido antes a la punta de las últimas rocas!

A la izquierda, y a unos 60 pies, se elevaba un montón de rocas. En menos de cinco minutos Jack llegó a la cima, y después de haber paseado su mirada por el horizonte gritó a *mister Wolston*, a su padre y a Ernest que se reunieran con él.

¿Había algo en la dirección del sudeste que indicaba con la mano?

No sin trabajo *mister Wolston* y *monsieur Zermatt* llegaron junto a Jack.

En la dirección que éste indicaba, el litoral presentaba efectivamente diferente aspecto.

A dos leguas de la bahía de la Licorne, la costa bravía, bajando en ángulo brusco, terminaba en extenso valle verosímilmente regado por uno de los principales ríos de la isla. En la parte opuesta de aquella depresión extendíase la verdosa masa de espeso bosque. Entre los claros, y más lejos, el campo mostraba poderosa vegetación hasta los últimos límites del sur y del sudoeste. La parte estéril parecía reducirse a aquella área de cinco a seis leguas superficiales, comprendida entre el cabo del Este y la bahía del Salvamento. Si alguna región podía ser explorada, era la que por vez primera se presentaba ante los ojos de los colonos. ¡Qué de sorpresas, tal vez ventajas, ofrecería, aunque no pudiera hacer olvidar la Tierra Prometida!

—Partamos —dijo Jack.

—Partamos —repitió *mister* Wolston, presto a lanzarse en dirección al nuevo valle.

Pero había que andar dos leguas largas por un terreno sembrado de rocas... ¡Cuánto tiempo se necesitaba para recorrerlas... y también cuántas fatigas que pasar sin hablar del peligro de las insolaciones!

Pensando en esto *monsieur* Zermatt estimó oportuno moderar la impaciencia de Wolston y Jack diciendo:

—Hoy no. El día está muy avanzado. Esperemos a mañana. En vez de atravesar a pie esta región, iremos a ella por mar. El valle que vemos termina seguramente en alguna ensenada donde desemboca algún río. Si la pinaza encuentra allí sitio para anclar, destinaremos un día o dos a un formal reconocimiento del interior.

Éste era el partido más prudente, y nadie hizo objeciones. Tras una última mirada, *monsieur* Zermatt, *mister* Wolston y Jack descendieron y comunicaron a los demás lo que habían dispuesto. La exploración, aplazada para el siguiente día, se efectuaría en condiciones que permitirían a todos tomar parte en ella, sin peligros ni fatigas.

No restaba más que volver abajo por el sendero, y en algunos momentos los expedicionarios estarían al pie del derrumbadero.

La caza faltaba en las playas de la bahía de la Licorne (lo que motivó las quejas de Jack), pero en cambio en el agua había gran número de peces, y crustáceos entre las rocas, con lo que Ernest se declaró satisfecho. Ayudado por Annah tendió las redes e hizo buena pesca. Hubo, pues, en la comida un plato más, compuesto de grandes cangrejos de carne muy fina y un frito de lenguados de excelente calidad.

Terminada la comida los viajeros pasearon por la playa, y a las nueve habían vuelto a bordo de la Isabel.

IX

VISTA DE LA COSTA - LOS PÁJAROS BOBOS - NUEVO
RÍO - TERRITORIOS DESCONOCIDOS - LA CORDILLERA
AL SUR - PROYECTO PARA EL DÍA SIGUIENTE - EL RÍO
MONTROSE.

Al día siguiente, el primer cuidado de *monsieur* Zermatt fue interrogar el horizonte por la parte del este. Tras algunas brumas que no tardarían en desaparecer, brillaba el sol. Se anunciaba un magnífico día. Nada permitía pronosticar un cambio en la atmósfera. Hacía tres o cuatro días que el barómetro oscilaba en torno del buen tiempo. En el ambiente no había rastro de humedad. La brisa, bastante fresca, parecía segura al noroeste. La mar estaba en calma. La pinaza podía, pues, continuar con seguridad su navegación a lo largo del litoral.

A las seis, estando todos sobre el puente, fueron largadas las amarras. Con su trinquete, su mesana y sus foques amurados, el barco salió a alta mar, donde el viento soplaba más recio. Media hora después, puesta la proa al sur y *mister* Wolston al timón, la *Isabel* seguía la costa a unos diez cables, de forma que la mirada pudiese apreciar los menores detalles desde los recortes de las playas hasta las aristas de las bravías costas rocosas.

Al parecer, cuatro o cinco leguas debían de separar la bahía de la *Licorne* del valle visto en dirección sur. Con dos o tres horas habría suficiente para franquear aquella distancia. La marea que subía desde el amanecer empujaba en dicha dirección. Cuando la *Isabel* llegase a su destino, y atendiendo a la naturaleza de los lugares, y según las circunstancias, se vería lo que había que hacer.

A ambos lados del barco corrían soberbios esturiones, algunos de los cuales medían de siete a ocho pies. Aunque Jack y Ernest tuviesen vivísimos deseos de herirlos con el arpón, no lo consintió *monsieur* Zermatt. ¿Para qué perder el tiempo en semejante pesca? Los chicharros y dragones marinos que se pescaran en el camino bien venidos fueran, y así es que en las redes arrastradas por el barco se recogieron algunas docenas de estos excelentes peces, que, cocidos en agua salada, figurarían en el almuerzo de la primera escala.

El aspecto de la costa no cambiaba. Siempre una sucesión ininterrumpida de rocas calcáreas o graníticas, con la base en la arena y agujereadas de cavernas en las que los mugidos del mar debían de ser terribles cuando las olas las invadieran empujadas por los vientos de alta mar. El espectáculo desolado de aquel litoral producía profunda impresión de tristeza.

Sin embargo, a medida que se descendía más al sur animábase el paisaje por el efecto del incesante vuelo de las plangas, gaviotas y albatros, cuyos gritos ensordecían. Jack no hubiera resistido a sus instintos de cazador, de no haber Annah pedido gracia para aquellos inofensivos volátiles.

—Además —dijo la joven—, tal vez entre esos albatros se encuentra el de Jenny. ¡Qué disgusto, Jack, si dieseis muerte a ese pobre animal!

—Annah tiene razón —añadió Ernest.

—Sí... Como siempre —respondió Jack—, y desde ahora prometo no disparar contra ningún albatros mientras no se haya encontrado el mensajero de la Roca Humeante.

—¿Queréis que os diga lo que pienso? —dijo Annah.

—Sí —respondió Jack.

—Pues pienso que un día u otro ese albatros volverá.

—Sin duda, puesto que no lo habré matado.

A las nueve la pinaza estaba casi al sesgo de la depresión formada por una brusca vuelta de la costa hacia el interior. La cresta del litoral comenzaba a bajar. Anchos taludes, menos rudos, la unían con las playas arenosas, accidentadas con tumescencias negruzcas. Había gran número de arrecifes que cubrían la marea alta, y que a veces se proyectaban a regular distancia. La *Isabel* se aproximó a ellos, pero con prudencia. *Mister Wolston*, inclinado en la proa, observaba con atención las aguas, su hervir sospechoso, su cambio de color, en fin, rodó lo que pudiera ser señal de un escollo.

—¡Ah! —exclamó Jack de pronto—. Ahora no diremos que esta costa está desierta. Allá abajo hay gente... y buena gente.

Todos miraron a la playa y a las rocas, donde los penetrantes ojos de Jack distinguían seres vivientes en gran número.

—Explícate, hijo mío —le dijo su madre—. ¿Ves allí hombres? ¿Salvajes, quizá?

Madame Zermatt temía más que a nada, y no sin razón, a los salvajes de la cruel raza indomalaya.

—Vamos... Responde, Jack —le dijo su padre.

—¡Estad tranquilos! —exclamó Jack—. No hablaba de seres humanos, y éstos, aunque tienen dos pies, tienen también plumas.

—¿Entonces son pájaros bobos? —preguntó Ernest.

—O pingüinos, como quieras.

—Se pueden confundir —respondió Ernest—, porque esos volátiles son muy semejantes en el orden de los palmípedos.

—Digamos una especie de gansos —replicó *monsieur Zermatt*—, y este nombre conviene perfectamente a esos estúpidos animales.

—Tal vez por esto se les ha tomado alguna vez por hombres —dijo Jack.

—¡Ah, burlón! —exclamó Annah Wolston.

—¡Oh...! De lejos solamente —dijo *monsieur* Zermatt—. Y en efecto, mirad sus cuellos rodeados de plumas blancas, sus alas que caen como brazos, su cabeza erguida, sus pies negros, las líneas bien trazadas de su cuerpo. Parece una tropa uniformada. ¿Recordáis, hijos míos, cuántos había en otra época sobre las rocas, en la desembocadura del arroyo de los Chacales...?

—Y hasta parece que veo todavía —respondió Ernest— a Jack arrojar en medio de la tropa con el agua hasta la cintura, y golpear con el palo tan valientemente que echó por tierra una media docena de esos pájaros bobos a bastonazos.

—Nada más exacto —contestó Jack—. Pero entonces sólo contaba ocho años. ¿Verdad que ya prometía?

—Y has mantenido tu promesa —dijo *monsieur* Zermatt sonriendo—. Respecto a esos pobres volátiles tan mal tratados, no tardaron en huir de las playas de la bahía del Salvamento, y han venido a refugiarse en esta costa.

Fuera por esta razón o por otra, lo cierto era que los pingüinos o pájaros bobos habían desertado absolutamente de la bahía desde el primer mes de la instalación en Felsenheim.

Siguiendo la costa, la *Isabel* pasó muy cerca de vastos espacios que la marea baja debía dejar en seco, mostrando capas de eflorescencias salinas. Allí habría, sin duda, en qué ocupar un centenar de salineros, y la futura colonia podría recolectar toda la sal precisa para sus necesidades.

Al pie del derrumbadero, que terminaba en ángulo brusco, se prolongaba un promontorio submarino. La pinaza tuvo, pues, que apartarse una media legua. Después, cuando volvió cerca de la costa, fue para dirigirse hacia la ensenada donde desembocaba el valle observado desde las alturas de la bahía de la Licorne.

—¡Un río...! ¡Hay un río! —Reclamó Jack, que se había izado al mástil del trinquete.

Monsieur Zermatt, con el catalejo, examinaba aquella parte del litoral: he aquí lo que se ofrecía a sus miradas:

A la derecha —después de acodarse bruscamente—, el muro del acantilado subía las pendientes del interior. A la izquierda, la costa terminaba en un cabo muy lejano —tres o cuatro leguas por lo menos— y tras él se mostraba el campo, que prolongaba hasta el horizonte sus praderas y bosques. Entre estos dos puntos estaba la ensenada, que formaba un puerto natural protegido por las rocas contra los malos vientos del este que parecía ser fácilmente practicable.

En esta ensenada caía un río, bordeado de frondosos árboles y de aguas límpidas y tranquilas. Por lo que se podía juzgar a la distancia a que se veía, era navegable.

Lo más indicado era que la pinaza hiciera escala en aquel sitio, donde se ofrecía un buen anclaje. Púsose, pues, la proa en línea recta al paso que conducía a dicho

sitio. La marea la ayudaba. La mar estaba tranquila, aunque se temía que al descender surgieran los escollos.

No se descuidó ninguna medida de prudencia. *Monsieur* Zermatt estaba al timón, *mister* Wolston y Ernest en la proa, y Jack en las barras. Ninguno de ellos apartaba la vista del paso. *Madame* Zermatt, *mistress* Wolston y su hija estaban sentadas sobre cubierta. Nadie hablaba, emocionados por la doble impresión de la curiosidad y de una vaga inquietud, nacida de la proximidad de aquella comarca nueva, donde, sin duda, por vez primera seres humanos iban a poner el pie. El silencio no era turbado más que por el murmullo del agua, al que se mezclaba el de las velas golpeadas por el viento y los gritos de las gaviotas, que huían con rápido vuelo hacia las rocas.

A las once el ancla cayó junto a una especie de muelle natural, a la izquierda de la desembocadura, sitio que se prestaba a un fácil desembarco. Algo más atrás, grandes palmeras ofrecían suficiente abrigo contra los rayos del sol, que llegaba a su culminación meridiana. Después de almorzar se trataría de reconocer el interior.

No hay que decir que la desembocadura del río parecía tan desierta como la del arroyo de los Chacales la primera vez que los náufragos llegaron a este último punto. Sólo que en vez de un río estrecho, sinuoso e impropio para la navegación, ante las miradas de los expedicionarios se presentaba un curso de agua de gran caudal.

Así que la *Isabel* ancló, Jack saltó a tierra y la arrastró hacia las rocas, halando con una amarra puesta en la popa. No fue, pues, preciso utilizar la canoa para desembarcar, y a los pocos momentos todos saltaron a la playa. Transportadas las provisiones a la sombra de un grupo de árboles, lo primero de que se trató fue de satisfacer el apetito, aguzado por el viento de una navegación de varias horas.

Comer, y hasta devorar, no impedía cambiar preguntas y respuestas. *Mister* Wolston dijo:

—Tal vez es de lamentar que no hayamos anclado en la ribera derecha del río. En esta parte la playa es baja, mientras que en la otra está dominada en un centenar de pies por el contrafuerte del desfiladero.

—Y para mí no hubiera sido gran empresa subir hasta la cúspide —afirmó Jack—. Desde allí, por lo menos, hubiéramos podido dominar el paisaje.

—Nada más fácil que atravesar la ensenada utilizando nuestra canoa —respondió *monsieur* Zermatt—. ¿Pero hay motivo de disgusto en lo que hemos hecho? En la otra orilla no distingo más que piedras y arena, en el límite de la árida región que se extiende desde el cabo del Este hasta esta bahía. Por este lado, al contrario, hay verdor, árboles, sombra, y más allá se extiende el campo que hemos visto y que será fácil explorar. A mi juicio, no podíamos haber elegido sitio mejor.

—Y aprobamos la elección, ¿no es verdad, *mister* Wolston? —dijo Betsie.

—Seguramente: tanto más cuanto que podemos pasar a la otra orilla cuando nos plazca.

—Y añadido —dijo *mistress* Wolston— que nos encontramos tan a gusto en este sitio, que...

—¿Qué no queríais dejarlo nunca? —interrumpió Jack—. ¡Ea! Está convenido... Abandonemos Felsenheim, Falkenhorst, el distrito de la Tierra Prometida, y fundemos en la desembocadura de este soberbio río la capital definitiva de la Nueva Suiza.

—¡Ya se disparó Jack! —dijo Ernest—. Pero, no obstante sus bromas, lo cierto es que la importancia de este río y la profundidad de la ensenada donde se arroja presentan mas ventajas para una colonia que la desembocadura del arroyo de los Chacales... Es preciso explorar esta región en extensión bastante, estudiar sus recursos y asegurarse de que no es frecuentada por las fieras.

—Eso es hablar como un sabio —dijo Annah Wolston.

—Como siempre habla Ernest —añadió Jack.

—De todos modos —dijo *monsieur* Zermatt—, por magnífico, por rico que sea el país, nadie pensará en abandonar la Tierra Prometida.

—No, ciertamente —afirmó *madame* Zermatt—. Tal abandono me heriría en el corazón.

—Lo comprendo, querida Betsie —respondió *mistress* Wolston—, y por mi parte no accedería a separarme de vos para habitar este sitio.

—En fin, no se trata de eso —dijo *mister* Wolston—, sino de explorar los alrededores después de almorzar.

Todos fueron de esta opinión. No obstante, las mujeres hubieran renunciado con gusto a formar parte de la expedición de no haberlas convencido *monsieur* Zermatt con las siguientes palabras:

—No me agradaría dejarlas solas en este sitio, aunque fuera por poco tiempo. Ya sabes, Betsie, que jamás me decidí a abandonar Felsenheim sin dejarte al cuidado de alguno de nuestros hijos. En nuestra ausencia, si se presentara algún peligro, ¿qué sería de vosotras? Pensándolo no estaría tranquilo... ¿Puesto que el río es navegable, por qué no seguirlo todos?

—¿En la canoa? —preguntó Ernest.

—No... En la pinaza... que tampoco me gusta abandonar.

—Convenido —dijo Betsie—. Las tres estamos dispuestas a acompañaros.

—¿Podrá la *Isabel* vencer la corriente? —preguntó *mister* Wolston.

—Si esperamos a la marea alta, la corriente nos favorecerá —dijo *monsieur* Zermatt—. Dentro de seis horas podremos aprovecharla.

—Entonces ¿no será demasiado tarde para partir? —observó *mister* Wolston.

—Efectivamente —respondió *monsieur* Zermatt—. Así es que mi opinión es que pasemos aquí el día y la noche a bordo..., y mañana al amanecer podemos aparejar.

—Y hasta entonces, ¿qué haremos? —preguntó Jack.

—Hasta entonces —respondió *monsieur Zermatt*— tendremos tiempo de visitar la ensenada y sus cercanías. Sin embargo, como el calor es excesivo, aconsejo a estas señoras que nos esperen en el campamento.

—Con mucho gusto lo haremos —respondió *mistress Wolston*—, a condición de que no se alejen.

—Sólo se trata de un paseo por la orilla izquierda del río —prometió *monsieur Zermatt*, que no quería perder de vista el campamento.

Con tal proyecto podía visitarse la parte baja del valle antes de penetrar en el interior. *Monsieur Zermatt* y *mister Wolston*, Ernest y Jack, después de haber subido por la playa, llegaron a las ligeras tumescencias que por la parte oeste unían el río con el campo.

Como desde lejos se había advertido, este territorio presentaba aspecto muy fértil; espesos bosques, cuyo límite no alcanzaba la vista, llanuras tapizadas de espesa hierba, donde miles de rumiantes hubieran encontrado alimento; toda una red de arroyos que corrían hacia el río, y en el horizonte suroeste una cordillera que cerraba el hermoso paisaje.

—Hay que reconocer —dijo *monsieur Zermatt*— que esa cordillera está más cerca de lo que habíamos creído cuando por primera vez la hemos visto desde las alturas del valle de Grünthal. La bruma, sin duda, la hacía aparecer azulada y yo calculé la distancia en unas 15 leguas. Hubo en esto algo de ilusión óptica...

—Efectivamente, padre —dijo Ernest—, aquel día calculamos la distancia el doble de lo que en realidad es. Unas siete u ocho leguas, a mi juicio.

—Soy de esa opinión —dijo *mister Wolston*—. ¿Pero es la misma cordillera?

—La misma —respondió Ernest—, y no creo que la Nueva Suiza sea tan extensa que pueda encerrar otra de tal importancia.

—¿Por qué no? —replicó Jack—. ¿Por qué nuestra isla no ha de igualar en extensión a Sicilia, Madagascar, Nueva Zelanda o Nueva Holanda?

—¿Y por qué no a un continente? —exclamó riendo *mister Wolston*.

—Creéis que tengo propensión a exagerarlo todo...

—Eso denota en ti una imaginación muy sobreexcitada —dijo *monsieur Zermatt*—. Piensa en esto: si nuestra isla tuviera las dimensiones que tú supones, y que probablemente deseas, difícilmente hubiera escapado hasta aquí a las investigaciones de los navegantes.

—Y de los marinos del Antiguo o del Nuevo Continente —añadió Ernest—. Su posición en esta parte del océano Índico es muy estimable; y de ser conocida, estaríamos seguros de que Inglaterra... por ejemplo...

—No os incomodéis, querido Ernest —dijo con tono de buen humor *mister Wolston*—. Los ingleses somos colonizadores, y pretendemos colonizarlo todo.

—Para terminar —dijo *monsieur Zermatt*—, el día en que esta isla hubiera sido

descubierta, habría figurado en los mapas del almirantazgo, y se hubiera llamado Nueva Inglaterra en vez de llamarse Nueva Suiza.

—Nada habrá perdido con la espera —dijo *mister* Wolston—, puesto que vos, el primer ocupante, se la habéis cedido a la Gran Bretaña.

—Y la *Licorne* va a traer el acta de adopción —añadió Jack.

En resumen: *monsieur* Zermatt estaba en lo justo al rectificar la distancia antes asignada a la cordillera que se desarrollaba hacia el suroeste. Desde la desembocadura del río, esta distancia, casi igual a la que la separaba del valle de Grünthal, no debía de pasar de siete a ocho leguas. Restaba por saber si dicha cordillera se elevaba al centro de la isla o al límite de su costa meridional.

Determinado este punto, hubiera Ernest podido completar el mapa de la Nueva Suiza; y este natural deseo justificaba la proposición de *mister* Wolston de explorar el país hasta las montañas. Pero tal proyecto no podía ser ejecutado más que al regreso de la buena estación.

Las porciones de la isla, ya visitadas, habían sido indicadas por Ernest con bastante exactitud. El litoral septentrional se extendía en unas doce leguas: al levante se dibujaba una línea bastante regular del cabo del Este a la entrada de la bahía del Salvamento; luego esta bahía se hundía para unirse a la costa rocosa entre la playa de Falkenhorst y los arrecifes del cabo de la Esperanza Perdida. A partir de este punto, yendo hacia el oeste, estaba la bahía de los Nautilus, que terminaba en el cabo Camus, en la que se arrojaba el río Oriental; y en fin, la bahía de las Perlas aparecía entre la arcada y el promontorio opuesto, a la vuelta del cual, a cuatro leguas hacia el suroeste, estaba la Roca Humeante. Así es que la Tierra Prometida, limitada por la mar en un lado y por la bahía de los Nautilus en el otro, cerrada por extensa circunvalación que se extendía desde el canal de la bahía del Salvamento al fondo de la bahía de los Nautilus, era impenetrable, a no ser por el desfiladero de Cluse. Aquella área, de unas cuatro leguas cuadradas, encerraba el arroyo de los Chacales, el de Falkenhorst, el lago de los Cisnes, las casas de Felsenheim y de Falkenhorst y las granjas de Waldegg, de Zuckertop y de Eberfurt.

Continuóse la exploración siguiendo las orillas del río, de donde *monsieur* Zermatt no quería alejarse. Esto, además, satisfacía a Ernest, que dijo:

—Al volver de nuestra excursión podré trazar el curso de una parte de este río y del valle que riega. Dada la fertilidad de este nuevo territorio, no es dudoso que nuestra isla bastará para alimentar a varios miles de colonos.

—¡Tanto como eso...! —exclamó Jack, no disimulando su despecho de que su «segunda patria» pudiese estar tan poblada en lo por venir.

—Y como una ciudad —añadió Ernest— encuentra siempre grandes ventajas en ser fundada cerca de la desembocadura de un río, es probable que los futuros habitantes se establezcan aquí...

—Lugar que no les disputaremos —añadió *monsieur* Zermatt—, puesto que ninguno de nosotros se resolverá a dejar la Tierra Prometida.

—Tanto más, cuanto que *madame* Zermatt no lo consentiría... Lo ha declarado formalmente —dijo *mister* Wolston.

—Mi madre tiene razón —exclamó Jack—. Y además, preguntad a nuestros bravos servidores de pluma y pelo: a *Sturm*, a *Brummer*, a *Rash*, a *Blass*, a *Brüll*, a *Pfeil*, a *Flink*, a *Knips II*, a *Leichtfuss*, a *Brausewind*, a *Turco*, a *Braun* y a *Falb*, aquí presentes, preguntadles si consienten en cambiar de domicilio. Que se les dé el derecho del voto, que se verifique un escrutinio sobre esta cuestión, y como están en mayoría, yo sé qué decisión saldrá de la urna popular... ¡Sí... popular!

—Estáte tranquilo, Jack —respondió *monsieur* Zermatt—. No tendremos necesidad de consultar a nuestras bestias.

—¡Qué no son tan bestias como por su nombre podría deducirse! —respondió Jack, excitando con la voz y el ademán a los dos perros, que saltaron en torno de él.

A las seis, *monsieur* Zermatt y sus compañeros estaban de vuelta en el campamento, después de haber seguido por la costa bordeada de extensas playas, que terminaban en un bosque de árboles resinosos. Comieron sobre la hierba, y los comensales se regalaron con una fritura de gobios, pescados en las aguas dulces del río con los sedales que Ernest había preparado para Annah. En estenio parecía haber gran número de peces, y en los demás pululaban los cangrejos, de los que, antes de partir, se cogieron algunas docenas.

Después de la comida, nadie mostró prisa por volver a bordo de la pinaza; y por falta de tienda se cedió al general deseo de dormir en la playa. ¡Qué magnífica noche! Una ligera brisa, llena de los olores del campo, perfumaba y refrescaba la atmósfera. Después de aquel caluroso día, ¡qué agradable era respirar aquel aire vivificante y reparador!

Había seguridad de tener buen tiempo. Una leve bruma entoldaba el horizonte de alta mar y dulcificaba el resplandor de las estrellas. Los expedicionarios pasearon y hablaron de sus proyectos para el siguiente día. A las diez, todos volvieron a bordo de la *Isabel*, y se dispusieron a acostarse, excepto Ernest, que debía vigilar a aquella hora.

Pero en el momento de bajar *madame* Zermatt hizo una observación.

—Se nos ha olvidado una cosa —dijo.

—¿Qué se nos ha olvidado, Betsie? —preguntó *monsieur* Zermatt.

—Dar nombre a este río...

—Nada más justo —confesó *monsieur* Zermatt—, y este olvido no dejará de ser un contratiempo para Ernest, en lo que se refiere a su nomenclatura geográfica.

—Pues bien —respondió Ernest—. Hay un nombre indicadísimo: llamémosle el río Annah...

—Perfectamente... Eso os agradará, Annah —dijo Jack.

—Sin duda —respondió la joven—; pero yo he de proponeros otro nombre que bien merece ese honor...

—¿Cuál? —preguntó *madame* Zermatt.

—El apellido de nuestra querida Jenny.

Todos aceptaron, y desde aquel día el río Montrose figuró en el mapa de la Nueva Suiza.

X

NAVEGACIÓN DE LA CANOA POR EL MONTROSE -
COMARCA ÁRIDA - LOS GUIJARROS DE LA QUEBRADA
- EL OBSTÁCULO - LA ISABEL ANCLA DE NUEVO -
DESCENSO POR EL RIO - UN VAPOR EN EL SUDESTE -
REGRESO A FELSENHEIM.

Al siguiente día, a las seis, con marea baja, aparecieron algunas rocas que la víspera no emergían. Se advirtió además que hasta en lo más bajo de la marea los pasos quedaban practicables en una latitud de cuarenta a cincuenta toesas. Así pues, el río Montrose era navegable en cualquier momento de la marea; de lo que resultaba que, si este río corría algunas leguas hacia el interior del territorio, su desembocadura sería seguramente elegida para una primera instalación, que en lo porvenir se convertiría tal vez en importante ciudad marítima. La profundidad del agua en el sitio donde la *Isabel* estaba anclada era tal, que la pinaza flotaba cinco o seis pies sobre el fondo de arena.

A las siete, el cabrilleo del mar, indicio de la marea, se dejó sentir. Y la pinaza no hubiera tardado en aproar a no estar sujeta por la amarra de popa.

Mister Wolston y *Ernest*, que habían desembarcado al amanecer, volvían en este momento, después de haber observado el estado de la ensenada en su parte inferior. No tuvieron más que saltar sobre el puente para reunirse con *monsieur y madame Zermatt*, *mistress Wolston* y con su hija. Faltaba *Jack*, que seguido de sus dos perros había ido de caza, señalando su presencia en los alrededores algunas detonaciones. No tardó en reaparecer con dos parejas de perdices y media docena de codornices.

—No he perdido el tiempo ni la pólvora —dijo mostrando su caza.

—Nuestra enhorabuena —respondió su padre—; y ahora no perdamos la marea ascendente. Larga la amarra y embarca.

Jack, después de ejecutar la orden que su padre le daba, se lanzó al puente seguido de sus perros. El ancla estaba ya a pico, y no fue preciso más que izarla con la serviola. La pinaza, empujada por la corriente y por el ligero viento que venía de alta mar, ganó la desembocadura del río Montrose y empezó a subir por en medio del canal.

La distancia de una a otra orilla era de doscientos cincuenta a trescientos pies. Por lejos que la mirada se extendiese, no parecía que las orillas se aproximasen. A la derecha continuaba el acantilado, que iba bajando mientras el suelo se levantaba

gradualmente en suave pendiente. A la izquierda, la vista se extendía sobre llanuras cubiertas de árboles de amarillenta cima en aquella época.

Después de media hora de navegación bastante rápida, la *Isabel* llegó al primer recodo del Montrose, que, en ángulo de unos treinta grados, se dirigía hacia el sudoeste.

Desde este recodo, las orillas no pasaban de una altura de diez a doce pies, altura a la que llegaban las más fuertes mareas, lo que se conocía en las hierbas que aparecían entre la confusión de cañas puntiagudas y tiesas como bayonetas. Como en aquella época, 19 de marzo, las mareas del equinoccio llegan a su máximo de elevación, podíase afirmar que el lecho del río bastaría para contener sus aguas, y no parecía que éstas se desbordasen sobre los campos vecinos.

Navegaba la pinaza con velocidad de tres a cuatro leguas por hora, lo que permitía deducir que serían siete u ocho durante la marea.

Ernest, que había observado esta velocidad, hizo la siguiente observación:

—Ésta será la distancia a que estimamos que se levantan las montañas del sur.

—La observación es justa —respondió *mister* Wolston—, y si el río baña la base de esa cordillera, será fácil llegar a ella. En ese caso no tendríamos que dilatar para dentro de tres o cuatro meses la excursión proyectada.

—Eso nos llevaría mucho tiempo, del que ahora no podemos disponer —respondió *monsieur* Zermatt—. Además, aun suponiendo que el Montrose nos condujera al pie de la cordillera, no habríamos conseguido nuestro objeto. Sería preciso subir a su cúspide, lo que, probablemente, no conseguiríamos sin grandes esfuerzos.

—Además —añadió Ernest—, aparte de la cuestión de saber si el río continúa con rumbo hacia el sudoeste, está la de saber si su curso no está interrumpido por corrientes o por obstáculos infranqueables.

—Ya lo veremos —respondió *monsieur* Zermatt—. Sigamos mientras la corriente nos empuje, y dentro de algunas horas decidiremos lo más conveniente respecto al punto que tratamos.

Pasado el recodo, las dos orillas, más separadas, dejaban ver, en bastante espacio, la región atravesada por el Montrose. Esta región estaba desierta. La caza de toda especie hormigueaba entre la hierba y entre las cañas de las orillas, avutardas, gallos salvajes, perdices, codornices. Si Jack hubiera enviado sus perros a ojear a lo largo de las orillas y en las tierras vecinas, no hubieran andado cien pasos sin encontrar conejos, liebres, agutíes, pécaris y cobayos. En este concepto, aquel territorio valía tanto como los alrededores de Falkenhorst y de las granjas, hasta por los monos, que saltaban de árbol en árbol. A alguna distancia pasaban bandadas de antílopes, de la misma especie que los que estaban en el aprisco del islote del Tiburón. Grupos de búfalos se mostraban igualmente a más de una legua en dirección a la cordillera, y de

vez en cuando veíanse saltar a lo lejos bandadas de avestruces, mitad corriendo, mitad volando, *Monsieur Zermatt* y sus hijos aquel día no tomaron a estos bichos por árabes, como les sucedió con los primeros que habían visto desde las alturas de Eberfurt.

Se comprenderá que Jack estaba furioso al verse clavado sobre el puente de la *Isabel*, imposibilitado de saltar a tierra, y contemplando a aquellos cuadrúpedos y volátiles sin saludarlos con un escopetazo. Aunque, ¿para qué cazar si no se necesitaba?

—Ahora no somos cazadores —le repetía su padre—, sino exploradores, o mejor dicho, geógrafos, hidrógrafos comisionados para el estudio de esta parte de la Nueva Suiza.

El joven Nemrod no lo entendía de tal modo, y se prometía, cuando la pinaza anclase, organizar con sus perros una batida por los alrededores. Haría a su manera investigaciones geográficas: levantaría perdices y liebres en vez de levantar puntos de orientación. Esto último quedaba encomendado al sabio Ernest, deseoso de añadir a su mapa los nuevos territorios situados al sur de la Tierra Prometida.

Ninguna de las fieras que, como se sabe, frecuentaban los bosques y llanuras situadas en el extremo de la bahía de las Perlas y en las proximidades del valle de Grünthal, fue vista en las riberas del Montrose durante la navegación. Afortunadamente, no se mostraron ni leones, ni tigres, ni panteras, ni leopardos. Pero los rugidos de los chacales resonaron en la orilla del vecino bosque, de lo que debía deducirse que estos animales formaban la mayor parte de la fauna de la isla. Debemos mencionar, igualmente, la presencia de numerosos pájaros acuáticos, ánades, becas, cercetas, que volaban de una orilla a otra, o saltaban entre las cañas. Jack no podía conformarse con dejar de aprovechar aquella ocasión de satisfacer sus aficiones y ejercitar su destreza, y disparó algunos certeros tiros, cosa que nadie le reprochó, a excepción de Annah, que siempre pedía gracia para los animales inofensivos.

—Inofensivos, pero excelentes si están bien asados —respondió Jack.

Y en verdad que al siguiente día se felicitarían todos al ver aumentado el almuerzo y la comida con una pareja de lavancos y ánades que Jack recogió en la corriente del Montrose.

Serían poco más de las once cuando la *Isabel* llegó a un segundo recodo del río, que se inclinaba más al oeste, como Ernest advirtió.

De su dirección general pudo deducirse, con probabilidades de acierto, que el río descendía de la cordillera a una distancia de seis o siete leguas.

—Es lástima —dijo Ernest— que la marea termine y que no podamos avanzar más.

—Lástima es, en efecto —respondió *monsieur Zermatt*—. Y mira... Ya el reflujo no tardará en dejarse sentir; pero como estamos en la época de las más altas mareas,

las olas no pasarán el codo del Montrose.

—Nada más evidente —afirmó *mister Wolston*—. No queda más sino decidir si anclamos en este sitio, o si aprovecharemos la marea para volver a la ensenada, donde la pinaza podrá llegar antes de dos horas.

El sitio era encantador y todos sentían gran deseo de pasar el día en él. La orilla izquierda formaba una ensenada, en la que se arrojaba un riachuelo de aguas vivas y frescas.

Encima veíanse hermosos árboles, llenos de pájaros. En la parte de atrás grupos de verdes encinas, cuyo ramaje no podía penetrar el sol. El viento agitaba las ramas como abanicos.

—Éste es hermoso sitio para construir una granja —dijo *madame Zermatt*—. ¡Lástima que esté tan lejos de Felsenheim!

—Sí... demasiado lejos —respondió *monsieur Zermatt*—. Pero creo que no se desperdiciará este sitio... por nuestros futuros conciudadanos.

—Tened la seguridad, querida Betsie —dijo *mistress Wolston*—, de que esta parte de la isla, regada por el Montrose, será muy solicitada por los nuevos colonos.

—Y entretanto —dijo Jack— yo propongo que acampemos aquí hasta mañana.

—Ésa es una cuestión que hay que tratar detenidamente —declaró *monsieur Zermatt*.

—No olvidemos que la marea puede llevarnos a la ensenada en dos horas, y que de este modo mañana por la noche estaremos en Felsenheim.

—¿Qué pensáis de eso, Annah? —preguntó Ernest.

—Que decida vuestro padre —respondió la joven—; pero convengo en que el sitio es agradable y digno de que se pase en él una tarde.

—Además —dijo Ernest—, no me disgustaría tomar algunos datos que necesito.

—¡Ni a nosotros tomar algún alimento! —exclamó Jack—. ¡Almorcemos, pues!

Se convino en que se pasarían la tarde y la noche allí, y que en la marea próxima, hacia la una de la madrugada, la pinaza descendería sin riesgo por la corriente del río. Llegada a la ensenada, según el estado de la mar y la dirección del viento, o haría escala en la bahía de la Licorne, o doblaría el cabo del Este para dirigirse a Felsenheim.

La pinaza fue amarrada por la proa al pie de un árbol. La popa se inclinó hacia abajo, lo que probaba que la marea comenzaba.

Después del almuerzo, *madame Zermatt*, *mistress Wolston* y Annah se resignaron a permanecer en el campamento mientras se reconocían los alrededores, porque importaba adquirir pleno conocimiento de aquella región. Se decidió lo siguiente: por un lado, *monsieur Zermatt* y Jack irían como cazadores a lo largo del riachuelo, sin apartarse mucho de la desembocadura de éste, y por otro, *mister Wolston* y Ernest, embarcados en la canoa, remontarían el río hasta la mayor distancia posible, de forma

que estuvieran de vuelta para la hora de la comida.

No había peligro en que las mujeres quedaran solas en el campamento, ni ellas manifestaron temor. Además, en caso de necesidad, les sería fácil dar aviso a los dos cazadores disparando uno de los cañones de la pinaza cargados con pólvora, Jack preguntó a la joven si tendría miedo de hacer tal operación, respondiendo ella negativamente.

Monsieur Zermatt y su hijo no se alejarían mucho, y esperaban que no les faltaría ocasión de dedicarse a la caza.

La canoa, impulsada por los remos que manejaban *mister* Wolston y Ernest, partió en dirección opuesta remontando el río, mientras *monsieur* Zermatt y Jack seguían la orilla del mismo que bajaba del norte.

Más allá del recodo indicado, el Montrose tomaba la dirección sudoeste. La canoa continuo navegando a lo largo de las orillas bordeadas de maleza, que las hacían inabordables. Imposible hubiera sido desembarcar allí. Ni tampoco era preciso. Lo que importaba era establecer la dirección general del río, yendo hacia arriba lo más lejos posible. A media legua de allí, entre macizos menos espesos, los árboles proyectaban sombra... A esto seguían extensas planicies con tumescencias rocosas, que parecían desarrollarse sin interrupción hasta la base de las montañas.

La superficie del Montrose, herida por los rayos solares, resplandecía como un espejo. Se echaba de menos la sombra de los árboles que lo limitaban en la parte superior de su curso. En aquella sofocante atmósfera la faena de los remeros se hizo penosa. Por fortuna la fuerza de la corriente no había aumentado con la marea descendente. No había más que luchar con la corriente normal de las aguas, más bien bajas en aquella época del año. No sucedería lo mismo transcurridas algunas semanas, cuando, llegada la estación de las lluvias, las aguas que descendieran de la cordillera aumentasen el caudal del Montrose.

A pesar del calor, *mister* Wolston y Ernest bogaban con grandes ánimos, aprovechando, para economizar sus esfuerzos, los remolinos que se producían entre las caprichosas orillas del río.

—No me parece imposible —dijo *mister* Wolston— que lleguemos al pie de la cordillera, donde debe de estar el nacimiento del Montrose.

—¿Persistís en vuestra idea, *mister* Wolston? —respondió Ernest meneando la cabeza.

—Persisto en ella, hijo mío. Realmente no conoceréis vuestra isla más que después de haberla observado en toda su extensión desde lo alto de estas montañas, que no parecen muy elevadas.

—Calculo su altura en mil ochocientos o mil quinientos pies, y desde la cúspide, como vos, creo que la mirada abrazará toda la Nueva Suiza, a no ser que ésta sea mayor de lo que suponemos... Más allá de la cordillera, ¿qué hay? Si aún no lo

sabemos es porque en doce años no hemos salido de la Tierra Prometida.

—Conforme, mi querido Ernest —respondió *mister Wolston*—, pero al presente tenemos verdadero interés en fijar la importancia de una isla destinada a recibir colonos.

—Así se hará, *mister Wolston*, cuando vuelva la buena estación, e indudablemente antes del regreso de la *Licorne*. Por hoy mi opinión es que nos limitemos a esta exploración de algunas horas, que nos bastará para apreciar la dirección general del río...

—Y sin embargo, con un poco de resolución... podríamos llegar a la cadena y subir por las pendientes.

—Siempre que no fueran muy escarpadas, *mister Wolston*.

—¡Bah! Con buenas piernas...

—Decididamente. Debíais haber traído a Jack en vez de traerme a mí —respondió Ernest sonriendo—. Él no os hubiera contradicho. Le hubierais arrastrado hasta las montañas, aun a cambio de no volver hasta mañana o pasado, lo que hubiera producido gran inquietud a nuestras familias...

—Tienes razón, hijo —declaró *mister Wolston*—. Es preciso mantener la promesa que hemos hecho. Naveguemos una hora más y volveremos. ¿Qué importa? ¡No estaré contento hasta que hayamos plantado el pabellón de Inglaterra en la más alta cima de la Nueva Suiza!

No hay que extrañarse del deseo expresado por *mister Wolston*. Hablaba éste como buen inglés, y precisamente en época en que la Gran Bretaña enviaba sus marinos por todos los mares del globo, llevada del afán de extender su imperio colonial. Pero *mister Wolston* comprendió que lo acertado era dejar para más tarde esta toma de posesión, y no insistió.

La navegación continuó. Siempre el extenso campo, sin árboles, y menos fértil, a medida que se extendía hacia el sudoeste. A las praderas sucedían áridas superficies sembradas de piedras. Apenas si algunos pájaros volaban sobre aquel suelo desolado. De los animales vistos por la mañana, búfalos, antílopes y avestruces, no se distinguía ninguno. Solamente algunas bandadas de chacales que no se mostraban, pero cuyos aullidos atravesaban el espacio sin despertar eco.

—Bien ha hecho Jack en no acompañarnos por este lado —dijo Ernest.

—Ciertamente. No hubiera tenido ocasión de disparar su fusil.

—Mayor suerte habrá tenido entre los matorrales regados por el afluente del Montrose.

—En fin, de esta excursión deduciremos que esta parte de la isla se asemeja a la que se extiende sobre la bahía de la *Licorne*. ¿Quién sabe si más allá de la cordillera presentará el terreno el mismo aspecto? Probablemente la isla no es fértil más que en el norte y en el centro; desde la bahía de las Perlas hasta el valle de Grünthal. Cuando

emprendamos nuestra gran excursión, lo mejor, por lo tanto, será marchar directamente hacia el sur.

—Así lo creo, *mister Wolston*, y será preferible llegar al campo franqueando el desfiladero de Cluse.

Eran cerca de las cuatro. La canoa se encontraba a unas dos leguas y media del campamento cuando en la parte de arriba se oyó ruido de aguas tumultuosas. ¿Era un torrente que se precipitaba en el lecho del Montrose? ¿Era el mismo río que se convertía en torrente...? ¿Lo hacía innavegable algún obstáculo formado por las rocas?

En aquel momento *mister Wolston* y Ernest, inmóviles en medio de un remolino, al abrigo de una punta de tierra, se disponían a cambiar de rumbo. El talud de la ribera les impedía ver lejos.

—Algunos golpes de remos más —dijo *mister Wolston*— y daremos vuelta a la punta.

—Decididamente —dijo Ernest—, es de temer que el Montrose no permita a una embarcación llegar al pie de las montañas.

Ambos se pusieron al remo, desplegando todo el vigor que les quedaba, después de cuatro horas de navegación bajo un cielo de fuego.

El río se dirigía entonces al sudoeste, y ésta debía de ser su dirección general.

Pocos instantes después, a algunos centenares de pies más arriba, su curso apareció en extensión más larga. Las rocas sembradas a uno y otro lado no dejaban entre ellas más que estrechas hendeduras, y las aguas del río formaban tumultuosas cascadas, cuya agitación se sentía veinte toesas más abajo.

—He aquí lo que nos hubiera detenido, de tener nosotros la intención de continuar —dijo Ernest.

—Tal vez hubiera sido posible transportar la canoa más allá del obstáculo —respondió *mister Wolston*.

—Suponiendo que no sea más que un obstáculo, *mister Wolston*.

—Lo sabremos, pues ello importa. Desembarquemos.

A la izquierda se abría una estrecha quebrada, muy seca entonces, y que, sin duda, al llegar la estación de las lluvias, serviría de cauce a un torrente cuyas tumultuosas aguas se mezclarían con las del Montrose.

Mister Wolston arrojó a tierra el arpeo. Poco después Ernest y él pusieron el pie en la ribera, por la que subieron de forma que fueron oblicuamente hacia las rocas; operación en la que invirtieron un cuarto de hora, atravesando por entre movedizas piedras.

Aquí y allá esparcíanse también guijarros de color negruzco, redondeados, del tamaño de nueces.

Cuando *mister Wolston* y Ernest llegaron a la cima del obstáculo, observaron que

en media legua larga el Montrose no era navegable. Su cauce estaba lleno de rocas, entre las que mugía el agua, y el arrastre de la canoa hacia la parte superior hubiera sido muy penoso.

El campo parecía absolutamente estéril hasta la base de la cordillera. Para ver algo verde era menester mirar hacia el noroeste y el norte, precisamente en dirección al valle Grünthal, cuyos lejanos macizos se distinguían en el límite de la Tierra Prometida.

Mister Wolston y *Ernest* no tenían que hacer otra cosa sino volver sobre sus pasos con el disgusto de que el Montrose estuviera obstruido en aquella parte de su curso.

Siguiendo las vueltas de la quebrada, *Ernest* recogió dos o tres de aquellos guijarros negruzcos, más pesados que lo que su volumen parecía indicar, y guardó un par de ellos para examinarlos cuando regresara a *Felsenheim*.

No sin disgusto, *mister Wolston* volvió la espalda al horizonte del sudoeste; pero el sol declinaba y era menester no retrasarse. La canoa tomó, pues, río abajo, e impulsada por los remos se deslizó rápidamente por las aguas.

A las seis todos estaban reunidos a la sombra de las verdes encinas.

Monsieur Zermatt y *Jack* estaban muy satisfechos de su caza, que consistía en un antílope, un par de conejos, un agutí y algunos volátiles de distinta especie.

El afluente del Montrose regaba un campo fértil, tanto en la llanura que se prestaría al cultivo de los cereales, como al través de los espesos bosques. Había también terrenos muy quebrados donde, sin duda, habían sonado por vez primera los tiros disparados por los cazadores.

Después de que *monsieur Zermatt* dio cuenta de su expedición, *mister Wolston* refirió la suya con todo detalle, añadiendo que la región era estéril en la parte que se extendía al sur. Manifestó el disgusto que a *Ernest* y a él les había causado verse detenidos por un obstáculo infranqueable, y terminó diciendo que para llegar a la cordillera del sudoeste sería preciso buscar un camino distinto al del Montrose.

Una buena comida, preparada por *Betsie*, *Merry* y *Annah*, esperaba a los excursionistas. Fue servida a la sombra de los árboles, en la orilla del río, cuyas aguas murmuraban sobre un lecho arenoso lleno de plantas acuáticas. Se hizo honor a esta comida y la conversación de sobremesa se prolongó hasta las nueve de la noche.

Después, cada cual se retiró a su camarote, a bordo de la *Isabel*, y al poco, por parte de los hombres, resonó un concierto de ronquidos sonoros, rivalizando con los ruidos de los chacales.

Se había decidido que la pinaza partiría al comenzar la marea descendente para aprovecharla toda, es decir, hacia la una de la madrugada. El tiempo destinado al sueño sería, pues, limitado; pero los pasajeros se indemnizarían del madrugón la noche próxima, ya durante la escala en la bahía de la *Licorne*, ya en *Felsenheim*, si la *Isabel* llegaba allí en las veinticuatro horas siguientes.

A pesar de las instancias de *mister* Wolston y de sus hijos, *monsieur* Zermatt resolvió permanecer sobre el puente, encargándose de despertar a los demás a la hora indicada. Era conveniente no abandonar cierta prudencia. Por la noche, las fieras que durante el día no se han mostrado, abandonan sus guaridas, atraídas hacia el río por la necesidad de apagar su sed.

A la una, *monsieur* Zermatt llamó a *mister* Wolston, a Jack y a Ernest, en el momento en que se iniciaba el movimiento de la marea. De la parte de tierra soplaba un ligero viento. Las velas fueron izadas, amuradas y haladas, y la pinaza se abandonó a la doble acción de la corriente y del viento.

La noche era muy clara; en el cielo hormigueaban las estrellas. Al norte la luna llena caía lentamente hacia el horizonte.

El curso del Montrose no ofrecía obstáculo, bastando mantenerse en mitad de su cauce para llegar a la ensenada. Así es que, terminada de aparejar la nave y colocadas las velas, con dos hombres habría bastante para la maniobra. *Mister* Wolston se puso al timón, Jack a proa, *monsieur* Zermatt y Ernest pudieron, pues, retirarse a descansar. Este descanso no sería de larga duración. A las cuatro de la mañana, cuando por la parte este aparecían las primeras luces del alba, la *Isabel* llegaba a la desembocadura del Montrose y ancló en el mismo sitio que la víspera.

Nada había turbado aquella navegación nocturna, por más que los gruñidos de los hipopótamos hubieran sido percibidos a mitad del camino. Se recordará que, según dijo Fritz al referir su viaje al río Oriental, la presencia de estos monstruosos anfibios se había ya señalado en los ríos de la isla.

Como el tiempo era soberbio y la mar bella, decidióse que la pinaza se aprovecharía inmediatamente de la brisa matinal. *Monsieur* Zermatt observó, no sin satisfacción, que sería posible estar de regreso en Felsenheim en quince horas, es decir, antes de la noche.

A fin de seguir el camino más corto y de llegar directamente al cabo del Este, la *Isabel* se alejó del litoral una media legua larga.

Los pasajeros pudieron disfrutar entonces de una vista más completa de la costa, que se desarrollaba tres o cuatro leguas en dirección sur.

Monsieur Zermatt había ordenado atiesar las escotas a fin de coger el viento más cerca; y la pinaza, amuras a estribor, se dirigió hacia el cabo del Este.

Pero en este momento, *mister* Wolston, que estaba en la proa, llevó el catalejo a sus ojos. Después de limpiar el cristal, pareció mirar con gran atención uno de los puntos del litoral.

Varias veces el aparato bajó y subió en sus manos. A todos causó extrañeza la atención que ponía en observar el horizonte hacia el sudeste.

Monsieur Zermatt, dejando a Jack en el timón, se dirigía a la proa con intención de interrogar a *mister* Wolston cuando éste, apartando de sus ojos el catalejo, dijo:

—No..., me he engañado...

—¿Y en qué os habéis engañado, Wolston? ¿Qué habéis creído ver en esa dirección? —preguntó *monsieur* Zermatt.

—Humo...

—¿Humo? —repitió Ernest, que se había acercado, y al que inquietó la respuesta.

En efecto; el humo no hubiera podido provenir más que de un campamento establecido en aquella parte del litoral; y de aquí las siguientes conclusiones, que eran de índole para producir inquietud: la isla estaba habitada por indígenas... o salvajes, que habían ido a aquellos sitios en sus piraguas desde las costas de Australia... y que, después de desembarcar, acaso pretenderían llegar al interior... Calcúlese a qué peligros estarían expuestos los huéspedes de Felsenheim si aquella gente ponía la planta en la Tierra Prometida.

—¿En qué sitio habéis creído ver ese humo? —preguntó vivamente *monsieur* Zermatt.

—Allí... Sobre la última punta del litoral de esta costa.

Y *mister* Wolston indicaba la extremidad de la tierra, a distancia de unas tres leguas, tierra que desde aquella punta desaparecía, deprimiéndose hacia el sudoeste.

Monsieur Zermatt y Ernest tomaron el anteojo y, uno tras otro, miraron con gran atención el sitio indicado.

—No veo nada —dijo *monsieur* Zermatt.

—Ni yo —añadió Ernest.

Mister Wolston observó aún durante algunos minutos con gran atención.

—No... Tampoco yo distingo ya el humo —dijo—. Debía de ser un ligero vapor gris... una nubecilla que acaba de disiparse.

La respuesta era tranquilizadora. No obstante, mientras la mencionada punta fue visible, ni *monsieur* Zermatt ni sus compañeros apartaron de ella los ojos, aunque nada notaron que pudiese causarles inquietud.

La *Isabel*, con sus velas desplegadas, deslizábase rápidamente por la mar, algo movida. A la una de la tarde tenía a la vista la bahía de la *Licorne*, que dejó a una legua a babor, dirigiéndose después directamente hacia el cabo del Este.

Cabo que dobló a las cuatro: y como la marea ascendente empujaba hacia el oeste de la bahía del Salvamento, bastó una hora para recorrer esta distancia. Pasado el islote del Tiburón, la *Isabel* se dirigió al arroyo de los Chacales, y treinta y cinco minutos después sus pasajeros desembarcaban en la playa de Felsenheim.

XI

ANTES DE LA ESTACIÓN DE LAS LLUVIAS - VISITA A
LAS GRANJAS Y A LOS ISLOTES - PRIMERAS
BORRASCAS - LAS NOCHES EN FELSENHEIM - LA
CAPILLA - EL DESCUBRIMIENTO DE ERNEST Y CÓMO
FUE RECIBIDO - DURACIÓN DEL MAL TIEMPO - DOS
CAÑONAZOS - AL ISLOTE DEL TIBURÓN.

La ausencia de los huéspedes de Felsenheim había durado cuatro días y medio. Hubiera podido prolongarse otro tanto sin perjuicio para los animales domésticos, pues los establos contenían provisiones en abundancia. Durante esta excursión, *mister* Wolston hubiera tenido suficiente tiempo de llevar la exploración hasta la base de la cordillera, que no estaba muy lejos desde el obstáculo del río, y hasta probablemente hubiera propuesto a *monsieur* Zermatt permanecer tres o cuatro días más en el fondeadero del Montrose si la canoa no hubiese encontrado obstáculo para remontar este río.

En resumen: la exploración no dejaba de haber tenido algún resultado. La pinaza había podido reconocer la costa oriental en una extensión de diez leguas, a partir del cabo del Este. Esto, añadido a una extensión igual del litoral visitado al norte hasta la bahía de las Perlas, era lo que se conocía de la isla. Respecto a su perímetro al oeste y al sur, al aspecto que presentaba, a si limitaba regiones áridas o fértiles, nada podrían saber las dos familias hasta después de efectuar un viaje de circunnavegación, a no ser que la ascensión a las montañas permitiese a la mirada abarcar toda la Nueva Suiza.

Verdad que era probable que la *Licorne* estableciese las dimensiones y la forma de la isla, y, en caso de que la expedición proyectada por *mister* Wolston no diese completo conocimiento de ella, no había más que esperar el regreso de la corbeta inglesa para tener resuelto el asunto.

Ahora, durante siete u ocho semanas, los trabajos de la siega y recolección, de la trilla de los granos, de la vendimia y del entrojamiento de la cosecha, ocuparían todos los momentos. *Monsieur* Zermatt y sus compañeros no se concederían ni un solo día de descanso si querían que las granjas estuviesen en buen estado antes del período que constituía el invierno en aquella latitud del hemisferio austral.

Pusiéronse, pues, todos a la faena, y antes de nada las dos familias se trasladaron a Falkenhorst, traslado que las aproximaba a Waldegg, Zuckertop y Prospect-Hill.

En la casa de verano no faltaban espacio ni comodidad desde que se habían agregado algunas habitaciones construidas entre las gigantescas raíces del nopal, sin hablar del piso aéreo tan agradable por estar entre las ramas. Al pie del árbol se había instalado, para uso de los animales, un espacioso corral con establos, cercado con una empalizada de bambúes y espinos.

Inútil es descender al detalle de los trabajos que durante dos meses se efectuaron con buen éxito. Fue preciso ir de una a otra granja, almacenar los cereales y forraje, coger los frutos en plena madurez y disponerlo todo para que el averío de los corrales no tuviese que temer las inclemencias de la mala estación.

Es de advertir que, gracias al riego del lago de los Cisnes, abundantemente surtido por el canal, el rendimiento del suelo había aumentado. Aquel distrito de la Tierra Prometida hubiera podido asegurar la existencia a cien colonos, y se comprende que el trabajo de sus huéspedes fuese muy grande si no querían desperdiciar nada.

En previsión del mal tiempo, que duraría ocho o nueve semanas, fue preciso ocuparse también en preservar a las granjas de los efectos de la lluvia y del viento. Las vallas de los cercados, las puertas y ventanas de las habitaciones, fueron herméticamente cerradas y sujetas por medio de arbotantes. Los tejados, cargados de grandes bloques, tenían probabilidad de resistir a los vientos huracanados del este. Iguales precauciones se tomaron con los cobertizos, hórreos, establos, gallineros, cuyos ocupantes de dos o cuatro patas eran muy numerosos para ser llevados a Felsenheim.

Igualmente, en los islotes de la Ballena y del Tiburón, todo quedó en condiciones de poder resistir las borrascas, más temibles allí por su situación junto al litoral.

En el islote de la Ballena, los árboles resinosos y los pinos marítimos de verdor continuo, formaban espesos macizos. Los planteles de cocoteros y otros árboles, desde que los setos de espinos los protegían, habían prosperado notablemente. Nada había ya que temer de los centenares de conejos que en los primeros tiempos devoraban todas las semillas. Las hierbas marinas suministraban alimento bastante a aquellos voraces roedores —entre otras el *Fucus saccharinus*—, por el que mostraban mucha afición. Jenny encontraría en perfecto estado el islote del que *monsieur Zermatt* le había dado posesión.

Respecto al islote del Tiburón, las plantaciones de nopales, cocoteros y pinos nada dejaban que desear. Se reforzaron los cercados reservados a los antílopes, en camino de ser domesticados. Durante el invierno no faltarían hierba y hojas, alimento de estos rumiantes, y tampoco agua dulce, merced a la fuente descubierta en un extremo del islote. *Monsieur Zermatt* había construido un cobertizo central con fuertes planchas, en el que estaban almacenadas provisiones de toda especie. En fin, la batería colocada en la meseta del monte estaba protegida por un sólido techo, que los verdes árboles protegían y que dominaba el mástil con el pabellón.

El día en que efectuaron la visita, siguiendo la costumbre establecida al principio y al término de la estación de las lluvias, Ernest y Jack dispararon los dos cañonazos reglamentarios. Aquella vez no se oyó ninguna detonación, como seis meses antes, a la llegada de la corbeta inglesa.

Cuando las dos piezas recibieron nuevos cartuchos con su mecha, Jack dijo:

—Dentro de tres meses nos llegará el turno de responder a la *bicorne* cuando salude a la Nueva Suiza. ¡Con qué alegría responderemos!

Las últimas cosechas, trigo, centeno, cebada, arroz, maíz, avena, yuca, sagú, patatas, no tardaron en ser almacenadas en los hórreos y depósitos de Felsenheim. Por otra parte, la amelga había hecho extraordinariamente fructífera la huerta, que suministraba con gran abundancia judías, habas, nabos, guisantes, zanahorias, puerros, lechugas y achicorias. Sobre las orillas del río y cerca de la casa había campos plantados de cañas de azúcar y árboles frutales. La vendimia de los viñedos de Falkenhorst se efectuó a su tiempo, y en lo que respecta al hidromiel no faltaba la miel ni las especias y la torta de centeno destinados a ayudar a su fermentación.

También había vino de palmera en abundancia, sin hablar de las reservas del vino de Canarias. Varios barriles del aguardiente que dejó el capitán Littlestone ocupaban la fresca cueva abierta en las rocas. El combustible no faltaba tampoco; las leñeras rebosaban de madera seca, y además las borrascas se encargarían de sembrar ramas por las playas de Felsenheim, aparte de las que la marea lanzase a las de la bahía del Salvamento. No habría necesidad de emplear este combustible en la calefacción de las habitaciones, pues entre los trópicos, bajo el paralelo 19, el frío no es de temer nunca. El fuego se destinaba para la cocina, las lejías y otras operaciones caseras.

Llegó la segunda quincena de mayo, y ya era tiempo de que se terminasen estos trabajos. No había que hacerse ilusiones sobre los indicios precursores del mal tiempo. Al ponerse el sol, el cielo comenzaba a cubrirse de brumas, cada día más densas. El viento tendía al este, y cuando soplabá en esta dirección todas las tempestades de alta mar se precipitaban violentamente sobre la isla.

Antes de ir a encerrarse en Felsenheim, *monsieur* Zermatt quiso dedicar el día 24 a una excursión a Eberfurt, en la que no tomarían parte más que *mister* Wolston y Jack. Convenía asegurarse de si el desfiladero de Cluse estaba sólidamente cerrado para que las fieras no lo franquearan.

Nada más necesario que prevenir una irrupción, cuyo resultado hubiera sido el destrozo de las plantaciones. Dicha granja, la más alejada en el límite del distrito, se encontraba a unas tres leguas de Felsenheim.

Los visitantes, montados en el búfalo, el onagro y el avestruz, hicieron el camino en menos de dos horas. Los cercados estaban en buen estado; pero creyeron prudente reforzar con espesos travesaños la entrada de Cluse, al objeto de evitar que las fieras o los paquidermos pudiesen franquear el desfiladero.

Por lo demás, no se vio ninguna huella sospechosa, con vivo disgusto de Jack. El atrevido cazador se prometía siempre capturar por lo menos un joven elefante, que, una vez domesticado, le serviría para el transporte de su propia persona.

Al fin, el 25, cuando las primeras lluvias comenzaron, las dos familias, abandonando definitivamente Falkenhorst, se habían instalado en Felsenheim. Ningún país hubiese ofrecido más segura morada al abrigo de la intemperie, ni mejor dispuesta. ¡Cuántos adelantos desde el día en que el martillo de Jack había agujereado la montaña! La gruta de sal se había convertido en cómoda vivienda. Siempre la misma disposición de los cuartos en hilera con puertas y ventanas. La biblioteca, por la que Ernest sentía tanto cariño, con sus ventanas abiertas a levante, sobre el arroyo de los Chacales, estaba dominada por un elegante palomar. El amplio salón, con ventanas cubiertas de cortinillas verdes, estaba amueblado con mesas, sillas, sillones y sofás retirados del *Landlord*, y servía de oratorio, en espera de que *mister Wolston* construyera su capilla.

Sobre las habitaciones había una terraza a la que conducían dos senderos, y ante ellas una galería cubierta por un tejadillo que soportaban catorce pilares de bambú. En estos pilares se enroscaban los vástagos de los pimenteros y otros árboles que esparcían suave olor a vainilla, mezclados con otras plantas trepadoras, entonces en pleno verdor.

Al otro lado de la gruta, subiendo el curso del río, se extendían los jardines particulares de Felsenheim. Rodeados de hayas espinosas, se dividían en cuadros de legumbres y de flores, en plantaciones de árboles frutales, alféngigos, almendros, nogales, naranjos, limoneros, bananos y todos los propios de los países cálidos. Respecto a los árboles de Europa, cerezos, perales, higueras, etc., se hallaban también en la gran alameda que conducía a Falkenhorst.

En el espacio de trece años, bastantes estaciones lluviosas se habían pasado al abrigo de aquella casa, resguardada del viento y de la mar. Algunas semanas iban a transcurrir en las mismas condiciones, pero con nuevos huéspedes. Verdad que faltarían Fritz, François y la encantadora Jenny, que era la alegría y la animación de la casa.

Desde el 25 no cesaron las lluvias ni los huracanes, siendo imposible hacer excursiones, limitándose todos a continuar los trabajos del interior. No era pequeña tarea la de cuidar los animales, búfalos, onagro, vacas, asnos, el mono *Knips II*, el chacal *Jager* y el chacal y el cormorán de Jenny. Venían después los detalles de la casa y la preparación de las conservas. Cuando algún claro extraño y breve lo permitía, se pescaba en el arroyo de los Chacales y al pie de las rocas de Felsenheim.

Desde la primera semana de junio arreciaron las borrascas y la fina lluvia que formaba tupido velo en la atmósfera, así como las lluvias de tempestad que caían con fuerza. Era imposible salir sin llevar capotes impermeables.

Los alrededores, la huerta, las plantas, los campos, estaban anegados, y desde lo alto de los macizos de Felsenheim caía el agua con ruido de cascada.

Aunque a no ser absolutamente preciso nadie ponía el pie fuera de la casa, las horas transcurrían sin fastidio. Entre las dos familias reinaba perfecta identidad de opiniones, por lo que jamás se discutía. Inútil es insistir en la amistad sincera que unía a *mister Wolston* y *monsieur Zermatt*, amistad afirmada en seis meses de vida común. Lo mismo sucedía con las dos madres, cuyas cualidades y aptitudes se completaban. Jack, siempre alegre y despierto, siempre ansioso de aventuras, no se entristecía más que ante la imposibilidad de satisfacer sus instintos de cazador.

Respecto a Ernest y Annah, un sentimiento más vivo que la amistad les atraía el uno al otro. Contaba entonces la joven diecisiete años, era seria y reflexiva, y debía, por tanto, agradar al serio y reflexivo joven, que a su vez, no le era desagradable a la muchacha. Los Zermatt y los Wolston veían con gusto la probabilidad de una unión entre ellos, unión que apretaría los lazos que ya ligaban a las dos familias... y dejaban que las cosas siguieran su camino. Al regreso de la *Licorne*, a bordo de la cual vendrían Fritz y Jenny, convertidos en marido y mujer, se arreglaría el otro negocio. Únicamente Jack se permitía algunas maliciosas alusiones. El cazador, obstinado en sus ideas de celibato, no sentía envidia de Ernest.

Durante las comidas y las veladas, la conversación recaía siempre en los ausentes. No se olvidaba ni al coronel Montrose, ni a James y Suzan Wolston, ni a Dolí, ni a François, ni a ninguno de los que iban a hacer de la Nueva Suiza su segunda patria.

Una noche *monsieur Zermatt* hizo el siguiente cálculo:

—Amigos míos: estamos a 15 de junio. Hace ocho meses que la *Licorne* partió. Debe de estar, pues, a punto de abandonar los mares de Europa para dirigirse al océano índico.

—¿Qué opinas tú de eso, Ernest? —preguntó *monsieur Zermatt*.

—Pienso —respondió el joven— que, teniendo en cuenta su escala en El Cabo, la corbeta en tres meses ha podido arribar a un puerto de Inglaterra. En volver deberá emplear el mismo tiempo; y como se había convenido que en un año estaría de vuelta, permanecerá seis meses en Europa. De ello deduzco que todavía se encuentra allí.

—Pero, indudablemente, a punto de darse a la mar —dijo Annah.

—Es lo probable, mi querida Annah —respondió Ernest.

—Además, puede que haya abreviado su estancia en Inglaterra —hizo observar *mistress Wolston*.

—Posible es, en efecto —respondió su marido—, aunque seis meses no es demasiado tiempo para lo que tiene que hacer. Nuestros lores del almirantazgo no son muy activos.

—Sin embargo —dijo *monsieur Zermatt*—, tratándose de una toma de

posesión...

—¡Eso siempre va de prisa! —exclamó Jack—. No es mal regalo el que hacemos a vuestro país, *mister Wolston*.

—Convengo en ello, mi querido Jack.

—¡Qué ocasión para que nuestra vieja Suiza se estrenase en la carrera de la expansión colonial! ¡Una isla que posee todas las riquezas animales y vegetales de la zona tórrida! ¡Una isla tan admirablemente colocada en pleno mar de las Indias, para el comercio con Asia y el Pacífico!

—He ahí a nuestro Jack que se dispara —dijo *mister Wolston*.

—Vamos, Ernest —preguntó *Annah*—, ¿qué se debe deducir de vuestros cálculos respecto a la *Licorne*?

—Yo creo que en los primeros días de julio, lo más tarde, la corbeta se dará a la mar para volver aquí con nuestros queridos ausentes y con los colonos que se decidan a seguirles. Supongo que hará escala en El Cabo, y que en este punto permanecerá hasta mediados de agosto. De donde resulta que yo no espero verla aparecer en lo alto del cabo de la Esperanza Perdida antes de mediados de octubre.

—¡Aún cuatro interminables meses! —murmuró *madame Zermatt*—. ¡Cuánta paciencia pensando que están en el mar aquellos a quienes uno ama tanto! ¡Dios los proteja!

Si las mujeres, ocupadas en las faenas de la casa, no tenían momento de vagar, tampoco los hombres permanecían ociosos. No cesaban los ruidos de la fragua y del torno. *Mister Wolston*, habilísimo mecánico, ayudado por *monsieur Zermatt* y por Ernest a veces, y muy pocas por Jack, que al menor claro salía fuera, fabricaba numerosos objetos de uso corriente, destinados a completar el material de Felsenheim.

La construcción de la capilla fue proyecto seriamente discutido y resuelto. La cuestión del sitio originó algún debate. Para unos el sitio debía ser frente al mar, sobre una de las riberas del litoral, a mitad del camino de Felsenheim y Falkenhorst, de forma que se pudiese ir a cada uno de estos lugares sin necesidad de andar mucho. Para otros, la capilla hubiera estado muy expuesta en tal lugar a las borrascas de alta mar, y creían preferible erigirla junto al arroyo de los Chacales. Pero *madame Zermatt* y *mistress Wolston* encontraron, no sin razón, que este lugar estaba muy alejado. Decidióse que la capilla se construiría en el extremo de la huerta y en lugar muy abrigado por la altura de las rocas.

Mister Wolston emitió entonces la idea de emplear materiales más sólidos y duraderos que la madera y el bambú. ¿Por qué no servirse de bloques calcáreos y hasta de los guijarros de la playa, como se hace en las ciudades marítimas? La cal sería suministrada por las madréporas, que, expuestas al fuego para que soltasen el ácido carbónico, se transformarían en mortero.

Cuando el tiempo lo permitiera se ocuparían en este trabajo, y seguramente dos o tres meses bastarían para que quedase terminado a satisfacción de todos.

En el mes de julio, corazón de la estación de las lluvias en aquella latitud, aumentó la intensidad de las turbaciones atmosféricas. Lo más frecuente era verse en la imposibilidad de salir de la casa. El granizo y los huracanes azotaban el litoral con una violencia de la que no podría darse idea. Parecía una descarga de metralla. Las olas se levantaban rugientes y su estrepitoso rumor repercutía en las cavidades de la costa. ¡Cuántas veces, saltando por las más altas peñas, caían formando grandes sábanas al pie de los árboles! Algunas veces, por la combinación del viento y de la marea, producíase un rápido reflujo que hacía retroceder las aguas del arroyo de los Chacales hasta el pie de la cascada. *Monsieur Zermatt* sentía inquietud por los campos vecinos. Fue preciso cortar el canal que unía el arroyo de los Chacales con el lago de los Cisnes, que, al estar demasiado lleno, hubiese anegado los alrededores de Waldegg. La situación de la pinaza y de la canoa en el fondo de la ensenadas inspiró también serios temores. Varias veces nuestros amigos fueron a asegurarse de que las anclas estaban bien y a doblar las amarras a fin de evitar todo choque contra las rocas. Por este lado nada hubo que lamentar, pero ¡en qué estado quedarían las granjas, principalmente Waldegg y Prospect-Hill, más expuestas que las otras por su proximidad al litoral, que el huracán batía con espantoso furor!

Llevados de estos pensamientos, *monsieur Zermatt*, Ernest, Jack y *mister Wolston* quisieron aprovechar un día de más calma para ir hasta el cabo de la Esperanza Perdida.

Los temores eran justificados. Las dos granjas habían sufrido bastante y exigirían trabajos de reparación, que por no poder ser emprendidos en aquella época, fueron dejados para cuando terminara la estación de las lluvias.

En la sala que servía de biblioteca, las dos familias pasaban de ordinario sus veladas. Ya se sabe que libros no faltaban: unos procedentes de la *Licorne*, y otros más modernos, regalo del capitán Littlestone; narraciones de viajes, obras de historia natural, zoología y botánica, leídos y releídos por Ernest, a los que había que añadir los que pertenecían a *mister Wolston*; manuales de mecánica, de meteorología, de física y de química. ¡Había hasta historias de cacerías en las Indias y en África que hacían nacer en Jack irresistible deseo de partir para estos países!

Mientras la tempestad mugía fuera, se leía en voz alta. Se conversaba, ya en inglés, ya en alemán, dos lenguas que todos hablaban perfectamente, no sin que los diccionarios fueran hojeados con frecuencia. Algunas noches se empleaban únicamente, ya la lengua de Gran Bretaña, ya la de la Suiza alemana, pero con menos facilidad la de la Suiza francesa. Solamente Ernest y Annah habían hecho grandes progresos en el estudio de esta hermosa lengua, tan clara, tan precisa, tan dúctil y tan propia para las ciencias y las artes. A todos les causaba gran placer oír hablar en

francés a los dos jóvenes, aunque no siempre los comprendiesen.

Ya se ha dicho que el mes de julio era el más duro del año en aquella parte del océano índico. Cuando las tempestades se calmaban, espesa bruma envolvía la isla, hasta el punto de que no se hubiera distinguido un navío que pasara a algunos cables, ni se percibían las alturas del centro, ni los cabos del litoral. Tales nieblas debían extenderse en dirección este. ¿Podía temerse que algún barco se perdiese en estos parajes, como el *Landlord* y la *Dorcas*? El porvenir impondría a los nuevos colonos la necesidad de aclarar las costas de Nueva Suiza, cuyo aterramiento sería fácil, al menos por el norte.

—¿Y por qué no hemos de construir un faro? —dijo Jack—. Un faro sobre el cabo de la Esperanza Perdida, por ejemplo, y otro en el cabo del Este. Con el fuego del islote del Tiburón los navíos entrarían sin dificultad en la bahía del Salvamento.

—Se hará, hijo mío —respondió *monsieur* Zermatt—, pues todo se hace con el tiempo. Afortunadamente el teniente Littlestone no tiene necesidad de faros para reconocer nuestra isla ni de fuegos para venir a anclar frente a Felsenheim.

—En fin... Creo que seremos capaces de aclarar el litoral —dijo Jack.

—¡Nuestro amigo Jack de nada duda! —dijo *mister* Wolston.

—¿Y por qué había de dudar después de lo que hasta aquí hemos hecho y de lo que nos proponemos hacer bajo vuestra dirección?

—¿Oís el cumplido, mi querido amigo? —dijo *monsieur* Zermatt.

—Y no olvido a *mistress* Wolston ni a Annah —añadió Jack.

—A falta de sabiduría no peco de falta de voluntad —dijo Annah.

—Y con buena voluntad... —añadió Ernest.

—¡Se levantan faros de doscientos pies sobre el nivel del océano! —concluyó Jack—. Cuento con Annah para colocar la primera piedra.

—¡Cuándo queráis, Jack! —respondió riendo la joven.

Lugar oportuno es éste para referir una conversación mantenida en la mañana del 25 de julio.

Monsieur y *madame* Zermatt se hallaban en su habitación, cuando Ernest fue a reunirse con ellos. Tenía el aspecto más serio aún que de costumbre y sus ojos brillaban.

Deseaba dar parte a su padre de un descubrimiento cuya explotación, a su juicio, podía dar en lo por venir resultados de la mayor importancia.

Ernest tenía en la mano un objeto, que entregó a *monsieur* Zermatt después de haberlo mirado de nuevo.

Era uno de los guijarros recogidos en la quebrada, cuando la excursión efectuada en la canoa, en compañía de *mister* Wolston por el alto curso del río Montrose.

Cogió *monsieur* Zermatt el guijarro, cuyo peso le asombró. Después preguntó a su hijo por qué motivo se lo entregaba con tanto misterio.

—Vale la pena que se le dirijan algunas miradas —dijo Ernest.

—¿Por qué?

—Porque ese guijarro es oro nativo.

—¡Oro nativo...! —exclamó *monsieur* Zermatt.

Y acercándose a la ventana, examinó la piedra con mejor luz.

—Estoy seguro —afirmó Ernest—. Lo he estudiado detenidamente. He analizado algunas de sus partículas, y puedo asegurar que está compuesto en gran parte de oro nativo.

—¿No te engañarás, hijo mío?

—¡No, padre, no!

Madame Zermatt había escuchado el diálogo sin tomar parte en él, ni aun tender la mano para tomar el precioso objeto, cuyo descubrimiento no parecía inspirarle más que indiferencia.

—Tanto al subir como al bajar por la quebrada del Montrose, he advertido gran número de guijarros de esa especie —añadió Ernest—. Las pepitas abundan en esa parte de la isla.

—¿Y eso qué importa, Ernest? —dijo *madame* Zermatt.

Monsieur Zermatt miró a su mujer, comprendiendo todo el desdén que la respuesta encerraba.

—Di, Ernest —preguntó a su hijo—, ¿has hablado con alguien de tu descubrimiento?

—Con nadie.

—Lo apruebo... y no porque no tenga confianza en tu hermano y en *mistress* Wolston... Pero creo que antes de divulgar el secreto merece que lo reflexionemos...

—¿Qué hay, pues, que temer, padre? —dijo Ernest.

—Por el presente nada... pero sí por el porvenir de la futura colonia. Si se conoce la existencia de esos terrenos auríferos, si se sabe que la Nueva Suiza es rica en pepitas, los buscadores de oro acudirán en multitud y traerán todos los males, todos los desórdenes, todos los crímenes que son secuela de la conquista de ese metal. Verdad que lo que tú has visto no escapará a otros, y algún día serán conocidos los yacimientos del Montrose... Pero que suceda lo más tarde posible... Has hecho bien en guardar el secreto, hijo mío... y nosotros lo guardaremos también.

—Eso es hablar prudentemente, y apruebo tu decisión —dijo *madame* Zermatt—. No... Nada diremos, y no volveremos a la quebrada del Montrose. ¡Dejemos que obre la casualidad, o más bien Dios, que dispone de los tesoros de este mundo y los distribuye a su voluntad!

El padre, la madre y el hijo quedaron algunos instantes pensativos, firmemente resueltos a no aprovecharse del descubrimiento, dejando los guijarros en el sitio donde estaban. La árida región comprendida entre la parte alta del río y la base de las

montañas no atraería durante largo tiempo a los nuevos habitantes de la isla, y, sin duda, se evitarían muchas desgracias.

La mala estación duró aún tres semanas. Los días buenos parecía que se retrasaban aquel año. Tras veinticuatro horas de calma, las borrascas venían con más fuerza, bajo la influencia de agitaciones atmosféricas que turbaban el norte del océano índico. Era el mes de agosto. Aunque este mes corresponde al de febrero del hemisferio septentrional, entre los trópicos y el ecuador las lluvias y los vientos comienzan a calmarse y el espacio a aligerarse de espesos vapores.

—En los doce años que aquí llevamos —dijo un día *monsieur* Zermatt— no hemos conocido tan larga serie de huracanes. De mayo a julio había momentos de calma, y a primeros de agosto se establecía el viento del oeste.

—Mi querida Merry —añadió *madame* Zermatt—, vais a formar mala idea de nuestra isla.

—Tranquilizaos, Betsie —respondió *mistress* Wolston—. En nuestra Inglaterra estamos acostumbrados al mal tiempo la mitad del año.

—No importa —declaró Jack—. Esto es abominable. ¡Un mes de agosto semejante en Nueva Suiza! Hace tres semanas que yo debía estar de caza, y todas las mañanas mis perros me preguntan qué significa esto.

—Tocamos al fin —dijo Ernest—. Según indican el barómetro y el termómetro, no tardaremos en entrar en el período de las tormentas, con el que termina generalmente la estación de las lluvias.

—Sea lo que sea —insistió Jack—, este abominable tiempo se prolonga demasiado. No es esto lo que habíamos prometido a *mister* y *mistress* Wolston, y estoy seguro de que Annah nos acusa de haberla engañado.

—No... Jack... no...

—¡Y que deseará marcharse!

Los ojos de la joven respondieron por ella, expresando su satisfacción por la franca hospitalidad de la familia Zermatt. ¡Su esperanza era que nunca se separarían!

Como Ernest había dicho, la estación de las lluvias generalmente terminaba en violentas tempestades, que duraban cinco o seis días. Entonces el cielo estaba continuamente iluminado por relámpagos, seguidos de truenos tan fuertes que parecía que se venía abajo la bóveda celeste, y repercutidos por los múltiples ecos del litoral.

El 17 de agosto estas tormentas se anunciaron con un aumento en la temperatura, gran pesadez en la atmósfera y amontonamiento de gruesas nubes en el noroeste, de color lívido, indicios de gran tensión eléctrica.

Felsenheim, defendido sólidamente por su cubierta rocosa, desafiaba al viento y la lluvia. Allí no había que temer los rayos, que tan terribles consecuencias producen en el campo o entre los árboles por la facilidad para atraer el fluido. Claro es que *madame* Zermatt, *mistress* Wolston y Annah no se libraban de la impresión

puramente física que causan las tormentas, aun cuando nada hay que temer de ellas; pero su temor no pasaba de los límites naturales.

En la noche del siguiente día el espacio fue turbado por el más terrible de los meteoros que hasta aquella época se habían presentado. Todos, reunidos en la biblioteca, se estremecieron al estrépito del trueno seco y desgarrador, que se prolongó durante largo tiempo.

Tras intervalo de un minuto, profundo silencio reinó fuera. A no dudar, el rayo acababa de caer no lejos de Felsenheim.

En aquel momento se oyó una detonación.

—¿Qué es eso? —exclamó Jack.

—No es el ruido del trueno... —dijo *monsieur* Zermatt.

—Seguramente, no —respondió *mister* Wolston, acercándose a la ventana.

—Parece un cañonazo disparado en alta mar —añadió Ernest.

Todos escucharon con el corazón palpitante de emoción. Tal vez era un error... una ilusión de acústica... Quizá se trataba del último estampido del trueno... Pero... ¿y si era un cañonazo? ¿Se encontraba algún barco ante la isla... arrastrado por la tempestad... en peligro de perderse?

Sonó otro estampido... Fue igual al anterior, y esta vez sin que el relámpago brillase antes.

—¡Otro! —repitió Jack—. Y esta vez no hay duda...

—No —afirmó *mister* Wolston—. Es un cañonazo.

Annah corrió hacia la puerta, gritando:

—¡La *Licorne*! ¡No puede ser más que la *Licorne*!

Hubo algunos instantes de silencioso estupor. ¿La *Licorne* ante la isla, pidiendo auxilio? No... No... Se podía admitir que fuese otro barco arrastrado al nordeste, perdido entre los escollos del cabo de la Esperanza Perdida o del cabo del Este; pero era inadmisibles que se tratase de la corbeta inglesa. Hubiera sido preciso que su partida de Europa se efectuara tres meses antes, y que, por consecuencia, hubiese abreviado considerablemente su estancia en Inglaterra... No... No. *Monsieur* Zermatt lo afirmaba con tal convicción, que todos opinaron como él... No podía ser la *Licorne*.

Sin embargo, no era menos terrible pensar que un barco se encontraba en peligro a poca distancia de la isla... que la tempestad lo había arrojado contra el escollo donde el *Landlord* había perecido... que pedía auxilio inútilmente.

Monsieur Zermatt y Wolston, Ernest y Jack salieron, aguantando la lluvia, y treparon a lo alto de Felsenheim.

Era tal la oscuridad, que la mirada no podía extenderse más allá de algunas toesas por la parte del mar. Los cuatro hombres tuvieron que volver sin haber visto nada en la superficie de la bahía del Salvamento.

—Además, ¿qué auxilio podríamos prestar a ese barco? —dijo Jack.

—Ninguno —respondió *monsieur* Zermatt.

—¡Recemos por los desdichados que están en peligro! —dijo *mistress* Wolston—. ¡Qué Dios les proteja y les salve!

Las tres mujeres se arrodillaron junto a la ventana, y los hombres quedaron inclinados tras ellas.

Como no se oyeron más detonaciones, se dedujo que el barco se había perdido por completo o que había pasado a lo largo de la isla.

Aquella noche nadie abandonó la sala, y al llegar el día, calmada ya la tempestad, todos se lanzaron fuera del cercado de Felsenheim.

No había ningún barco a la vista, ni en la bahía del Salvamento, ni en el brazo de mar comprendido entre el cabo de la Esperanza Perdida y el cabo del Este.

Tampoco se advertía resto alguno de un navío que hubiese naufragado en el escollo del *Landlord*, a tres leguas de allí.

—¡Vamos al islote del Tiburón! —dijo Jack.

—Tienes razón —respondió *monsieur* Zermatt—. Desde lo alto de la batería la vista alcanzará más.

—Y podemos disparar algunos cañonazos —añadió Jack—. ¡Quién sabe si serán oídos en alta mar... y responderán a ellos!

Lo difícil era ganar el islote del Tiburón, pues la bahía debía de estar aún muy agitada. Pero la distancia no era más que de una legua, y la chalupa podía arriesgarse a la empresa. *Mistress* Wolston y *madame* Zermatt, devoradas por la inquietud, no se opusieron a este proyecto... Se trataba de salvar un barco.

A las siete la chalupa abandonó la ensenada. *Monsieur* Zermatt y *mister* Wolston, Ernest y Jack bogaban con vigor, ayudados por la corriente. Algunos golpes del mar que recibieron en la proa no les hicieron retroceder.

Cuando llegaron al islote, los cuatro desembarcaron en la parte baja de las rocas.

¡Qué cambio! ¡Qué destrozos! Aquí y allí árboles arrancados por el viento; rotas las vallas del cercado de los antílopes; los animales huyendo por todas partes llenos de espanto.

Bien pronto llegaron *monsieur* Zermatt y sus compañeros a la base del montículo de la batería, y, naturalmente, Jack fue el primero que apareció en la cumbre.

—¡Venid... venid! —exclamó con voz que revelaba la impaciencia.

Monsieur Zermatt, *mister* Wolston y Ernest se apresuraron a reunirse con él.

El cobertizo, bajo el que estaban los dos cañones, había sido incendiado durante la noche, y no quedaban de él más que humeantes restos. El mástil del pabellón, hendido por la mitad, yacía entre un montón de hierbas, medio consumido. Los árboles, cuyas ramas se entrecruzaban por encima de la batería, estaban deshechos, y se veían las huellas de las llamas que habían devorado sus últimas ramas.

Las dos piezas seguían sobre sus cureñas, pues su peso las había librado de ser arrancadas de allí por la borrasca.

Ernest y Jack habían llevado mechas para reemplazar a las que debían de estar fuera de uso, y también iban provistos de cartuchos para disparar si se oían detonaciones en alta mar.

Jack, colocado junto a la primera pieza, hizo fuego.

La mecha se quemó del todo, pero el tiro no salió.

—La carga no ha podido inflamarse —dijo *mister* Wolston.

—Cambiémosla —respondió *monsieur* Zermatt—. Jack, toma el escobillón, procura desatascar la pieza y coloca otro cartucho.

Jack hizo lo que su padre le mandaba y con gran sorpresa notó que el escobillón llegaba al fondo. El cartucho había desaparecido.

Lo mismo pasó con la otra pieza.

—¿Han sido, pues, disparadas? —dijo *mister* Wolston.

—¿Disparadas? —repitió *monsieur* Zermatt.

—Sí... Las dos... —dijo Jack.

—Pero ¿por quién?

—¿Por quién? —respondió Ernest después de una rápida reflexión—. Por la tempestad.

—¿Cómo? ¡Por la tempestad! —exclamó *monsieur* Zermatt.

—Sin duda, padre. El rayo ha caído sobre el montículo. El cobertizo se ha incendiado, y cuando el fuego ha llegado a las dos piezas... se han disparado...

Los restos incendiados, que yacían en el suelo justificaban esta explicación... Pero ¡qué horas de ansiedad habían pasado los huéspedes de Felsenheim durante aquella interminable noche de tempestad!

—¡Una tempestad que hace de artillero...! —exclamó Jack—. Júpiter tonante que se mezcla en lo que no le importa.

Cargadas de nuevo las piezas, la chalupa abandonó el islote del Tiburón, donde, cuando el tiempo lo permitiera, *monsieur* Zermatt construiría el cobertizo.

Resultaba, pues, que durante la precedente noche ningún barco se había presentado a vista de la isla, ni se había perdido entre los escollos de la Nueva Suiza.

XII

EN FALKENHORST - EN WALDEGG - EN ZUCKERTOP -
EN PROSPECT-HILL - LA MAR DESIERTA -
PREPARATIVOS DE VIAJE AL INTERIOR - LOS QUE
PARTEN Y LOS QUE SE QUEDAN - TRANSPORTE AL
DEFILADERO DE CLUSE - DESPEDIDA.

La estación de las lluvias, que se había prolongado aquel año, terminó en la última semana de agosto. En previsión del viaje proyectado al interior de la isla, se dio inmediatamente principio a los trabajos de laboreo y siembra. *Monsieur Zermatt* no pensaba emprender la excursión antes de la segunda quincena de septiembre, y este tiempo bastaría para las primeras faenas.

Las dos familias decidieron no instalarse en Falkenhorst. La casa aérea había sufrido algunos destrozos con las últimas tempestades, y era preciso hacer reparaciones en ella. Se pasarían allí algunos días, destinados a la siembra, poda de los viñedos y al cuidado de los animales, y no se emplearían más en Waldegg, Zuckertop y Prospect-Hill.

—Hay que tener en cuenta —dijo *monsieur Zermatt*— que cuando vuelvan los ausentes con los nuevos amigos que les acompañan, el coronel Montrose, vuestro hijo James y su mujer, y tal vez algunos otros, será preciso ensanchar Falkenhorst y las demás granjas. Para estos trabajos se necesitarán más brazos; así es que, por ahora, no nos ocupemos más que de nuestros campos, establos y corrales. Hasta que llegue la *Licorne* tendremos bastante que hacer.

Como la presencia de *madame Zermatt* y *mistress Wolston* era indispensable en Felsenheim, las dos declararon que ellas se encargaban de cuanto al interior y al exterior se refería: al cuidado de los animales, de los volátiles, de la charca de los patos, de la huerta. Permitieron que Annah acompañase a su padre en las visitas a las granjas, lo que causó tanto placer a la joven como a Ernest. Estos viajes no serían muy fatigosos, puesto que el transporte se efectuaría en el carro, arrastrado por los búfalos y los tres asnos. En él irían *monsieur Zermatt* y *mister Wolston*, Annah y Ernest, precedidos por Jack, montado en el onagro *Leichtfuss*, su cabalgadura favorita. Al principio dudó entre el toro *Brummer* y el avestruz *Brausewind*, acabando por dar la preferencia al onagro, y *Brummer* y *Brausewind* tuvieron que resignarse a no abandonar Felsenheim.

El 25 de agosto llegaron a Falkenhorst, cuyo cercado encerraba regular número de

animales domésticos. El tiempo era bueno y fresco merced al vientecillo que venía de la bahía del Salvamento. Caminar bajo los árboles de la ribera era, más que fatigosa jornada, agradable paseo.

Además, en aquella estación del año, *monsieur* Zermatt y sus hijos experimentaban la viva impresión que siempre les producía la vuelta de la primavera; esa influencia sana de la naturaleza en sus primeros días hermosos, que, como decía el jefe de la familia en el relato de sus aventuras, «volvía, como un amigo, tras algunos meses de ausencia, trayendo placeres y bendiciones».

Durante su estancia en Felsenheim nuestros amigos no tuvieron que ocuparse en los trabajos de cultivo. Los campos que había que sembrar dependían de otras granjas más alejadas. Todos los momentos fueron consagrados al cuidado de los animales y al renuevo de sus provisiones, a hacer algunas reparaciones indispensables en los establos y a limpiar el arroyuelo que regaba aquel dominio.

Los magníficos árboles del bosque vecino habían resistido a los rudos asaltos de la tormenta, no sin haber perdido algunas ramas. Todo aquel bosque muerto se almacenó en las laderas del cercado.

Advirtiéndose que uno de los mayores nopales había sido herido por el rayo. Aunque el que soportaba la casa aérea no hubiera sufrido la misma suerte, Ernest pensó en la conveniencia de protegerlo con un pararrayos que sobresaliera por encima de los árboles más altos, y que un alambre uniría al suelo.

Estos trabajos exigieron tres días justos, y hasta el cuarto *monsieur* Zermatt no volvió a Felsenheim, de donde sus compañeros y él partieron veinticuatro horas después, dirigiéndose a Waldegg.

En la mañana recorrieron la distancia que separa Felsenheim de la referida granja. Así que llegaron, todos se pusieron al trabajo. Allí había rebaños de carneros y cabras, cuyo número aumentaba de año en año; había también un gallinero, que contaba sus animales por docenas. Fue preciso hacer algunas reparaciones en el henil, donde se había depositado el heno de la última cosecha. La casa no había sufrido gran cosa por el mal tiempo. No era ésta ya la cabaña de cañas y troncos de los primeros días. La casita estaba ahora construida con materiales de albañilería, de forma que la humedad no pudiera hacer desperfectos en ella. Y con gran satisfacción observó *monsieur* Zermatt que las plantaciones de algodones presentaban buen aspecto. Lo mismo pasaba con el pantano transformado en un verdadero arrozal. Aunque el lago de los Cisnes mantenía su nivel a bastante altura, no había temor de que los campos vecinos se inundasen. Gran número de pájaros acuáticos animaban entonces el lago, garzas reales, pelícanos, becadas, gallinetas, y los más graciosos de todos, cisnes de negro plumaje, que se paseaban emparejados por la superficie de las aguas.

No había razón para que Jack no eligiese entre estos volátiles aquellos que ordinariamente figuraban en la mesa de la granja de Waldegg. Mató, pues, algunas

docenas de ánades, sin hablar de un magnífico cobayo, muerto en el bosque, y que el carro transportó a Felsenheim.

Respecto a las bandadas de monos se podía estar tranquilo. No se veía ni uno solo de estos malditos cuadrumanos, muy hábiles en lanzar piñas a modo de proyectiles, que en otra época infestaban los bosques, y cuyos destrozos eran tan temibles. Después de las grandes batidas organizadas contra ellos, habían tomado el sabio partido de abandonar aquellos lugares.

Terminados los primeros trabajos, nuestros amigos se ocuparon en sembrar los campos de Waldegg. Aquella fecunda tierra no necesitaba ni ser arada, ni los abonos que la granja hubiera suministrado con abundancia. El paso del rastrillo, arrastrado por los asnos, bastaba para poner el suelo en condiciones. Sin embargo, estas siembras exigieron el concurso de todos, incluso el de Annah, y el regreso a la casa de Felsenheim no pudo efectuarse antes del 6 de septiembre.

Monsieur Zermatt y sus compañeros felicitaron a *mistress* Wolston y Betsie por el celo y actividad que habían desplegado durante su ausencia. El patio y el establo estaban perfectamente; la huerta limpia, y en ella bien distribuidas las legumbres. Las dos señoras habían, igualmente, procedido a la limpieza de las habitaciones, mullido de las camas, y, en suma, a todos los cuidados que exige una casa bien dispuesta. No ocultaron sus deseos de que terminasen aquellas visitas a las granjas, donde ellas no iban.

En vista de estos naturales deseos, decidióse que en los siguientes días se efectuaría la última excursión. Comprendería ésta la visita a las granjas de Zuckertop y de Prospect-Hill. Extenderla hasta la altura de la Esperanza Perdida exigiría ocho días, y no era posible regresar antes de mediados de septiembre.

—Respecto a Eberfurt —dijo *monsieur* Zermatt—, tendremos ocasión de visitarlo cuando efectuemos el viaje proyectado al interior de la isla, pues para salir de la Tierra Prometida no existe más paso que el desfiladero de Cluse, cerca de nuestra granja...

—Es cierto —dijo *mister* Wolston—, ¿pero no hay que ejecutar trabajos de cultivo en esa parte?

—Querido Wolston —dijo *monsieur* Zermatt—, tenemos que esperar la época en que la siega y la recolección reclamarán nuestros cuidados, lo que sucederá dentro de algunas semanas... Acabemos, pues, en Zuckertop y Prospect-Hill.

Admitido el proyecto, decidióse que Annah no acompañaría a su padre, pues el viaje se podía prolongar más de una semana. *Mistress* Wolston hubiera encontrado demasiado larga esta ausencia. Además los servicios de su hija en Felsenheim serían de gran utilidad para ciertas faenas de la casa, coladas, arreglos de vestidos y de ropa blanca, etc. La plancha y la aguja iban a sustituir al azadón, a la reja y al rastrillo... *mistress* Wolston, aparte de su solicitud maternal, hizo valer estas serias razones, a las

que a pesar suyo tuvo que rendirse Annah.

Se comprende que Ernest encontrase estas razones poco conformes con su gusto, y hasta llegó a preguntarse si su presencia no era indispensable en Felsenheim.

Jack le ayudó en la empresa. La víspera de la partida, cuando todos se encontraban reunidos en la sala, hizo la siguiente observación:

—Padre, bien sé que *mistress* Wolston, su hija y mi madre no corren riesgo alguno en Felsenheim. Pero pensemos que ahora se trata de dejarlas solas durante una semana, ¿y quién sabe si más?

—Tienes razón, hijo mío —respondió *monsieur* Zermatt—, y no pasaré hora tranquila durante el tiempo que dure nuestra ausencia aunque no haya peligro que temer. Hasta ahora nuestras separaciones no han excedido de dos o tres días, y ésta se prolongará una semana... ¡Mucho tiempo es! Por tanto, sería muy dificultoso que partiéramos todos.

—Si queréis —dijo *mister* Wolston—, yo permaneceré en Felsenheim.

—No, mi querido Wolston... Vos menos que ninguno... Es preciso que nos acompañéis a Zuckertop y a Prospect-Hill, en previsión de los trabajos futuros. Pero si uno de mis hijos quedase aquí, yo partiría sin inquietud. Así se ha hecho varias veces... Jack, por ejemplo...

Jack miró a Ernest sonriendo.

—¿Cómo? —exclamó—. ¿Me mandáis a mí que guarde la casa? ¡Queréis quitar a un cazador la ocasión de practicar sus aficiones! No... Si es preciso que alguien quede en Felsenheim, ¿por qué no ha de ser Ernest?

—Ernest o Jack. Es lo mismo —dijo *monsieur* Zermatt—. ¿No es verdad, *mister* Wolston?

—Ciertamente, *monsieur* Zermatt.

—Y en compañía de Ernest, ¿no tendréis ningún miedo? Ni tú, Betsie, ni vos, mi querida Annah...

—Absolutamente ninguno —respondió la joven ruborizándose un poco.

—Habla tú, Ernest —dijo Jack—. ¿Te conviene?

Sí... El arreglo le convenía, y *monsieur* Zermatt podía confiar en aquel joven tan prudente como animoso.

La partida había sido fijada para el siguiente día. Al alba, *monsieur* Zermatt, *mister* Wolston y Jack se despidieron de los que quedaban, prometiendo abreviar la ausencia cuanto fuera posible.

El camino más corto para ir de Felsenheim a Zuckertop se inclinaba a la izquierda; el de Waldegg bordeaba el litoral.

El carro en que se colocaron los expedicionarios iba cargado con sacos que contenían las semillas y algunos instrumentos de labranza, y víveres y municiones en suficiente cantidad.

Jack, que no había querido separarse de *Leichtfuss*, marchaba junto al carro. Los dos perros, *Braun y Falb*, les seguían.

Tomaron primero la dirección noroeste para dejar el lago de los Cisnes a la derecha. Vastos prados de pastos naturales se extendían hasta el canal de derivación del arroyo de los Chacales, que fue atravesado a una legua de Falkenhorst, por el puentecillo. En tal dirección no existía camino propio para el carro como el que conducía a Waldegg. Sin embargo, los muchos y pesados carros que por allí transitaban habían aplanado el suelo y destruido las hierbas, así es que el vehículo, arrastrado por los dos robustos búfalos, avanzaba sin gran trabajo.

En cuatro horas se franqueó la distancia hasta Zuckertop, que era de unas tres leguas.

Monsieur Zermatt, *mister Wolston* y Jack llegaron, pues, a la casa para la hora del almuerzo. Después de comer con gran apetito, se pusieron a la faena.

Antes de todo fue preciso colocar algunas estacas en el cercado donde los cerdos habían pasado la estación lluviosa. Este cercado había sido invadido por otros congéneres de la especie porcina, esos cochinos olorosos, ya vistos en Zuckertop, y que vivían en buena amistad con los otros. No se les arrojó de allí. *Monsieur Zermatt* sabía por experiencia que la carne de estos animales era aprovechable quitándoles la bolsa que tienen en la espalda.

Las plantaciones de aquel dominio, gracias a su alejamiento del mar, fueron encontradas intactas. Se advirtió el buen estado de los bananos y palmeras, y principalmente de los *ravendsaras*, árboles de grueso tronco y piramidal copa, cuya corteza une al gusto de la canela el del alhelí.

En la época en que *monsieur Zermatt* y sus hijos lo habían visitado aquel sitio no era más que un pantano, que fue bautizado con el nombre del Pantano de las Cañas de Azúcar, y habían llegado a él en los primeros días de su desembarco en la isla. Ahora rodeaban la granja de Zuckertop extensos campos de cultivo y herbazales donde pastaban algunas vacas. En vez de la sencilla choza de ramas, alzábase una casa protegida por los árboles. No lejos de ella había espeso bosque de bambúes, cuyas fuertes espinas podían servir de clavos, de donde el que lo atravesara saldría con los vestidos hechos pedazos.

La estancia en Zuckertop duró ocho días, durante los cuales se hizo la siembra del centeno, trigo, avena y maíz. Los cereales prosperaban rápidamente en aquel suelo regado por la derivación del lago de los Cisnes, pues *mister Wolston* había practicado una abertura en aquella parte y las aguas se extendían por la superficie del terreno. Consecuencia de esto era que Zuckertop debía ser considerado como la más rica de las tres granjas establecidas en el distrito de la Tierra Prometida.

Inútil es decir que en el transcurso de aquella semana Jack pudo satisfacer sus aficiones a la caza. El tiempo de que podía disponer lo dedicaba a ella, haciendo

buena provisión de perdices, avutardas, codornices, pécaris y agutíes. Respecto a las hienas, ya señaladas en los alrededores, Jack no encontró ninguna de ellas, ni tampoco fieras de otra clase, que decididamente huían delante del hombre.

Caminando a orillas del lago, Jack, más afortunado que su hermano Fritz algunos años antes, tuvo ocasión de matar un animal del tamaño de un asno grande y oscura piel, especie de rinoceronte sin cuernos, semejante al tapir. Era un anta, que no cayó al primer disparo hecho a una distancia de veinte pasos, pero que, al lanzarse sobre Jack, otra bala le atravesó el corazón.

En fin, todo trabajo quedó terminado en Zuckertop en la noche del 15 de septiembre. Al siguiente día, y después de cerrar herméticamente la casa y el cercado defendido por una sólida valla, el carro tomó la dirección norte con el fin de llegar a Prospect-Hill, cercano al cabo de la Esperanza Perdida.

Dos leguas separaban la granja de la punta que se alargaba como el pico de un buitre entre la bahía de los Nautilus y la alta mar. La mayor parte del trayecto efectuóse por terreno plano de fácil camino; pero cerca del acantilado el suelo mostró una pendiente bastante acentuada.

Dos horas después de la partida, más allá de un verde campo rejuvenecido tras la estación de las lluvias, *monsieur* Zermatt, *mister* Wolston y Jack llegaron al bosque de los Monos, que no merecía ya este nombre después de la desaparición de aquellos malditos bichos. Llegados al pie de la colina hicieron alto.

Las pendientes de Prospect-Hill no eran tan escarpadas que los búfalos y el onagro no pudieran subir por ellas siguiendo el sendero de uno de los flancos; así es que el carro llegó a la plataforma.

La casa, muy expuesta a los vientos del este y del norte, había experimentado bastantes destrozos con motivo de las últimas tormentas. Era preciso proceder inmediatamente a la reparación del tejado, pues los huracanes habían arrancado parte de él. Sin embargo, tal como estaba y en pleno estío, la casa era habitable, lo que permitió a los excursionistas albergarse en ella por algunos días.

En el corral hubo que hacer grandes reparaciones. Después fue preciso limpiar el orificio de la fuentecilla que llegaba casi a la cúspide de la colina. Respecto a las plantaciones, el trabajo se reducía a enderezar los árboles abatidos por el huracán y que aún estaban sujetos al suelo por sus raíces.

Durante la estancia en aquel sitio, los excursionistas llegaron en sus paseos hasta la extremidad del cabo de la Esperanza Perdida. Desde aquel lugar la mirada abarcaba gran extensión de mar en dirección este y una parte de la bahía de los Nautilus al oeste. ¡Cuántas veces, en tantos años, los náufragos habían espiado inútilmente la aparición de un barco en aquel sitio!

Así es que cuando *monsieur* Zermatt y sus dos compañeros fueron allí, Jack dijo:
—Hace doce años el nombre de cabo de la Esperanza Perdida era muy propio,

pues desesperábamos de encontrar a ninguno de nuestros compañeros del *Landlord*. Pero hoy, si la *Licorne* se mostrara a lo lejos... deberíamos dar a este cabo el nombre de Buen Arribo.

—Seguramente, mi querido Jack —respondió *mister Wolston*—; pero el caso no es probable. La *Licorne* está aún en medio del Atlántico y han de transcurrir dos meses para que llegue a Nueva Suiza.

—No se sabe, *mister Wolston*... no se sabe... —repitió Jack—. Y a falta de la *Licorne*, ¿por qué no había de aparecer otro barco a tomar posesión de la isla? Verdad que el capitán tendría el derecho de llamar a esta la isla de la Esperanza Perdida, porque la posesión ya está tomada.

En resumen: como ningún navío aparecía en alta mar, no hubo causa para cambiar el nombre del cabo.

Por la tarde, desde la pequeña terraza que ante la casa había, nuestros amigos pudieron asistir al espléndido espectáculo de la puesta del sol en un horizonte completamente diáfano. En aquel instante el cabo del Este, a cuatro leguas de allí, hundíase en la sombra, avivada a veces por los resplandores de la resaca al chocar contra las rocas bajas. La mar estaba tranquila. Las llanuras, sombreadas por magníficos árboles, confundían su verde color con el amarillento de las playas. Atrás y hacia el sur, a unas ocho leguas, se difuminaba la cordillera transversal que atraía las miradas de *mister Wolston*, y a la que los últimos rayos solares festoneaban de una línea de oro.

Al día siguiente, el carro, después de haber bajado por el talud de Prospect-Hill, se puso en camino, y a las dos llegaba al cercado de Felsenheim. ¡Con qué alegría fueron recibidos los ausentes, cuya expedición no había exigido menos de dos semanas! No era mucho, pero los disgustos de la separación no se miden únicamente por el tiempo que ésta dura.

No hay que decir que ni *madame Zermatt*, ni *mistress Wolston*, ni Annah habían perdido el tiempo. Los trabajos del lavado estaban muy adelantados. Daba verdadero placer ver las sábanas, servilletas y demás ropa blanca colocadas convenientemente, y destacándose su blancura sobre el verde de la huerta, y balanceándose sobre las cuerdas tendidas entre los árboles.

Tampoco Ernest había vagado. Cuando las mujeres no tenían necesidad de sus servicios, habíase encerrado en la biblioteca, sin decir cuál era la tarea en que se ocupaba.

Tal vez, no obstante, Annah lo sabía.

Aquella noche, estando las dos familias reunidas en la sala, y una vez que *monsieur Zermatt* refirió lo acontecido en la excursión a las granjas, Ernest puso sobre la mesa una hoja de papel en la que había un dibujo con líneas de colores.

—¿Qué es esto? —preguntó Jack—. ¿Será el plano de la futura capital de la

Nueva Suiza?

—No... Aún no —respondió Ernest.

—Entonces no adivino.

—Es el proyecto del decorado interior de nuestra capilla —dijo Annah.

—Así es —añadió Ernest—, y era ocasión de ocuparse en ello, pues los muros alcanzan ya la mitad de su altura.

Vivo placer causó esta declaración, y Ernest recibió calurosas felicitaciones por su trabajo, que a todos pareció perfecto.

—¿Y habrá un campanario? —preguntó Jack.

—Seguramente —respondió Annah.

—¿Con una campana?

—Sí. La del *Landlord*.

—¡Y Annah tendrá el honor de tocarla la vez primera! —dijo Ernest.

Era el 24 de septiembre, es decir, la época en que el proyecto de *mister Wolston* debía ejecutarse. ¿Qué resultados daría el reconocimiento del interior de la isla? Durante los doce años transcurridos, los náufragos se habían contentado con el distrito de la Tierra Prometida, que, como se sabe, había bastado para asegurarles la existencia y hasta el bienestar. Así, independientemente de la inquietud que debía inspirarles la ausencia de alguno de los suyos, *madame Zermatt*, sin poder explicar por completo la razón de ello, se inclinaba a creer que las consecuencias de dicha excursión serían desagradables.

Y aquella noche, a solas con *monsieur Zermatt*, expuso a éste sus preocupaciones. Su marido le respondió:

—Querida mía, si estuviéramos en las condiciones de antes te concedería que esta exploración no era necesaria. Más aún: si *mister Wolston* y su familia hubiesen sido arrojados a esta isla a consecuencia de un naufragio, yo les diría: Lo que nos ha bastado a nosotros debe bastaros, y no veo la necesidad de lanzarse a aventuras cuando el provecho no es cierto y hay peligros que correr... Pero por interés de los futuros colonos de la Nueva Suiza conviene que se conozca la extensión de ella, la disposición de sus costas... los recursos que puede ofrecer.

—Bien... bien... —respondió *madame Zermatt*—. Pero esta exploración, ¿no debería ser practicada por los que vinieran?

—Evidentemente —dijo *monsieur Zermatt*— y no habría inconveniente en esperar, y la operación podría ser emprendida en mejores condiciones. Pero lo sabes, *Betsie*, *mister Wolston* está muy encariñado con ese proyecto, y, por otra parte, Ernest desea completar el mapa de la Nueva Suiza. Creo que es conveniente satisfacer los deseos de ambos.

—Nada opondría yo a ello si no tuviéramos que separarnos...

—¡Bah! ¡Una ausencia de quince días!

—A no ser que *mistress* Wolston, Annah y yo hiciéramos también el viaje...

—No sería prudente, querida esposa —declaró *monsieur* Zermatt—. Si no peligros, la excursión puede ofrecer dificultades y grandes fatigas. Será preciso caminar por una región árida, bajo un sol abrasador... La ascensión por la cordillera será muy penosa.

—¿De modo que *mistress* Wolston, Annah y yo permaneceremos en Felsenheim?

—Sí, Betsie; pero no quedaréis solas. Después de maduras reflexiones he tomado la siguiente resolución, que supongo aprobarán todos: *mister* Wolston practicará la exploración en compañía de nuestros dos hijos; Ernest para estudiar el terreno y levantar los planos, y Jack, que no había de consentir en perder esta ocasión de ir de exploración... Yo permaneceré en Felsenheim... ¿Te agrada la idea, Betsie?

—¡Qué pregunta, amigo mío! —respondió *madame* Zermatt—. Podemos tener completa confianza en *mister* Wolston. Es hombre serio que no cometerá ninguna imprudencia. Nuestros dos hijos no correrán riesgo alguno yendo en su compañía.

—Pienso que esta idea agrada igualmente a *mister* Wolston y a Annah.

—¡Ésta lamentará la ausencia de Ernest! —dijo *madame* Zermatt.

—Como Ernest lamentará partir sin ella. Sí... Esos dos seres tan buenos se sienten atraídos el uno al otro... y creo que algún día, en la capilla cuyo plano nos ha enseñado, Ernest se unirá con la que ama.

—A su tiempo hablaremos de su matrimonio, que agrada a los Wolston tanto como a nosotros —dijo Betsie.

El proyecto de *monsieur* Zermatt mereció la aprobación general. Ernest y Annah tuvieron que admitirlo. Comprendía el uno que las mujeres no debían aventurarse en expediciones de aquel género, pues fácil era que retrasasen o comprometiesen el buen éxito de las mismas, y la otra comprendía asimismo que Ernest debía ser de la partida.

Convenido, pues, todo, fijóse para la marcha la fecha del 25 de septiembre, ocupándose cada cual en los preparativos, que no serían largos. *Mister* Wolston y los dos jóvenes habían resuelto que el viaje se haría a pie, ante el temor de que la comarca que confinaba con la base de las montañas no ofreciera más fácil camino que el que atravesaba el alto curso del río Montrose.

Se iría, pues, pedestremente, con el bastón en la mano y el fusil al hombro, en compañía de dos perros. Jack era diestrísimo tirador, y *mister* Wolston y Ernest tampoco eran de despreciar en este punto; de modo que los tres cazadores tenían la seguridad de procurarse en el camino alimentación abundante.

Hubo, sin embargo, necesidad de disponer el carro y el tiro de búfalos para el transporte de las dos familias a Eberfurt. No se habrá olvidado que *monsieur* Zermatt quería aprovechar la ocasión de visitar esta granja situada en el límite del distrito de la Tierra Prometida.

El proyecto de acompañar a *mister* Wolston, a Jack y a Ernest hasta más allá del desfiladero de Cluse fue acogido con gran alegría.

Quizá convendría prolongar durante veinticuatro o cuarenta y ocho horas la estancia en Eberfurt si había necesidad de dedicarse a trabajos en los que todos tomarían parte.

El 25 al amanecer, el carro salió de Felsenheim seguido de los perros *Braun* y *Falb*. Todos habían podido acomodarse en él. La jornada era de más de tres leguas, y los búfalos la harían antes de que llegase el mediodía.

El tiempo estaba hermoso; el cielo azul. Ligeras nubes tamizaban los rayos solares, moderando su ardor.

A las once, después de haber caminado en sentido oblicuo a través del fértil y verde campo, el carro llegó a Eberfurt.

En el bosquecillo que precedía a la granja se vio aún una docena de monos, que abandonaron el campo a los primeros tiros disparados contra ellos. Las dos familias fueron a instalarse en la casa. Bien defendida por los árboles que la rodeaban, no había sufrido mucho con el mal tiempo.

Mientras *mistress* Wolston, Betsie y Annah se ocupaban en preparar el almuerzo, los hombres se alejaron a la distancia de un tiro de fusil con el objeto de visitar el desfiladero de Cluse, que se abría en el interior de la isla.

En aquel sitio había que practicar un importante y duro trabajo, pues los animales habían intentado forzar la barrera y era preciso reforzarla. Había motivo para suponer que algunos elefantes intentaron franquear el desfiladero, y de haberlo conseguido, ¡qué destrozos, no solamente en la granja de Eberfurt, sino también en las de Zuckertop y Waldegg! ¡Quién sabe si hasta Felsenheim hubiera podido defenderse del ataque de aquellos formidables paquidermos!

El dicho trabajo ocupó la tarde y el siguiente día, y requirió los brazos de todos. Una vez terminado, *monsieur* Zermatt quedó seguro de que el paso no podía ser forzado.

La granja de Eberfurt no era ya la cabaña que, apoyada en cuatro árboles, se elevaba veinte pies sobre el suelo. No... Se disponía de una casa cerrada y con su empalizada, que contenía varias habitaciones, suficientes para servir de alojamiento a las dos familias. A cada lado de ella, y dispuestos bajo las ramas de los nogales y las verdes encinas, había anchos establos, en uno de los cuales fueron encerrados los búfalos, a los que se echó forraje en abundancia.

La caza pululaba en los alrededores: liebres, conejos, perdices, cobayos, agutíes, avutardas, gallos silvestres, antílopes. Jack pudo, pues, satisfacer su pasión con gran beneficio para la mesa. Parte de esta caza, después de asada a la fuerte llama del hogar, fue reservada para las necesidades futuras de los excursionistas. Con el zurrón al costado, el saco al hombro, provistos de yesca para encender fuego,

conformándose con carnes asadas y tortas de cazabe, pólvora y plomo en abundancia y calabazas con aguardiente, ellos no debían concebir ni despertar en los que quedaban inquietud alguna por lo que se refería a la alimentación cotidiana. Aparte de esto, a través de aquellas fértiles llanuras, entrevistas ya más allá del valle de Grünthal, ya en la parte sur de la bahía de las Perlas, no faltaban ni raíces comestibles, ni variados frutos.

En 27 de septiembre, al alba, todos se dirigieron al desfiladero de Cluse, donde se cambiaron los últimos adioses. ¡Durante quince días se estaría sin noticias de los ausentes! ¡Qué largo iba a parecer el tiempo!

—¿Sin noticias? —dijo Ernest entonces—. No, madre; no, querida Annah. Las recibiréis.

—¿Por correo? —preguntó Jack.

—Sí... por correo aéreo —respondió Ernest—. ¿No os habéis fijado en estas dos palomas que he traído en su jaula...? ¿Pensáis que era para dejarlas en Eberfurt? No. Las soltaremos en la cúspide de la cordillera y os llevarán noticias nuestras.

Todos aplaudieron tan excelente idea y Annah se prometió espiar diariamente la llegada de las mensajeras de Ernest.

Mister Wolston y los dos hermanos franquearon un estrecho portillo colocado entre dos maderos en el desfiladero, que fue cuidadosamente cerrado tras ellos, y desaparecieron tras la barrera rocosa.

XIII

AL SALIR DEL VALLE DE GRÜNTAL - LA REGIÓN DE
LAS LLANURAS - LA DE LOS BOSQUES - LOS MONOS
TODAVÍA - AL PIE DE LA CORDILLERA - LA NOCHE EN
EL INTERIOR DE UNA GRUTA - LA PRIMERA Y LA
SEGUNDA ZONA DE LA MONTAÑA - EN LA BASE DE
ÉSTA.

El viaje a pie es por excelencia el viaje del turista. Permite verlo todo y autoriza los rodeos, paradas y retrasos. A falta de caminos, el peatón se contenta con senderos. Puede caminar a su fantasía, pasar por donde no pasaría un carruaje, ni la mejor cabalgadura, franquear taludes y llegar hasta la cúspide de las montañas.

Así es que *mister Wolston* y los dos jóvenes no habían vacilado, aun a riesgo de tener que soportar las mayores fatigas, en lanzarse a pie por los desconocidos lugares del interior, teniendo en cuenta, sobre todo, la ascensión proyectada a la cima de la cordillera.

Ya se ha dicho que la excursión no debía comprender más que un trayecto de siete a ocho leguas, si era posible llegar en línea recta a la base de las montañas. No se trataba, pues, de un largo viaje, pero iba a efectuarse a través de una comarca nueva que tal vez reservaba importantes y útiles descubrimientos a los tres viajeros.

El más excitado de éstos era Jack. Si a pesar de su afición a las aventuras no se había embarcado a bordo de la *Licorne* para Europa, la cual abandonara siendo aún muy niño, es porque esperaba indemnizarse algún día, cuando la situación de su familia estuviera definitivamente asegurada. Entretanto, ¡qué satisfacción para él traspasar los límites de la Tierra Prometida, recorriendo las extensas llanuras, de las que nada conocía, más allá del valle de Grünthal y del desfiladero de Cluse! Afortunadamente, no cabalgaba ni en su onagro *Leichtfuss*, ni en su toro *Brummer*, ni en su avestruz *Brausewind*, y únicamente llevaba consigo a su perro *Falb*.

Al salir del desfiladero, los tres se dirigieron hacia el montecillo que tenía el nombre de *Torre Árabe*, en recuerdo de la bandada de avestruces, en que *monsieur Zermatt* y sus hijos habían creído ver una tribu de beduinos a caballo. A partir de la torre, tomaron el camino que conducía a la gruta de los Osos, donde poco había faltado para que Ernest pereciera ahogado por el abrazo de uno de estos plantígrados.

Remontar el río Oriental que descendía del sur al oeste hubiera sido alargar el viaje, puesto que las pendientes de la cordillera se dibujaban hacia el sur.

A propósito de esto dijo Ernest:

—Lo que no hemos hecho con el río Oriental, ¿no hubiéramos debido hacerlo con el Montrose? Seguramente, siguiendo una u otra de sus riberas, el viaje sería más corto.

—Y yo pregunto: ¿por qué la pinaza no nos ha conducido hasta la desembocadura del río? —dijo Jack—. Desde allí la canoa nos hubiera transportado hasta el obstáculo, es decir, a cinco o seis leguas de la cordillera.

—Nada hubiera sido más cómodo, mi querido Jack —respondió *mister Wolston*—; pero la árida comarca que atraviesa el Montrose no ofrece ningún interés. Preferible es recorrer la región comprendida entre la bahía del Salvamento y las montañas.

Continuaron el camino, bajando por el valle de Grünthal, que se extendía unas dos leguas paralelamente a la barrera que limitaba la Tierra Prometida. De mil toesas de anchura, este valle encerraba bosques, grupos aislados y vastas praderas escalonadas sobre el talud. Daba también paso a un río que iba a arrojarse, ya en el río Oriental, ya en la bahía de los Nautilos.

Gran impaciencia tenían *mister Wolston* y los dos hermanos por llegar a la extremidad del valle de Grünthal, a fin de tomar una primera idea de la comarca que se desarrollaba al sur. Valiéndose de su brújula, Ernest tomaba, en lo posible, la orientación y la anotaba, lo mismo que las distancias recorridas.

Al mediodía se hizo alto a la sombra de un grupo de guayabos, no lejos de un campo en que los euforbios crecían en abundancia. Varias parejas de perdices, que Jack había cobrado durante el camino, compusieron el almuerzo, a más de la torta de cazabe. El río suministró agua limpia, a la que se mezclaron algunas gotas del aguardiente que las calabazas contenían, y los guayabos, en plena madurez, sirvieron de exquisito postre.

Comidos y descansados, los tres excursionistas se pusieron inmediatamente en camino. La extremidad del valle se encerraba entre dos altos muros de roca. A través de esta garganta el arroyo se transformaba en torrente, y de pronto apareció un país casi llano, que ofrecía toda la lujuriente fertilidad de las zonas tropicales, y que se extendía hasta las primeras estribaciones de la cordillera. ¡Qué diferencia con los territorios regados por el curso superior del Montrose! A una legua, en dirección sudeste, se desarrollaba una cinta líquida que resplandecía a los rayos del sol y que verosímilmente aflucía al lecho del Montrose.

Al sur, hasta la base de las montañas, en un espacio de seis a siete leguas, se sucedían las llanuras y los bosques. La marcha fue a menudo difícil por estar el suelo erizado de hierba, de cinco a seis pies de altura, de espinosos penachos, y también de cañas de azúcar que la brisa balanceaba. No había duda de la posibilidad de explotar estas producciones naturales, que en aquella época constituían la principal riqueza de

las colonias de ultramar.

Después de caminar durante cuatro horas, dijo Ernest:

—Propongo hacer alto.

—¿Ya? —exclamó Jack, tan infatigable como su perro *Falb*.

—Soy de la opinión de Ernest —dijo *mister Wolston*—. El sitio me parece bueno, y podemos pasar la noche a la orilla de este bosquecillo de lotos.

—¡Vaya por el campamento —respondió Jack—, y también por la comida, pues tengo vacío el estómago!

—¿Será preciso encender fuego y mantenerlo hasta el día? —preguntó Ernest.

—Será prudente —declaró Jack—, pues es el medio mejor de alejar a las fieras.

—Seguramente —añadió *mister Wolston*—; pero será necesario vigilar por turno, y creo que lo mejor es dormir... Me parece que no hay nada que temer.

—No —dijo Ernest—. No he advertido huella sospechosa, y ni un solo rugido se ha dejado oír desde que abandonamos el valle de Grünthal. Lo mejor es, pues, evitarnos la fatiga de establecer un turno de vigilancia.

Jack no insistió, y los tres se dispusieron a comer.

La noche prometía ser magnífica. Una de esas noches en que la naturaleza se duerme apaciblemente, y en que ningún soplo de viento turba su tranquilidad. Ni una hoja se movía, ni el más leve ruido turbaba el silencio de la llanura. El perro no daba señales de inquietud. De lejos no llegaba uno solo de los rugidos de los chacales, aunque estos carniceros abundaban en la isla. En suma, que no sería acto de imprudencia entregarse al sueño. *Mister Wolston* y los dos jóvenes apaciguaron su hambre con los restos del almuerzo, con algunos huevos de tortuga, descubiertos por Ernest y endurecidos bajo la ceniza, a los que se añadieron frescas nueces de los pinos que abundaban en la vecindad y cuyas almendras tienen el gusto de la avellana.

Jack fue el primero que cerró los ojos, por ser el que estaba más fatigado, pues no había cesado de explorar las breñas y zarzales, alejándose a veces tanto, que *mister Wolston* se había visto obligado en varias ocasiones a llamarle al orden. Pero habiendo sido el primero en dormirse, lo fue también en despertarse al amanecer.

Los excursionistas se pusieron al momento en camino. Una hora después vadearon un arroyo que tal vez, dos o tres leguas más allá, se arrojaba en el lecho del Montrose. Por lo menos, y teniendo en cuenta su dirección hacia el sudeste, Ernest se inclinaba a pensarlo así.

Siempre espaciosas llanuras y vastas plantaciones de caña de azúcar.

Después, en las partes húmedas del suelo, gran número de esos árboles aéreos, de los que un tallo tiene las hojas y otro los frutos. Al fin aparecieron espesos bosques, en vez de aquellos árboles aislados de los flancos del valle de Grünthal, palmeras, higueras, mangos, y también gran número de los que no producen fruto comestible, abetos, encinas verdes, encinas marítimas, todos de soberbio aspecto. El suelo no

cesaba de subir, lo que hacía que Jack perdiera la esperanza de encontrar bandadas de pájaros acuáticos. Tendría que contentarse con la caza de la llanura y del bosque, muy abundante.

Mister Wolston creyó oportuno hacer a su joven compañero la observación siguiente:

—Es evidente, mi querido Jack, que no es motivo de gran queja vernos reducidos a los pollos, perdices, avutardas, gallos salvajes, sin contar a los cobayos, antílopes y agutíes; así es que creo prudente no hacer provisiones más que en el momento de las paradas, a fin de no llevar demasiado peso.

—Tenéis razón —respondió el impenitente cazador—. Sin embargo... Creed que es difícil resistir la tentación... y cuando una pieza de caza se presenta a tiro...

En fin, Jack siguió el consejo de *mister Wolston*, y únicamente a las once dos detonaciones dieron la seguridad de que la lista del almuerzo acababa de completarse. Indudablemente, a los que gustan de la carne algo pasada, no les hubieran agradado los dos gallos y las tres becasas que *Falb* recogió de entre las zarzas; pero los habitantes de la Nueva Suiza no habían llegado a tal depravación en su paladar, y no dejaron rastro de aquellas piezas, asadas al fuego de leña seca. En cuanto al perro, se regaló con los caparzones, que generosamente le abandonaron.

Por la tarde no parecieron inútiles algunos disparos, hechos con el objeto de tener a raya a ciertos animales temibles, al menos por el número. Hubo ocasión de hacer hablar a los tres fusiles para poner en huida a una bandada de gatos salvajes, de la misma especie que los ya vistos en los límites de Tierra Prometida, cuando la primera excursión al valle de Grünthal. La bandada desapareció, con gran número de heridos, lanzando atroces gritos, mezcla de maullidos y rugidos. Tal vez era conveniente tomar precauciones para resguardarse de sus ataques durante el alto de la noche.

Por lo demás, en aquel territorio abundaban los pájaros, papagayos, cotorras, guacamayos de color rojo resplandeciente, minúsculos tucanes de verdes alas pulverizadas de oro, enormes grajos azules de Virginia, y estaba igualmente frecuentado por antílopes, alces, onagros y búfalos. Estos animales sentían desde lejos la presencia del hombre, lo que bastaba para que se pusieran en fuga con increíble rapidez.

Hasta entonces, el país no había perdido nada de su fertilidad, comparable con la del distrito de la parte septentrional de la isla. *Mister Wolston*, Ernest y Jack no debían de tardar en encontrar una zona llena de bosques. Al acercarse a la base de las montañas se distinguía una sucesión de altas selvas, que parecían muy espesas. Así pues, al siguiente día eran de esperar las fatigas de un camino más difícil.

Aquella tarde, los excursionistas se regalaron con ortegas, en cuya caza intervinieron todos. El campamento fue establecido a la orilla de un soberbio bosque de sagúes, regado por un arroyo que el declive del suelo transformaba en torrente,

enviándolo hacia el sudoeste.

Mister Wolston organizó una activa vigilancia en los alrededores del campamento, protegido por un fuego que se conservaría hasta el alba. Establecióse, pues, un turno durante la noche, turbada por rugidos que a corta distancia resonaban.

Al siguiente día la partida se efectuó a primera hora. Tres leguas de camino, y los exploradores llegarían al pie de las montañas. Tal vez durante el día se podría recorrer esta segunda etapa del viaje si no se tropezaba con ningún obstáculo que la retardase. Suponiendo que la falda de la cordillera fuera practicable por la parte septentrional, la ascensión no exigiría más que algunas horas de la siguiente mañana.

¡Qué diferencia presentaba ahora aquella región con la que se extendía al salir del valle de Grünthal! Algunos bosques se aparecían a derecha e izquierda, formados casi únicamente de esos árboles resinosos, propios de las zonas elevadas, y regados por alborotadores ríos que corrían hacia el este. Tributarios o subtributarios del Montrose, estos ríos no tardarían en quedar secos durante la época de los calores, y ya podían ser vadeados sin mojarse más que hasta media pierna.

Durante la mañana, *mister Wolston* creyó más práctico rodear algunos de estos bosques, entre los que había pequeñas llanuras. Si el camino se alargaba un poco, al menos no se gastaría en recorrerlo tanto tiempo como de hacerse a través de aquellos bosques erizados de zarzas y maleza.

La excursión continuó de esta forma hasta las once, hora en que se hizo alto para almorzar y descansar, pues la jornada había faltado desde la partida, y además Jack acababa de cobrar un antílope. Lo que restó fue guardado en un morral para la comida de la noche.

Fue ésta prudentísima precaución, pues durante la tarde no se vio pieza de pelo o pluma, y sabido es que no basta ser diestro cazador, sino que es preciso que se presente ocasión de disparar.

Esta parada del mediodía se hizo a la sombra de un enorme pino marítimo, al pie del cual Ernest encendió fuego con leña seca, y en tanto que se asaba un cuarto de antílope, bajo la vigilante mirada de Jack, Ernest y *mister Wolston* se alejaban algunos centenares de pasos para examinar el terreno.

—Si esta región forestal se extiende hasta la cordillera —dijo Ernest—, es probable que cubra las primeras pendientes. Al menos así me ha parecido esta mañana, cuando hemos dejado nuestro campamento.

—En tal caso —respondió *mister Wolston*—, nos tendremos que resignar a atravesar esos bosques; pues no se podría dar la vuelta por la derecha o por la izquierda de ellos, sin alargar considerablemente el camino, y tal vez no sin llegar hasta el litoral del este...

—Y ese litoral, si no me engaño, debe de hallarse a unas diez leguas de aquí. Me refiero a la parte de la costa de donde nos ha conducido la pinaza a la desembocadura

del Montrose... Sí... Unas diez leguas.

—Siendo ello así, no podemos pensar en llegar a las montañas por el este... En cuando al oeste...

—Eso es lo desconocido, *mister Wolston*, y además, cuando desde las alturas de Grünthal se observa la cordillera, ésta parece extenderse hasta perderse de vista por la parte de poniente.

—Puesto que no tenemos el derecho de elegir —declaró *mister Wolston*—, entremos por el bosque y busquemos paso para llegar a su extremidad, lo que al fin conseguiremos, si no en un día, en dos o tres.

Los dos hermanos participaban de la opinión de *mister Wolston*, y estaban tan resueltos como éste a llevar la exploración hasta las montañas.

Carne de antílope asada, tortas de cazabe y media docena de frutos, cogidos de los árboles vecinos, bananos y guayabos, esto compuso la comida, en la que se empleó una hora. Luego, con las armas y morrales al hombro y espalda, y orientándose por medio de la brújula, *mister Wolston*, Ernest y Jack entraron en el bosque.

Realmente, entre aquellos pinos de tronco derecho, el suelo bastante compacto, tapizado de hierba, o más bien de una especie de césped, y con poca maleza, se prestaba bien a la marcha. No hubiera pasado lo mismo en los otros bosques de árboles, confundidos con parásitos y unidos unos con otros por plantas trepadoras. En el vasto monte de abetos, como en todos los de su clase, la circulación no encontraba grandes obstáculos. Sendero no había ninguno, pero los árboles dejaban libre el paso.

De aquí que si algún río infranqueable, o algún torrente, no cerraba el camino, no había motivo para quejarse. *Mister Wolston*, Ernest y Jack marchaban sin gran dificultad al abrigo de un techo de verdor, aunque herido perpendicularmente por los rayos del sol.

Gran ventaja para peatones, confortados, además, por los penetrantes olores del bosque.

La caza no era rara, pero los expedicionarios se vieron obligados a hacer uso de las armas de fuego, no contra leones, tigres ni panteras, ya vistos en los alrededores de la Tierra Prometida y en los territorios limítrofes a la bahía de las Perlas, sino contra los monos.

—¡Ah, malditos! —exclamó Jack—. ¡Parece que todos se han refugiado en este bosque desde que se les ha echado de los de Waldegg y Zuckertop!

Y tras haber recibido en medio del pecho varias piñas lanzadas por un vigoroso brazo, apresuróse a disparar los dos tiros de su fusil.

Por espacio de una hora fue preciso continuar el tiroteo, a riesgo de gastar las municiones del viaje. Unos veinte cuadrumanos, gravemente heridos, yacían en el suelo. Cuando caían de rama en rama, Jack se arrojaba contra los que carecían de

fuerzas para huir y los remataba estrangulándolos.

—Aún —dijo Jack—, si fueran nueces de coco lo que nos arrojaran esos indecentes bichos...

—¡Diablo! —respondió *mister Wolston*—. Prefiero las piñas... Son menos duras.

—¡Sí... pero no son comestibles —replicó Jack—, en tanto que en las nueces de coco hay alimento y bebida!

—De todos modos —dijo Ernest—, bueno es saber que estos monos están en el interior de la isla y no en las cercanías de nuestras granjas. Ya hemos trabajado bastante para preservarnos de sus devastaciones y destruirlos. Todo lo que pido es que permanezcan en sus pinares sin acordarse de volver jamás a la Tierra Prometida.

—¡Y se pide con toda cortesía! —añadió Jack disparando un último tiro.

Libres de la agresión volvieron a ponerse en marcha, consistiendo la única dificultad en mantenerse en buena dirección de la cordillera. La bóveda que formaban los pinos, espesos y sin resquicio, se prolongaba, impidiendo ver el punto que ocupaba el sol en su curva declinante. Ni una desgarradura, ni un árbol tumbado. *Mister Wolston* se felicitó de no haber llevado carro ni montura. La pareja de búfalos y el onagro de Jack no hubieran podido franquear ciertos pasos, donde los pinos se espesaban hasta tocarse los unos con los otros, de tal modo que hubiera sido preciso abrir senda en el camino.

A las siete de la tarde llegaron al límite meridional del bosque. Éste se extendía por las primeras ramificaciones orográficas, y las cumbres aparecieron en el instante en que el sol se ocultaba tras las últimas que cortaban el horizonte del oeste. Allí se amontonaban las rocas y restos desprendidos de lo alto, y se deslizaban múltiples arroyos, que quizá formaban las fuentes del río Montrose, y que la pendiente enviaba hacia levante.

Comenzar la ascensión aquella misma tarde y continuarla durante la noche, hubiera sido peligroso; así es que, no obstante su afán, ni *mister Wolston* ni los dos hermanos pensaron en ello. Buscaron y encontraron una excavación rocosa donde podrían refugiarse hasta el día siguiente. Luego, mientras que Ernest se ocupaba en disponer la cena, *mister Wolston* y Jack arrancaron de los últimos árboles algunas brazadas de ramas secas, que extendieron sobre el pedregoso suelo de la gruta. Comieron una pareja de ortegas, semejantes a gallos salvajes, que acababan de ser muertas, y como estaban muy cansados no pensaron más que en dormir. Tomaron, no obstante, algunas precauciones. Al llegar la noche se oyeron mugidos muy próximos, a los que se mezclaron fuertes rugidos sobre cuya naturaleza hubiera sido difícil engañarse. A la entrada de la gruta encendieron fuego, sostenido durante toda la noche con leña, llevada por *mister Wolston* y Jack.

Ernest el primero, Jack el segundo y *mister Wolston* el último, relevándose de tres en tres horas, vigilaron hasta el alba, hora en que los tres estaban en pie, y en que

Jack exclamó:

—¡Ya ha llegado el gran día, *mister Wolston*! ¡Dentro de algunas horas vuestro mayor deseo va a ser cumplido! ¡Habréis plantado nuestro pabellón en el punto culminante de la Nueva Suiza!

—Dentro de algunas horas... si la excursión no presenta muchas dificultades... —dijo Ernest.

—De todos modos, sea hoy, sea mañana, sabremos, probablemente, a qué atenemos respecto de las dimensiones de la isla —respondió *mister Wolston*.

—A no ser que se extienda al sur o al oeste más allá de donde nuestras miradas alcancen —dijo Jack.

—Lo que no es imposible —añadió Ernest.

—No lo creo —replicó *mister Wolston*—, pues no hubiera pasado inadvertida a los navegantes que frecuentan esta parte del océano índico.

—¡En fin... ya lo veremos... ya lo veremos! —dijo Jack.

Después de almorzar carne fría reservaron el resto, pues la caza, seguramente, faltaría en aquellos áridos taludes, por los que Jack no parecía tener mucha prisa en lanzarse. Como no era de temer que las fieras les atacaran al salir de la gruta, colocaron sus fusiles en banderola, y Jack delante, siguiéndole Ernest y *mister Wolston* cerrando la marcha, comenzaron la ascensión.

A juicio de Ernest, Ja altura de la cordillera podría ser de mil cien a mil doscientos pies. Un cono que se erguía frente al bosque dominaba en un centenar de toesas la línea que formaban las copas de los árboles. Sobre la cima *mister Wolston* pensaba colocar el pabellón de la Nueva Suiza.

A cien pasos de la gruta terminaba bruscamente la zona forestal de aquella región. Más arriba aparecían aún algunos campos, praderas sembradas de árboles, áloes, lentiscos, mirlos, y esto constituía la segunda zona. La pendiente era tan inclinada, que en ciertos sitios pasaba de cincuenta grados. De aquí la necesidad de alargar el camino oblicuando a la derecha o a la izquierda.

Lo que favorecía la ascensión era que el suelo ofrecía un sólido punto de apoyo. No había aún necesidad de utilizar las manos ni de gatear. La planta se mantenía firme sobre la hierba, que agujereaban raíces y piedras. No eran de temer caídas, y aunque las hubiese no serían graves.

La ascensión pudo, pues, efectuarse sin retraso, caminando haciendo eses para disminuir el ángulo de inclinación, aunque esto fuera algo fatigoso. A la cumbre no podrían llegar los excursionistas sin hacer uno o dos altos para tomar aliento, pues aunque Ernest y Jack, vigorosos, jóvenes y acostumbrados a los ejercicios corporales, no sentían gran cansancio, *mister Wolston*, por su edad, no podía disponer de tanta agilidad y tanta fuerza. Sin embargo, se daría por satisfecho si, antes de la hora de la comida, sus compañeros y él habían llegado a la base del cono. Entonces una o dos

horas bastarían para tocar la cumbre. Varias veces advirtiéndose a Jack que no se arriesgase como una cabra salvaje, puesto que la naturaleza no le había colocado en esta especie. Continuaron subiendo, y en lo que a él se refería, *mister Wolston* estaba decidido a no pedir gracia hasta llegar a la base del cono, o sea, la segunda zona de la cordillera, Pero no estaba demostrado por completo que lo más difícil estuviera entonces hecho; pues a aquella altura, si la mirada se extendía hacia el norte, el oeste y el este, nada se podría ver de la comarca que se desarrollaba al sur. Para esto era preciso subir a la cúspide del cono. Respecto al campo, en dirección al valle de Grünthal, era conocido en la parte comprendida entre la desembocadura del Montrose y el promontorio de la bahía de las Perlas. La natural y legítima curiosidad no debía, pues, quedar satisfecha hasta que los excursionistas llegasen a la cima del cono o, en caso de que la ascensión fuese impracticable, hasta que consiguieran dar la vuelta por él.

Franqueada la segunda zona, y como tras los esfuerzos hechos se imponía el reposo, los excursionistas se detuvieron para almorzar, pues los desfallecidos estómagos pedían imperiosamente algún alimento. El tal almuerzo redujose a los restos del antílope como plato fuerte, y una hora después Jack se levantó, saltó a las primeras rocas del talud sin hacer caso de las reconvenciones de *mister Wolston* y gritó:

—¡El que me quiera que me siga!

—Procuremos darle esta prueba de afecto, mi querido Ernest —respondió *mister Wolston*—, y sobre todo procuremos evitar sus imprudencias.

XIV

LLEGADA A LA CUMBRE - MIRADAS DIRIGIDAS A
TODAS PARTES - LO QUE SE VE AL NORTE, AL ESTE Y
AL OESTE - LA REGIÓN DEL SUR - UN NAVÍO EN EL
HORIZONTE - EL PABELLÓN BRITÁNICO.

Esta altura de trescientos o cuatrocientos pies no es mayor que la de la gran pirámide de Egipto. Verdad que se hubieran buscado en vano sobre los flancos del cono las gradas gigantescas que facilitan la ascensión del monumento faraónico de Gizeh, y sin las cuales sería imposible llegar al límite del camino. Pues bien: el ángulo que formaban las líneas oblicuas del cono con la perpendicular era aún más abierto que el de la gran pirámide.

En realidad, el tal cono no era más que un monstruoso hacinamiento de rocas, que apenas se sostenían en equilibrio, por más que presentase rebordes y puntos salientes en los que la planta podía encontrar punto de apoyo. Siempre el primero, Jack se aseguraba de la solidez del terreno, mientras que *mister Wolston* y Ernest, sin gran prisa, se izaban gradualmente de bloque en bloque.

¡Qué desoladora aridez en la superficie de la tercera zona! No se advertía allí huella del reino vegetal, a no ser algún puñado de esas delgadas parietarias y líquenes secos que coloreaban las rocas de un verde gris... La dificultad principal consistía en trepar por la ladera, lisa como un espejo. Las caídas hubieran sido mortales, y era preciso evitar también las avalanchas, que hubieran rodado hasta la base de la cordillera.

Piedras graníticas y calcáreas componían únicamente la montaña, en la que no había indicio de origen volcánico que pudiera amenazar la Nueva Suiza con erupciones o terremotos producidos por las fuerzas plutónicas.

Mister Wolston, Jack y Ernest llegaron a la mitad del cono sin accidente digno de ser mencionado. Caminando por sitios practicables, no habían podido evitar algunos desprendimientos. Tres o cuatro enormes bloques, después de saltar por la pendiente, fueron a perderse en las profundidades del bosque, con ruido de tempestad, que repercutieron los ecos de la montaña.

A aquella altura veíanse aún algunos volátiles, únicos representantes de la vida animal de la tercera zona; no eran los pajarillos que abandonaban los bosques, sino poderosas aves que batían el aire con sus enormes alas, traspasando a veces la cima de la montaña. Jack experimentó la tentación de disparar contra ellos... ¡Qué alegría matar uno de aquellos gigantes cóndores, a los que la presencia del hombre

sorprendía en medio de su aburrida soledad!

Llevado de este deseo el cazador, hizo más de una vez el ademán de echarse el fusil a la cara...

—¿Para qué? —le gritaba *mister Wolston*.

—¿Cómo que para qué? —respondía Jack—. Pues para...

Y sin terminar la frase, después de echarse el fusil al hombro, saltaba por entre las rocas.

De este modo se libró de la muerte una soberbia águila de Malabar. En vez de matarla hubiera sido mejor apoderarse de ella para que reemplazara al fiel compañero de Fritz, que sucumbió en la lucha con el tigre durante el viaje de exploración a la Roca Humeante.

A medida que el talud subía hacia la cúspide superior, se hacía más empinado, un verdadero pilón. *Mister Wolston* se preguntaba si en la punta habría sitio para tres personas. Era preciso que unos a otros se ayudasen en la ascensión. Jack tiraba de Ernest, y éste de *mister Wolston*. Inútilmente habían procurado dar la vuelta al cono. Por la parte norte la ascensión presentaba menos dificultades.

A las dos de la tarde una voz vibrante dejóse oír; la voz de Jack, la primera sin duda que había resonado en aquel sitio.

—¡Una isla! ¡Es una isla!

Un último esfuerzo de *mister Wolston* y de Ernest los elevó hasta Jack. En un espacio de tres toesas cuadradas, rendidos y faltos de aliento hasta serles imposible hablar, se tendieron para respirar.

Desde la llegada de la *Licorne* estaba fuera de duda que la Nueva Suiza fuese una isla. Pero si la mar la rodeaba por todas partes era a distancias desiguales de la montaña. Muy desarrollada en la parte sur, más limitada al este y al oeste, reducida a una línea azulada en la parte norte, resplandecía bajo los rayos del sol, que se encontraba a algunos grados más abajo de su punto de culminación.

Ernest advirtió que la cadena no ocupaba la parte central de la isla. Elevándose sobre su parte meridional, seguía una curva bastante regular, trazada de levante a poniente.

Desde este punto, situado a 1500 pies sobre el nivel del océano, la mirada se extendía en unas 17 o 18 leguas hasta el horizonte. Pero era preciso que la Nueva Suiza comprendiese tal superficie.

Cuando *mister Wolston* preguntó respecto a este particular, respondió Ernest:

—En mi opinión nuestra isla debe de tener de 60 a 70 leguas de circunferencia, lo que sería un área ya considerable y superior a la del cantón de Lucerna.

—¿Y cuál será aproximadamente su extensión? —preguntó *mister Wolston*.

—En lo que yo puedo calcularlo, teniendo en cuenta su configuración, especie de óvalo que se dibuja de este a oeste —respondió Ernest—, puede medir 400 leguas

cuadradas, o sea, la mitad que Sicilia.

—Hay gran número de islas de las más importantes que no miden tanto —dijo Jack.

—Efectivamente —respondió Ernest—, y entre otras, si no me es infiel la memoria, una de las más principales del Mediterráneo, de capital importancia para Inglaterra, no tiene más que nueve leguas de largo por cuatro de ancho.

—¿Cuál?

—Malta.

—¡Malta! —exclamó *mister Wolston*, cuyo *britanismo* se excitó al oír tal nombre—. Pues bien: ¿por qué la Nueva Suiza no ha de llegar a ser la Malta del océano índico?

Jack hizo la siguiente reflexión, muy natural dado su modo de pensar en el asunto: que la vieja Suiza hubiera podido conservarla para sí y fundar en ella una hermosa colonia helvética.

El cielo estaba despejado y la atmósfera sin brumas. No se percibía humedad en el ambiente, y el sol brillaba con extraordinaria limpidez.

Como en el descenso no había de emplearse más que una tercera parte del tiempo gastado en la ascensión, *mister Wolston* y los dos hermanos podían disponer de algunas horas. Así es que, pasando de mano en mano el catalejo, observaron minuciosamente la vasta campiña que se desarrollaba a sus pies.

Ernest, armado de su cuaderno y su lápiz, trazaba el dibujo de aquel óvalo cortado por el paralelo 19 del hemisferio meridional en una extensión de 24 leguas, y el meridiano 114 este en otra de 19. He aquí ahora lo que fácilmente podía advertirse en dirección norte a una distancia de 10 u 11 leguas.

Más allá del litoral, la mar bañaba la parte comprendida entre el cabo de la Esperanza Perdida y el promontorio que limitaba la bahía de las Perlas al oeste.

—No. Aquí no hay error posible —repitió Jack—, y no tengo necesidad del catalejo para reconocer la Tierra Prometida y la costa hasta la bahía del Salvamento.

—Así es —añadió *mister Wolston*—, y en la extremidad del ángulo opuesto está el cabo del Este que cubre la bahía de la *Licorne*.

—Desgraciadamente —dijo Jack— ni aun con el excelente catalejo de Ernest puede verse nada de la parte cercana al arroyo de los Chacales.

—Eso es debido —respondió Ernest— a que esa parte está oculta por las rocas que la limitan al sur. Puesto que desde Felsenheim a Falkenhorst no se ve la cúspide de la cordillera, desde lo alto de ésta no es posible ver nada de Felsenheim ni de Falkenhorst. Esto es natural.

—Bien está eso, gran lógico —respondió Jack—, pero lo mismo debía suceder en lo que se refiere al cabo de la Esperanza Perdida, y, sin embargo..., a nuestra vista está.

—Cierto es —respondió Ernest—, pero es posible que desde ese cabo, lo mismo que desde Prospect-Hill, se vea el cono... y es probable que no nos hayamos fijado en ello.

—De todo esto resulta —dijo *mister* Wolston— que la cordillera propiamente dicha no puede ser vista más que desde las alturas de Grünthal.

—Así es, *mister* Wolston —respondió Ernest— y esas alturas ocultan a Felsenheim ante nuestras miradas.

—Lo siento —añadió Jack—, pues estoy seguro de haber distinguido a mis padres, a *mistress* Wolston y a Annah. Y si hubiesen tenido la idea de volver a Prospect-Hill, creo que los hubiéramos podido reconocer... con ayuda del catalejo, está claro. En fin, ellos están allá abajo, hablando de nosotros, contando las horas... diciéndose: los ausentes estarían ayer al pie de la montaña, y hoy estarán en la cúspide. Y también se preguntarán cuál es la extensión de la Nueva Suiza, y si hace buen papel en el mar de las Indias...

—Bien hablado, hijo mío...; y como si les oyéramos —dijo *mister* Wolston.

—¡Y como si los viésemos! —afirmó Jack—. Pero no importa. Yo sigo en mi disgusto de que esas rocas nos oculten el arroyo de los Chacales y nuestra casa de Felsenheim.

—¡Disgusto sin importancia, y al que es preciso resignarse! —dijo Ernest.

—¿Por qué este cono no está más alto? —dijo Jack—. Si tuviese algunos centenares de pies más de altura, nuestras familias nos verían desde allá abajo... y nos harían señas... izando el pabellón de Felsenheim... Nosotros les saludaríamos también con el nuestro...

—¡Ya se disparó Jack! —dijo *mister* Wolston.

—Estoy seguro de que Ernest vería a Annah.

—Siempre la veo.

—Sí... ¡Y hasta sin necesidad de catalejo! —exclamó Jack—. ¡Vaya! ¡Los ojos del corazón alcanzan muy lejos!

En suma, nada se podía ver de la Tierra Prometida, y sólo quedaba a los observadores tomar una vista exacta de la isla apreciando sus contornos y su constitución geológica.

Al Levante, la costa presentaba una orla rocosa que limitaba aquella parte árida, reconocida en el primer viaje de la pinaza. Luego los acantilados disminuían, y el litoral se levantaba hacia la desembocadura del Montrose para terminar en agudo promontorio, encorvándose en el sitio en que nacía la cordillera al sudeste.

Como luminosa cinta se veían las sinuosidades del Montrose. En su curso inferior, el río regaba una región cubierta de árboles y de verdor, y una región árida en su curso superior. Alimentado por numerosos afluentes daba grandes vueltas. Más allá de las espesas florestas desarrollábanse llanuras y praderas hasta los límites

occidentales de la isla, donde se erguía un elevado cerro en el que se apoyaba el otro extremo de la cordillera, a cinco o seis leguas de distancia. En plano geométrico, la isla representaba con bastante exactitud el dibujo de la hoja de un árbol, más ancha que larga, cuyo pedículo hubiera sido alargado hacia el sur; cuyas fibras estaban representadas por las aristas de las rocas, y su tejido celular por la verde campiña, que ocupaba la mayor parte de su superficie. En el este, bajo los rayos del sol, resplandecían otros ríos, constituyendo importante sistema hidrográfico, más completo que el del norte y el del este, reducido al Montrose y al río Oriental.

En resumen: la Nueva Suiza, considerada dividida en seis partes, en cinco de ellas demostraba admirable fertilidad, y bastaría para alimentar a varios miles de habitantes.

Respecto a su situación en medio de aquellos parajes del océano índico, era evidente que no se unía a ningún grupo insular ni a ningún archipiélago. El catalejo no indicaba ninguna tierra a lo largo del horizonte. La costa más próxima era preciso buscarla a 300 leguas, y como se sabe, era la Nueva Holanda. Sin embargo, aunque la isla no presentaba su cortejo de islotes, un determinado punto rocoso emergía a unas cuatro leguas al oeste de la bahía de las Perlas. Jack dirigió entonces el catalejo en esta dirección.

—La Roca Humeante... que no humea —exclamó—, y os aseguro que Fritz no hubiese tenido necesidad de su antejo para reconocerla.

La Nueva Suiza, pues, en su mayor extensión podía servir para el establecimiento de una importante colonia, aunque no se podía pedir al mediodía lo que ofrecían el norte, el este y el oeste.

Redondeándose como un arco, los dos extremos de la cadena venían a apoyarse en el litoral a distancia casi igual de la base del cono que ocupaba el centro. La parte encuadrada por dicho arco estaba limitada por una sucesión de desfiladeros, al parecer tallados a pico y cuya base no se podía ver.

¡Qué contraste entre esta sexta parte de la isla y las cinco restantes, tan pródigamente favorecidas por la naturaleza! Allí se veía la profunda desolación del desierto, todo el horror del caos. La zona superior de la cordillera se prolongaba hasta la extremidad meridional de la isla, zona que parecía infranqueable. Posible era, no obstante, que se uniese por aquella parte con la margen litoral por desfiladeros, gargantas y rápidas pendientes. En cuanto a la ribera, las playas arenosas o rocosas que hubieran permitido desembarcar reducíanse a algunas estrechas bandas que la mar baja descubría.

Mister Wolston, Ernest y Jack, ante la penosa impresión que la comarca les producía, quedaron silenciosos mientras la recorrían con la mirada. Ernest dijo:

—Sí después del naufragio del *Landlord* hubiéramos sido arrojados sobre esta costa, nuestro barco de cubas se hubiera roto, ¡y qué muerte nos esperaba... la muerte

por el hambre!

—Tenéis razón, mí querido Ernest —respondió *mister* Wolston, y en este litoral no había esperanza de salvación—. Verdad que algunas leguas más al norte, si hubierais conseguido desembarcar, habríais encontrado terreno productivo... Es de temer, no obstante, que esta triste región esté incomunicada con el interior, y no sé si hubiera sido posible llegar a éste descendiendo por la parte meridional de la cordillera.

—No es lo probable —añadió Jack—, pero rodeando la costa hubiéramos seguramente llegado a la desembocadura del Montrose y a la parte fértil de la isla.

—Sí... —respondió Ernest—. Siempre que nuestro barco hubiera podido remontar hacia el este o hacia el oeste. La costa meridional no le hubiera ofrecido una bahía como la del Salvamento, donde arribó sin trabajo.

Era feliz suerte que los náufragos del *Landlord* hubieran sido arrastrados a la parte septentrional de la Nueva Suiza. Sin esta circunstancia, ¿cómo esperar a la más horrible de las muertes, al pie del monstruoso amontonamiento de rocas?

Mister Wolston, Ernest y Jack permanecieron en la punta del cono hasta las cuatro de la tarde, tomando todos los datos precisos para fijar el mapa de la Nueva Suiza, mapa que permanecería incompleto en la parte sur, puesto que a ella no alcanzaban las miradas. Pero el trabajo quedaría completo a la llegada de la *Licorne*, cuando el teniente Littlestone terminara el reconocimiento hidrográfico de la isla.

Después de haber arrancado una hoja de su cuaderno de notas, Ernest escribió en ella las siguientes líneas:

«Hoy, 30 de septiembre de 1817, a las cuatro de la tarde, en la cima del cono...»

Al llegar aquí, interrumpió su tarea para preguntar:

—¿Qué nombre daremos a este cono...? Me parece que mejor que llamarlo cono deberíamos llamarlo pico...

—Sea... el pico del Disgusto —respondió Jack— puesto que no hemos podido distinguir Felsenheim.

—No... ¡El pico Jean Zermatt, en honor de vuestro padre! —propuso *mister* Wolston.

El nombre fue aceptado con alegría, Jack sacó una taza de su morral. *Mister* Wolston y Ernest le imitaron. Vertieron en ellas algunas gotas de aguardiente y brindaron...

Ernest continuó escribiendo:

«...en la cima del pico de Jean Zermatt dirigimos la presente carta a vosotros, mis amados padres, a vos, *mistress* Wolston, a vos, mi querida Annah, confiándola a nuestra fiel mensajera, que, más favorecida que nosotros, estará bien pronto de regreso en Felsenheim.

Nuestra Nueva Suiza, aislada en estos parajes del océano índico, parece medir

de sesenta a setenta leguas de circunferencia. Muy fértil en la mayor parte de su superficie, es estéril e inhabitable en la parte meridional de la cordillera.

Dentro de dos días, pues el viaje de regreso será rápido, es posible que estemos junto a los que tanto amamos, y antes de tres semanas, si Dios lo permite, es de esperar que volvamos a ver a nuestros ausentes, con tanta impaciencia esperados.

Tanto *mister* Wolston y Jack como vuestro respetuoso hijo os envían sus cariñosos recuerdos, a vosotros, amados padres, a *mistress* Wolston y a mi querida Annah.

Ernest.»

Sacaron la paloma de su jaula, y después de atar la carta a la pata izquierda del animal, Ernest dejó a éste en libertad.

El pájaro se elevó treinta o cuarenta pies por encima del cono, como si intentase abarcar con su mirada mayor espacio, y después, auxiliado por su instinto de orientación —sexto sentido del que todo animal parece estar provisto—, partió con rápido vuelo hacia el norte, y no tardó en desaparecer.

Arbolado el pabellón en la cima del pico de Jean Zermatt, sirviendo de mástil el largo bastón de *mister* Wolston, colocado en las últimas rocas, no restaba más que volver a bajar al pie de la cordillera, llegar a la gruta, tomar fuerzas con una buena comida, y, finalmente, procurarse el descanso tan bien ganado después de tan fatigosa jornada.

La partida se efectuaría al día siguiente, al amanecer. Siguiendo el camino ya conocido, no era imposible llegar a Felsenheim en menos de cuarenta y ocho horas.

Mister Wolston y Jack se ocuparon, pues, en hundir el bastón, de forma que pudiera resistir a los rafaes, de gran violencia en aquella altura.

—Lo esencial —hizo observar Jack— es que nuestro pabellón se mantenga en este sitio hasta la llegada de la *Licorne*, a fin de que el teniente Littlestone pueda verlo desde que la corbeta esté a la vista de la isla ¡Esto hará palpar el corazón de Fritz, de Jenny, de François, de vuestros hijos, *mister* Wolston, y también el nuestro, cuando oigamos los veintiún cañonazos que saludarán al pabellón de la Nueva Suiza!

El bastón fue sujetado entre los intersticios de las rocas y sostenido con pequeñas piedras.

En el momento en que iba a ser colocado el pabellón en el extremo, *mister* Wolston, vuelto hacia el este, se detuvo y miró en dicha dirección con tal fijeza, que Jack le preguntó:

—¿Qué hay, *mister* Wolston?

—Me parece ver... —respondió éste, acercando el catalejo a sus ojos.

—¿Ver...? —repitió Ernest.

—Una humareda sobre la ribera —respondió *mister* Wolston— a no ser que más

bien se trate de una niebla como la que vi cuando la pinaza se encontraba en el Montrose.

—Y bien —dijo Ernest—, ¿se disipa?

—No —afirmó *mister Wolston*—; y está en el mismo sitio... en la extremidad de la cordillera... ¿Acaso desde hace algunas semanas, náufragos o salvajes han acampado en esta parte de la costa...?

Ernest observó a su vez el sitio indicado, pero nada advirtió.

—¡Eh... *mister Wolston*, no es a esa parte donde es preciso mirar... sino aquí... al sur!

Y Jack señalaba al mar, más allá de las enormes rocas que dominaban el litoral.

—Eso es una vela —dijo Ernest.

—¡Sí... una vela! —repitió Jack.

—Un barco pasa a la vista de la isla —añadió Ernest—, y al parecer se dirige a ella.

Mister Wolston, tomando el catalejo, reconoció distintamente un barco de tres mástiles, que con todas las velas desplegadas navegaba a una distancia de dos o tres leguas.

Jack gritó entonces:

—¡Es la *Licorne*! ¡No puede ser más que la *Licorne*! No debía llegar hasta mediados de octubre, y llega a fines de septiembre..., quince días antes.

—No es el caso imposible —respondió *mister Wolston*—; pero antes sepamos exactamente a qué parte se dirige ese barco...

—Se dirige a la Nueva Suiza —afirmó Jack—. ¡Mañana por la mañana aparecerá al oeste de la bahía del Salvamento, y nosotros no estaremos allí para recibirlo...! Partamos, *mister Wolston*... Caminaremos durante toda la noche...

Una última observación de Ernest detuvo a Jack, que se disponía a bajar, dejándose caer por la pendiente del cono.

—No —dijo—. Mirad bien, *mister Wolston*. Ese barco no se dirige a la isla.

—En efecto —declaró *mister Wolston*, después de haber seguido la dirección del navío durante algunos minutos.

—Entonces, ¿no es la *Licorne*? —preguntó Jack.

—No —afirmó Ernest.

—Además —añadió *mister Wolston*—, la *Licorne* arribaría por el nordeste, y ese barco marcha al sudeste, alejándose de la isla.

No había engaño posible. El navío caminaba con dirección al este, y no intentaba arribar a la Nueva Suiza.

—Bien —dijo Jack—. La *Licorne* no tardará en venir, y, por lo menos, estaremos allí para hacer los saludos reglamentarios a la corbeta de S. M. Jorge III.

El pabellón fue izado a la punta del pico Jean Zermatt, y se desplegó al soplo de

la brisa, mientras Jack, disparando dos veces su fusil, le hacía los honores debidos.

XV

LA ESPERA EN FELSENHEIM - INQUIETUD - PARTIDA
PARA EBERFURT - MR. WOLSTON Y ERNEST - LO QUE
HABÍA ACONTECIDO - EN PERSECUCIÓN DE LOS
ELEFANTES - PROPOSICIÓN DE MR. WOLSTON -
VIENTOS CONTRARIOS - ¡JACK!

La noche de aquel mismo día, *monsieur* Zermatt y su mujer, *mistress* Wolston y su hija estaban reunidos en la biblioteca, después de un día de trabajo.

Hablaban junto a la ventana que se abría sobre la orilla derecha del arroyo de los Chacales; ¿y de qué habían de hablar sino de los ausentes que habían partido tres días antes? Por estar en el principio de la estación, el calor no era aún muy intenso, y tenían, por lo menos, la seguridad de que el tiempo había favorecido a los expedicionarios.

—¿Dónde estarán ahora? —preguntó Betsie.

—En mi opinión, deben de haber llegado a la cúspide de la cordillera —respondió *monsieur* Zermatt—. Si no han experimentado ningún retraso, tres días les habrán bastado para llegar a la base, y el cuarto lo habrán empleado en la ascensión.

—Quizás a costa de grandes fatigas y hasta peligros... —dijo Annah.

—Peligros no, querida niña —respondió *monsieur* Zermatt—. ¡En cuanto a la fatiga, vuestro padre está aún en la fuerza de su edad, y mis hijos han soportado otras semejantes!

—Ernest no tiene la resistencia de su hermano —no pudo por menos de decir la joven.

—Es cierto —respondió *madame* Zermatt—, y siempre ha preferido el estudio a los ejercicios corporales.

—Bien... bien, Betsie —dijo *monsieur* Zermatt—. No hagas de tu hijo una señorita ni un hombrecillo. Si su cabeza ha trabajado, también trabajaron sus brazos y sus piernas. A mi juicio, esta excursión sólo habrá sido un paseo de turistas; y a no ser por el temor de dejaros solas, también yo, a pesar de mis cuarenta y siete años, hubiera formado parte de la expedición.

—Esperemos a mañana —dijo *mistress* Wolston—. Tal vez la paloma mensajera que se llevó Ernest volverá por la mañana con una carta dirigida a nosotros.

—Y ¿por qué no esta noche? —interrumpió Annah—. La paloma sabrá encontrar su palomar aun de noche... ¿no es cierto, *monsieur* Zermatt?

—Cierto es, Annah. La velocidad de estas aves es tal —veinte leguas por hora, según se dice—, que la distancia que nos separa de las montañas podría ser recorrida por ella en cuarenta o cincuenta minutos.

—¡Sí, yo aguardaré su vuelta hasta mañana! —propuso la joven.

—¡Vamos! —dijo *madame* Zermatt—; nuestra querida hija tiene grandes deseos de recibir noticias de su padre.

—Y también de vuestros dos hijos —añadió Annah besando a *madame* Zermatt.

—Es de lamentar —dijo *mistress* Wolston— que la cordillera no sea en absoluto visible desde lo alto de Felsenheim. Tal vez con un buen catalejo hubiéramos ya podido asegurarnos de si el pabellón flota en el extremo del pico...

—De lamentar es, en efecto, *mistress* Wolston —respondió *monsieur* Zermatt—. En fin, si la paloma no ha llegado mañana por la mañana, ensillaré a *Leichtfuss* e iré a Eberfurt, desde donde se ve el pico que domina la cordillera.

—Conforme, amigo mío —dijo *madame* Zermatt—; pero no formemos proyectos prematuros; y puesto que es la hora de comer, vamos a la mesa... ¿Quién sabe si antes de que dejemos el lecho habrá vuelto la paloma con alguna carta de Ernest?

—No sería la primera vez que recibimos noticias por tal conducto —respondió *monsieur* Zermatt—; pues recordarás, Betsie, que hace ya bastante tiempo, nuestro hijo nos envió nuevas suyas desde Waldegg, Prospect-Hill y Zuckertop...; verdad que fueron malas nuevas, como los destrozos de los malditos monos y otras bestias por el estilo... Espero que esta vez serán mejores.

—¡Hela aquí! —exclamó Annah, que se levantó de un salto y corrió a la ventana.

—¿La has visto? —preguntó su madre.

—No; pero la he oído entrar en el palomar —respondió la joven.

Efectivamente; un ruido seco acababa de atraer su atención. Era el producido por la trampilla que se cerraba bajo el palomar, sobre la biblioteca.

Monsieur Zermatt salió en seguida seguido por Annah, *madame* Zermatt y *mistress* Wolston. Llegó al pie del palomar y colocó una escala contra la roca, subiendo luego por los escalones para inspeccionar el interior.

—¡Ha vuelto! —dijo.

—¡Traedla...! ¡Traedla, *monsieur* Zermatt! —repitió Annah impaciente.

Cuando tuvo la paloma entre sus manos, la joven besó su azulada cabeza, y después de desatar la carta que el animal traía, la besó de nuevo. Libre el ave, volvió al palomar, donde le esperaba un puñado de grano.

Annah leyó la carta de Ernest en voz alta. Las pocas líneas que contenía eran para tranquilizar a todos por la suerte de los ausentes y anunciaba el buen éxito de la expedición. Todos encontraban en ella algo afectuoso, y como se sabe, Annah llevaba en esto la mejor parte.

Con la idea de que el regreso se efectuaría dentro de dos días, *monsieur* y

madame Zermatt, *mistress Wolston* y su hija se retiraron a sus habitaciones. Se había recibido el mensaje; las noticias eran excelentes; diéronse gracias a Dios, y todos se durmieron con tranquilo sueño hasta el amanecer.

El siguiente día fue empleado en los trabajos del interior de la casa. Claro es que, gracias a la llegada de la paloma mensajera, *monsieur Zermatt* había renunciado a su proyecto de encaminarse a las alturas del desfiladero de Cluse. Admitiendo que un buen catalejo permitiera percibir el pabellón que flotaba en la punta del pico, nada nuevo se hubiera sabido. No había por qué dudar de que los tres excursionistas estaban ya en camino para Felsenheim.

El siguiente día fue de gran trabajo. Una bandada de salmones apareció en la desembocadura del arroyo de los Chacales, cuyo curso acostumbraban a remontar estos peces en aquella época. Hubo lugar para lamentarse de la falta de los ausentes, y la pesca no produjo lo que de estar ellos hubiera producido.

Por la tarde, *monsieur y madame Zermatt*, *mistress Wolston* y *Annah* abandonaron su trabajo y atravesaron el puente de la Familia en dirección a Eberfurt.

Mister Wolston, *Ernest* y *Jack* debían de haber llegado al desfiladero de Cluse, y en dos horas a lo más podían franquear la distancia que separaba la granja de Felsenheim.

Sin embargo, avanzaba el día y nada indicaba la aproximación de los ausentes, ni el ladrido de los perros que hubiesen conocido a sus amos, ni los disparos que *Jack* no dejaría de hacer para anunciar su regreso.

A las seis la comida estaba dispuesta, comida copiosa y succulenta, propia para satisfacer el más formidable apetito. Se esperaba a los excursionistas, y como éstos no llegaban, nadie pensó en sentarse a la mesa.

Una vez más *monsieur y madame Zermatt*, *mistress Wolston* y *Annah* avanzaron un cuarto de legua por el camino más arriba del arroyo de los Chacales. *Turco* y *Braun*, que les acompañaban, permanecieron mudos y tranquilos, y bien sabe Dios que no hubieran economizado ni ladridos ni saltos, de estar los dos hermanos a algunos centenares de pasos.

Volvieron a Felsenheim, no sin alguna inquietud, pensando que el retraso no podía prolongarse. Pusiéronse a la mesa tristemente, con el oído atento a los ruidos de afuera, y apenas sí tocaron los platos, de los que seguramente nada habrían dejado los excursionistas.

—Vamos... un poco de calma —acabó por decir *monsieur Zermatt*—. Es preciso no exagerar las cosas. Si han sido precisos tres días para llegar a la base de la montaña, ¿por qué no han de haberlo sido para volver?

—Tenéis razón, *monsieur Zermatt* —respondió *Annah*—. Pero la carta de *Ernest*, ¿no indicaba que bastarían dos días?

—Convengo en ello —dijo *monsieur Zermatt*—. Pero ese bravo mozo tendría

tantos deseos de volver a vernos, que puede haber exagerado...

En suma: no había formal motivo para atormentarse. *Monsieur Zermatt* lo afirmaba, pero aquella noche ninguno de los huéspedes de Felsenheim encontró el tranquilo sueño de la noche precedente. La zozobra se convirtió en verdadera angustia en la noche del día siguiente, 3 de octubre. Ni *mister Wolston*, ni Ernest, ni Jack habían aparecido. El retraso era inexplicable tratándose de tan robustos e infatigables andarines. Lógico era que de la tardanza se dedujera algún accidente, pues obstáculos no debían de haber encontrado por tratarse de camino de vuelta, ya conocido, a no ser que hubieran seguido otro diferente más difícil o más largo.

—¡No! ¡No! —decía *Annah*—. De haber tomado otro camino, no hubiera Ernest anunciado que estarían aquí pasados dos días desde que escribió la carta.

¿Qué responder a esto? *Betsie* y *mistress Wolston* empezaron a desesperarse. *Annah* no contenía sus lágrimas y *monsieur Zermatt* no encontraba palabras para consolar a las tres mujeres.

Convínose entonces que si los ausentes no habían regresado a Felsenheim el segundo día, se iría a Eberfurt, pues el regreso de ellos debía necesariamente efectuarse por el desfiladero de Cluse. De este modo podrían abrazarles dos horas antes.

Pasó la tarde... Transcurrió la noche, ¡y ninguna noticia de los excursionistas! Nada podía detener en Felsenheim a los que les esperaban entre mortales angustias, que nadie podría ya tachar de exageradas.

Por la mañana se hicieron rápidamente los preparativos de marcha. Se enganchó el carro y se pusieron en él algunas provisiones, ocupándolo todos. Partió precedido por *Braun*.

Después de atravesar el arroyo de los Chacales caminó por los bosques y campos que bordeaban el camino de Eberfurt, marchando con toda la velocidad posible.

Habían llegado a una legua de allí, junto a un puentecillo echado sobre el canal de derivación que terminaba en el lago de los Cisnes, cuando *monsieur Zermatt* dio la señal de parada.

Braun, que arreció en sus ladridos, se había lanzado hacia adelante.

—¡Aquí están! ¡Aquí están! —exclamó *mistress Wolston*.

Efectivamente: a trescientos pasos, y a la vuelta de un grupo de árboles, aparecieron dos hombres.

Eran *mister Wolston* y Ernest.

¿Dónde estaba Jack? No sería muy lejos... Sin duda a algunos tiros de fusil...

Gritos de alegría acogieron a *mister Wolston* y a Ernest. Y como éstos no avanzaran, los otros corrieron hacia ellos.

—¿Y Jack? —preguntó *madame Zermatt*.

Ni Jack ni su perro *Falb* estaban allí.

—No sabemos lo que le ha sucedido a nuestro Jack.

Y he aquí lo que refirió *mister Wolston*, relación a menudo interrumpida por los sollozos de los que la escuchaban:

La bajada desde el extremo del pico hasta la cordillera se había efectuado en dos horas. El que primero llegó fue Jack, que cobró alguna caza en los alrededores del monte. Comieron ante la gruta, y dejando fuera fuego, se retiraron dentro. Uno de ellos vigilaba en la entrada mientras los otros dos dormían a pierna suelta.

La noche no fue turbada más que por los lejanos rugidos de las fieras.

Al siguiente día, al alba, *mister Wolston* y los dos hermanos se pusieron nuevamente en marcha.

Desde lo alto del pico, Ernest había notado que el bosque parecía aclararse al este, y los tres se dirigieron a esta parte. Se andaría más de prisa y el camino no se alargaría más que una legua escasa, entre la cordillera y el valle de Grünthal.

A las once hicieron alto. Terminado el almuerzo, los tres se dirigieron hacia el interior de los bosques más claros, y por donde, por consiguiente, se caminaba con más facilidad.

A las dos oyeron el tumulto formado por sordo ruido de pasos y acompañado de sonoros resoplidos.

No había duda: se trataba de un tropel de elefantes que atravesaban el bosque.

¿Un tropel?... No... Sólo se mostraron tres de esos paquidermos; dos de ellos de enorme talla: el padre y la madre; el otro una cría que les seguía.

No se habrá olvidado el vivo deseo que Jack tenía de capturar a uno de estos animales. El atrevido joven quiso aprovechar la ocasión que se le ofrecía, y esto causó su perdición.

En previsión de un ataque, *mister Wolston*, Ernest y Jack se habían puesto a la defensiva, con las armas preparadas, y poco seguros del resultado de una lucha librada con aquellas formidables bestias.

Cuando los elefantes llegaron al claro, se detuvieron, y advirtiendo la presencia de los tres hombres, dirigiéronse a la derecha sin apresurar el paso, y se hundieron en las profundidades de la selva.

Todo peligro había, pues, cesado, cuando Jack, arrastrado por su irresistible pasión de cazador, desapareció tras los elefantes, seguido de su perro *Falb*.

—¡Jack! ¡Jack! —gritó *mister Wolston*.

—¡Vuelve, Jack, vuelve! —exclamó Ernest.

O el imprudente no oía, o, lo que es más probable, no quería oír.

Una vez más se le vio entre los matorrales... Después se le perdió de vista.

Muy inquietos, *mister Wolston* y Ernest siguieron sus huellas, y algunos instantes después llegaron al claro.

Estaba desierto...

En este momento el ruido de las pesadas pisadas se reprodujo en aquella dirección, pero no se oyó ningún disparo.

Jack, ¿no había querido o no había podido utilizar su fusil?

De todos modos, sería difícil reunirse con él por lo imposible de encontrar la huella de sus pasos sobre aquel suelo sembrado de ramas y hojas secas.

El ruido se alejó: algunas ramas que habían sido agitadas quedaron inmóviles... y nada volvió a turbar el silencio del bosque.

Mister Wolston y Ernest escudriñaron hasta la noche los alrededores de aquel sitio; se arrastraron por lo más espeso... llamaron a Jack con todas las fuerzas de su voz... ¿Había sido acaso el desdichado víctima de su imprudencia...? ¿No pudo rechazar el ataque de los elefantes...? ¿Yacía acaso sin movimiento, sin vida, en algún rincón de la oscura selva...?

Ningún grito, ninguna voz llegó a oídos de *mister Wolston* ni de Ernest. Algunos disparos que hicieron quedaron sin respuesta.

Llegada la noche, ambos, rendidos por la fatiga y la inquietud, cayeron al pie de un árbol, escuchando siempre, buscando sorprender el más insignificante ruido... Habían encendido una gran fogata, con la esperanza de que Jack, guiándose por la luz del hogar, podría reunirse con ellos, y no cerraron los ojos hasta el día.

Durante estas largas horas, imponentes rugidos no cesaron de indicar la presencia de las fieras a no muy larga distancia. Acometíales entonces la idea de que tal vez Jack no había tenido que defenderse contra los elefantes, pero que había podido sucumbir en un ataque más peligroso de los tigres, leones o pumas.

Sin embargo, no se le podía abandonar. Todo el día siguiente fue empleado en buscar sus huellas a través del bosque. Trabajo inútil. *Mister Wolston* y Ernest reconocieron, por la presencia de hondas huellas en el suelo, el paso de los elefantes, hierbas pisoteadas, ramas bajas rotas, malezas hundidas... Pero de Jack... nada. Ninguno de los objetos que llevaba, nada tampoco que indicase que había sido herido... ni una mancha de sangre, ni huella que permitiera ponerse sobre su pista.

Después de estas vanas pesquisas, y por desgarrador que fuese el pensamiento de volver sin el joven, fue preciso tomar una decisión en este sentido. *Mister Wolston* procuró hacer comprender a Ernest que en interés mismo de su hermano era indispensable volver a Felsenheim, de donde se volvería para emprender nuevas pesquisas en mejores condiciones.

No hubiera tenido Ernest ánimo para discutir. Comprendía que *mister Wolston* hablaba razonablemente, y lo siguió casi sin conciencia de lo que hacía. Ambos recorrieron una vez más aquella parte del bosque, y caminaron toda la noche y todo el siguiente día. Tomaron entonces algunas horas de reposo y volvieron a caminar, llegando por la mañana a la entrada del desfiladero de Cluse.

—¡Hijo mío...! ¡Pobre hijo mío! —Había repetido varias veces *madame Zermatt*.

Y estas palabras se escaparon una vez más de sus labios cuando cayó entre los brazos de *mistress* Wolston y de su hija, arrodilladas junto a ella.

Monsieur Zermatt y Ernest, abismados en su dolor, no podían pronunciar palabra.

—Ahora he aquí lo que hay que hacer sin perder momento —dijo *mister* Wolston con tono resuelto.

Monsieur Zermatt se dirigió a él...

—¿Qué? —preguntó.

—Vamos al instante a regresar a Felsenheim, de donde volveremos a partir hoy mismo para buscar las huellas de Jack. He pensado detenidamente en ello, *monsieur* Zermatt, y os suplico que adoptéis mi proposición.

Sí... Se haría lo que *mister* Wolston quisiera. Era el único que había conservado su sangre fría para dar un buen consejo, y no había más que seguirle ciegamente.

—Jack ha desaparecido en la parte del bosque vecino al litoral —continuó—, así pues, a este sitio, y por el camino más corto, debemos dirigirnos primeramente. Tomar el camino más allá del desfiladero de Cluse sería demasiado largo. Embarquémonos en la pinaza. El viento es favorable para doblar el cabo del Este, y en seguida la brisa de alta mar nos empujará a lo largo del litoral. Partiendo esta noche, antes del día llegaremos a la desembocadura del Montrose, lo pasaremos e iremos a hacer escala en la parte de la costa donde se apoya la extremidad de la cordillera. En esta dirección y atravesando el bosque es donde Jack ha desaparecido. Yendo allí por mar habremos ganado dos días.

La proposición fue aceptada por unanimidad. Puesto que ofrecía la ventaja de economizar tiempo, no había que dudar si se quería aprovechar el viento que en dos o tres bordadas pondría la *Isabel* al sesgo del cabo del Este.

Las dos familias montaron, pues, en el carro, tan velozmente arrastrado, que hora y media después llegaba a Felsenheim.

El primer cuidado fue poner la pinaza en estado de darse inmediatamente a la mar, en expectativa de un viaje de varios días, viaje que harían también *madame* Zermatt, *mistress* Wolston y Annah. Éstas se hubieran opuesto a permanecer en Felsenheim, y *monsieur* Zermatt no tuvo ni siquiera la idea de proponérselo.

Por la tarde, asegurado el alimento de los animales para una semana, la pinaza iba a partir cuando un desdichado contratiempo lo impidió.

A las tres, el viento que se había calmado, tras soplar del este, se recrudeció mucho. Sin embargo, aunque la mar debía de estar fuerte afuera, la *Isabel* hubiera podido arriesgarse más allá del cabo del Este. ¿Pero cómo elevarse hasta el cabo luchando contra la violencia de la ola que venía de alta mar? Nada más que para dejar su anclaje habría grandes dificultades, y pasar el islote del Tiburón hubiera, sin duda, sido imposible.

¡Esto fue desesperante! Esperar... esperar cuando el menor retraso haría tal vez

imposible el buen éxito de las pesquisas... Y si aquellos vientos contrarios persistían, si por la tarde... por la noche el estado atmosférico no se modificaba... si empeoraba...

—Pues bien... —dijo *mister* Wolston respondiendo a la pregunta que todos se hacían—. Lo que no es posible por mar lo intentaremos por tierra... El carro en vez de la pinaza... Tengámoslo dispuesto para tomar el camino de Eberfurt.

En expectativa de esta eventualidad se hicieron los preparativos necesarios. De efectuarse el viaje en el carro, se dirigirían al sudeste a fin de rodear el bosque, pues aquél no podría penetrar en él, por lo menos en la parte que *mister* Wolston y Ernest habían explorado en la parte delantera de la cordillera. Se procuraría ganar el extremo oriental del bosque, es decir, el punto donde arribaría la *Isabel*, si un cambio de viento le permitía aparejar. Por desgracia, el retraso lo menos sería de treinta y seis horas... pero ¿cómo evitarlo?

La esperanza de que cambiase el tiempo no se realizó. El viento no cesó de soplar del nordeste, cada vez con mayor empuje. Llegada la noche, grandes olas batían la playa de Felsenheim. La noche amenazaba ser mala, y ante este estado de cosas, el proyecto de navegación tuvo que ser abandonado.

Mister Wolston hizo descargar las provisiones que habían sido puestas a bordo y transportarlas al carro. Al mismo tiempo se prodigaron los últimos cuidados a los dos búfalos y al onagro, teniendo en cuenta que había de partirse al alba.

Madame Zermatt producía lástima. Sus labios no se entreabrían más que para dejar escapar estas palabras:

—¡Mi hijo...! ¡Mi pobre hijo!

De repente, a las ocho, los perros *Turco* y *Braun* comenzaron a dar señales de agitación. *Mister* Wolston, que los observaba, quedó asombrado al verlos correr ante la galería por el cercado.

Braun, sobre todo, mostraba gran inquietud.

Diez minutos después se oyó distintamente un lejano ladrido.

—¡Es *Falb*! —exclamó Ernest.

¡*Falb*! ¡El perro de Jack! *Braun* y *Turco* lo reconocieron también, pues contestaron con grandes ladridos.

Monsieur y *madame* Zermatt, *mistress* Wolston, *Annah*... todos se lanzaron fuera de la galería.

Casi en seguida Jack aparecía en la puerta de entrada y se precipitaba en brazos de su madre.

—¡Sí...! ¡A salvo...! —exclamó—. ¡Pero quizá nos amenaza un gran peligro...!

—¡Un peligro...! ¿Cuál? —preguntó *monsieur* Zermatt estrechando contra su pecho a Jack.

—¡Los salvajes! —respondió el joven—. ¡Los salvajes que han desembarcado en

la isla!

XVI

RELACIÓN DE JACK - PERDIDO EN EL BOSQUE - LOS
SALVAJES EN LA ISLA - CRECIENTE INQUIETUD - EL
RETRASO DE LA LICORNE - TRES SEMANAS DE ESPERA
- EN LA CAPILLA DE FELSENHEIM.

Las dos familias entraron en el comedor con el corazón desbordando de alegría, a pesar de la inquietante noticia traída por Jack... No se pensaba más que en esto: ¡Jack estaba de regreso!

Y, sin embargo, no se podía imaginar suceso más grave. ¡Algunos salvajes frecuentaban la costa de la Nueva Suiza! Como pudo reconocerse, la ligera niebla advertida por *mister Wolston* cuando la pinaza había abandonado Ja desembocadura del Montrose, y más tarde desde la cima del pico, era la humareda de un campamento establecido en aquella parte del litoral.

Jack se caía de hambre. Sentóse a la mesa en compañía de todos, y refirió sus aventuras en los siguientes términos:

—Queridos padres: os pido perdón por el disgusto que os he causado... Sí... Me he dejado arrastrar por el deseo de cautivar a un joven elefante... No he atendido ni a Ernest, ni a *mister Wolston*, que me llamaban, y por milagro he vuelto vivo y sano. Pero mi imprudencia ha producido algo bueno, pues nos va a permitir organizar una formal defensa para el caso de que los salvajes avancen hacia Tierra Prometida y descubran Felsenheim.

»Habíame, pues, hundido en lo más espeso del bosque en persecución de los tres elefantes, sin darme cabal cuenta, lo confieso, del medio que emplearía para apoderarme del más pequeño. El padre y la madre caminaban tranquilamente, abriéndose paso por entre la maleza y sin advertir que yo les seguía. Verdad que yo me ocultaba lo mejor posible, y seguía tras ellos sin preguntarme en qué dirección me arrastrarían con *Falb*, no menos loco que yo, ni cómo efectuaría el regreso. Una fuerza irresistible me empujaba hacia adelante, y así me alejé durante más de dos horas, buscando inútilmente el medio de atraer aparte al elefante.

»Efectivamente. El intento de matar al padre y a la madre me hubiera costado todas mis municiones, sin lograr más resultado que enfurecer a las dos bestias y que éstas me atacasen.

»Entretanto me hundía cada vez más en el bosque, sin darme cuenta ni del tiempo transcurrido, ni de la distancia recorrida, ni de las dificultades que tendría para reunirme con *mister Wolston* y Ernest, ni de la difícil situación en la que les ponía si

ellos se lanzaban en mi busca.

»Calculo que debí de andar unas dos leguas sin haber conseguido nada... Tal vez entonces, con el sentimiento de la situación, y aunque algo tarde, volvió a mí el juicio; pero como los tres animales no manifestaban intención de detenerse, yo me dije que lo mejor sería volver atrás.

»Serían las cuatro. En torno mío, más descubiertos, los árboles se espaciaban... Y, entre paréntesis, mi opinión es que cuando se intente llegar al pico de Jean Zermatt, lo conveniente es dirigirse derechamente hacia el sudeste.

—Sí... La carta de Ernest nos ha hecho saber que le habéis dado mi nombre —dijo *monsieur Zermatt*.

—Padre —respondió Ernest—, *mister Wolston* fue el que lo propuso.

—¿No es natural, amigo mío —añadió *mister Wolston*—, que la cima más alta de la Nueva Suiza haya recibido el nombre del jefe de la familia?

—¡Vaya, pues, por el pico de Jean Zermatt! —dijo éste dando las gracias a *mister Wolston*—. Continúa, Jack, tu relato, y háblanos de los salvajes.

—No están lejos —afirmó Jack.

—¿No están lejos? —exclamó *madame Zermatt*.

—En mi historia... en mi historia, querida madre, pues en realidad deben de hallarse aún a unas diez leguas de Felsenheim.

Esta respuesta era tranquilizadora hasta cierto punto. Jack continuó su relato:

—Encontrábame entonces ante un claro del bosque, e iba a detenerme, decidido a no pasar más allá, cuando los elefantes se detuvieron también. En seguida contuve a *Falb*, que quería lanzarse sobre ellos.

»¿Era en aquella parte del bosque donde los animales tenían la costumbre de albergarse? Precisamente en aquel sitio y entre altas hierbas corría un río. Los míos... ¡ya les llamaba los míos!, bebieron, agitando el agua con las trompas.

»¿Qué queréis? Al verlos, inmóviles y sin desconfianza, mis instintos de cazador aparecieron de nuevo. Aduéñose de mí un irresistible deseo de apoderarme del pequeño, después de echar por tierra a los otros dos, aunque para ello me fuera preciso quemar hasta mi último cartucho. Además, tal vez con un par de balas bastaría para mi intento si iban bien dirigidas; ¿y qué cazador no cree en un golpe feliz? Respecto a la cuestión de la captura del elefante, una vez muertos el macho y la hembra, y al modo de transportarlo a Felsenheim, no pensaba en ello. Preparé mi fusil, que estaba cargado con balas. Sonó una doble detonación, y si los elefantes quedaron heridos, no fue de gravedad al parecer, pues se contentaron con sacudir las orejas y beber un último sorbo de agua.

»Ni se volvieron para ver de qué parte había salido el tiro, ni los ladridos de *Falb* les inquietaron. Antes de que yo pudiera disparar por segunda vez volvieron a emprender su marcha con paso tan rápido, casi al galope de un caballo, que me fue

preciso renunciar a seguirlos.

»Durante un minuto se mostraron entre los árboles, con las trompas erguidas destrozando las ramas bajas. Después desaparecieron.

»No me quedaba más que desandar lo andado, y antes de nada determinar qué dirección me convenía tomar. Declinaba rápidamente el sol, y la oscuridad no tardaría en envolver el bosque. Era evidente que tenía que caminar hacia poniente, pero nada me indicaba si hacia la derecha o hacia la izquierda. Yo no tenía la brújula de Ernest, y carezco del sentido de orientación que él posee como un verdadero chino. De aquí mis dudas.

»En fin, tal vez no me sería imposible hallar algunas huellas de mi paso, o más bien de las de los elefantes, aunque el reconocimiento fuera difícil por efecto de la oscuridad que sobre el bosque caía. Además, numerosas huellas se cruzaban por todas partes; y yo percibía a lo lejos algunos trompetazos, lo que sin duda indicaba que en las márgenes del río que he mencionado se reunían los elefantes por la noche.

»Comprendí que no lograría encontrar mi camino antes de que apareciese el sol, y al mismo *Falb* le sucedía lo propio a pesar de su instinto.

»Durante una hora erré por el bosque, sin saber si me acercaba al litoral o me separaba de él. ¡Oh, querida madre, puedes creer que yo me acusaba por mi imprudencia, causándome gran pena el pensamiento de que *mister Wolston* y Ernest, no resolviéndose a abandonarme, me buscaban en vano! Por mi culpa retrasarían su vuelta a Felsenheim, ¿y qué pensaríais vosotros del retraso? ¡Qué inquietud sentiríais no viéndonos volver en el plazo fijado en la carta de Ernest! En fin, nuevas fatigas para éste y para *mister Wolston*, ¡y todo por culpa mía!

—Sí, por tu culpa, hijo mío —dijo *monsieur Zermatt*—, y ya que al abandonarlos no pensaste en ti, debiste pensar en ellos... y en nosotros.

—Está bien —respondió *madame Zermatt* abrazando a su hijo—. Ha cometido una gran imprudencia que le ha podido costar la vida. Pero, puesto que está aquí... perdonémosle.

Jack continuó:

—Llego ahora a la parte de mis aventuras donde la situación se agravó.

»Ciertamente, hasta entonces yo no había corrido ningún peligro serio. Con mi fusil tenía la seguridad de procurarme alimento, aunque tardase una semana en encontrar el camino de Felsenheim. Nada más que siguiendo la costa llegaría más pronto o más tarde. Respecto a las fieras, que deben de ser numerosas en aquella parte de la isla, yo confiaba, en caso de ataque, dar buena cuenta de las más feroces, como en más de una ocasión había sucedido.

»¡No! Lo que me irritaba contra mí era pensar que *mister Wolston* y Ernest se desesperaban buscando inútilmente mi pista. En mi opinión debían de haberse dirigido a través de la parte oriental del bosque que era menos espesa. En este caso

podía suceder que no estuvieran muy lejos del sitio donde yo acababa de detenerme.

»Lo peor era que no tardaría en llegar la noche. Pensé que lo más indicado en aquel trance era acampar en aquel sitio y encender fuego, tanto para que *mister* Wolston y Ernest pudieran advertirlo, como para que la claridad alejase a las fieras cuyos rugidos resonaban en los alrededores.

»Pero antes llamé muchas veces, volviéndome en todos sentidos.

»Nadie respondió a mis voces.

»Quedaba el recurso de disparar mi fusil, y lo hice dos veces.

»Ninguna detonación llegó a mis oídos.

»Sin embargo, a la derecha me pareció percibir ruido, como si alguien se arrastrase entre las hierbas.

»Escuché y estuve tentado a gritar... pero me contuvo la reflexión de que no eran *mister* Wolston ni Ernest, pues éstos me hubieran llamado, y ya estaríamos unos en brazos de otros.

»Había, pues, allí animales... Fieras... Tal vez una serpiente.

»No tuve tiempo de ponerme a la defensiva. Cuatro enormes cuerpos surgieron de la sombras, cuatro criaturas humanas; no monos, como al principio creí. Saltando a mí, vociferaban en una lengua que no pude entender. Eran salvajes.

»¡Salvajes en nuestra isla!

»Derribado en el suelo, sentí que dos rodillas se apoyaban en mi pecho, Me ataron las manos y me hicieron levantar, empujándome hacia adelante para que caminase con rapidez.

»Uno de aquellos hombres se había apoderado de mi fusil y otro de mi morral. No parecía que quisieran matarme, por el momento al menos.

»Toda la noche caminamos así, sin que pudiera yo darme cuenta de la dirección. Únicamente notaba que el bosque se aclaraba cada vez más. La luz de la luna penetraba hasta el suelo, y seguramente debíamos de acercarnos a la costa.

»¡Ah! ¡Yo no pensaba en mí, queridos amigos! ¡Pensaba en vosotros; pensaba en los peligros que resultarían de la presencia de estos salvajes en nuestra isla! ¡No tenían más que remontar el litoral hasta el río Montrose y luego franquear éste, para llegar al cabo del Este y bajar a Felsenheim! ¡Si llegaban antes que la *Licorne* estuviese de vuelta, entonces no tendríais fuerzas suficientes para rechazarlos!

—¿Pero no acabas de decir —preguntó *monsieur* Zermatt— que esos salvajes deben de estar muy lejos de Tierra Prometida?

—Efectivamente, padre, a cinco o seis leguas al sur del Montrose, es decir, a más de diez de aquí.

—Pues bien; antes de quince días, quizás antes de ocho, la *Licorne* anclará en la bahía del Salvamento y nada tendremos que temer —dijo *monsieur* Zermatt—. Pero acaba tu relato.

Jack continuó:

—Por la mañana, después de una larga jornada sin haber tenido punto de reposo, llegamos a los acantilados que dominan la costa.

»A1 pie estaba establecido un campamento ocupado por un centenar de esos indígenas, negros como el ébano, medio desnudos, y que habitan en grutas agujereadas en la parte baja. Eran pescadores, así lo creí al menos, que debían de haber sido arrastrados hacia nuestra isla por los vientos del este, y cuyas piraguas estaban sobre la arena.

»Todos corrieron hacia mí, considerándome, con tanta sorpresa como curiosidad, cual si fuera la primera vez que veían un hombre blanco; lo que realmente no es de extrañar, puesto que los navíos europeos no atraviesan esta parte del océano índico.

»Después de haberme examinado de cerca, volvieron a su natural indiferencia... No me maltrataron. Me dieron algunos pescados salados, que comí ávidamente, pues me moría de hambre, y calmé mi sed con el agua de un río que descendía del acantilado.

»Experimenté cierta satisfacción al ver que mi fusil, cuyo uso no conocían los salvajes, y mi morral, que habían dejado intacto, estaban al pie de una roca. Así es que me prometí, si se presentaba ocasión para ello, regalar a aquellos indígenas con algunos tiros.

»Inesperada circunstancia cambió la situación.

»A las nueve de la noche, y en la orilla del bosque que confinaba con el acantilado, produjese gran tumulto, que sembró el espanto entre los naturales...

»¡Cuál no sería mi sorpresa al reconocer que este tumulto era debido a la llegada de unos treinta elefantes! que caminaban con tranquilo paso por el lecho del río.

»¡Sí...! ¡Qué espanto el de los salvajes...! Sin duda éstos se encontraban por vez primera en presencia de estos gigantescos animales... con una nariz descomunal y una especie de mano al final de ella.

»Cuando las trompas se irguieron, se encorvaron, chocaron entre sí, cuando de ellas salió un estrepitoso ruido de trompetería, hubo un general «¡sálvese el que pueda!» Los unos saltaron por las rocas; los otros procuraron poner a flote sus piraguas, en tanto que los elefantes presenciaban tranquilamente la desbandada...

»Yo no vi en aquel suceso más que una ocasión que aprovechar para huir, y sin intentar saber el resultado del encuentro entre los elefantes y los naturales, corrí a las rocas, remonté la quebrada y me lancé a través del bosque, donde encontré a mi bravo *Falb*, que me esperaba. Ocioso es advertir que me había apoderado de mi fusil y de mi morral, que debían servirme para mucho.

»Caminé durante toda la noche y todo el siguiente día, manteniéndome de la caza, y sin detenerme más que para comer, y al cabo de veinticuatro horas llegué a la orilla derecha del Montrose.

»Entonces, sabiendo ya dónde estaba, bajé hasta el río, cuyo curso hemos remontado mi padre y yo... Franqueé las llanuras y bosques que van en dirección al valle de Grünthal, y llegué a este punto hoy por la tarde. Atravesé el desfiladero de Cluse. ¡Qué disgusto el mío, queridos padres y amigos, si hubieseis ya partido en mi busca siguiendo el litoral...! ¡Si no os hubiera encontrado en Felsenheim...!

Tal fue la minuciosa relación que hizo Jack.

Lo primero que había que preguntarse era lo siguiente: ¿Quiénes eran aquellos naturales? ¿De dónde venían? Evidentemente de la costa occidental de Australia, la más cercana de aquellos parajes —a menos que no existiese algún grupo de islas tan desconocidas en aquella parte del océano índico, como lo era la Nueva Suiza antes de la llegada de la corbeta inglesa—. Si aquellos salvajes eran australianos, si pertenecían a la raza que ocupa el último grado en la escala humana, difícilmente se explicaba que hubiesen podido efectuar una travesía de trescientas leguas a bordo de sus piraguas, aunque muy bien podía admitirse que malos temporales les hubiesen arrojado a tal distancia.

De todo lo anterior resultaba que Jack había aparecido, y que nuestros amigos sabían que la isla estaba habitada por hombres de raza distinta a la suya... ¿Qué hacer? ¿Podía temerse que sus piraguas se diesen de nuevo a la mar, y que, navegando a lo largo del litoral, acabasen por descubrir la bahía del Salvamento y la morada de Felsenheim? Es verdad que el regreso de la *Licorne* no podía tardar. Lo más tarde, dentro de una o dos semanas se oiría el estampido de sus cañones... Y cuando estuviera anclada a algunas encabladuras de la costa, nada habría que temer.

Efectivamente, en aquella fecha, 5 de octubre, había transcurrido cerca de un año desde la partida de la corbeta.

Habíase convenido que su ausencia no se prolongaría más de un año. Así es que todos los días se esperaba verla aparecer, y la batería del islote del Tiburón estaba presta a responder a las salvas que el teniente Littlestone dirigiría al pabellón arbolado en la punta del pico de Jean Zermatt.

Parecía, pues, que los preparativos de defensa contra un ataque de los salvajes no se imponían, con gran urgencia. Podía además suponerse que, por efecto del espanto que les causó la presencia de los elefantes, ellos hubieran embarcado inmediatamente, a fin de volver a la costa australiana o a alguna otra isla de aquellos parajes. En estas condiciones nada había que cambiar en los hábitos de las dos familias, y bastaría con vigilar la mar a lo largo de Felsenheim.

Así es que desde el siguiente día continuáronse los trabajos, especialmente los que se referían a la terminación de la capilla.

Todos se pusieron manos a la obra, pues importaba que estuviera terminada para cuando llegara la *Licorne*. Los cuatro muros, agujereados con ventanas laterales, se elevaban ya a la altura del tejado.

Mister Wolston se ocupó en instalar el maderaje, y fue cubierta con cañas de bambú, que los más violentos huracanes no podrían arrancar. Respecto al interior de la capilla, *madame Zermatt*, *mistress Wolston* y *Annah* se habían encargado de adornarla de forma conveniente, y podía confiarse en el buen gusto de dichas señoras.

Esta tarea continuó hasta el 15 de octubre, fecha en la que se había fijado el regreso de la *Licorne*. Teniendo en cuenta la distancia de la travesía, el que se dilatase el regreso de ocho a quince días no era motivo para producir inquietud... Impaciencia, sí...; pero nada más que impaciencia. Y, preciso es confesarlo, en Felsenheim aumentaba por momentos.

El 19 ninguna detonación había señalado la presencia de la corbeta. Así es que Jack, montando en el onagro, fue a Prospect-Hill y al cabo de la Esperanza Perdida... La mar estaba desierta hasta en los últimos límites del horizonte.

Esta excursión, renovada el 27, no produjo resultado.

Entonces —y no es de extrañar— la inquietud comenzó a sustituir a la impaciencia.

—Vamos... vamos —repetía *monsieur Zermatt*, que quería tranquilizar a su gente.

—Ni quince días... ni aun tres semanas constituyen retraso serio...

—Además —añadió *mister Wolston*—, ¿tenemos la seguridad de que la *Licorne* haya podido abandonar Inglaterra en la época convenida?

—Sin embargo —afirmó ingenuamente *madame Zermatt*—, el almirantazgo debía tener prisa en tomar posesión de su nueva colonia...

¡*Mister Wolston* sonrió al oír que el almirantazgo pudiera nunca tener prisa por nada!

Al mismo tiempo que se observaba el mar por la parte del cabo de la Esperanza Perdida, no se descuidaba observar también la parte del cabo del Este. Varias veces al día los catalejos eran colocados en dirección a la bahía de los Elefantes, nombre atribuido a la parte de la costa donde acampaban los salvajes.

Pero hasta entonces ninguna piragua había sido vista. De no haberse dado de nuevo a la vela, al menos parecía que los salvajes no se habían atrevido a abandonar su campamento. Por lo demás, si, contra todas las esperanzas, ellos se mostraban en la punta del cabo del Este y se dirigían hacia la bahía del Salvamento, ¿no sería posible detenerles con la batería del islote del Tiburón y las piezas colocadas en las alturas de Felsenheim? En todo caso, preferible era defenderse de ellos por la parte del mar que por tierra, y el mayor peligro consistía en que viniesen por el interior después de haber forzado el desfiladero de Cluse.

Efectivamente, la invasión de un centenar de aquellos negros, el asalto que dieran a Felsenheim, probablemente no hubiera podido ser rechazado. Tal vez, entonces, hubiera sido preciso refugiarse en el islote del Tiburón, donde se podría resistir hasta

la llegada de la corbeta.

¡Y la *Licorne* no aparecía, y el fin de octubre se aproximaba, el duodécimo mes desde su partida!

Todas las mañanas, *monsieur* Zermatt, Ernest y Jack esperaban ser despertados por algunas salvas de artillería. El tiempo era soberbio. Las transparentes brumas del horizonte se disipaban con la salida del sol. Y tan lejos como la vista podía extenderse, las miradas buscaban la *Licorne*.

El 7 de noviembre, después de una excursión a Prospect-Hill, en la que todos tomaron parte, ni una vela se distinguió entre los dos cabos. En vano, las miradas recorrieron el horizonte, al este, al oeste, al norte... ¿No era por el cabo de la Esperanza Perdida por donde se esperaba la realización de los más vivos deseos, y por el cabo del Este por donde podía venir el desastre?

Así es que todos quedaron silenciosos en la cúspide de la montaña, bajo el influjo de un sentimiento en el que se mezclaban el temor y la esperanza.

XVII

LA CHALUPA EN CALMA - ABANDONADOS DURANTE
OCHO DÍAS - LO QUE DICEN EL CAPITÁN HARRY
GOULD Y EL CONTRAMAESTRE JOHN BLOCK - UNA
BRECHA EN LAS BRUMAS DEL SUR - UN GRITO:
¡TIERRA! ¡TIERRA!

La noche era muy oscura. Apenas se distinguía el cielo del agua. De este cielo cargado de nubes bajas, pesadas, desgarradas, escapábanse alguna vez súbitos resplandores seguidos de truenos ahogados, como si el espacio fuera impropio para reproducir los sonidos. En estos raros intervalos el horizonte se iluminaba un instante, siempre lúgubre, siempre desierto... Ninguna ola sobresalía en la superficie de la mar. Nada se percibía en ésta fuera del balanceo regular y monótono del agua... Ningún soplo pasaba sobre la inmensidad del océano, ni aun el cálido aliento de la tempestad. Pero el fluido eléctrico almacenado en el espacio se descargaba en luces fosforescentes y el fuego de San Telmo lamía con sus lenguas de fuego los costados de la embarcación. Aunque el sol había desaparecido cuatro o cinco horas antes, el devorante calor del día continuaba en su máxima intensidad.

Dos hombres hablaban en voz baja en la popa de una gran chalupa. El trinquete y el foque de ésta se agitaban a impulso del monótono balanceo.

Uno de estos hombres, cogido al timón, procuraba evitar las brutales sacudidas que se producían. Era un marino de unos cuarenta años de edad, fuerte y vigoroso, cuerpo de hierro en el que jamás hicieron mella ni el cansancio, ni las privaciones, ni el desaliento. De nacionalidad inglesa, este contramaestre se llamaba John Block.

El otro, más joven —apenas contaba dieciocho años—, no parecía pertenecer a la categoría de la gente de mar.

En el fondo de la chalupa, bajo el combés o bajo los bancos, y sin fuerzas para manejar los remos, había tendidas algunas criaturas humanas, entre ellas un pobre niño de cinco años, cuyos gemidos se oían a pesar de los esfuerzos de su madre por calmarlos con vagas palabras entreveradas de besos.

Delante del mástil, sobre el combés, junto al estay del foque, dos personas, inmóviles y silenciosas, la mano de una de ellas en la de la otra, abandonábanse a los más tristes pensamientos, y tan profunda era la oscuridad que sólo a la luz de los relámpagos podían verse.

Del fondo de la embarcación surgía a veces una cabeza que desaparecía en

seguida.

En este momento el contraamaestre dijo al joven que estaba junto a él:

—No... No... He observado el horizonte a la puesta del sol... No había tierra a la vista... ni vela sobre el mar... Pero lo que no he visto esta tarde tal vez se mostrará mañana al amanecer.

—Preciso es, contraamaestre, que hayamos tocado tierra antes de cuarenta y ocho horas, o el último de nosotros habrá sucumbido —respondió el joven.

—Conforme... Conforme... y es menester que la tierra aparezca —declaró John Block—. Para dar asilo a las bravas gentes se han hecho los continentes y las islas, y arribaremos a alguna...

—A condición de que nos ayude el viento...

—Para esto se ha inventado también —respondió John Block—. Hoy, por desgracia, debía de estar ocupado en otra parte... en el fondo del Atlántico o del Pacífico, pues por aquí no ha soplado ni aun para inflar mi gorra... Sí... Preferible sería una tempestad que nos empujara a buen sitio...

—¡O que nos echara a pique, Block...!

—No... ¡eso no...! De todos los finales ése sería el peor.

—¿Quién sabe, contraamaestre?

Los dos hombres permanecieron unos instantes en silencio.

No se oía más que el murmullo de las olas al chocar en los flancos de la embarcación.

—¿Y nuestro capitán? —preguntó el joven.

—Harry Gould, el digno hombre, no está bien —respondió John Block—. ¡Le han arreglado esos bárbaros! La herida de la cabeza le hace lanzar gritos de dolor... ¡Cuándo pienso que un oficial en el que yo tenía toda mi confianza ha sido el que ha excitado a esos desdichados...! ¡Ah...! Aseguro que más pronto o más tarde llegará el día en que ese infame de Borupt hará su último gesto en la punta de una verga.

—¡Miserable! ¡Miserable! —repitió el joven crispando los puños con indignación—. Pero ese pobre Harry Gould. ¿Le habéis curado esta tarde?

—Sí... y cuando le he tendido bajo el combés, después de haberle puesto compresas de agua en la cabeza, ha podido hablarme: «Gracias, Block, gracias» —me ha dicho—, ¡cómo si yo tuviera necesidad de su gratitud! «¿Y la tierra? ¿La tierra?» —ha preguntado—. Estad seguro, mi capitán —he afirmado—, que en alguna parte está, y no muy lejos. Él me ha mirado y ha cerrado los ojos.

Y el contraamaestre añadió aparte:

—¡La tierra...! ¡La tierra...! ¡Ah! Borupt y sus cómplices sabían bien lo que se hacían. Durante el tiempo que nos han tenido en el fondo de la cala han cambiado de camino, se han alejado algunos centenares de leguas antes de abandonarnos en esta chalupa... en parajes por los que sin duda no pasan navíos...

El joven acababa de levantarse, inclinando el cuerpo y prestando oído hacia babor.

—¿No habéis oído nada, Block? —preguntó.

—Nada... Nada... —respondió el contraamaestre—, y las olas no hacen más ruido que si se les hubiera echado aceite.

El joven no añadió nada, y se volvió a sentar, cruzando los brazos sobre el pecho.

En aquel instante, uno de los pasajeros se sentó sobre uno de los bancos, y tras hacer un gesto de desesperación, exclamó:

—Sí... Es de desear que la chalupa sea desfondada por un golpe de mar y que éste nos trague, y así nos libraremos de los tormentos del hambre. Mañana habremos consumido nuestras últimas provisiones... Nada nos quedará de ellas...

—Mañana será otro día, *mister Wolston* —respondió el contraamaestre—, y si la chalupa se va a pique no habrá mañana, y ahora lo hay...

—John Block dice bien —añadió el joven—. ¡Es preciso no desesperar, James! Sean los que sean los peligros que nos amenazan, nuestras vidas pertenecen a Dios, que dispondrá de ellas como convenga. Su mano está en cuanto sucede, y no nos es permitido decir que la ha retirado de nosotros.

—Cierto —dijo James bajando la cabeza—. Pero uno no es siempre dueño de sí...

En este momento, otro pasajero de unos treinta años de edad, el que estaba en la proa de la chalupa, se acercó a John Block y le dijo:

—Contraamaestre, nuestro infortunado capitán, devorado por la fiebre, no puede dirigir la chalupa, y desde hace ocho días le reemplzáis vos... Nuestra salvación está, pues, en vuestras manos... ¿Tenéis alguna esperanza?

—¡Sí, la tengo! —respondió John Block—. Espero que esta calma del diablo acabará y que el viento nos conducirá a buen puerto.

—¿A buen puerto? —repitió el pasajero, procurando agujerear con la mirada aquella profunda noche.

—¡Qué diablo! —afirmó John Block—. En todas partes lo hay. Sólo se trata de poner la proa hacia él con viento bajo las vergas. Si yo fuese el Creador, haría brotar en torno nuestro media docena de islas para elegir.

—No le pidamos tanto, contraamaestre —respondió el pasajero, que no pudo menos de sonreír al oír lo que el primero decía.

—Efectivamente —respondió John Block—. Basta con que empuje nuestra chalupa hacia una de las islas que existen ya, sin necesidad de que fabrique otras nuevas destinadas a nosotros, aunque a decir verdad se muestra bastante avaro de ellas en estos parajes.

—Pero ¿dónde estamos?

—No sabría decirlo, ni aun con aproximación de algunos centenares de leguas —

respondió John Block—. Durante ocho días, ocho inmensos días, esos miserables nos han tenido en el fondo de la cala, sin que hayamos podido observar la ruta que llevaba el navío; si iba hacia el sur o hacia el norte. En todo caso debía de ventear fuerte y la mar no economizaba sus golpes...

—Así lo creo, John Block. Hemos debido de andar mucho... ¿pero en qué dirección?

—De eso no sé nada —declaró el contraamaestre—. ¿Hemos sido arrastrados hacia el Pacífico en vez de remontar el mar de las Indias? El día de la rebelión estábamos en Madagascar... Pero, después, como el viento ha soplado siempre del oeste, ¿quién sabe si no ha empujado al navío centenares de leguas más allá, por la parte de las islas de San Pablo y Amsterdam?

—Donde no se encuentran más que salvajes de la peor especie —dijo James Wolston—. Después de todo, los que nos han abandonado a nosotros no valen más que aquéllos.

—Lo cierto es —afirmó John Block— que ese miserable Borupt ha debido cambiar la dirección del *Flag* y aventurarse en los mares, donde podrá, más fácilmente, escapar del castigo y ejercer el oficio de pirata con sus cómplices. Pienso, pues, que ya estábamos muy lejos de nuestro itinerario cuando se ha lanzado al mar esta chalupa. Pero al menos ¡qué haya una isla en estos parajes... una isla desierta, que esto importa poco! Con la caza y la pesca nos alimentaríamos; buscaríamos refugio en alguna caverna... ¿Por qué no habríamos nosotros de hacer en esta isla lo que los náufragos del *Landlord* han hecho en la Nueva Suiza...? Con buenos brazos, con inteligencia... con ánimo...

—Sin duda —respondió James Wolston—; pero los pasajeros del *Landlord* disponían de éste... Pudieron salvar su cargamento... ¡Y nosotros no dispondremos nunca del cargamento del *Flag*!

La conversación fue interrumpida. Una voz, llena de dolor, se acababa de oír, pronunciando estas palabras:

—¡Agua...! ¡Agua!

—Es el capitán —exclamó uno de los pasajeros—. La fiebre le devora... Afortunadamente no nos falta agua, y...

—Eso es cosa mía —dijo el contraamaestre—. Póngase uno al timón... Yo sé dónde está el jarro, y algunas gotas de agua aliviarán a nuestro capitán.

Y, abandonando el banco de popa, John Block se dirigió al otro extremo de la chalupa.

Los otros tres pasajeros permanecieron silenciosos esperando el regreso del contraamaestre.

Tras una ausencia de dos o tres minutos, John Block volvió a su puesto.

—Y bien —le preguntaron.

—Se me han adelantado —respondió John Block—. Uno de nuestros ángeles buenos estaba ya junto al capitán y vertía en sus labios un poco de agua fresca, y le enjugaba la frente bañada en sudor. Yo no sé si *mister* Gould había recobrado el sentido... Parecía delirar... Hablaba de la tierra... «¡La tierra debe de estar allí!», repetía, y su mano vacilaba... Yo le he respondido: «¡Sí, mi capitán, sí! ¡La tierra está en alguna parte...! ¡Pronto arribaremos a ella! La siento en el norte». Y esto es verdad... Los marinos viejos sentimos estas cosas... He añadido: «No temáis, mi capitán; todo va bien... Tenemos una sólida chalupa, y yo la dirigiré por buen camino... Por aquí debe de haber islas de sobra... ¡y ya escogeremos una que nos convenga!» El infeliz me entendía, y cuando aproximé el farol a su rostro me sonrió... ¡Qué sonrisa más triste! ¡Y el ángel bueno también! Después se han vuelto a cerrar sus ojos y no ha tardado en aletargarse... En cuanto a mí... tal vez he hecho mal en mentir hablándole de la tierra como si ésta estuviera a nuestra vista.

—No, John Block —respondió el más joven de los tres pasajeros—. Ésas son mentiras que Dios permite.

Aquí terminó la conversación, sin que el silencio fuera turbado más que por el raído de la vela al chocar contra el mástil cuando la chalupa se balanceaba. La mayor parte de los que en ella iban, rendidos de cansancio y debilitados por las privaciones, olvidaban en un pesado sueño las amenazas de lo por venir.

¿Y se podía llamar porvenir a lo que tal vez se reducía a algunos días? Si aquellos desdichados tenían con qué apagar su sed, tal vez al siguiente día no sabrían cómo acallar su hambre.

De algunas libras de carne en conserva, arrojadas al fondo de la chalupa en el momento de la separación, nada restaba. Las provisiones de que podían disponer estaban reducidas a un saco de galleta para once personas... ¡Y cómo andar si la calma continuaba! Hacía cuarenta y ocho horas que ni un soplo de brisa había atravesado aquella sofocante atmósfera, ni siquiera una de esas rachas intermitentes que semejan los últimos suspiros de un agonizante. Esto era, pues, en breve espacio, la muerte por hambre.

En aquella época aún no existía la navegación por medio del vapor. Era, pues, probable, faltando el viento, que ningún navío apareciese en aquellos parajes, y por la misma causa la chalupa no podría arribar a ninguna tierra, isla o continente.

Necesario era, en verdad, tener absoluta confianza en Dios para resistir a la desesperación, o poseer la inalterable filosofía del contramaestre, que consistía en verlo todo de color de rosa. Él se repetía a sí mismo:

—Bien lo sé... Llegará un momento en que la última galleta habrá desaparecido... Peto mientras se tiene estómago, aunque no haya nada que meter en él, no debe uno quejarse... Lo grave sería no tener estómago y tener con qué llenarlo...

Mientras John Block permanecía en el timón, los demás pasajeros habían tomado asiento en los bancos. No pronunciaban palabra. Los gemidos del niño y las inconscientes quejas del capitán Gould turbaban únicamente el silencio.

Transcurrieron dos horas. La barca no había andado una encabladura, no sintiendo más movimiento que el de la ola. Y la ola no hace navegar. Varios pedacitos de madera, arrojados la víspera a la mar, flotaban siempre muy cerca, y la vela no se había extendido ni una sola vez.

Navegando en estas condiciones era inútil permanecer en el timón, que para nada servía. Pero el contraamaestre no había querido abandonar su puesto. La mano en el timón procuraba, por lo menos, evitar los golpes que amenazaban arrojar la barca sobre babor o estribor y evitar a sus compañeros sacudidas demasiado violentas.

Serían las tres de la mañana cuando John Block sintió que un ligero soplo acariciaba sus mejillas, por curtidas que estuvieran por el aire del mar.

—¿Se levantará el viento? —murmuró el contraamaestre irguiéndose.

En seguida, después de volverse al sur, tendió su dedo índice mojado en saliva. No había duda... La evaporación prodújole cierta sensación de frescura, al mismo tiempo que se dejaba oír lejano ruido del agua.

Dirigiéndose entonces a uno de los pasajeros, sentado en uno de los bancos de en medio junto a una pasajera, le dijo:

—¡*Monsieur* Fritz!

Éste volvió la cabeza y preguntó en voz baja:

—¿Qué me queréis, contraamaestre?

—Si no me engaño, se distingue una línea clara en la superficie del mar.

Así era, en efecto. El perímetro del cielo y del agua se destacaba con cierta limpidez. Parecía que la bóveda de vapores acababa de fundirse en aquel sitio, y tal vez las corrientes atmosféricas penetraban por la hendidura, que aumentaba poco a poco.

—¡Es el viento! —afirmó el contraamaestre.

¿No podía ser que los vapores se hubiesen separado un instante a las primeras luces del alba?

—¿No será efecto del amanecer únicamente? —observó el pasajero.

—Posible es, aunque me parece muy pronto... —respondió John Block—, y posible es también que sea el viento... Yo he sentido algo en los pelos de mi barba, y aún se mueven... Seguramente no será este viento cosa mayor, pero desde hace cuarenta y ocho horas ni eso teníamos... Además, *monsieur* Fritz, prestad oído... escuchad bien, y oiréis lo que yo he creído oír...

—Tenéis razón —respondió el pasajero después de haber escuchado—. Es el viento.

—Y nosotros estamos dispuestos a recibirlo —respondió el contraamaestre—. El

trinquete a punto, y no hay más que poner tirante la escota para no perder nada del viento que se levanta...

—Pero ¿dónde nos conducirá?

—Donde quiera —respondió el contraamaestre—. Sólo le pido que nos aparte de estos malditos parajes.

Transcurrieron veinte minutos. El soplo, casi imperceptible al principio, no tardó en acentuarse. El cabrilleo de la mar se hizo más fuerte en la popa. La chalupa experimentaba algunos movimientos algo rudos, que no eran los del oleaje lento y débil. Algunos pliegues de la vela se extendieron, se cerraron y volvieron a abrirse, y la escota golpeó contra el mástil. Cierto que el viento no tenía la fuerza suficiente para hinchar la gruesa tela del trinquete y del foque. Era preciso aguardar con paciencia, orientando la embarcación del mejor modo posible. Un cuarto de hora más tarde la marcha se acusaba por una ligera estela. En este momento, uno de los pasajeros que iba echado en la proa, después de levantarse, miró la hendedura abierta entre las nubes del este, y pasando de banco a banco, se acercó al contraamaestre.

—¿El viento...? —preguntó.

—Sí —respondió John Block—. Creo que esta vez lo tenemos como un pájaro en la mano y no lo dejaremos escapar.

El viento comenzaba a propagarse con regularidad a través de la abertura, por la que debían deslizarse los primeros rayos del sol. Sin embargo, desde el sudeste hasta el sudoeste, en las tres cuartas partes del perímetro y en las profundidades del cénit, los vapores se acumulaban aún formando masas espesas. La vista se limitaba a algunos cables de la embarcación, y más allá de ella no hubiera podido verse un navío.

Como el viento era fresco, fue preciso estirar la escota e izar el trinquete, cuya driza se había aflojado.

—¡Lo tenemos cogido! —repetía el contraamaestre, mientras que la chalupa, ligeramente escorada sobre estribor, hociaba un poco entre las primeras olas.

Lentamente la desgarradura de los vapores aumentaba, extendiéndose hacia el cénit. El fondo del cielo se coloreaba de tintas rojizas. De esto debía deducirse que el viento se fijaría durante algún tiempo en dicha dirección; y de aquí también la consecuencia de que el periodo de calma había cesado en aquella parte del océano.

A las cinco la desgarradura se encuadró por una corona de vapores de coloración muy viva. Era el día, que se manifestaba con esa rapidez especial a las bajas latitudes de la zona intertropical. Bien pronto purpurinas luces emergieron del horizonte como las varillas de un abanico. El borde del disco solar desfloró la línea perimétrica, limpiamente trazada en el límite del cielo y del mar. Casi en seguida, aquellos luminosos rayos agujerearon las nubecillas que pendían del cénit, matizadas de rojo, sin lograr traspasar los espesos vapores acumulados al norte de lo que resultaba que

el campo de vista, muy extenso a popa, estaba siempre limitado a proa. La chalupa dejaba tras sí blanca estela, que se destacaba sobre la verdosa superficie de las aguas.

El sol lució por completo... Ningún vapor velaba sus resplandores, que cegaban los ojos. Pero no fue a él donde se dirigieron todas las miradas. Los pasajeros escudriñaban la parte norte, adonde el viento les empujaba. Lo que importaba era reconocer lo que el montón de brumas ocultaba en aquella dirección. ¿La fuerza del sol podría disiparlas?

Al fin, poco antes de las seis y media, uno de los pasajeros después de asir la driza del trinquete, se izó lentamente hasta la verga, en el momento en que, por la parte este, brillaban en el cielo los primeros rayos del sol...

Y entonces, con voz fuerte, gritó:

—¡Tierra!

XVIII

LA PARTIDA DE LA LICORNE - EL CABO DE BUENA
ESPERANZA - JAMES WOLSTON Y SU FAMILIA -
DESPEDIDA DE DOLL - PORTSMOUTH Y LONDRES -
ESTANCIA EN INGLATERRA - CASAMIENTO DE FRITZ
ZERMATT Y Jenny MONTROSE - REGRESO A EL CABO.

El 20 de octubre la *Licorne* había abandonado la Nueva Suiza para volver a Inglaterra. Al regreso, tras corta escala en el cabo de Buena Esperanza, debía conducir a Fritz y a Franjéis Zermatt, a Jenny Montrose y a Doll Wolston, cuando el almirantazgo decidiese tomar posesión de aquella nueva colonia del océano índico. Los puestos dejados a bordo por la familia Wolston, instalada ahora en la isla, los ocupaban los dos hermanos. Un cómodo camarote fue puesto a disposición de Jenny y de Doll, sir joven compañera, que iba a reunirse en El Cabo con James Wolston, su mujer y su hijo.

Después de doblar el cabo de la Esperanza Perdida, la *Licorne*, navegando hacia el oeste, descendió al sur de nuevo, dejando a estribor el islote de la Roca Humeante. Antes de perder de vista la Nueva Suiza pensaba el teniente Littlestone reconocer la costa oriental y asegurarse de que se trataba de una isla solitaria, calculando aproximadamente la importancia de una colonia que no tardaría en tomar puesto en el dominio insular de Gran Bretaña. Efectuado este reconocimiento, la corbeta, ayudada por buen viento, dejó al noroeste la isla, cuya parte meridional había entrevisto entre las brumas.

Las primeras semanas de navegación fueron buenas. Los pasajeros y pasajeras de la *Licorne* no tuvieron motivo de queja de las condiciones atmosféricas, ni del buen recibimiento de que fueron objeto por parte del capitán y de los oficiales.

En sus reuniones, la conversación recaía frecuentemente sobre las maravillas de la Nueva Suiza, adonde volverían antes de un año si la corbeta no sufría retraso, ni en el curso de su doble travesía, ni por culpa de las autoridades inglesas.

Fritz y Jenny, en sus diarias conversaciones, hablaban principalmente del coronel Montrose, de la alegría inmensa que éste había de experimentar al estrechar en sus brazos a la hija que no esperaba volver a ver. Hacía tres años que se carecía de noticias de la *Donas*, cuya pérdida habían confirmado los sobrevivientes recogidos en Sydney. ¡Y con qué sentimiento, más vivo que el de la gratitud, Jenny presentaría a su padre al hombre que la había salvado, y con qué dicha le pediría que bendijese su

unión!

Respecto a François y a Doll Wolston, para el uno sería un gran disgusto dejar a la otra en El Cabo, y ¡qué largo se le haría el tiempo que tardase en volver en su busca!

Así que la *Licorne* cortó el trópico, cerca de la isla de Francia, encontró vientos menos favorables, que no le permitieron hacer escala antes del 17 de diciembre, o sea, cerca de dos meses después de su partida de la Nueva Suiza. La corbeta, que debía pasar una semana en El Cabo, ancló en el puerto.

Uno de los primeros que subieron a bordo fue James Wolston. Sabía que su padre, su madre y sus dos hermanas, al abandonar Australia habían tomado pasaje a bordo de la *Licorne*. ¡Qué descorazonamiento el suyo cuando no vio más que a su hermana! Doll le presentó a Fritz y a Franjéis Zermatt, y después a Jenny Montrose. Fritz dijo a James Wolston:

—Vuestro padre, vuestra madre y vuestra hermana Annah, *mister James*, habitan actualmente en la Nueva Suiza, una isla desconocida donde nuestra familia fue arrojada hace ya doce años, después del naufragio del *Landlord*. Se han decidido a permanecer allí y os esperan. Al volver de Europa, la *Licorne* os llevará con vuestra mujer y vuestro hijo... si consentís en acompañarnos.

—¿En qué época debe la *Licorne* volver a El Cabo? —preguntó James Wolston.

—Dentro de ocho o nueve meses —respondió Fritz—; y desde allí regresará a la Nueva Suiza, donde flotará el pabellón británico. Mi hermano François y yo hemos aprovechado esta ocasión para llevar a Londres a la hija del coronel Montrose, el cual esperamos que no rehusará ir a establecerse con ella a nuestra segunda patria.

—Y con usted, mi querido Fritz, que llegará a ser su hijo —añadió Jenny, tendiendo la mano al joven.

—Eso será la realización de mi más ardiente deseo, querida Jenny —respondió Fritz.

—Como el nuestro y el de nuestros padres —añadió Doll Wolston—, es que tu familia y tú vayáis a estableceros a la Nueva Suiza.

—Y no dejéis de insistir —dijo François— en que nuestra isla es la más maravillosa de las islas que hay en la superficie de los mares.

—James será el primero que convenga en ello así que la vea... —respondió Doll—. Cuando se pone el pie en la Nueva Suiza, cuando se ha vivido en Felsenheim...

—Y cuando se ha encaramado uno en Falkenhorst... ¿no es verdad, Doll? —dijo Jenny riendo.

—Sí; encaramarse, ésa es la palabra —respondió la joven—. Pues bien: cuando todo eso sucede, no se quiere abandonar la Nueva Suiza, y si se la abandona es con la firme intención de volver a ella.

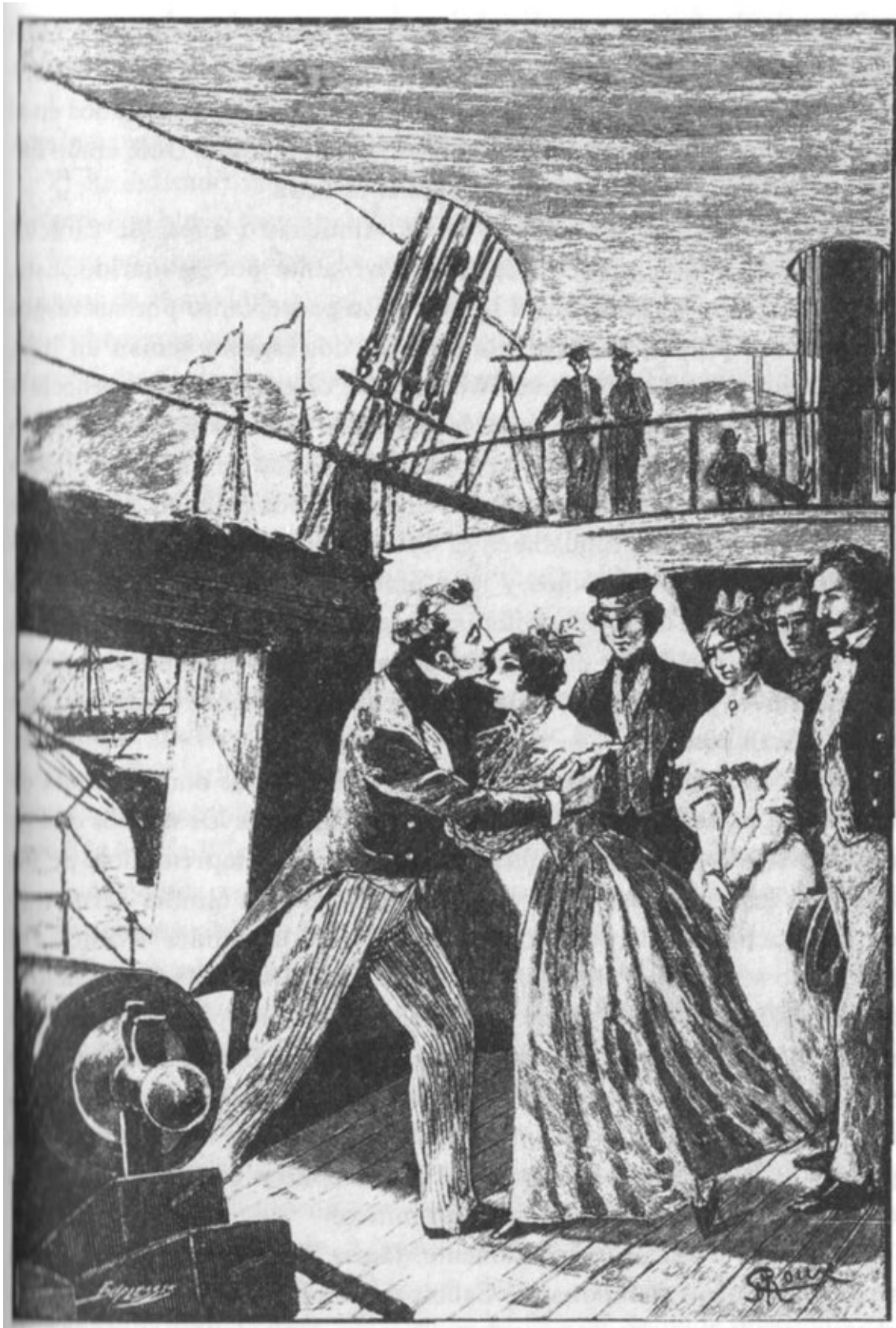
—¿Entendéis, *mister James*? —dijo Fritz.

—Entiendo, *monsieur Zermatt* —respondió James Wolston—. Instalarme en vuestra isla y crear las primeras relaciones comerciales con Gran Bretaña, es proposición seductora. Mi mujer y yo trataremos de este asunto, y si nos decidimos, arreglaremos nuestros negocios, y estaremos prestos a embarcar en la *Licorne* cuando ésta regrese a El Cabo. ¡Estoy seguro de que Suzan no vacilará!

—Yo haré lo que mi marido quiera —añadió *mistress Wolston*—, y ya sabe James que nunca me opondré a sus proyectos. Adonde quiera él ir, le seguiré yo con la más completa confianza.

Fritz y François estrecharon cordialmente la mano de James Wolston, mientras que Doll daba dos sonoros besos a su cuñada, a la que Jenny Montrose no escatimó ni los cumplimientos ni las caricias.

—Durante la escala de la corbeta —dijo entonces James Wolston— contamos con que la hija del coronel Montrose, Fritz y François Zermatt habitarán en nuestra casa. Ésta será la mejor manera de estrechar nuestras relaciones, y hablaremos largo y tendido de la Nueva Suiza.



No hay que decir que los pasajeros de la *Licorne* aceptaron de buen grado tan cariñosa invitación. Así es que una hora después estaban instalados en casa de *mister Wolston*. Fritz y François fueron alojados en el mismo cuarto. Jenny participó del que estaba destinado a Doll, como había participado de su camarote durante la travesía.

Mistress Wolston era una joven de veinticuatro años, de carácter dulce, buena e

inteligente, y que sentía vivo amor por su marido. Éste, trabajador, serio y activo, era el retrato de su padre, tanto por sus rasgos físicos como por sus prendas morales. Los dos esposos tenían un hijo, Bob, al que adoraban. *Mistress Wolston*, de origen inglés, pertenecía a una familia de comerciantes, establecida desde hacía ya largo tiempo en la colonia. Huérfana, carecía de parientes cuando se casó con James Wolston. Éste contaba actualmente veintisiete años de edad. La casa de comercio de Wolston, fundada en El Cabo cinco años antes, había prosperado. Inglés muy metódico y muy práctico, James debía tener buen éxito en la capital de aquella colonia, convertida en posesión británica en 1805 —ciento sesenta y cuatro años después de ser descubierta por los holandeses—, y la posesión de la cual fue definitivamente confirmada en 1815 a Gran Bretaña.

Del 17 al 27 de diciembre, durante los diez días que duró la escala de la *Licorne*, no se habló más que de la Nueva Suiza, de los sucesos que en ella se habían verificado, de los diversos trabajos emprendidos, de las múltiples instalaciones hechas en los once años por la familia Zermatt, y de las practicadas después con el concurso de la familia Wolston. El asunto no se agotaba. Doll contaba todas estas cosas, y François la animaba hasta reprocharle por no decir todo lo que en opinión de él debía decirse acerca de la maravillosa isla, que Jenny Montrose encarecía con vivo placer de Fritz. ¡Qué satisfacción para ella sí, después de haber visto a su padre, le decidía —y Jenny no lo dudaba— a ir a vivir a una de las granjas de la Tierra Prometida! ¡Qué dicha reunirse con los fundadores de aquella colonia de porvenir tan magnífico!

El tiempo transcurrió rápidamente. James Wolston, de acuerdo con su mujer, resolvió abandonar El Cabo para ir a la Nueva Suiza. Durante el viaje de ida y vuelta de la corbeta él se ocuparía de la liquidación de sus negocios, y realizaría su fortuna, estando presto a partir cuando regresara la *Licorne*. Figuraría, pues, entre los primeros emigrantes que irían a completar la próspera obra de los Zermatt y de los Wolston. Esta determinación fue causa de extraordinaria alegría para las dos familias.

La partida de la *Licorne* estaba fijada para el 27. La duración de la escala pareció muy corta a los huéspedes de James Wolston.

El día indicado, nadie podía creer que hubiese llegado el momento de la despedida y que el teniente Littlestone hiciese los preparativos de marcha.

Fue, no obstante, preciso volver a la realidad y cambiar los últimos abrazos de despedida con el consolador pensamiento de que, transcurridos ocho o nueve meses, se volverían todos a encontrar en El Cabo, y juntos se dirigirían a la Nueva Suiza. No obstante, la separación fue penosa. Los besos de Jenny Montrose y de Suzan Wolston fueron mezclados con lágrimas, a las que se unieron las de Doll. Ésta mostrábase muy afligida por la partida de François, el cual estaba también muy conmovido; tan vivo afecto sentía por ella. Su hermano y él estrecharon con efusión la mano de

James Wolston, al que consideraban como a un verdadero amigo.

La *Licorne* se dio a la mar el 27 por la mañana, con tiempo nebuloso. La travesía no fue ni corta ni larga. Los vientos medios variaron del noroeste al sudoeste durante varias semanas. La corbeta pasó, sucesivamente, por Santa Elena, la Ascensión, las islas de Cabo Verde, a la altura de las posesiones francesas del África Occidental. Después de dejar atrás las Canarias y las Azores, a lo largo de las costas de Portugal y de Francia, llegó a la Mancha, rodeó la isla de Wight, y el 14 de febrero de 1817 ancló en Portsmouth.

Jenny Montrose quiso partir inmediatamente para Londres, donde vivía su tía, una cuñada de su padre.

Si el coronel estaba en el servicio, ella no le encontraría allí, pues la campaña para la que había sido llamado de la India inglesa debía durar varios años. Pero si se había retirado estaría junto a su cuñada, y allí abrazaría a la que él creía víctima del naufragio de la *Dorcas*.

Fritz y François se ofrecieron a Jenny para acompañarla a Londres, donde les llamaban también sus negocios... Ya se comprenderá la prisa que Fritz tenía por encontrar al coronel Montrose. Jenny aceptó el ofrecimiento con gran alegría, y la misma tarde partieron los tres, llegando a Londres en la mañana del 23.

Un gran disgusto esperaba a Jenny Montrose. Su tía le manifestó que el coronel había muerto en su última campaña, sin saber que su hija, tan llorada por él, vivía aún... La pobre joven, que había venido desde los lejanos parajes del océano índico para abrazar a su padre, para no separarse de él, para presentarle a su salvador y para pedirle que bendijera su unión con éste... ¡no le vería más!

Compréndese fácilmente cuál sería el dolor de Jenny ante desgracia tan imprevista. En vano su tía le prodigó los más afectuosos consuelos. En vano, Fritz unió sus lágrimas a las de ella... El golpe era muy rudo, y nunca había pensado que si su padre no estaba en Inglaterra cuando ella llegase, sería porque la muerte se lo había arrebatado...

También Fritz experimentó profunda pena... Sólo esperaba el consentimiento del coronel Montrose para unirse a Jenny, y el coronel Montrose había muerto.

Algunos días después, en una conversación, donde se cambiaron muchas lágrimas y quejas, dijo Jenny:

—Fritz, mi querido Fritz... Ambos acabamos de sufrir la mayor de las desgracias... Si no han cambiado tus proyectos...

—¡Oh... querida Jenny...! —exclamó Fritz.

—Sí... Ya lo sé... —dijo Jenny—, y para mi padre hubiera sido gran dicha el llamarte su hijo... Conocía el amor que me tenía, y no dudo de que él hubiera querido compartir nuestra existencia en la colonia inglesa... Pero me es preciso renunciar a esta dicha... Ahora estoy sola en el mundo, y no dependo de nadie... Sola, no... Me

quedas tú, Fritz...

—Jenny —dijo el joven con tiernísimo acento—, consagraré a tu felicidad toda mi vida...

—Como yo lo haré contigo, mi querido Fritz... Mas, puesto que, por desgracia, mi padre no puede darnos su consentimiento, puesto que no tengo parientes directos... puesto que no tendré más familia que la tuya...

—La mía, de la que formas parte desde hace tres años, querida Jenny, desde el día en que te encontré en la Roca Humeante.

—¡Una familia que me quiere y a la que yo quiero con todo mi corazón, Fritz...! Pues bien... Dentro de algunos meses iremos a reunimos con ella...

—¿Casados, Jenny?

—Sí, Fritz, si así lo deseas, puesto que tienes el consentimiento de tu padre y mi tía nos dará el suyo...

—¡Jenny...! ¡Mi querida Jenny! —exclamó Fritz cayendo de rodillas ante la joven—. En nada se alterarán nuestros proyectos, y llevaré a mi mujer a mis padres...

Jenny Montrose no abandonó ya la casa de su tía, donde Fritz y François la visitaban cada día. Entretanto se dispuso lo necesario para celebrar el matrimonio.

De otra parte, se ocuparon en negocios de cierta importancia, y que habían motivado el viaje de ambos hermanos a Europa.

En primer lugar, era preciso proceder a la venta de los objetos recogidos en la isla; el coral hallado en el islote de la Ballena, las perlas pescadas en la bahía de este nombre, la vainilla en cantidad importante. *Monsieur* Zermatt no se había engañado en el valor de sus mercancías, que alcanzó cifra considerable: unas ocho mil libras.

Y si se considera que los bancos de la bahía de las Perlas habían sido desflorados solamente, que el coral se encontraría en varias partes del litoral, que la nuez moscada y la vainilla prometían abundantes cosechas, sin hablar de otras riquezas de la Nueva Suiza, se admitirá que la colonia estuviera llamada a obtener un grado de prosperidad tal que la colocaría en primera fila entre las posesiones de ultramar de Gran Bretaña.

Siguiendo las instrucciones de *monsieur* Zermatt, una parte de la suma proveniente de las referidas ventas sería empleada en la adquisición de objetos destinados a completar el material de Felsenheim y de las granjas de Tierra Prometida. El resto —unas tres cuartas partes—, así como las 10.000 libras de la herencia del coronel Montrose, fue colocado en el Banco de Inglaterra, y según las futuras necesidades, *monsieur* Zermatt podría disponer de dichas sumas, gracias a las comunicaciones que iban a establecerse con la metrópoli.

No olvidemos decir que las diversas alhajas y el dinero que pertenecían a las familias de los naufragos del *Landlord* fueron restituidos después de las pesquisas necesarias para encontrar sus huellas.

En fin, un mes después de la llegada de Fritz Zermatt y de Jenny Montrose, celebróse el matrimonio de éstos en la iglesia parroquial por el capellán de la corbeta. La *Licorne* les había llevado de novios y les volvería casados a la Nueva Suiza.

Los sucesos que quedan referidos causaron gran impresión en Gran Bretaña. La gente se interesó por aquella familia abandonada desde hacía doce años en una isla desconocida del océano índico, por las aventuras de Jenny y su permanencia en la Roca Humeante. La narración redactada por Jean Zermatt fue copiada en los periódicos de Inglaterra y del extranjero. Bajo el nombre de *El Robinsón suizo*, la obra estaba destinada a la celebridad, ya adquirida por el inmortal libro de Daniel de Foe.

Síguese de aquí que bajo la presión de la opinión pública, tan poderosa en el Reino Unido, el almirantazgo decidió la toma de posesión de la Nueva Suiza. Esta posesión, además, presentaba grandes ventajas. La isla ocupaba en el este del océano índico una posición importante, casi a la entrada de los mares de la Sonda, sobre los caminos de la extrema Asia. Trescientas leguas, a lo más, la separaban de la costa occidental de Australia. Esta sexta parte del mundo, descubierta por los holandeses en 1605, visitada por Abel Tasman en 1644, y después por el capitán Cook en 1774, iba a convertirse en uno de los principales dominios de Inglaterra en el hemisferio meridional, entre el mar de las Indias y los mares del Pacífico. El almirantazgo debía, pues, felicitarse por adquirir una isla en las proximidades de este continente. Así es que se decidió el envío de la *Licorne* a estos parajes.

La corbeta volvería a partir dentro de algunos meses, al mando del capitán Littlestone, ascendido por esta causa. Fritz y Jenny Zermatt se embarcarían a bordo de ella con François, y además con algunos colonos, en espera de que mayor número de emigrantes fuese con el mismo destino a bordo de otros navíos.

Estaba igualmente convenido que la corbeta haría escala en El Cabo, y recibiría a bordo a James, Suzan y Doll Wolston.

La permanencia fue tan larga porque había sido preciso hacer en ella importantes reparaciones, tras la travesía de Sydney a Europa.

Fritz y François no permanecieron todo este tiempo en Londres ni en Inglaterra. Los dos esposos y François pensaron que para ellos era un deber ir a Suiza, a fin de llevar a *madame* Zermatt noticias de su país natal.

Fueron, pues, a Francia, a París, y emplearon una semana en visitar la capital. En aquel tiempo el Imperio había terminado, lo mismo que las largas guerras con Gran Bretaña.

Fritz y François llegaron a Suiza, aquel país del que ambos apenas habían conservado el recuerdo, por haberlo abandonado siendo aún muy jóvenes, y desde Ginebra se dirigieron al cantón de Appenzell.

De su familia no quedaban más que algunos lejanos parientes, con los que los

esposos Zermatt no habían tenido relaciones continuas. Sin embargo, la llegada de los dos jóvenes produjo gran sensación en la República Helvética. Ya se conocía la historia de los naufragos del *Landlord*, se sabía de la isla que les había ofrecido refugio. Aunque sus compatriotas fuesen poco inclinados a los cambios de lugar, y poco afectos a correr los riesgos de la emigración, algunos manifestaron su intención de contarse entre los colonos a los que la Nueva Suiza aseguraba buena acogida.

No sin gran emoción, Fritz y François abandonaron su país de origen. Si esperaban que quizás algún día podrían volver a él, de esta esperanza no podían participar *monsieur* y *madame* Zermatt, ya de alguna edad.

Después de atravesar Francia, Fritz, Jenny y François volvieron a Inglaterra.

Los preparativos para la partida de la *Licorne* tocaban a su término, y la corbeta estaría en disposición de darse a la vela en los últimos días de junio.

No hay que decir que Fritz y François fueron inmediatamente recibidos por los lores del almirantazgo. Inglaterra sentía agradecimiento hacia Jean Zermatt por el hecho de haber éste ofrecido, por propio impulso de su voluntad, al capitán Littlestone la posesión inmediata de la isla.

Como se sabe, en la época en que la corbeta había abandonado la Nueva Suiza, la mayor parte del territorio que ésta comprendía no era aún conocido, salvo el distrito de la Tierra Prometida, el litoral del norte y una parte del litoral del este, hasta la bahía de la *Licorne*. El capitán Littlestone debía, pues, completar el emplazamiento de la isla, tanto en las costas del oeste y sur como en el interior.

Conviene además añadir que, en el espacio de algunos meses, varios navíos se encontraron dispuestos a transportar emigrantes con el material necesario para las necesidades de la colonización y la defensa de la isla.

A contar desde esta época, las comunicaciones regulares se establecerían entre Gran Bretaña y aquellos parajes del océano índico.

El 27 de junio, la *Licorne*, presta a aparejar, no esperaba más que a Fritz, Jenny y François. El 28, los tres llegaron a Portsmouth, donde les habían precedido las mercancías compradas.

Fueron cordialmente recibidos a bordo de la corbeta por el capitán Littlestone, al que habían encontrado dos o tres veces en Londres. ¡Qué alegría al pensamiento de volver a ver en El Cabo a James y a Suzan Wolston, y también a la gentil Doll, a la que François había escrito con frecuencia! El 29 de junio, por la mañana, la *Licorne* salió de Portsmouth con buen viento, llevando el pabellón inglés que iba a ser arbolado en las riberas de la Nueva Suiza.

XIX

EL SEGUNDO VIAJE DE LA LICORNE - ESCALA EN EL
CABO - NUEVOS PASAJEROS Y OFICIALES - EL
SEGUNDO BORUPT - NAVEGACIÓN CONTRARIADA -
REVUELTA A BORDO - OCHO DÍAS EN EL FONDO DE LA
CALA - ABANDONADOS EN LA MAR.

Si la *Licorne*, en vez de ser un barco de guerra, hubiera sido un barco de comercio con destino a la Nueva Suiza, habría embarcado considerable número de emigrantes. En aquella isla, sobre la que la atención pública se había fijado, no faltarían colonos, reclutados en su mayor parte, según todas las probabilidades, en la población irlandesa, a la que sus instintos, tanto como la necesidad, excitan a buscar fuera de su país medios de vida.

A bordo de la *Licorne* se había reservado un camarote para Fritz y su mujer, y contiguo a éste otro para François, y todos comerían en la mesa del capitán Littlestone.

La navegación se efectuó sin incidente alguno, a no ser los propios de una travesía: mar algo inconstante, contrariedades provenientes de la inestabilidad de los vientos, calmas, que en los trópicos parecen no acabar nunca, y algunos rudos asaltos del mal tiempo que la corbeta, bien dirigida, soportó sin grandes desperfectos. Se cruzó con varios barcos en el sur del Atlántico, que llevaron noticias de la *Licorne* a Europa. En aquel tiempo de paz, después de tan largas y terribles guerras, los mares estaban seguros y los navíos no corrían peligro en este sentido.

Fritz y François entablaron íntimas relaciones con el capellán de a bordo, que había conocido en la India al coronel Montrose. ¿Con qué confidente mejor podía Jenny hablar de su padre, sino con el que había tenido con el coronel estrechas relaciones de amistad? Por este excelente hombre supo ella lo que había sufrido a su regreso a Inglaterra, sus inquietudes, primero esperando la llegada de la *Dorcas*, y los tormentos y desesperaciones después, cuando se supo que la *Dorcas* había naufragado. Luego, el coronel, herido en el corazón, había partido para aquella campaña de la que no debía volver.

La *Licorne*, que no había sufrido mucho en la travesía por el Atlántico, encontró mal tiempo en los parajes del sur de África. En la noche del 19 de agosto la asaltó una violenta tempestad, y los vientos la arrojaron al largo. La tormenta llegó a ser tan fuerte, que fue menester huir por la imposibilidad de mantenerse a la capa. El capitán

Littlestone, bien secundado por sus oficiales y su tripulación, mostró gran habilidad en aquellas circunstancias. Pero tras sufrir averías gruesas que la comprometieron, la *Licorne* corrió el riesgo de naufragar. Al fin calmó el viento, y el capitán Littlestone pudo volver a su camino, con prisa de reparar en el puerto de El Cabo las averías sufridas.

En la mañana del 20 de agosto fueron señaladas las primeras alturas de la Table, montaña que se yergue en el fondo de la bahía de este nombre.

Tan pronto como la *Licorne* eligió su sitio de anclaje, James Wolston, su mujer y su hermana, conducidos por una canoa, subieron al puente.

¡Qué acogida recibieron Fritz, Jenny y François! ¡Qué alegría la de aquel momento! ¡Las dos jóvenes eran tan felices por volver a verse! La encantadora Doll devolvió a Fritz el beso que éste depositó en las frescas mejillas de ella. Y también François participó de igual placer, ¿cómo no? ¡Y qué prisa tenían todos por fijar definitivamente su vida en aquella segunda patria donde les esperaban con tanta impaciencia las familias Zermatt y Wolston!

En efecto, desde hacía diez meses ninguna noticia de ellos había podido llegar, y aunque no había motivo para concebir inquietudes sobre la suerte de los huéspedes de Felsenheim, la ausencia no dejaba de parecer larga, casi interminable... ¡Con qué placer se encontrarían a la vista de la Nueva Suiza, cuya situación en longitud y latitud conocía perfectamente el capitán Littlestone! Hablar a todas horas de *monsieur* y de *madame* Zermatt, de Ernest y de Jack, de *mister* y *mistress* Wolston y de Annah, no disminuía la distancia, y no podía compararse con la dicha de encontrarse en la Tierra Prometida.

Los negocios de James Wolston habían sido liquidados en condiciones ventajosas, Pero para darse inmediatamente a la mar había una dificultad. Las averías sufridas por la *Licorne* eran de bastante importancia para exigir larga escala en el puerto de El Cabo, necesitándose dos o tres meses para repararlas después de haber descargado la corbeta. No podía, pues, ésta hacerse a la vela para la Nueva Suiza antes de fines de octubre.

Hubiera éste sido un desagradable contratiempo, de no presentarse a los pasajeros de la *Licorne* ocasión de abreviar su estancia en El Cabo.

Había en el puerto un barco que debía de aparejar pasados quince días. Era el *Flag* un buque de tres palos, inglés, de 500 toneladas, capitán Harry Gould, con destino a Batavia, en las islas de la Sonda. Hacer escala en la Nueva Suiza le apartaría poco de su camino, y si quería tomarlos a bordo, Fritz y su mujer, James y Suzan Wolston con su hijo, François y Doll, estaban dispuestos a pagar buen precio por su pasaje.

El capitán Gould aceptó la proposición, y los pasajeros de la *Licorne* trasladaron su equipaje al *Flag*, donde se pusieron algunos camarotes a su disposición.

En la tarde del 21 de agosto los preparativos del *Flag* estaban terminados. James Wolston, su mujer, su hermana y el pequeño Bob ocuparon sus camarotes. Después se despidieron no sin emoción del capitán Littlestone, prometiéndole esperar hacia últimos de noviembre la llegada de la *Licorne* a la entrada de la bahía del Salvamento. Al siguiente día el *Flag* se dio a la mar con viento del sudoeste muy favorable, y antes de acabar el día, las altas cimas de El Cabo, dejadas atrás unas quince leguas, desaparecieron en el horizonte.

Harry Gould era un excelente marino, cuya sangre fría igualaba a su resolución. En la fuerza de su edad, pues no había pasado de los cuarenta y dos años, había hecho sus pruebas como oficial primero, y en calidad de capitán después. Sus armadores podían depositar en él toda su confianza.

Confianza que el segundo del *Flag* no hubiera merecido. Robert Borupt, de la misma edad que Harry Gould, de carácter celoso, vengativo y dominado por violentas pasiones, no creía jamás recompensado su mérito. Fracasado en su esperanza de mandar el *Flag*, guardaba en el fondo del alma un sordo odio contra el capitán, odio que sabía disimular, pero que no había escapado a la penetración del contraamaestre John Block, hombre intrépido y seguro, y devoto de su jefe. La tripulación del *Flag*, compuesta de 20 marineros, no era muy de fiar, y Harry Gould no lo ignoraba. El contraamaestre veía con disgusto que Robert Borupt protegiera a algunos marineros de cuyos servicios había motivos para quejarse. Todo esto le parecía sospechoso, y no cesaba de observar al segundo, decidido a prevenir a Harry Gould, que escuchaba gustoso al bravo y honrado marino.

Del 22 de agosto al 9 de septiembre la navegación no presentó nada de particular. El estado de la mar, la orientación del viento, aunque éste no fuese mucho, la habían favorecido. Bastaría con que el barco se mantuviera en aquella velocidad media para llegar a la Nueva Suiza a mediados de octubre, es decir, en el plazo previsto.

Entonces hubo ocasión de reconocer que algunos síntomas de insubordinación se manifestaban entre los tripulantes, y hasta parecía que la indisciplina fuese alimentada por el segundo y tercer oficiales, con menosprecio de sus deberes. Robert Borupt, arrastrado por su natural celoso y perverso, no tomaba medida alguna para contener el desorden, sino, al contrario, lo autorizaba con una debilidad impropia de su cargo, cerrando los ojos ante los actos más dignos de reprensión de los tripulantes... Se comprendía, pues, que la rebelión aumentaba poco a poco.

El *Flag* continuaba navegando con dirección nordeste. El 19 de septiembre el punto indicó el 20° 17' de latitud y 80° 45' de longitud; es decir, que el barco se encontraba casi en la mitad del océano índico, en el límite del trópico de Capricornio, que iba a franquear.

Durante la noche precedente hubo amenazas de mal tiempo, descenso brusco del barómetro, formación de nubes tormentosas, indicios de esas terribles tormentas que

con frecuencia agitan estos mares.

A las tres de la tarde levantóse un turbión que casi hizo zozobrar el barco. Grave eventualidad para un navío que, al acostarse sobre uno de sus flancos, no obedecía al timón, y que corría el riesgo de no poder levantarse a no ser que se cortase su arboladura. Y en este caso, incapaz de resistir el empuje de las olas poniéndose a la capa, quedaría entregado a todos los furores del océano.

No hay que decir que desde los comienzos de la tempestad los pasajeros se habían encerrado en sus camarotes, pues las olas barrían el puente. Únicamente Fritz y François permanecieron sobre cubierta para ayudar a la tripulación. Desde el primer momento, Harry Gould había ocupado su puesto en el banco del cuarto; el contraamaestre estaba al timón, mientras que el segundo y el tercer oficiales vigilaban en la proa. La tripulación estaba presta a ejecutar las órdenes del capitán, pues se trataba de una cuestión de vida o muerte. El más pequeño error en la maniobra hubiera producido el naufragio del *Flag*, ya medio acostado sobre babor. Todo esfuerzo debía tender a enderezarlo, y después a orientar el velamen.

Y sin embargo, este error fue cometido, si no voluntariamente, sin duda por una falsa interpretación de las órdenes del capitán, error que un oficial no hubiera debido cometer por poco instinto que tuviera de marino.

La responsabilidad caía sobre Robert Borupt. Bajo la acción de la pequeña gavia, mal orientada, el barco se inclinó aún más, y una inmensa ola entró en el navío.

—¡Ese maldito Borupt quiere hacernos naufragar! —exclamó Harry Gould.

—¡Hace todo lo posible para lograrlo! —respondió el contraamaestre, procurando poner el timón a estribor.

El capitán se lanzó al puente y llegó a la proa con gran riesgo de ser arrebatado por las olas.

—¡A vuestro camarote! —gritó con voz furiosa al segundo—. ¡A vuestro camarote, y no salid de él!

La falta de Robert Borupt era tan evidente, que ninguno de los tripulantes, dispuestos a hacer causa común con él si se lo hubiera ordenado, osó alzar la voz. El segundo obedeció sin replicar.

Harry Gould hizo entonces cuanto era posible hacer. Logró enderezar el barco sin necesidad de echar abajo la arboladura, y el navío no presentó el flanco al oleaje.

Durante tres días fue preciso huir delante de la tempestad, en medio de peligros que felizmente fueron evitados por el capitán y el contraamaestre. Durante casi todo este tiempo Suzan, Jenny y Doll estuvieron encerradas en sus camarotes, mientras que Fritz, François y James tomaban parte en las diversas maniobras.

Al fin, el 13 de septiembre se pudo prever un próximo apaciguamiento en las turbulencias atmosféricas. Cayó el viento, y si el oleaje no disminuyó inmediatamente, por lo menos las olas no inundaron el puente del *Flag*.

Las pasajeras se apresuraron entonces a abandonar sus camarotes.

Sabían lo sucedido entre el capitán y el segundo y el motivo por el que éste había sido depuesto de sus funciones. Respecto a la suerte de Robert Borupt, sería decidida al regreso ante un consejo marítimo.

Hubo necesidad de reparar numerosas averías en el velamen, y John Block, dirigiendo este trabajo, advirtió que la tripulación estaba a punto de insubordinarse.

Este estado de cosas no pudo escapar a la penetración de Fritz, de François y de James Wolston, inspirándoles más serias inquietudes que las que la tormenta les produjo. Sin duda el capitán Gould no vacilaría en hacer cuanto fuera preciso para castigo y escarmiento de los rebeldes. ¿Pero no sería demasiado tarde?

Durante los ocho días siguientes nadie atentó contra la disciplina de a bordo. Como el *Flag* había sido arrojado a varios centenares de millas al este, era preciso volver hacia el oeste, a fin de encontrarse en longitud con la Nueva Suiza.

El 20 de septiembre, a las diez, con sorpresa de todos, pues el arresto no había sido levantado, Robert Borupt reapareció sobre el puente.

Los pasajeros tuvieron el presentimiento de que la situación, ya grave, iba a empeorarse.

Así que el capitán Gould vio al segundo, se dirigió a proa y se reunió con él.

—Teniente Borupt —dijo el capitán—. Estáis arrestado. ¿Qué venís a hacer aquí? Responded.

—¡He aquí mi respuesta! —exclamó Borupt.

Y volviéndose a los tripulantes, gritó:

—¡A mí, camaradas!

—¡Hurra por Robert Borupt!

Tales fueron los gritos que estallaron en la proa y en la popa del navío.

Harry Gould volvió a su camarote y salió con una pistola en la mano. No tuvo tiempo de hacer uso de ella. Un balazo disparado por uno de los marineros que rodeaban a Robert Borupt le hirió en la cabeza, y cayó en brazos del contramaestre.

Contra una tripulación sublevada, y arrastrada por el segundo y tercer oficial, no había resistencia posible. En vano John Block, Fritz, François y James Wolston, colocados junto a Harry Gould, intentaron sostener la lucha. En un instante, rendidos al número, quedaron en la imposibilidad de defenderse, y diez marineros los bajaron a la cala con el capitán.

Jenny, Doll y Suzan fueron encerradas con el niño en sus camarotes, cuyas puertas serían guardadas por orden de Robert Borupt, único amo a bordo.

Calcúlese la situación de los prisioneros de la cala, donde reinaba una semioscuridad; la del capitán, presa de los sufrimientos de su herida, que no pudo ser curada más que con compresas de agua. Ciertamente el contramaestre no escatimaba sus cuidados. Fritz, François y James experimentaban una horrible angustia pensando

en las tres pasajeras a merced de los sublevados del *Flag*, y por la imposibilidad de socorrerlas.

Transcurrieron varios días. Dos veces, por la mañana y por la tarde, la trampa de la cala se abría, y los prisioneros recibían algún alimento. A las preguntas que John Block les dirigía, los marineros respondían únicamente con palabras brutales y amenazadoras. Respecto a las pasajeras, Fritz, François y James no obtenían más que groseras injurias.

Varias veces el contraamaestre y sus compañeros intentaron recobrar la libertad forzando la trampa. Pero ésta estaba vigilada día y noche, y, además, aun en el caso de que los prisioneros hubieran conseguido levantarla, sujetar a los guardianes y subir al puente, ¿qué hubieran podido contra los tripulantes y qué trato recibirían de Robert Borupt?

—¡Miserable! ¡Miserable...! —repetía Fritz, pensando en su mujer, en Suzan y en Doll.

—¡Sí, el más abominable de los canallas! —repetía John Block—. ¡Si no se le cuelga uno u otro día, es que no hay justicia en el mundo!

Pero para castigar a los rebeldes, para aplicar a su jefe la pena que merecía, era preciso que un barco de guerra se apoderase del *Flag*; y Robert Borupt no cometió la torpeza de dirigirse a parajes frecuentados, donde él y sus cómplices hubieran corrido el riesgo de ser perseguidos.

Debía de haberse arrojado fuera del itinerario, con preferencia al este, para alejarse tanto de las costas de África como de las de Australia. ¡Y cada día añadía cincuenta o sesenta leguas a la distancia que separaba al *Flag* del meridiano de la Nueva Suiza! Harry Gould y el contraamaestre podían observar que el navío, siempre inclinado a babor, marchaba con gran velocidad. Los crujidos de los mástiles indicaban que el segundo forzaba las velas. Cuando el *Flag* llegase a los lejanos parajes del océano índico, tan propicios a los piratas, ¿qué sería de los prisioneros y de las prisioneras? No se podría conservarlos a bordo... Se les arrojaría a alguna isla desierta... ¡Ah! ¡Todo era preferible a permanecer en aquel barco entre las manos de Robert Borupt y de sus cómplices!

De todo esto resultaba que, en defecto de la *Licorne*, retenida en El Cabo, el *Flag* no llegaría a la Nueva Suiza en la época convenida. ¡Se lo esperaría semanas y meses, y no aparecería! ¡Qué inquietud la de las familias Zermatt y Wolston! Y cuando al fin la *Licorne* anclase en la bahía del Salvamento, al saber que el *Flag* había ido hacia la colonia, ¿qué deducirían sino que había naufragado?

Una semana había transcurrido desde que Harry Gould y sus compañeros habían sido encerrados en la cala, sin tener noticia de las pasajeras. El 27 de septiembre pareció que la velocidad del barco había disminuido, ya porque cesara el viento, o porque aquél se hubiera puesto a la capa.

A las ocho de la noche algunos marineros entraron donde los prisioneros estaban. Éstos no tuvieron más remedio que obedecer las órdenes de seguirle que les intimó el tercer oficial.

¿Qué pasaba arriba? ¿Se les iba a dar libertad? ¿Se había formado una conjura contra Robert Borupt con el objeto de restituir al capitán Gould el mando del *Flag*?

Ya en el puente, y en presencia de toda la tripulación, los prisioneros vieron a Robert Borupt, que les esperaba al pie del palo mayor. En vano Fritz y François arrojaron una mirada al interior de la toldilla, cuya puerta central estaba abierta. Ninguna lámpara, ningún farol proyectaba allí la menor claridad.

Entretanto, aproximándose a los empalmeados de estribor, el contraestre pudo ver la extremidad de un mástil que se balanceaba contra el flanco del navío.

Evidentemente el bote mayor había sido echado al mar.

¿Se disponía, pues, Robert Borupt a embarcar en él al capitán y a sus compañeros, a abandonarles en aquellos lugares, a entregarles a todos los azares del mar, sin que ellos pudieran saber si se encontraban cerca de un continente o de una isla...?

¿Y las desgraciadas mujeres? ¿Iban a permanecer a bordo, expuestas a tantos peligros?

Ante la idea de que no las volverían a ver, Fritz, François y James intentaron un último esfuerzo para libertarlas, dispuestos a dejarse matar por ellas.

Fritz se lanzó hacia la toldilla llamando a Jenny. Pero se le detuvo, lo mismo que a François y a James, que no oía a Suzan responder a su voz. Fueron sujetados, y, a pesar de su resistencia, arrojados con Harry Gould y John Block en la chalupa.

¡Qué sorpresa y qué alegría las suyas...! Sí... ¡Qué alegría! En la embarcación se encontraban ya los tres seres queridos, a los que habían llamado inútilmente, y que fueron bajados momentos antes de salir los prisioneros de la cala. Allí aguardaban con indecible terror, ignorando si sus compañeros iban a ser abandonados con ellas en aquella parte del Pacífico.

Hubo escenas de ternura y se derramaron muchas lágrimas.

Les parecía que el estar reunidos era la mayor merced que el cielo podía otorgarles.

Y, sin embargo, a bordo de aquella embarcación... ¡cuántos peligros les amenazaban! No se les había arrojado más que cuatro sacos de galleta y de conservas, tres barriles de agua dulce, diversos utensilios de cocina y un saco de vestidos y mantas, cogidos al azar en los camarotes; apenas con qué resistir a los asaltos del mal tiempo y a la tortura del hambre y de la sed.

¡Pero estaban juntos! Sólo la muerte podía separarles. Además, no tuvieron tiempo de reflexionar. En pocos instantes, con el viento que aumentaba, el *Flag* se había alejado algunas millas.

El contraestre se había puesto al timón. Fritz y François al pie del mástil,

prestos a izar la vela cuando la chalupa no estuviera al abrigo del navío El capitán Gould había sido depositado sobre el combés de proa. Sin poder sostenerse, extendido sobre las mantas, Jenny le prestaba cuidados.

A bordo del *Flag* los marineros, inclinados sobre los empalletados, miraban silenciosamente. Ni uno de ellos se sentía tocado de compasión por las víctimas de Robert Borupt, y se veían sus ardientes ojos brillando en la oscuridad.

En aquel momento se oyó una voz. La del capitán Harry Gould, al que la indignación prestó alguna fuerza. Arrastrándose de banco en banco, e irguiéndose a medias, gritó:

—¡Miserables! ¡No escaparéis a la justicia de los hombres!

—¡Ni a la justicia de Dios! —dijo François.

—¡Larga! —gritó Robert Borupt.

Y el cabo cayó. La chalupa quedó sola y el navío desapareció entre las sombras de la noche.

XX

UN GRITO DE FRANÇOIS - ¿QUÉ COSTA ES ÉSTA? - LOS
PASAJEROS DE LA CHALUPA - TIERRA QUE
DESAPARECE ENTRE LAS BRUMAS - TIEMPO
AMENAZADOR - TIERRA QUE REAPARECE - RAFALES
DEL SUR - EN LA COSTA.

François había lanzado como grito de salvación el de ¡Tierra! ¡Tierra! En pie sobre el combés había creído distinguir confusamente el perfil de una costa a través de una desgarradura de la bruma. En seguida, cogiendo la driza, se había izado a la punta del mástil, y desde allí mantenía fija su mirada en la dirección indicada.

Transcurrieron diez minutos sin que volviera a ver aquel indicio de tierra hacia el norte, y se dejó caer al pie del mástil.

—¿Has visto la costa? —preguntó Fritz.

—Sí... allí... Bajo esa gruesa nube que ahora oculta el horizonte.

—¿No os habréis engañado? —dijo John Block.

—¡No, contraмаestre, no...! La nube ha bajado sobre el horizonte... pero la tierra está detrás... La he visto... Lo aseguro.

Jenny acababa de levantarse y cogiendo el brazo de su marido, dijo:

—Hay que creer lo que dice François. Su vista es magnífica. No puede haber error.

—No me he engañado —afirmó François nuevamente—. Creedme como me cree Jenny. He distinguido perfectamente una altura, que ha sido visible durante un minuto. No fue posible reconocer si continúa al este o al oeste. Pero, isla o continente, la tierra está allí.

¿Cómo poner en duda lo que François afirmaba con tal seguridad?

Además, la necesidad de creer lo que con tal ansia se esperaba predisponía a la confianza. Así es que aquellos infortunados acompañaron con las suyas la plegaria que François dirigió al Todopoderoso.

Cuando la chalupa llegase a aquella costa, tal vez se sabría a qué tierra pertenecía. En todo caso, los pasajeros, o sea, los cinco hombres, Fritz, François, James, el capitán Harry Gould, el contraмаestre John Block, y las tres mujeres Jenny, Doll y Suzan desembarcarían sobre el litoral, fuera éste el que fuera.

Si no ofrecía recurso alguno, si era inhabitable, si la presencia de los indígenas la hacía peligrosa, la chalupa volvería a la mar tras hacer las provisiones que pudiera.

Harry Gould fue puesto en seguida al corriente de lo que acontecía, y a pesar de su debilidad y de sus sufrimientos exigió que se le transportase a popa.

Fritz creyó conveniente hacer algunas observaciones respecto a la tierra señalada, y dijo:

—Lo que por el momento nos interesa es la distancia a que nos encontramos de ella; y dada la altura desde la que ha sido vista y el estado brumoso de la atmósfera, esta distancia no puede pasar de cinco o seis leguas.

Signo de aprobación del capitán Gould, al que acompañó una inclinación de cabeza del contraмаestre.

—Así pues —continuó Fritz—, con buen viento y dirigiéndonos al norte, bastarán dos horas para llegar a ella.

—Desgraciadamente —dijo François— el viento es incierto, y si no cesa por completo es de temer que nos sea contrario.

—¿Y los remos? —respondió Fritz—. James, mi hermano y yo los tomaremos, y vos, contraмаestre, estaréis al timón. No quedaremos al cabo de nuestras fuerzas por haber remado durante algunas horas.

—¡A los remos! —mandó el capitán, con voz tan débil que apenas se oía.

Era de lamentar que el capitán no estuviera en estado de dirigir el timón, pues bogando cuatro, los pasajeros hubieran hecho mejor faena. Verdad que Fritz, François y James, en toda la fuerza de su juventud, y el contraмаestre, aún vigoroso, estaban ahora debilitados por las privaciones y las fatigas. Habían transcurrido ocho días desde que el *Flag* les había dejado abandonados. De sus provisiones, muy economizadas, no quedaba más que lo preciso para veinticuatro horas. Tres o cuatro veces la pesca había ayudado algo. Un hornillo, una caldera pequeña y un perol eran, aparte de sus navajas, los únicos utensilios de que disponían. Y si aquella tierra no era más que un islote rocoso, sería preciso que la chalupa continuase durante varios días la penosa navegación en busca de un continente o de una isla donde la vida fuera posible.

Sin embargo, después del grito de François, todos habían sentido renacer su esperanza. ¡Es preciso haber pasado por pruebas tan terribles para comprender a qué tenues hilos se agarran las criaturas humanas! Era la tabla de salvación del náufrago. En vez de aquella embarcación, amenazada por los huracanes y azotada por las olas, fijarían el pie en tierra sólida. Se instalarían en alguna caverna al abrigo del mal tiempo; encontrarían, quizá, suelo fértil, hierbas o raíces comestibles, abundantes frutos de esos tan comunes en las zonas intertropicales; allí, en fin, podrían esperar, sin temor al hambre ni a la sed, el paso de algún navío. Éste advertiría las señales que ellos hicieran... ¡Iría en socorro de los abandonados...! Sí... Todo esto aparecía tras el cristal de la esperanza.

Respecto a la costa entrevista, ¿correspondía a algún grupo de las islas situadas

más allá del trópico de Capricornio? De esto hablaban en voz baja el contraamaestre y Fritz. Jenny y Doll habían vuelto a ocupar su sitio en el fondo de la embarcación, y el niño dormía en los brazos de *mistress* Wolston. Había sido preciso volver a colocar bajo el combés al capitán Gould, devorado por la fiebre. Jenny mojaba con agua fresca las compresas de la cabeza del infeliz.

Fritz se entregó a hipótesis no muy seguras en realidad. No dudaba él de que el *Flag*, después de estallar la rebelión a bordo, no hiciera un largo camino hacia el este durante los ocho días. En este caso, la chalupa habría sido echada al mar en aquella parte del océano Pacífico en que los mapas no indican más que raras islas, Amsterdam y San Pablo, y más al sur el archipiélago de las Kerguelen. Pero, en fin, aun en estas islas, las unas desiertas, las otras habitadas, la vida estaría asegurada, y... ¿quién sabe? También el repatriamiento en plazo más o menos lejano.

Además, si desde el 27 de septiembre la chalupa había remontado hacia el norte, arrastrada por la brisa del sur, era posible que aquella tierra perteneciera al continente australiano, ya a Tasmania, ya a las provincias de Victoria o de Australia meridional.

Llegando a Hohart-Town, Melbourne o Adelaida, estaban salvados. Pero si la embarcación tocaba tierra en la parte sudoeste, en la bahía del Rey Jorge o en el cabo Lecuwin, frecuentados por hordas feroces, ¿no sería peor la situación...? En la superficie de este mar, ¿habría probabilidad de encontrar un barco con rumbo a Australia o a las islas del Pacífico?

—En todo caso, mi querida Jenny —dijo Fritz a su mujer, que se había sentado junto a él—, debemos de estar muy lejos de la Nueva Suiza... A centenares de leguas.

—Sin duda —respondió Jenny—; ¡pero algo es ya encontrar tierra! Lo que tu familia ha hecho en vuestra isla, lo que yo pude hacer en la Roca Humeante..., ¿por qué no hacerlo otra vez? Después de tantas pruebas sufridas tenemos el derecho de contar con nuestros ánimos y nuestra energía. No son los hijos de Jean Zermatt los que pueden dudar de sí mismos.

—Si alguna vez sintiera abatimiento, me bastaría oírte para recobrar me de él —respondió Fritz—. No... No hemos de desfallecer y seremos bien secundados. Con el contraamaestre se puede contar... En cuanto a nuestro pobre capitán...

—Él se curará, querido Fritz —dijo Jenny—. La fiebre que le abrasa desaparecerá. En tierra estará mejor cuidado, recobrará sus fuerzas y encontraremos en él a nuestro jefe.

—¡Ah, mi querida Jenny! —exclamó Fritz estrechándola contra su corazón—. ¡Haga el cielo que esta tierra nos ofrezca los recursos de que tanta necesidad tenemos! No le pido todo lo que la Nueva Suiza nos ha dado, pues no está situada en aquellos lugares donde todo se puede esperar de la naturaleza casi sin esfuerzo. Lo peor sería que nos encontráramos con salvajes, contra los que seríamos impotentes, y que nos fuera preciso damos de nuevo a la mar sin haber renovado nuestras

provisiones... Preferible sería desembarcar en una costa árida, aunque no fuera más que un islote. Habrá pescado en sus aguas, crustáceos en sus playas, tal vez bandadas de aves, como las había a nuestra llegada a Felsenheim. Haríamos provisiones, y transcurridas una o dos semanas, repuestos de nuestras fatigas, recobradas las fuerzas de nuestro capitán, nos daríamos a la vela en busca de una costa más hospitalaria. Nuestra chalupa es sólida y tenemos un buen marino para dirigirla. La mala estación no está próxima... Hemos soportado terribles ramalazos de viento y soportaremos otros... Que haya víveres en esta tierra, sea la que sea, y con la ayuda de Dios...

—Querido Fritz —respondió Jenny estrechando entre las suyas las manos de su marido—. Es preciso decir rodó eso a nuestros compañeros; oyéndolo no perderán el valor.

—El valor no les ha faltado un instante, querida esposa —dijo Fritz—, y si desfallecieran, tú, la más enérgica, la más resuelta, la joven inglesa de la Roca Humeante, les devolvería la esperanza.

Esto que decía Fritz lo pensaban todos. Mientras estuvieron prisioneras en el camarote del *Flag*, ¿de quién sino de ella habían Doll y Suzan recibido el valor suficiente para salvarse de la desesperación?

Otra ventaja presentaba aquella tierra. No sucedía en ella lo que en la Nueva Suiza, cuyos parajes jamás atravesaban los barcos de comercio. Por el contrario, que se tratase de la costa meridional de Australia o de Tasmania, o que fuese una isla perteneciente a los archipiélagos del océano Pacífico, su situación estaba determinada en los mapas marítimos.

Pero admitiendo que el capitán Gould y sus compañeros fuesen recogidos un día, ¿cómo librarse de la más profunda tristeza pensando en la distancia que les separaba de la Nueva Suiza...? Se trataba de centenares de leguas, sin duda, puesto que el *Flag* se había dirigido durante ocho días hacia el oeste. Y si allí donde iban la mala suerte les condenaba a vivir tan largo tiempo como la familia Zermatt en su isla, si la chalupa no podía emprender una larga navegación... en fin, si a pesar de tantas pruebas su confianza se desvanecía... ¿en qué desesperación caerían los que allí abajo les esperaban!

En esto no cesaban de pensar Fritz y Jenny, François, James, su mujer y su hermana, olvidando hasta la gravedad de los peligros que les amenazaban, para no pensar más que en sus parientes y amigos.

En efecto. Se estaba a 13 de octubre. Hacía ya cerca de un año que la *Licorne* había abandonado la isla, a la que debía volver en la época presente. En Felsenheim, *monsieur* y *madame* Zermatt, Ernest y Jack, *mister* y *mistress* Wolston y su hija Annah, contaban ahora los días y las horas.

Sí... Todos debían otear la llegada de la corbeta a la vuelta del cabo de la Esperanza Perdida, anunciándose con salvas, a la que respondería la batería del islote

del Tiburón. ¿Qué se dirían pasado un mes... dos...? Primeramente, que los vientos contrarios retardaban la *Licorne*; tal vez que ésta no había podido salir de Inglaterra en la época fijada, tal vez que una guerra marítima turbaba los mares e impedía la navegación... ¡Jamás podrían admitir que el navío hubiera naufragado!

Pero pasadas algunas semanas, después de su escala en El Cabo, la *Licorne* aparecería en las aguas de la Nueva Suiza... Las familias Zermatt y Wolston sabrían entonces que los ausentes se habían embarcado a bordo del *Flag*, que no había llegado a su destino. ¿Sería posible dudar de que había naufragado en alguna de las frecuentes tempestades del océano índico, y se podría esperar volver a ver a los pasajeros?

Éste era el porvenir, y el presente ofrecía aún bastantes temibles eventualidades.

Desde el instante en que François había señalado tierra, el contramaestre dirigía la barca en dirección norte, lo que por faltar la brújula no dejaba de ser difícil. La indicación de François no había podido ser más aproximada. Si los vapores se disipaban y el horizonte se esclarecía, al menos en la parte septentrional, no sería difícil marchar hacia la costa. Por desgracia, la espesa cortina continuaba ocultando aquella línea, que para observadores colocados en la superficie del mar, debía de estar aún a cuatro o cinco leguas.

Fritz, François y James bogaban con todo el vigor de que eran capaces. Pero casi agotadas sus fuerzas, no podían dar gran empuje a la chalupa, pesadamente cargada, y sería menester emplear todo el día para franquear la distancia que les separaba del litoral.

¡Y gracias al cielo que el viento no contrarió sus esfuerzos! Realmente lo mejor sería que la calma se mantuviese hasta la noche, pues con viento del norte la embarcación hubiera sido arrastrada lejos de aquellos parajes.

Al mediodía apenas si se había recorrido una legua de camino. El contramaestre creyó que una corriente les llevaba en sentido opuesto.

Tal vez no era más que un simple efecto de la marea, pues si se tratase de una corriente regularmente establecida, hubiera sido preciso renunciar a ir en contra de ella.

A las dos de la tarde, John Block, que se había levantado, exclamó:

—El viento va a soplar... Lo siento... Con sólo nuestro foque haremos más que con los remos...

El contramaestre no se engañaba. Momentos después la superficie del mar comenzó a cabrillar por el sudeste, propagándose el movimiento hasta los flancos de la barca.

—Tenéis razón, Block —dijo Fritz—. Sin embargo, el viento es tan débil que es preciso seguir remando.

—Sigamos, *monsieur* Fritz —respondió Block—, y sacudamos firme hasta que

las velas nos empujen a la costa.

—¿Dónde está? —preguntó Fritz, que en vano pretendía descubrirla entre las brumas.

—¡Ante nosotros, seguramente!

—¿Estáis en lo cierto, Block? —añadió François.

—¿Pues dónde queréis que esté —respondió el contraamaestre—, sino tras esos malditos vapores del norte?

—Así queremos que sea... pero querer no basta —dijo James Wolston.

Lo cierto era que esto no se sabría hasta que el viento soprase, lo que tardó en suceder, pues ya habían pasado las tres cuando los golpes de la vela a medio hinchar indicaron que podía ser utilizada.

Dejando los remos Fritz y François, después de izar el trinquete, lo estiraron con todas sus fuerzas, mientras el contraamaestre sujetaba la escota, que se agitaba vivamente.

¿Sería aquello un viento loco, cuyas intermitentes bocanadas no conseguirían ni aun disipar la bruma?

Tras veinte minutos de duda el oleaje se acentuó, tomando de través la barca, que el contraamaestre logró enderezar. Después, el trinquete y el foque se hincharon y sus escotas se tendieron.

La dirección que convenía seguir era la del norte, en espera de que el viento despejase el horizonte. Parecía que esto había de efectuarse en cuanto aquél llegase a él, y todas las miradas permanecían obstinadamente fijas en aquella parte. John Block no pedía más que la tierra apareciese un instante y a ella se dirigía.

Sin embargo, la cortina formada por la bruma no se entreabría, aunque a la caída del sol el viento, al parecer, tomaba fuerza.

La barca caminaba con alguna rapidez. Fritz y el contraamaestre se preguntaban si no habrían dejado atrás la isla, suponiendo que la tierra vista lo fuera, o dado vuelta al continente por el este o el oeste, si era un continente.

La duda volvió... ¿Se habría engañado François? ¿Había visto realmente tierra en dirección norte?

Sí... Y él lo afirmó una vez más con certeza absoluta.

—Era una costa elevada —afirmó—. Especie de acantilado casi horizontal, imposible de confundir con una nube.

—Sin embargo... Ya deberíamos haber llegado a ella —dijo Fritz—, pues entonces sólo debía de estar a cinco o seis leguas.

—¿Estáis cierto, John Block —dijo François—, de que la chalupa no se ha desviado de la dirección norte?

—Posible es que nos hayamos equivocado en el camino —declaró el contraamaestre—. Así es que, a mi juicio, y aunque tengamos que permanecer toda la

noche en este sitio, debemos esperar a que se aclare el horizonte.

Tal vez éste era el mejor partido. Por poco cerca que la chalupa estuviera del litoral, no corría el riesgo de zozobrar entre los arrecifes que sin duda lo limitaban. Todos prestaron oído para ver si a él llegaba el ruido de la resaca, pues ser arrojados contra la costa hubiera sido la mayor desgracia... Pero nada se percibía de esos largos y sordos rugidos del mar cuando éste choca contra las rocas o se extiende por la playa.

Convenía, pues, proceder con extrema cautela, y atento a ella, a las cinco, el contramaestre mandó recoger el trinquete, quedando el foque para ayudar a la acción del timón.

Nada más prudente, en efecto, que moderar la velocidad de la chalupa mientras la situación no pudiera determinarse con exactitud, y esto no sucedería hasta que se viera tierra.

Verdad es que llegada la noche, y en medio de una oscuridad profunda, se corría gran peligro aventurándose en las proximidades de una costa. A falta del viento, las contracorrientes constituían seria amenaza. Un navío hubiera buscado la seguridad en alta mar, pero esto no es tan fácil tratándose de una chalupa. Bordear contra el viento sur que aumentaba hubiese sido, aparte de la ruda fatiga que esto significaba, exponerse a alejarse demasiado.

La barca quedó, pues, bajo el foque, andando poco, y la proa al norte.

Al fin toda duda desvaneciéndose cuando, a las seis de la tarde, el sol mostróse un instante antes de desaparecer.

El 21 de septiembre su disco desaparecía por oeste, y el 13 de octubre, veintitrés días después del equinoccio, se ponía un poco más arriba del hemisferio meridional. En aquel momento la bruma se había disipado por aquel lado, y Fritz pudo verlo acercarse al horizonte. Diez minutos después el disco llegaba a la línea del cielo y del agua.

—¡Allí está el norte! —dijo Fritz indicando un punto situado más a la izquierda que aquel al que la chalupa se había dirigido.

Casi en seguida le respondió un grito... que todos lanzaron a la vez.

—¡Tierra! ¡Tierra!

La bruma se había desvanecido y el litoral se dibujaba a media legua de distancia. Dominada por un acantilado bastante elevado, era imposible reconocer si se prolongaba hacia el este o hacia el oeste.

El contramaestre puso la proa hacia ella. El trinquete, izado de nuevo, se infló bajo los últimos soplos del viento.

Media hora después la chalupa arribaba a una playa arenosa y fue amarrada tras una roca, al abrigo de la resaca.

XXI

EN TIERRA - CONVERSACIÓN DE FRITZ Y DEL
CONTRAMAESTRE - NOCHE TRANQUILA - ASPECTO DE
LA COSTA - IMPRESIÓN DESCONSOLADORA -
EXCURSIÓN - LAS CAVERNAS - EL ARROYO - EL
PROMONTORIO - INSTALACIÓN.

Aquellos abandonados estaban, al fin, en tierra. Durante la difícil y peligrosa navegación ninguno de ellos había sucumbido a la fatiga ni a las privaciones, por lo que era preciso dar gracias al cielo. Únicamente el capitán Gould sufría cruelmente, devorado por la fiebre; pero no obstante su estado de desfallecimiento, su vida no parecía en peligro, y tal vez algunos días de reposo bastarían para restablecerle.

Ahora que Fritz y sus compañeros estaban en tierra, y que no se encontraban a merced de las tempestades, y que no iban a la aventura, se presentaba esta cuestión: ¿en qué tierra habían desembarcado?

Fuese la que fuese... ¡ah! no era la Nueva Suiza, donde sin la rebelión de Robert Borupt y de la tripulación, el *Flag* hubiera llegado en el plazo indicado. ¿Qué ofrecía aquella ribera desconocida en lugar del bienestar de Felsenheim?

No era oportuno momento para abismarse en razonamientos e hipótesis de este género. La noche, bastante oscura, no permitía distinguir nada, a excepción de la playa, limitada al fondo por una alta quebrada y lateralmente por las rocas. Se decidió permanecer a bordo hasta el siguiente día al amanecer. Fritz y el contramaestre quedaron vigilando hasta entonces. Era posible que la costa fuese frecuentada por indígenas, e importaba proceder con cautela. Fuese aquél o no el continente australiano, o isla del Pacífico, la prudencia mandaba estar alerta, y en caso de agresión podría huirse a alta mar.

Jenny, Doll y Suzan ocuparon su puesto cerca del capitán Gould, sabedor éste de que la chalupa había arribado a tierra. François y James se tendieron sobre los bancos, prestos a levantarse a la primera voz del contramaestre. Pero, excesivamente fatigados, no tardaron en dormirse.

Fritz y John Block se sentaron en la popa y hablaron en voz baja.

—Henos ya en el puerto, *monsieur* Fritz —dijo el contramaestre—, y yo sabía que al fin llegaríamos a él... Para hablar con propiedad, si el punto en que estamos no es un puerto, es siempre mejor que haber anclado entre las rocas... Nuestra embarcación está segura para toda la noche. Mañana veremos...

—Envidio vuestra resignación, Block —respondió Fritz—. Estos parajes no me inspiran confianza, y nuestra situación está lejos de ser tranquilizadora, junto a una costa de la que ni el yacimiento conocemos.

—Esta costa es una costa, *monsieur* Fritz. Tiene ensenadas, playas y rocas... Es de la misma condición que otras, y supongo que no se va a hundir bajo nuestros pies... Respecto a la cuestión de abandonarla o instalarse en ella, más tarde lo resolveremos.

—En todo caso, Block, espero que no nos veremos obligados a darnos a la mar antes de que un poco de descanso proporcione algún alivio a nuestro capitán. Si el lugar está desierto, si nos ofrece recursos, si no estamos expuestos a caer en manos de los indígenas, preciso será permanecer aquí algún tiempo.

—Desierto está ahora —respondió el contramaestre— y, a mi juicio, mejor es así.

—Lo mismo creo, y pienso también que la pesca y la caza nos permitirán reponer nuestras provisiones.

—Es cierto, *monsieur* Fritz. Además, si la caza se reduce aquí a esas aves marinas, que no son comestibles, la de los bosques y llanuras del interior completará la pesca... Verdad que sin fusiles...

—¡Esos miserables no nos han dejado ni un arma de fuego!

—Han hecho bien... en su interés, claro está —respondió el contramaestre—. Antes de desamarrar yo no hubiera resistido al deseo de romper la cabeza a ese miserable Borupt..., a ese traidor...

—¡También fueron traidores sus cómplices!

—Traición que pagarán un día u otro —dijo Block.

—¿Habéis oído, contramaestre? —preguntó Fritz prestando atención.

—No... Ese ruido es el del mar a lo largo de la playa. Hasta aquí nada hay de sospechoso, y aunque la oscuridad es profunda, tengo buenos ojos...

—No los cerréis ni un momento, Block, y estemos dispuestos a todo.

—La amarra está preparada para largar —respondió el contramaestre—. En caso de necesidad no hay más que tomar los remos, y de un golpe de bichero yo me encargo de enviar la chalupa a veinte pies de las rocas.

Sin embargo, varias veces Fritz y el contramaestre se pusieron alerta. Parecía oírse una especie de rastreo sobre la arena de la playa; pero realmente la cosa no era para producir formal alarma.

Profunda calma reinaba en los alrededores. El viento había caído, la mar también. Solamente, al pie de las rocas, se dejaba oír el ligero ruido de la resaca. Apenas si algunos pájaros pasaban volando en busca de las rocas. Nada turbó la primera noche pasada en aquel litoral.

Al día siguiente, desde el alba, todos estaban en pie... ¡Qué angustia experimentaron al observar la costa donde habían encontrado refugio!

La víspera, y cuando se encontraban a media legua de ella, Fritz la pudo reconocer en parte. Vista a aquella distancia, se desarrollaba en una extensión de cuatro a cinco leguas entre el este y el oeste. Ahora, desde el promontorio al pie en el que la chalupa estaba, no se veía más que una quinta parte, comprendida entre dos ángulos, más allá de los cuales se extendía el mar, claro a la derecha, sombrío aún a la izquierda. La playa, de ochocientas a novecientas toesas de anchura, se encuadraba lateralmente en altos contrafuertes, y una quebrada de negras paredes la cerraba por otras en toda su extensión.

Esta quebrada medía de ochocientos a novecientos pies de altura sobre la playa, que subía en acentuada pendiente. ¿Aumentaría más allá su elevación? Para resolver este punto sería preciso llegar hasta la cumbre, a lo largo de los contrafuertes, uno de los cuales, el de la parte este, presentaba perfiles menos escarpados. Sin embargo, aun por este lado la ascensión sería muy difícil, por no decir, imposible.

Lo que el capitán Gould y sus compañeros sintieron primero fue gran desaliento ante el aspecto salvaje y desolado de aquel tapiz de arena, del que aquí y allí surgían moles rocosas. Ni un árbol, ni un arbusto, ni señal de vegetación por ninguna parte. La aridez en toda su tristeza y en todo su horror. Como únicas plantas, delgados líquenes, esos productos rudimentarios de la naturaleza, sin raíces ni tallos, sin hojas ni flores, semejantes a placas aplicadas sobre las rocas y con matices que varían desde el amarillo débil al rojo vivo. Aquí y allá viscosos musgos, debidos a la humedad traída por los vientos del sur. En las hendeduras de la quebrada ni una brizna de hierba, ni en sus graníticas paredes una planta, que, por mezquina que sea, necesita del humus para prosperar... ¿Debía de esto deducirse que también en la parte superior faltase tierra vegetal? ¿Había tocado la chalupa en uno de esos áridos islotes que carecen de denominación geográfica?

—El sitio no es muy alegre —murmuró el contraamaestre al oído de Fritz.

—¿Hubiéramos sido más favorecidos dirigiéndonos al este o al oeste?

—Tal vez —respondió John Block—, pero, por lo menos, aquí no encontraremos salvajes.

Efectivamente, ninguna criatura hubiera podido vivir en la estéril costa.

Jenny, François y Doll, James y su mujer, sentados en los bancos, paseaban sus miradas por aquel litoral, tan distinto a las verdes riberas de la Tierra Prometida, a la desembocadura del arroyo de los Chacales, a la bahía del Salvamento y al litoral de Falkenhorst. Hasta el islote de la Roca Humeante, de tan triste aspecto, ¿no había ofrecido a Jenny Montrose sus productos naturales, el agua corriente de su río y la caza de sus bosques? Aquí nada más que piedra y arena, un banco de conchas que se dibujaba a la izquierda y plantas marinas al límite del mar... En fin, una tierra de desolación.

El reino animal se reducía a algunas aves marinas, gaviotas, golondrinas y

cercetas, a las que la presencia del hombre turbaba en su soledad y que lanzaban ensordecedores gritos. Más arriba, a través del espacio, pasaban con gran vuelo alciones y albatros.

—Vamos —dijo entonces el contraamaestre—. Aunque esta playa no valga lo que las de la Nueva Suiza, no es esto razón para no desembarcar en ella.

—¡A tierra! —respondió Fritz—. Espero que encontraremos refugio al pie del acantilado.

—Sí... Desembarquemos —dijo Jenny.

—Querida esposa —dijo Fritz—, yo te aconsejo que permanezcas a bordo con *mistress* Wolston y su hermana durante nuestra excursión. No hay apariencia de peligro, y nada debéis temer.

—Además —añadió el contraamaestre—, es probable que no nos perdáis de vista.

Fritz saltó a la arena seguido de sus compañeros, después que Doll hubo dicho con tono jovial:

—Procurad, François, traemos algo para el almuerzo... Contamos con vos.

—Más debéis contar con vosotras —respondió François—. Tended las redes al pie de las rocas. ¡Tenéis tanta paciencia y tanta destreza...!

—Sí. Lo mejor es que no desembarquemos —dijo *mistress* Wolston—. Durante vuestra ausencia, Jenny, Doll y yo haremos lo que podamos.

—Lo esencial —dijo Fritz— es conservar lo poco que quede de galleta para el caso de que nos veamos en la necesidad de darnos de nuevo a la mar.

—Vamos, *madame* Zermatt —exclamó John Block—. Preparad el hornillo. No somos gente que nos contentamos con una sopa de líquenes o con guijarros pasados por agua, y os prometemos un plato fuerte.

El tiempo era bastante bueno. Algunos rayos de sol se filtraban a través de las nubes del este.

Fritz, François, James y el contraamaestre siguieron la orilla de la playa por la arena, aún húmeda por la marea.

A más altura, unos diez pies, se desarrollaba el zigzag de plantas colocadas a lo largo de la ribera, cuya pendiente era bastante pronunciada. Estas plantas pertenecían a la familia de los helechos, mezclados con laminarias rojizas, festoneadas en sus extremos, y también con fucos filiformes, con sus racimos, cuyos gruesos granos reventaban al ser pisados.

Estos fucos contienen algo de sustancia nutritiva. Así es que John Block exclamó:

—Cuando no hay otra cosa, esto se come. En mi país, en los puertos de Irlanda, se hace compota con ellos.

Después de andar trescientos o cuatrocientos pasos en aquella dirección, Fritz y sus compañeros llegaron al pie del contrafuerte del oeste. Formado de enormes bloques de superficie lisa tallados a pico, se hundía en las aguas claras, apenas

turbadas por una ligera resaca, que dejaban ver su base de siete a ocho toesas de profundidad.

Era imposible subir a lo alto de aquel contrafuerte, que se erguía verticalmente; lamentable circunstancia, pues sería preciso subir a la cúspide del acantilado a fin de ver si en la parte superior se presentaban terrenos menos áridos. Aparte de esto, se advirtió que no se podría dar la vuelta al contrafuerte sin emplear la chalupa.

Lo más urgente en aquel momento era buscar a lo largo de la parte baja del acantilado alguna fragosidad que pudiera servir de abrigo durante la estancia en la costa.

Todos subieron, pues, hacia el fondo de la playa. En este momento, numerosas bandadas de pájaros huyeron a alta mar para no volver hasta que la noche cayera.

Llegados al ángulo del acantilado, Fritz, François, James y el conrmaestre encontraron espesas capas de helechos en completo estado de sequedad. Como los últimos espacios libres de la marea se dibujaban a más de cien toesas más abajo, aquellos vegetales, dado el declive de la playa, debían de haber sido llevados a aquel sitio, no por las olas, sino por los vientos del sur, de gran violencia en aquellos parajes.

—A falta de leña —dijo Fritz—, y si nos viéramos obligados a invernar aquí, estos helechos nos servirían por largo tiempo como combustible.

—¡Un combustible que arde pronto! —añadió el conrmaestre—. En fin, ya tenemos con qué hacer hervir hoy la olla. No falta más que meter algo dentro.

—Busquemos —respondió François.

El acantilado estaba formado de estratos irregulares, cuyas líneas transversales se dibujaban oblicuamente hacia el este. Fue fácil reconocer la naturaleza cristalina de estas rocas, donde se mezclaban el feldespato y el gneis, enorme masa granítica de origen plutónico, y, como tal, de extraordinaria dureza.

Esta disposición no recordaba en nada a Fritz y a François los límites de su isla, desde la bahía del Salvamento hasta el cabo de la Esperanza Perdida, donde sólo había mineral calizo, fácil de arrancar con el martillo o el pico. Así había sido formada la gruta de Felsenheim. En pleno granito, tal trabajo hubiera sido imposible.

Afortunadamente, no había para qué emprenderlo, pues a unos cien pasos del contrafuerte, tras el montón de helechos, abríanse varios orificios. Semejantes a celdillas de inmensa colmena, tal vez daban acceso al interior del macizo.

En efecto: no una, sino varias hendeduras se presentaban en la base. Si las unas no ofrecían más que espacio reducidísimo, las otras eran profundas, aunque oscuras y obstruidas por los helechos. Pero probablemente en la parte opuesta, menos expuesta a los vientos de alta mar, se abriría alguna caverna, donde se podría transportar el material de la chalupa.

Buscando el sitio más próximo al anclaje, Fritz y sus compañeros se dirigieron al

contrafuerte del este. Tal vez menos infranqueable que el otro, por efecto de la prolongación del perfil inferior, se podría contornear. Si se cortaba verticalmente en su parte superior, oblicuaba en el medio para terminar en punta por la parte del mar.

La investigación produjo resultado. Precisamente en el ángulo formado por el contrafuerte se abría una caverna de fácil acceso.

Al abrigo de los vientos del este, del norte y del sur, su orientación le impedía ser combatida más que por los del oeste, poco frecuentes en estos parajes.

Fritz, François, James y John Block penetraron en el interior de aquella cavidad, bastante alumbrada para permitirles verla por entero. De once a doce pies de altura, de unos veinte de ancha y de cincuenta a sesenta de larga, comprendía diversos espacios desiguales que formaban como otras tantas habitaciones separadas en torno de una sala común. Fina arena, sin huella de humedad, se extendía por el suelo. Se entraba franqueando una abertura, que podía ser cerrada con facilidad.

—A fe mía —dijo el contraamaestre—, que cosa mejor no podíamos hallar.

—Soy de la misma opinión —respondió Fritz—. Sin embargo, me inquieta que esta playa sea tan árida, y es de temer que en la parte superior suceda otro tanto.

—Comencemos por tomar posesión de la caverna... y ya veremos después.

—No es nuestra casa de Felsenheim —dijo François—, y no veo ni un arroyo de agua dulce que pueda reemplazar al arroyo de los Chacales.

—Paciencia, paciencia —respondió el contraamaestre—. Acabaremos por encontrar alguna fuente en medio de las rocas o algún río que caiga por el acantilado.

—Sea lo que sea —declaró Fritz—, no hay que pensar en establecerse en esta costa. Si no logramos pasar la base de los contrafuertes, iremos a reconocerla más lejos con nuestra chalupa; y en el caso de que se trate de un islote, no permaneceremos aquí más tiempo que el preciso para que el capitán Gould se restablezca... Creo que con quince días bastará...

—En fin, casa ya tenemos —añadió John Block—. Y jardín... ¿quién nos dice que no está cerca de aquí, al otro lado del promontorio?

Después todos descendieron a través de la playa, en forma de dar la vuelta por el contrafuerte.

Desde el ángulo en que se abría la caverna hasta el límite de las primeras rocas que el mar bañaba en su marea media, había una distancia de cien toesas. Por esta parte, no había plantas marinas. Pesadas masas, que parecían haber caído de la cúspide del acantilado, formaban el promontorio. Cerca de la gruta no hubiese sido posible franquearlo, pero en la proximidad al sitio donde estaba la chalupa se inclinaba lo bastante para dar paso a los peatones.

No fue preciso llegar a su extremidad. La atención del contraamaestre no tardó en ser atraída por un ruido de agua corriente.

Efectivamente: a cien pasos de la gruta un arroyo murmuraba entre las rocas y se

extendía en hilos líquidos.

Un montón de piedras permitió subir hasta el cauce del arroyo, alimentado por una cascada que caía de la cúspide e iba a perderse en el mar.

—¡Aquí está, aquí está el agua dulce! —exclamó John Block después de haber bebido en el arroyo.

—¡Fresca y clara! —afirmó François imitando al contramaestre.

—Y ¿por qué no han de existir vegetales en la parte alta? —dijo John Block.

—Este arroyo —dijo Fritz— será, sin duda, torrente en la estación de las lluvias, y en la época de los grandes calores se quedará seco.

—Que continúe corriendo algunos días —observó juiciosamente el contramaestre—, y nada más le pedimos.

Fritz y sus compañeros disponían al presente de una caverna, donde la instalación sería fácil, y de un arroyo que permitiría llenar de agua dulce los barriles de la chalupa. La cuestión que ahora se presentaba era la de procurarse alimento con los productos de la tierra.

La solución no fue favorable para los exploradores. Después de atravesar el arroyo experimentaron una nueva y profunda decepción.

Más allá del promontorio había una ensenada de unos tres cuartos de legua; bordeada por una playa arenosa, limitada en la parte de atrás por el acantilado. En su punta extrema se erguía un cabezo cortado a pico, cuya base se hundía en el mar. Esta playa presentaba la misma aridez que la otra. El reino vegetal reducíase allí a algunos líquenes y plantas marinas arrastradas por las olas. ¿La chalupa había, pues, tocado en un islote inhabitable?

Había motivo para creerlo y temerlo.

Pareció inútil llevar la excursión hasta el cabezo que limitaba la ensenada. Así es que todos se disponían a volver a la chalupa cuando James, extendiendo la mano hacia la playa, exclamó:

—¿Qué es aquello que hay en la arena? Mirad... Esos puntos que se mueven... Parecen ratas...

Así parecía, en efecto, a aquella distancia.

—¿Ratas? —respondió François—. La rata es caza cuando pertenece al género *Ondatras*. ¿Te acuerdas, Fritz, de las que matamos por centenares cuando nuestra expedición en busca de la boa?

—Me acuerdo, François —respondió Fritz—, y me acuerdo también de que nos pareció poco agradable esa carne que sabe a cieno.

—¡Bien! —declaró el contramaestre—. Convenientemente preparados esos bichos, son comestibles. Además, no hay que discutir... Esos puntos negros no son ratas...

—Y ¿qué creéis que son? —preguntó Fritz.

—Tortugas.

—Puede que no os engañéis, contraamaestre.

Y no se engañaba. Era, efectivamente, una bandada de tortugas que se arrastraba por la arena.

Mientras Fritz y James quedaban en observación sobre el promontorio, John Block y François se deslizaron por el otro lado de las rocas a fin de cortar el camino a los quelonios.

Estas tortugas, de pequeño tamaño, doce o quince pulgadas, de larga cola, pertenecían a la especie que se alimenta principalmente de insectos. Habría unas cincuenta, en marcha, no hacia el mar, sino hacia la desembocadura del arroyo, donde colgaban algunos viscosos líquenes abandonados por la marea descendente.

En aquella parte el suelo estaba abultado de ligeras tumescencias, cuya causa reconoció en seguida François.

—Debajo hay huevos de tortuga —dijo.

—Pues bien, desenterrad los huevos —respondió John Block—, que yo me encargo de amarrar los pollos. Seguramente esto será mejor que los guijarros pasados por agua, y si la joven Doll no está contenta...

—Los huevos serán bien recibidos, no lo dudéis, Block —afirmó el otro.

—Y también las tortugas, excelentes bichos para hacer una sopa.

Instantes después, el contraamaestre y François habían puesto boca arriba unas veinte tortugas, que se verían obligadas a esperar en esta posición tan desagradable, sobre todo para los quelonios.

Después, cargados con media docena de ellas y una de huevos, se dirigieron hacia la chalupa.

El capitán Gould prestó la más viva atención al relato que le hizo John Block.

Desde que no experimentaba las sacudidas del mar, la herida le hacía sufrir menos; la fiebre mostraba tendencia a disminuir, y seguramente el reposo durante una semana bastaría para devolverle las fuerzas. Sabido es que, no siendo muy graves las heridas en la cabeza, curan fácilmente y en breve tiempo. La bala, en esta ocasión, no había tocado más que la parte lateral del cráneo, después de desgarrar la mejilla, aunque faltó poco para que llegase a la sien. Debía, pues, esperarse notable mejoría en el estado del herido, gracias al reposo y a los cuidados que no habían de faltarle.

Harry Gould supo, no sin viva satisfacción, que las tortugas frecuentaban aquella bahía, a la que por tal motivo se dio el nombre de bahía de las Tortugas. Era un alimento sano y abundante, aunque fuese por largo tiempo, pues no sería difícil conservar en sal bastante cantidad de ellas y cargarlas en la chalupa cuando llegase el momento de darse de nuevo a la mar.

Porque, respecto a este último punto, preciso sería resolverse a buscar hacia el norte tierra más hospitalaria, si la parte superior del acantilado no presentaba mayor

fertilidad que la bahía de las Tortugas, y si en ella no había ni bosques ni planicies, resultando, por consiguiente, que los pasajeros del *Flag* habían encontrado refugio en un montón de rocas.

—Y bien, Dolí, y vos también, Jenny —preguntó François cuando estuvo de vuelta—, ¿estáis satisfechas? ¿Ha dado buen resultado la pesca?

—Algo —respondió Jenny mostrando varios peces.

—Pero tenemos algo mejor que ofrecer —añadió Doll alegremente.

—¿Qué? —preguntó Fritz.

—Almejas, que abundan al pie del promontorio —respondió la joven—. Ved las que cuecen ya en la olla...

—Mi enhorabuena en espera de la vuestra —dijo François—, pues nosotros no volvemos con las manos vacías... He aquí algunos huevos.

—¿De gallina? —exclamó Bob.

—No... de tortuga —respondió François.

—¿Tortugas...? ¿Habéis encontrado tortugas? —preguntó Dolí.

—Toda una compañía —añadió el contraмаestre—, y quedan de sobra para el tiempo que permanezcamos en esta bahía.

—Mi opinión —dijo aquí el capitán Gould— es que antes de abandonarla debemos hacer un reconocimiento en la costa o subir a la cúspide del acantilado.

—Lo procuraremos, mi capitán —respondió John Block—; pero no hay que darse gran prisa, puesto que es posible vivir aquí sin tocar lo que resta de galleta.

—Así lo creo, Block.

—Lo que deseamos —añadió Fritz— es que con el descanso recuperéis la salud y que vuestra herida sane... Pasar una o dos semanas en este sitio es poca cosa. Cuando estéis repuesto veréis por vos mismo las cosas y decidiréis lo que más convenga.

Durante la mañana se procedió al desembarco de los objetos que la chalupa contenía: el saco de galleta, los barriles, el combustible, los diversos utensilios y las ropas, y todo fue transportado a la caverna. El hornillo, instalado en el ángulo del contrafuerte, serviría para cocinar la sopa de tortuga.

En brazos de Fritz y del contraмаestre fue transportado a la gruta el capitán Gould; en ella le esperaba una cama de hierba seca preparada por Jenny y Dolí, y sobre ella pudo el valiente marino dormir algunas horas.

XXII

LA INSTALACIÓN - PRIMERA NOCHE EN LA COSTA -
FRITZ Y JENNY - MEJORÍA EN EL ESTADO DEL CAPITÁN
GOULD - DISCUSIONES - ASCENSIÓN AL ACANTILADO
IMPOSIBLE - LA NOCHE DEL 26 AL 27 DE OCTUBRE.

Difícil hubiera sido encontrar para instalarse cosa mejor que aquella caverna, pues, por la forma de su interior, cada cual podía vivir con independencia. Poco importaba que durante el día la caverna quedase en una semioscuridad, pues, a no ser que hiciese mal tiempo, no sería ocupada más que por la noche. Desde el amanecer Harry Gould se haría transportar fuera a fin de respirar el aire puro y vivificante mezclado con los rayos del sol.

Dentro, Jenny se acomodó con su marido en una de las fragosidades laterales; James Wolston, su mujer y el pequeño Bob tomaron posesión de otro compartimiento natural más grande, y François se contentaría con un rincón en la sala común en compañía de Harry Gould y del contraamaestre.

Sitio no faltaba en aquella excavación natural, que aún no era conocida en toda su profundidad.

El resto del día fue consagrado al reposo. Tras las múltiples emociones de la última semana, los pasajeros de la chalupa tenían que reponerse de pruebas tan animosamente soportadas. Después, convenía acostumbrarse a la nueva situación. Realmente, la resolución de pasar quince días en el fondo de aquella bahía, donde la existencia material parecía asegurada por algún tiempo, era acto de prudencia. Aun cuando el estado del capitán no lo hubiera exigido, John Block no hubiera aconsejado una partida inmediata. Ahora era preciso pensar en lo presente; más tarde se pensaría en lo por venir.

Y, sin embargo, ¿qué eventualidades reservaba éste, si aquella tierra no era más que un islote perdido en el océano Pacífico, si era menester abandonarlo, si había que hacer frente en una débil embarcación a las frecuentes tormentas de aquellos parajes! ¿Cuál sería el desenlace de esta nueva tentativa?

Por la noche, después de una segunda comida, compuesta de sopa, carne y huevos de tortuga, François dirigió al cielo la plegaria de costumbre, y todos penetraron en la caverna. El capitán, gracias a los cuidados de Jenny y de Dolí, estaba mejor y ya no tenía fiebre. Su herida, que tendía a la cicatrización, le hacía sufrir menos, y había motivo para esperar que pronto entraría en un período de franca curación.

No fue necesario vigilar durante la noche. En aquella playa desierta nada había

que temer de los salvajes ni de las fieras. Ningún ser humano había, sin duda, visitado aquellas tristes soledades. Únicamente el grito rudo y melancólico de las aves marinas, que regresaban a las cavidades del acantilado, turbaba el silencio. Después el viento cayó poco a poco, y ningún soplo atravesó el espacio hasta el amanecer.

Los hombres salieron al alba. John Block bajó por la playa y se dirigió hacia la chalupa. En aquel momento flotaba, pero la marea descendente no tardaría en dejarla en seco sobre la arena. Sujeta por dos amarras, no había chocado contra las rocas, ni aun en lo más fuerte de la marea, y mientras el viento viniera del este, no corría riesgo alguno. En el caso de que el viento soprase del sur, se buscaría otro sitio de anclaje. Por lo demás, el tiempo, al parecer, no había de cambiar y se estaba en la buena estación.

A su regreso, el contraamaestre fue al encuentro de Fritz y le habló de este asunto.

—Hay que pensar en ello —le dijo—. Nuestra embarcación ante todo. Una gruta bien cerrada vale mucho, pero no se navega a bordo de una gruta, y cuando llegue el momento de partir... si es que llega... importa mucho que no haya imposibilidad de hacerlo.

—Comprendido, Block —respondió Fritz—, y tomaremos las precauciones necesarias para que nuestra chalupa no sufra averías... ¿Habrà mejor sitio para ella al otro lado del promontorio?

—Veremos, *monsieur* Fritz; y como todo va bien por este lado, voy al otro a cazar tortugas... ¿Me acompañáis?

—No, Block, id solo. Yo vuelvo junto al capitán. Esta noche de reposo ha debido calmar su fiebre. Cuando se despierte querrá hablar de la situación, y deseo estar allí para ponerle al corriente de todo.

—Tenéis razón, y repetidle que por el momento no hay nada que temer.

El contraamaestre ganó la extremidad del promontorio, saltó de roca en roca, descendió a la ensenada y se dirigió hacia el sitio en que la víspera François y él habían encontrado las tortugas.

Fritz volvió hacia la caverna, junto a la cual François y James se ocupaban en llevar brazadas de hierba seca. *Mistress* Wolston vestía al pequeño Bob. Jenny y Doll estaban aún junto al capitán. En el ángulo del promontorio, y sobre el hornillo, la olla comenzaba a hervir, y un vapor blanco se escapaba de ella.

Cuando Fritz hubo terminado su conversación con Harry Gould, Jenny y él bajaron a la playa. Después de andar por ella unos cincuenta pasos, se volvieron hacia el acantilado, que les encerraba como los muros de una cárcel.

Y entonces Fritz, con voz conmovida, dijo:

—Querida Jenny, preciso es que yo deje desbordar mi corazón, pues está lleno de cuanto ha pasado desde el día que tuve la dicha de recogerte en la Roca Humeante. Nos veo en el kayak, en la bahía de las Perlas-Viene luego el encuentro en la pinaza y

el regreso de la familia a Felsenheim. Dos años dichosos transcurren contigo... Nuestra vida es alegre y nada turba su tranquilidad. Estábamos tan acostumbrados a vivir en aquellas condiciones, que parecía que el mundo no existía fuera de nuestra isla... Y a no ser por el recuerdo de tu padre, querida Jenny, tal vez no hubiéramos partido a bordo de la *Licorne*; tal vez nunca hubiéramos abandonado la Nueva Suiza...

—¿Dónde vas a parar, querido Fritz? —preguntó Jenny, que en vano procuraba ocultar su emoción.

—A decirte cuán oprimido está mi corazón desde que la mala suerte se ha declarado contra nosotros... Sí... Tengo el remordimiento de haberte expuesto a participarla conmigo.

—¡No temas a la mala suerte! —respondió Jenny—. ¡Un hombre de tu valor, de tu energía, no debe abandonarse a la desesperación!

—Deja que acabe lo que deseaba decirte... La *Licorne* apareció un día en la Nueva Suiza... Partió luego y nos condujo a Europa... Desde entonces la desgracia no ha dejado de perseguirte... El coronel Montrose había muerto sin haber visto a su hija...

—¡Pobre padre mío! —dijo Jenny, dando libre curso a su dolor—. Sí... La alegría de estrecharme en sus brazos y de recompensar a mi salvador bendiciendo nuestra unión, le fue negada... Dios no lo quiso, Fritz... Preciso es someterse a su voluntad.

—Pues bien, querida Jenny —respondió Fritz—. Estabas de regreso en Inglaterra... Habías vuelto a ver tu país. Podías permanecer en él junto a una parienta que te quería, y encontrar la tranquilidad... la dicha.

—¿La dicha sin ti, Fritz?

—Y entonces no hubieras corrido nuevos peligros tras aquellos de los que por milagro habías escapado... Y, no obstante, has consentido en seguirme para volver a nuestra isla...

—¿Olvidas, Fritz, que era tu mujer? ¿Hubiera yo podido dudar en abandonar Europa para volver a ver a los que amo, a tu familia, Fritz, que ahora es la única que tengo?

—Jenny... Jenny... Lo cierto es que yo te he arrastrado a nuevos peligros, tales que no puedo pensar en ellos sin espanto... ¡Sí!... espanto en las condiciones en que estamos... Y, sin embargo, tú habías ya sufrido grandes pruebas... ¡Ah...! ¡Esos miserables que han sido la causa de todo...! ¡Qué nos han abandonado...! ¡Tú, víctima ya del naufragio de la *Dorcas*, estás ahora en tierra desconocida, más inhabitable que tu islote de la Roca Humeante!

—Pero no estoy sola... ¡Estoy con mi esposo, con tu hermano, con mis amigos, con hombres resueltos, y no tiemblo ni ante los peligros presentes, ni ante los que han de venir! Yo sé que tú lo intentarás todo por la salvación común.

—¡Todo, querida mía! —exclamó Fritz—. Pero aunque el pensamiento de que tú estás aquí debe redoblar mi valor, este pensamiento me causa tanto daño que me dan deseos de caer a tus pies y pedirte perdón. ¡Es culpa mía, sí...!

—Fritz —respondió la joven estrechándose contra el corazón de su marido—, nadie podría prever las eventualidades que han surgido. Una rebelión a bordo... y las consecuencias de esta rebelión, nuestro abandono en el mar... Vale más no pensar en cosas tan tristes. Podían habernos matado... Podíamos haber sido condenados a permanecer en la chalupa sufriendo los tormentos del hambre y la sed... Podíamos haber perecido en alguna borrasca... Nada de esto ha acontecido... Hemos llegado a tierra, a una tierra que no está desprovista de recursos y que nos ofrece refugio... Si no sabemos qué tierra es, procuraremos reconocerla; y si es preciso abandonarla, la abandonaremos...

—¿Para ir... adonde, mi pobre Jenny?

—Para ir a otra parte, como diría nuestro bravo contramaestre... Para ir adonde Dios quiera conducirnos... Tengo confianza en Él, mi querido Fritz, y en todos mis compañeros también...

—¡Ah, querida esposa! —exclamó Fritz—. Tus palabras me han devuelto el valor... ¡Pero yo tenía necesidad de derramar mi corazón en el tuyo...! ¡Sí! Lucharemos... No cederemos a la desesperación... Pensaremos en las preciosas existencias que nos están confiadas... Les salvaremos... Les salvaremos... con la ayuda de Dios...

—¡Cuya bondad nunca se invoca en vano! —dijo François que acababa de oír las últimas palabras pronunciadas por su hermano—. Tengamos confianza en Él, y nunca nos abandonará...

Había Jenny respondido a su esposo con tanta confianza, que Fritz recobró su energía. La situación podría ser dominada a fuerza de valor y sacrificios. Sus compañeros estaban, como él, dispuestos a hacer esfuerzos sobrehumanos en pro de la común salvación.

A las diez, como el tiempo era bueno, el capitán Gould fue a tenderse al sol, a la extremidad del promontorio. El contramaestre volvía entonces de la excursión que le había llevado en torno de la ensenada hasta el pie del cerro del este. Ir más allá era imposible. Aun con la marea baja se hubiera en vano intentado dar la vuelta a la enorme masa, azotada con violenta resaca.

John Block se había reunido con James en la ensenada, y ambos traían tortugas y huevos. Estos quelonios se contaban por centenares en la playa. En previsión de un próximo embarco se podría hacer provisión abundante de esta carne, que aseguraba la alimentación de los pasajeros.

Después de almorzar, la conversación pasó de unos a otros asuntos, mientras que Jenny, Doll y Suzan se ocupaban en lavar las ropas en el agua del arroyo. Por lo

elevado de la temperatura, poniéndola al sol, la ropa se secaría pronto. Después se procedería al repaso de los vestidos, a fin de que todos nuestros amigos estuvieran en disposición de embarcar el día en que se resolviera partir.

¿Cuál era el sitio que ocupaba aquella tierra? ¿Era posible saberlo sin aparatos, con diferencia de algunos grados, fundándose en la altura meridiana del sol? Esta observación dejaría muchas dudas. No obstante, aquel mismo día pareció confirmarse la opinión, ya emitida por el capitán Gould, de que dicha tierra debía de estar situada entre los paralelos treinta y cuarenta. Pero no había modo de determinar qué meridiano la atravesaba de norte a sur, por más que el *Flag* debió de entrar en la parte occidental del Pacífico.

Volvió a tratarse de llegar a la parte superior del acantilado. Mientras el capitán entraba en la convalecencia de su enfermedad, ¿no era menester saber si la chalupa había arribado a un continente, a una isla o a un islote? Desde una altura de setecientos a ochocientos pies, ¿no se distinguiría alguna otra tierra a algunas leguas de distancia? Fritz, François y el contraмаestre estaban decididos a llegar a la cúspide.

Transcurrieron varios días sin que la situación cambiase. Todos comprendían la necesidad de salir de ella por algún medio, no sin el temor de que empeorase. El tiempo continuaba bueno. El calor era fuerte, pero no había tormentas.

Varias veces John Block, Fritz y François habían recorrido la bahía del oeste, desde el contrafuerte hasta el cerro. En vano habían buscado una garganta, una pendiente menos escueta, que permitiera subir a la cresta del acantilado. Éste se alzaba como un lienzo de muralla.

Entretanto se acercaba el momento en que el capitán estaría completamente curado. Su herida, cicatrizada ya, no estaba cubierta más que por una ligera venda. Después de amenguar gradualmente, los accesos de fiebre habían terminado. Las fuerzas volvían, aunque lentamente. El capitán se paseaba por la playa sin necesidad del apoyo de un brazo ajeno. No cesaba de hablar con Fritz y con el contraмаestre de las probabilidades y azares de una nueva travesía en dirección norte. El día 25 pudo llegar al pie del cerro, y adquirió por sí la certeza de que era imposible rodear su base.

Fritz, que le acompañaba con François y John Block, propuso entonces arrojar al mar, a fin de ganar la parte del litoral que más allá se desarrollaba. Pero, aunque el joven fuera excelente nadador, reinaba tal corriente al pie del cerro, que el capitán impidió que pusiera en práctica su peligroso proyecto... Arrastrado por la corriente, ¿quién sabe si Fritz hubiera podido volver a la costa?

—No —dijo el capitán—. Eso sería una imprudencia inútil. Con la chalupa iremos a reconocer esa parte del litoral, y apartándonos algunos cables podremos observarlo en gran extensión. Temo que, desgraciadamente, ofrezca en todas partes la misma aridez.

—¿De modo que estamos en una especie de islote? —preguntó François.

—Motivo hay para suponerlo —respondió Harry Gould.

—Bueno —dijo Fritz—, pero tal vez este islote no esté solitario... Tal vez se una a algún grupo de islas por el norte, el este, o el oeste.

—¿A qué grupo, mi querido Fritz? —respondió el capitán—. Sí, como todo lo indica, estos parajes pertenecen a Australia o a Nueva Zelanda, no existe ningún grupo en esta parte del océano Pacífico.

—¿De que los mapas no lo indiquen hay que deducir que no exista ninguno? —insistió Fritz—. Tampoco se conocía la Nueva Suiza, y, sin embargo...

—Sin duda —respondió Harry Gould—, y esto depende de que la Nueva Suiza está fuera de las vías marítimas. Muy raramente, casi nunca, los barcos atraviesan la parte del océano Índico donde está situada, mientras que en el sur de Australia los mares son muy frecuentados, y una isla, un grupo de alguna importancia, no hubiera pasado inadvertido a los navegantes.

—Queda todavía la hipótesis —añadió François— de que estemos cerca de la Nueva Holanda.

—Posible es —dijo el capitán—, y no me asombraría que fuese en su extremidad sudoeste, en los alrededores del cabo Lecuwin... En este caso tendríamos que temerle todo de los feroces australianos que la ocupan.

—Preferible es estar sobre un islote donde se tiene la seguridad de no encontrar caníbales —dijo el contramaestre.

—Y esto es lo que probablemente sabríamos —añadió François— si pudiéramos trepar por el acantilado.

—Sí —respondió Fritz—, pero no hay sitio por donde hacerlo.

—¿Ni aun por el promontorio? —preguntó el capitán Gould.

—Hasta la mitad, no sin grandes dificultades, es practicable —respondió Fritz—, pero las paredes superiores son completamente verticales, Sería preciso emplear escalas, y aun así no sé si se podría subir... A través de alguna grieta e izándose con cuerdas, tal vez se podría llegar a la cúspide... Pero no existe ninguna.

—Entonces emplearemos la chalupa para reconocer la costa —dijo Harry Gould.

—Pero no antes de que estéis restablecido por completo, capitán —dijo Fritz.

—Estoy mejor, mi querido Fritz —afirmó el capitán Gould—. ¡Y cómo no con los cuidados de que se me ha rodeado! *mistress* Wolston, vuestra esposa, Dolí... con sólo mirarme me hubieran curado... Así es que dentro de cuarenta y ocho horas, lo más tarde, nos daremos a la mar.

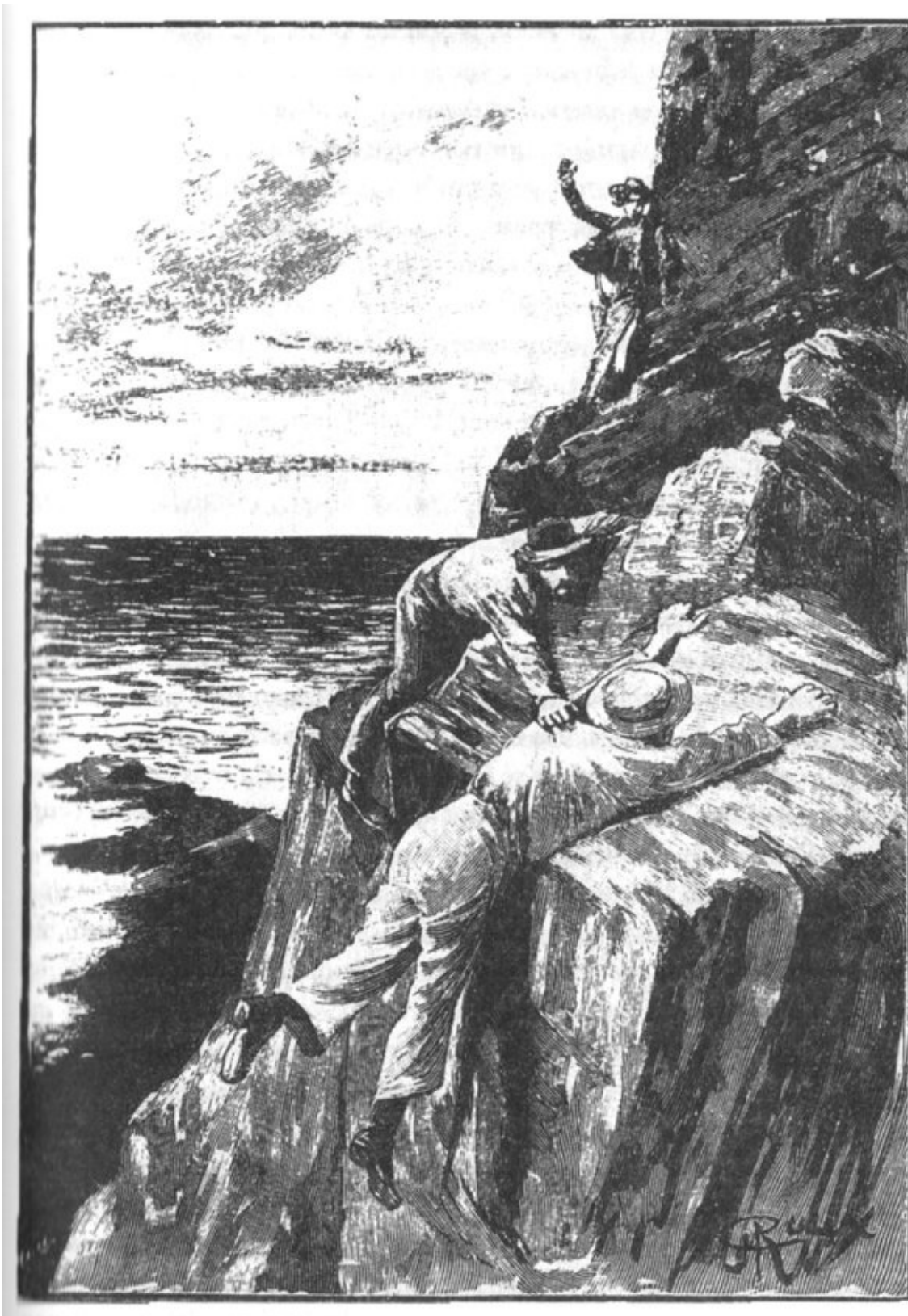
—¿Por el oeste o por el este? —preguntó Fritz.

—Según el viento —respondió el capitán.

—Tengo la idea —añadió el contramaestre— de que esta excursión será provechosa.

Repetimos por última vez que Fritz, François y John Block habían hecho lo imposible por subir al promontorio. Hasta la altura de doscientos pies, aunque la pendiente fuese muy ruda, arrastrándose de roca en roca y desplegando una agilidad de gamuza o de cabra montés se habían izado hasta la tercera parte de su altura. Peligrosa tentativa, en la que el contraamaestre había corrido el riesgo de romperse los huesos. Pero en dicho sitio forzoso les fue detenerse, y resultaron vanos cuantos esfuerzos intentaron para continuar la ascensión. El promontorio terminaba en una pared vertical, que no presentaba más que superficies planas. En ninguna parte un punto de apoyo para el pie, en ninguna parte una arista a la que se pudieran sujetar las amarras de la chalupa. Y quedaban aún de seiscientos a setecientos pies hasta la cúspide del acantilado.

Al volver a la caverna, el capitán Gould hizo conocer la decisión que había sido tomada. Pasados dos días, el 27 de octubre, la embarcación abandonaría su anclaje, siguiendo el litoral. De tratarse de una excursión de algunos días, todos hubieran ocupado su puesto en la chalupa; pero como se trataba de un reconocimiento sumario, lo mejor era que únicamente se encargaran de practicarlo el capitán, Fritz y el contraamaestre. Éstos bastarían para dirigir la embarcación, y no se alejarían hacia el norte más que lo preciso. Si aquel litoral no limitaba más que un islote solitario, de dos o tres leguas de extensión, darían la vuelta y estarían de regreso después de una ausencia de veinticuatro horas.



Cierto que esta separación, por corta que fuese, no dejaría de producir inquietud. James Wolston y su mujer, François, Jenny y Doll no verían sin angustia partir a sus compañeros. ¿Sabíase a qué eventualidades se exponían éstos...? ¡Si eran atacados por los salvajes... sí tardaban en volver... si no volvían...!

Jenny hizo valer estos argumentos con la energía que ponía siempre en todos sus pensamientos y en todos sus actos, pidiendo que no se añadieran a las zozobras que

ya sentían las que nacieran de una ausencia cuya duración pudiera prolongarse. Fritz comprendió estas razones, Harry Gould las aceptó, y, finalmente, se convino en que todos tomarían parte en el reconocimiento proyectado.

Con esta decisión, que a todos satisfizo, John Block se ocupó en poner la chalupa en estado de poder emprender el viaje, no porque exigiese grandes reparaciones, pues había sufrido poco, después de ser abandonada en el mar, pero convenía disponerla para el caso en que hubiera lugar de proseguir la navegación hasta alguna otra tierra vecina.

Así es que el contraмаestre se ingenió para hacerla más cómoda, cerrando el combés de proa a fin de que las pasajeras, por lo menos, estuviesen al abrigo de los rafaes y de las olas.

No había, pues, más que esperar y abastecer la barca en vista de una travesía que tal vez se prolongaría. Además, sí era necesario abandonar definitivamente la bahía de las Tortugas, la prudencia ordenaba hacerlo sin retraso, aprovechando la buena estación, que casi comenzaba en aquellas regiones del hemisferio meridional. ¿Cómo no espantarse al pensamiento de una invernada? Ciertamente, la caverna ofrecía seguro abrigo contra las tempestades del sur, que son terribles en aquellos parajes del Pacífico. El frío se podría afrontar, pues no faltaría combustible, gracias a la enorme cantidad de plantas marinas que había al pie del acantilado... Pero ¿las tortugas no faltarían...? ¿No quedarían reducidos a los productos del mar...? ¿Y dónde poner la chalupa que fuera sitio seguro y al abrigo de las olas, que en la época del invierno deberían llegar hasta el fondo de la playa? ¿Se la podría halar lejos de las más altas mareas...? Harry Gould, Fritz y sus compañeros no tenían más que sus brazas, ni un instrumento, ni una palanca, ni un gato, y la barca era bastante pesada para resistir todos sus esfuerzos.

Felizmente, en aquella época del año no había que temer más que pasajeras tormentas; y además, los quince días pasados en tierra habían vuelto a todos la fuerza moral y física, al mismo tiempo que la confianza.

El 26 por la mañana los preparativos quedaron terminados. Hacia el mediodía, Fritz, no sin alguna inquietud, observó que al sur comenzaban a levantarse algunas nubes. Muy lejanas aún, presentaban un color pálido. Apenas si se movía el viento; sin embargo, la pesada masa se acercaba, y la tempestad, si estallaba, se desataría en la bahía de las Tortugas.

Hasta entonces, las extremas rocas del promontorio habían resguardado la chalupa contra los vientos del este. Ni aun los del oeste hubieran podido llegar a ella, y sujeta sólidamente con sus amarras, habría evitado rudos choques. Pero si las olas desencadenadas se precipitaban de alta mar, ¿le faltaría el refugio dicho y sería destrozada? No había que pensar en buscar otro sitio de anclaje en la parte de atrás del cerro, pues, aun en tiempo tranquilo, el mar chocaba allí con gran violencia.

—¿Qué hacer? —preguntó Fritz al contraмаestre, que no sabía qué responderle.

Quedaba la esperanza de que la tormenta se disípase antes de llegar a la costa. No obstante, prestando oído se percibían rumores lejanos, por más que el viento fuese bastante débil. No había duda que la mar se alborotaba a lo lejos, y algunas rachas intermitentes que le daban un tinte lívido corrían por la superficie.

Harry Gould observó el horizonte.

—¡Estamos amenazados de un mal golpe! —le dijo Fritz.

—Así lo temo —confesó Harry Gould—; ¡y del peor que pudiéramos temer!

—Mi capitán —dijo el contraмаestre—, no es éste momento para estarse mano sobre mano.

—Procuraremos halar la chalupa sobre la arena —añadió Fritz, llamando a James y a su hermano.

—Intentémoslo —respondió Harry Gould—; la marea alta nos ayudará. Entretanto comencemos por aligerar nuestra embarcación cuanto sea posible.

No había otra cosa que intentar, y todos se pusieron al trabajo. Las velas fueron llevadas a la playa y también el mástil. El timón fue desmontado, y los bancos desembarcados y trasladados al interior de la caverna.

Aguantando la marea la chalupa subió unas diez toesas, pero esto no bastaba; era preciso halarla el doble para ponerla al abrigo de las olas. A falta de instrumento para ello, el contraмаestre pasó algunas planchas bajo su quilla, a fin de facilitar el deslizamiento, y todos se unieron para empujarla por los lados y por la popa y la proa. Inútiles esfuerzos, pues la pesada embarcación, hundida en la arena, no avanzó un paso.

Al llegar la noche el viento amenazó convertirse en huracán. De las espesas nubes acumuladas en el cénit brotaban brillantes relámpagos y estallaban violentos truenos, que los ecos del derrumbadero repercutían con horrísono ruido.

Aunque la marea había dejado la chalupa en seco, las olas, cada vez más fuertes, no tardaron en levantarla por la popa. En este instante la lluvia cayó en gruesas gotas, cargadas de la electricidad de la atmósfera, y que parecían explotar al golpear la arena de la playa.

—Querida Jenny —dijo Fritz—, no puedes permanecer fuera más tiempo... Te ruego que vuelvas a la gruta... y vos también, Doll, y vos también, *mistress* Wolston.

Jenny no quería abandonar a su esposo; pero Harry Gould intervino, diciendo:

—Entrad... *madame* Zermatt.

—¿Y vos, capitán? —preguntó la joven—. Aún no estáis en condiciones de exponeros...

—Nada tengo que temer —respondió Harry Gould.

—Jenny... te lo repito... entra... No hay más que el tiempo preciso... —dijo Fritz.

Jenny, Doll y Suzan se refugiaron en la caverna en el momento en que la lluvia caía como metralla.

Harry Gould, el contramaestre, Fritz, François y James, junto a la barca, resistían con gran trabajo el huracán que barría la playa. Las olas cubrían toda la extensión de la bahía con sus espumas.

El peligro era grande. ¿Sería posible defender la chalupa de los choques que la hacían inclinarse violentamente, ya sobre un flanco, ya sobre otro? Y si se rompía contra el acantilado, ¿cómo Harry Gould y sus compañeros podrían abandonar aquella costa antes del invierno? Cuando el mar levantaba la barca, los cinco se agarraban a ella a fin de inmovilizarla.

Bien pronto la tormenta adquirió su mayor grado. En veinte partes brillaban los relámpagos, y cuando el rayo caía sobre el contrafuerte, se oía el ruido de las piedras que rodaban sobre los hierbajos... ¡Ah...! ¡Si hubieran podido abrir en el acantilado una brecha que les permitiera elevarse hasta la cúspide!

Una ola monstruosa, de veinticinco a treinta pies de altura, empujada por el huracán, acababa de precipitarse sobre la playa como una tromba.

Cogidos por ella Harry Gould y sus compañeros, fueron derribados primero y arrastrados después hasta la base del acantilado, y fue milagroso que la tremenda ola no los arrastrase en su retirada hacia el mar.

La tan temida desgracia se había efectuado. La barca, arrancada de su sitio, arrastrada al fondo de la playa, chocó contra las rocas del promontorio, y sus restos, después de haber flotado unos instantes sobre la espuma que formaban los remolinos de agua, desaparecieron tras el cerro.

XXIII

SITUACIÓN AGRAVADA - JENNY Y FRITZ NO PIERDEN
LA ESPERANZA - PESCAS FRUCTUOSAS - TENTATIVA
PARA RECONOCER LA COSTA EN LA PARTE ESTE - EL
ALBATROS DE LA ROCA HUMEANTE - TRISTE FIN DEL
AÑO.

La situación, peor que nunca, amenazaba agravarse. Mientras estaban a bordo de la embarcación, expuestos a todos los peligros de la mar, el capitán Gould y los pasajeros tenían al menos la probabilidad de ser recogidos por algún navío o de llegar a tierra. No habían encontrado el navío; habían llegado a tierra, ésta era inhabitable, y ahora se debía renunciar a toda esperanza de abandonarla.

—¡Pero hay que tener en cuenta —dijo John Block a Fritz— que si semejante tempestad nos hubiera cogido en alta mar, nuestra chalupa se hubiera ido a pique con nosotros!

Fritz no respondió nada, y bajo un diluvio de lluvia y granizo fue a refugiarse junto a Jenny, Doll y Suzan, presas ya de la inquietud más viva. Gracias a su orientación en el ángulo del promontorio, el interior de la gruta no se había inundado.

Hacia medianoche, cuando cesó la lluvia, el contramaestre colocó a la entrada un montón de hierba seca, que retiró de una de las cavidades del acantilado. Un fuego vivo secó bien pronto las ropas mojadas por la lluvia y las olas.

Hasta el momento en que se apaciguó la violenta tempestad, en el cielo brillaron los relámpagos sin intermitencia. Al fin cesaron los truenos con el desplazamiento de las nubes arrojadas hacia el norte. Pero los relámpagos continuaron iluminando la bahía, el viento seguía soplando con fuerza y agitando las olas que caían tumultuosamente sobre la playa.

Al amanecer, los hombres salieron de la gruta. Algunas nubes pasaban sobre el acantilado, otras, más bajas, corrían por su superficie. Durante la noche, el rayo lo había herido en dos o tres sitios, y enormes restos de roca yacían en su base: pero no se pudo advertir brecha ni hendidura por las que fuera posible introducirse para ganar la cúspide.

Harry Gould, Fritz y John Block inventariaron lo que restaba del material de la barca. El inventario comprendía el mástil, el trinquete y el foque, las amarras, el aparejo, el timón, los remos, el arpeo y su cadena, las tablas de los bancos y los barriles de agua dulce. La mayor parte de estos objetos, medio rotos, no podrían ser

utilizados.

—¡La desgracia nos ha probado cruelmente! —dijo Fritz—. ¡Todavía, si no tuviéramos con nosotros a esas tres pobres mujeres y a ese niño! ¡Qué suerte les espera en el fondo de esa gruta, que no podemos abandonar...!

François, por mucha que fuese su confianza en Dios, guardó esta vez silencio. ¿Qué podría decir?

John Block se preguntaba si la tempestad no había causado otros desastres a los naufragos (que así podían ser llamados). ¿No era de temer que las tortugas hubieran sido destruidas por las olas, y sus huevos rotos? ¡Qué irreparable pérdida si así había acontecido!

John Block hizo señas a François para que se uniese a él, y le dijo algunas palabras en voz baja. Ambos, después de haber franqueado el promontorio, descendieron a la ensenada que querían visitar.

Mientras que el capitán Gould, Fritz y James recorrían la playa, dirigiéndose hacia el contrafuerte del oeste, Jenny, Doll y Suzan habían vuelto a sus habituales ocupaciones —lo que podría llamarse el arreglo de la casa, si la frase fuera apropiada en aquella deplorable situación—. El pequeño Bob, indiferente a lo que sucedía, jugaba sobre la arena, mientras su madre le preparaba un poco de galleta, cocida en agua caliente. ¡Qué desolación, qué angustia sentía Suzan al pensar en las miserias que su hijo no tendría fuerzas para soportar!

Después de haberlo puesto todo en orden en el interior de la caverna, Jenny y Doll fueron en busca de *mistress* Wolston, y con gran tristeza comenzaron a hablar. ¿De qué, si no del presente, agravado desde la víspera? Doll y Suzan, más angustiadas que Jenny, no se atrevían a pensar en el porvenir, y de sus ojos brotaba copioso llanto.

—¿Qué será de nosotros? —dijo Suzan.

—No perdamos la confianza —respondió Jenny— y no desanimemos a nuestros compañeros.

—Y sin embargo —añadió Doll—, ya no es posible partir... y cuando llegue la mala estación...

—A ti, lo mismo que a Suzan, querida Doll, repito que a nada conduce el desanimarse —dijo Jenny.

—¿Se puede conservar la menor esperanza? —exclamó *mistress* Wolston que se sentía desfallecer.

—Sí... ¡debéis conservarla...! ¡Es vuestro deber! —dijo Jenny—. Pensad en vuestro esposo, en James, cuya pena aumentaréis con vuestras lágrimas.

—Tú eres fuerte, Jenny —dijo Doll—. Has luchado ya contra la desgracia... Pero nosotras.

—¿Olvidas —respondió Jenny— que el capitán Gould, Fritz, François y James

harán cuanto sea posible para salvarnos?

—Pero ¿lo conseguirán? —dijo Suzan.

—No lo sé, Suzan, pero creo que sí, a condición de que nosotras no debilitemos sus ánimos abandonándonos a la desesperación.

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío! —murmuró la pobre madre sofocada por los sollozos.

Al ver que su madre lloraba, Bob quedó sorprendido y abrió grandemente sus ojos. Jenny lo colocó sobre sus rodillas, diciéndole:

—Tu mamá estaba inquieta... Te ha llamado, y como no respondías... Tú estabas jugando en la arena, ¿no es verdad?

—Sí —respondió Bob—; jugaba con el barco que me ha hecho mi amigo Block... Pero querría ponerle una vela blanca para que navegue... En la playa hay hoyos llenos de agua donde podría meterlo... Mi tía Doll me ha prometido hacerme una vela.

—Sí, hijo mío... ¡Hoy la tendrás! —dijo Doll.

—Entonces serán dos velas... —dijo el niño—. Dos velas como tenía la barca que nos ha traído aquí.

—Convenido —dijo Jenny—. Tu tía Doll te hará una vela y yo otra.

—Gracias... gracias —respondió Bob, batiendo palmas—. Pero ¿dónde está nuestro barco grande? No lo veo.

—Ha ido a la pesca —respondió Jenny—, y volverá pronto con excelentes peces... Además... tú tienes el tuyo... el de tu amigo Block.

—Sí... pero tengo que decirle que me haga otro, donde pueda embarcarme con mamá y papá y tía Doll... y *mistress* Jenny. Vamos... con todos.

¡Pobre niño! Él hablaba de lo que tan necesario hubiera sido. ¡De reemplazar la chalupa... cosa imposible de hacer!

—Vuelve a jugar, querido —le dijo Jenny—, y no te alejes.

—No... estoy aquí cerca...

Y después de abrazar a su madre partió saltando, como todos los niños de su edad.

—Querida Suzan, querida Doll —dijo entonces Jenny—. ¡Dios no puede permitir que ese niño no se salve! ¡No puede permitirlo...! ¡Y su salvación es la nuestra...! Yo os lo ruego... Nada de debilidad... Nada de lágrimas... ¡Confíad como yo confío, como siempre he confiado en la Providencia!

Estas palabras de Jenny nacían de su animoso corazón. Su alma intrépida le inspiraba estas frases, y sucediese lo que sucediese, no desesperaría. Si la mala estación llegaba antes que los naufragos hubiesen abandonado aquella costa, se tomarían las disposiciones necesarias para invernar. La gruta ofrecía abrigo seguro contra el mal tiempo, Iris plantas marinas proporcionarían combustible contra el frío... La pesca y la caza procurarían alimento... En tales condiciones era permitido

conservar alguna esperanza.

Y ante todo importaba saber si eran fundados los temores de Block, respecto a la desaparición de las tortugas. Por dicha, no lo eran.

Después de una hora de ausencia, el contraamaestre y François volvieron con su provisión de costumbre de tortugas que habían buscado refugio bajo las hierbas. Huevos no había ninguno.

—Pero ellas pondrán —declaró John Block—, y responderán a la confianza que en ellas depositamos.

No había más remedio que sonreír ante esta broma del contraamaestre.

Durante su paseo hasta el contrafuerte, el capitán Gould, Fritz y James habían reconocido la imposibilidad de rodear la base de aquél, a no ser por el mar. Las corrientes se propagaban allí con gran impetuosidad, tanto en un sentido como en otro; y aun en buen tiempo, la violencia de la resaca no hubiera permitido a una embarcación acercarse a aquel sitio, y el mejor nadador hubiera sido arrastrado a alta mar o reventado contra las rocas.

La necesidad de llegar a la meseta del acantilado por algún otro medio, se imponía, pues, más que nunca.

—¿Cómo? —dijo un día Fritz, fijando su impaciente mirada en la inaccesible cúspide.

—No es fácil escapar de una prisión cuyos muros tienen mil pies de altura —respondió James.

—A menos de taladrarlos —dijo Fritz.

—¡Taladrar esa mole de granito, que tal vez tiene más espesor que altura! —dijo James.

—¡Sin embargo, no podemos permanecer en esta prisión! —exclamó Fritz, dejándose arrastrar por un movimiento de cólera que no pudo contener.

—¡Paciencia y confianza, hermano! —respondió François, procurando calmar a Fritz.

—Paciencia, aún puedo tenerla... pero lo que es confianza...

Y realmente, ¿en qué podía basarse esta confianza? La salvación no podía venir más que de algún barco que pasase ante la bahía. Y si aparecía, ¿advertiría las señales que el contraamaestre haría encendiendo una gran hoguera en la playa o en la punta del promontorio?

Quince días habían transcurrido desde que la chalupa había arribado al litoral, y varias semanas transcurrieron aún sin que la situación hubiera experimentado cambio alguno. En lo que se refería a la alimentación, el capitán Gould y sus compañeros se verían reducidos a las tortugas y a los huevos de éstas, a los crustáceos, langostinos y cangrejos, de los que John Block pudo capturar algunos.

Generalmente, este último era el que se ocupaba de la pesca, no sin resultado, con

la ayuda de François. Algunos sedales provistos, a guisa de anzuelos, de clavos retorcidos que provenían de las tablas de la chalupa, habían permitido pescar diversas especies de peces, entre ellos algunos dorados, de doce a quince pulgadas, de hermoso color rojizo y de excelente carne, y también algunos barbos. Hasta un sollo de gran tamaño fue pescado por medio de un nudo corredizo que lo llevó a la arena. En cuanto a los lobos de mar, bastante abundantes en estos parajes, dejaban mucho que desear desde el punto de vista alimenticio. Lo que se aprovechó de ellos fue la grasa para fabricar groseras velas con mecha de laminarias secas. Por inquietante que fuera la perspectiva de una invernada, preciso era pensar en ella y tomar precauciones contra los largos y sombríos días de la mala estación.

No había que contar con los salmones, que en tan gran abundancia subían en ciertas épocas por el arroyo de los Chacales en Nueva Suiza. Sin embargo, un día un banco de arenques entró en el pequeño río; se recogieron algunos centenares de ellos, que, ahumados al fuego de la hierba, constituían una importante reserva.

—¿No dicen que el arenque trae con él su manteca? —preguntó John Block—. Si esto es así, yo me pregunto qué haremos con tantas cosas buenas.

Durante aquellas seis semanas se intentó varias veces escalar el promontorio para ganar la meseta del acantilado. Como estas tentativas resultaran infructuosas, Fritz decidió dar la vuelta por el cerro del este. Pero guardóse bien de confiar su proyecto a nadie, excepto a John Block. Así es que en la mañana del 17 de diciembre ambos se dirigieron hacia la ensenada bajo pretexto de traer tortugas.

Allí, al pie de la enorme masa rocosa, la mar batía con furia, y al querer dar la vuelta, seguramente Fritz expondría su vida.

En vano el contraamaestre quiso disuadirle de su proyecto. Nada consiguió, y no pudo hacer más que prestar su ayuda.

Después de desnudarse, Fritz se ató al cuerpo una larga cuerda —la driza de la chalupa—, cuyo extremo debía guardar John Block mientras el primero estuviera en el agua.

El peligro era doble; ya ser arrebatado por la resaca y arrojado contra la base del cerro, ya ser arrastrado por la corriente si la cuerda se rompía.

Por dos veces Fritz intentó inútilmente abrirse paso entre las olas; sólo lo consiguió al tercer intento, manteniéndose en forma de mirar más allá del cerro; y después John Block, no sin trabajo, le trajo hacia la punta.

—Y bien, ¿qué habéis visto? —preguntó el contraamaestre.

—¡Nada más que rocas y rocas! —respondió Fritz, así que hubo tomado aliento—. No he visto más que una serie de ensenadas y cabos. El acantilado continúa hacia el norte.

—¡No me asombra! —se limitó a responder John Block.

Cuando se supo el resultado de esta tentativa (y es ocioso indicar la emoción que

al tener conocimiento de ella experimentó Jenny), todos consideraron desvanecida su última esperanza. ¡Aquel islote, del que el capitán Gould y los suyos no podían salir, era un montón de rocas, inhabitable e inhabitado!

¡Y qué recuerdos se unían a aquella situación! Sin la revuelta de que se ha hablado, los pasajeros del *Flag* estarían ya en el fértil dominio de la Tierra Prometida. ¡Y qué angustias experimentarían al presente los que les esperaban y no los veían volver! ¿Cómo se explicarían las dos familias aquel retraso? ¿Había perecido la corbeta? ¿No volverían jamás a ver a Fritz, Jenny, François, James, Suzan y Doll? De haber naufragado la *Licorne* ¿había acontecido esto durante la travesía a Europa, antes o después de su escala en El Cabo?

Realmente, aquellos parientes y amigos eran tan dignos de lástima como el capitán Gould y sus compañeros. Al menos éstos sabían que los primeros estaban seguros en la Nueva Suiza.

El porvenir era pues, oscuro, dada la situación cuyo término no podía predecirse.

A tantos temores, se hubiese unido otro, de saber lo que sólo sabían Harry Gould y el contramaestre: que el número de tortugas disminuía de notable modo, por efecto del consumo que diariamente se hacía de ellas.

—Tal vez —observó John Block— esto depende de que esos bichos salgan de algún sitio subterráneo que dé acceso a las ensenadas del este o del oeste... ¡Gran desgracia no poder seguirlos!

—De todos modos, a nadie se diga nada de esto —dijo el capitán.

—Estad tranquilo... y si de ello os he hablado es porque lo he creído conveniente.

—Comprendido, Block.

El contramaestre, pues, se dedicó desde aquel día a la pesca, pues la mar no rehusaría lo que la tierra iba a rehusar bien pronto. Verdad que alimentándose únicamente de pescado, moluscos y crustáceos, la salud general se resentiría, y tal vez, para colmo de miserias, se declararían enfermedades entre los pasajeros.

Llegó la última semana de diciembre. El tiempo continuaba bueno, a excepción de algunas tormentas, que no tuvieron la violencia de la primera. El calor, de gran intensidad a veces, no hubiera podido ser soportado, de no proyectar el acantilado su gran sombra sobre la playa, poniendo a ésta al abrigo del sol.

En aquella época numerosos pájaros frecuentaban estos sitios, y no eran únicamente gaviotas y cercetas, huéspedes habituales de la playa. De vez en cuando pasaron bandadas de grullas y garzas. Esto recordaba a Fritz sus afortunadas cacerías en el lago de los Cisnes y en los alrededores de las granjas de la Tierra Prometida. En la cima del monte aparecieron también cuervos marinos, parecidos al de Jenny, actualmente huésped del corral de Felsenheim, y albatros semejantes al mensajero de la Roca Humeante.

Estos pájaros se mantenían a buena distancia. Cuando se posaban en el

promontorio, en vano se procuraba aproximarse a ellos y volaban sobre la infranqueable cima.

Un día, el capitán Gould, Fritz y François acudieron a la playa atraídos por la voz del contraamaestre:

—¡Ved...! ¡Ved...! —repetía éste mostrando la arista de la meseta superior.

—¿Qué hay? —preguntó Fritz.

—¡Cómo! —exclamó John Block—. ¿No advertís una fila de puntos negros?

—Son pingüinos —respondió François.

—Pingüinos, efectivamente —afirmó Harry Gould—, y si desde aquí parecen grajos es a causa de la altura a la que están.

—Pues bien —hizo observar Fritz—, puesto que esos pájaros han podido elevarse a la meseta, resulta que las pendientes son practicables por el otro lado del acantilado.

Había motivo para pensarlo así, pues los pingüinos, muy torpes y pesados, y cuyas alas son rudimentarias, no hubieran podido volar hasta aquella altura. Así pues, si la ascensión no era practicable por el sur, probablemente lo era por el norte. Pero a falta de una embarcación que hubiese permitido subir a lo largo del litoral, era preciso renunciar a llegar a la cima del acantilado.

¡Tristes, bien tristes fueron las Pascuas de aquel año! ¡Y cómo se aumentó esta tristeza al pensamiento de lo que hubieran sido en el salón de Felsenheim con las dos familias reunidas y en compañía del capitán Gould y de John Block! Parecía que el dolor de la separación aumentaba, y dicha fiesta se redujo a plegarias, en las que no latía la consoladora esperanza.

Y sin embargo, todavía había la fortuna de que a pesar de tantas pruebas, la salud de todos era buena. Respecto al contraamaestre, ni la miseria, ni los disgustos hacían mella en él.

—Yo engordo —repetía—. Sí... Engordo... Esto es el resultado de vivir en la ociosidad.

¡Vivir en la ociosidad...! Desgraciadamente, dadas las circunstancias, era cierta la afirmación del contraamaestre.

En la tarde del 29 se produjo un incidente que, aunque en nada podía variar las circunstancias, trajo el recuerdo de más felices tiempos.

Un pájaro fue a posarse en la parte del promontorio cuyo acceso era más practicable.

Era un albatros que, sin duda, llegaba de lejos. Parecía muy fatigado y se tendió sobre una roca, con las patas tendidas y las alas replegadas.

Fritz trató de capturar el pájaro. Hábil, como se sabe, en manejar el lazo, tal vez conseguiría su propósito formando un nudo corredizo con la driza de la barca.

La cuerda fue preparada por el contraamaestre y Fritz comenzó la ascensión.

Todos le seguían con la mirada.

El pájaro no se movía, y Fritz pudo aproximarse a unos diez pasos, lanzando el lazo, que se arrolló en torno del cuerpo del albatros.

Apenas el pájaro intentó defenderse, Fritz, que lo había aprisionado entre sus manos, lo trajo a la playa. En este instante, Jenny no pudo contener un grito de sorpresa.

—¡Es él! —repetía acariciando al pájaro—. ¡Es él...! ¡Lo reconozco!

—¿Quién? —dijo Fritz—. ¿Será acaso...?

—Sí, Fritz... ¡Es mi albatros...! ¡Mi compañero de la Roca Humeante! ¡Aquel al que até la carta que fue a parar a tus manos!

¿Era posible? ¿No se equivocaba Jenny? ¿Después de tres años, aquel albatros que no había vuelto al islote, había volado hacia aquella parte?

Jenny no se engañaba, y de ello se tuvo la certeza cuando la joven mostró un trozo de bramante que rodeaba aún una de las patas del pájaro. Del pedazo de tela sobre el que Fritz había escrito la respuesta, nada quedaba ya.

Si el albatros había podido venir desde tan lejos, era porque a esas poderosas aves les es fácil franquear enormes distancias. Sin duda éste se había transportado del este del océano Indico a aquellos parajes del Pacífico... distancia de mil leguas tal vez.

No hay para qué indicar los cuidados y caricias que recibió el mensajero de la Roca Humeante... ¿No era una especie de lazo que unía a los naufragos con su familia y amigos de la Nueva Suiza?

Dos días después terminaba aquel año de 1817, que tan desdichado había sido en sus últimos meses... ¿Qué reservaba el año nuevo?

XXIV

CONVERSACIONES A PROPÓSITO DEL ALBATROS -
BUENA AMISTAD ENTRE BOB Y EL PÁJARO -
FABRICACIÓN DE VELAS - NUEVO MOTIVO DE DOLOR
- PESQUISAS INÚTILES Y DESESPERACIÓN - UN GRITO
DEL ALBATROS.

En el supuesto de que el capitán Gould no se equivocase respecto a la situación geográfica del islote, la estación de verano no debía de durar más que tres meses, tras los cuales llegaría el terrible invierno con sus fríos y sus furiosas tempestades. La débil probabilidad de ver algún navío en alta mar y atraerlo con señales habría desaparecido, pues en aquella época del año los marinos huían de tan peligrosos parajes. Pero antes tal vez se presentaría alguna circunstancia que modificase la situación, aunque no debiera esperarse.

La vida continuó, pues, lo mismo que desde el 26 de octubre, día funesto en que la chalupa había sido destruida. ¡Qué monotonía y qué dura parecía a aquellos hombres tan activos la imposibilidad de emprender trabajo alguno! Reducidos a vagar al pie del acantilado que les aprisionaba, fatigaban sus ojos observando el mar siempre desierto, y era preciso extraordinaria fuerza de espíritu para no sucumbir a la desesperación.

Los largos días se pasaban en conversaciones que siempre Jenny iniciaba. La animosa joven sentía vivísimo afecto por toda su gente, y se ingeniaba para distraerla, discutiendo proyectos sobre los que no se forjaba ilusiones. Fritz y ella cambiaban sus ideas sin necesidad de emplear palabras. El capitán Gould y John Block hablaban frecuentemente del porvenir, preguntándose alguna vez si la situación geográfica de la isla era la que suponían, al oeste del Pacífico. El contramaestre emitía alguna duda sobre este asunto.

—¿Es la llegada del albatros lo que te hace dudar? —le preguntó un día el capitán.

—Lo confieso —respondió John Block—, y en mi opinión hay motivo.

—¿Deduces que este islote está más al norte de lo que suponemos?

—Sí, mi capitán..., y ¿quién sabe si muy próximo al océano índico? Un albatros puede más fácilmente franquear centenares de leguas que miles de ellas sin descansar.

—Lo sé —respondió Harry Gould—; pero también sé que Borrupt tenía interés en arrastrar el *Flag* hacia los mares del Pacífico. ¿De qué parte ha soplado el viento

durante los ocho días que hemos permanecido prisioneros en la cala? Me ha parecido, y a ti también, que venía del oeste...

—Convengo en ello... ¡Pero... ese albatros! ¿Ha venido de cerca o de lejos?

—Sea lo que sea, Block, y aunque nos hayamos equivocado sobre la situación geográfica de este islote, aunque se encontrase a algunas leguas de la Nueva Suiza, ¿no sería lo mismo que si lo separasen centenares de este punto, puesto que no podemos salir de aquí?

La conclusión del capitán Gould era muy justa. Aparte de esto, todo hacía creer que el *Flag* había debido de dirigirse hacia los mares del Pacífico, lejos... muy lejos de la Nueva Suiza. Y, sin embargo, otros pensaban lo mismo que Block. Parecía que el pájaro de la Roca Humeante había traído alguna esperanza.

No hay que decir que el pájaro, repuesto pronto de sus fatigas, no se mostraba ni temeroso ni feroz. Su alimentación fue fácil, y no tardó en recorrer la playa encontrando en aquélla las hierbas y peces que pescaba con destreza suma, sin que manifestara deseos de escapar.

Algunas veces, después de elevarse a lo alto del promontorio, se colocaba en la cúspide del acantilado lanzando pequeños gritos.

—Vamos... —decía entonces el contramaestre—. Nos invita a subir... Si me pudiera prestar sus alas, yo me encargaría de remontar el vuelo hasta la cumbre y ver lo que hay al otro lado. Verdad que, probablemente, no será mejor que esto... pero se sabría...

¿Saberlo...? ¿No se sabía desde que Fritz había visto más allá del cerro las mismas rocas áridas y las mismas infranqueables alturas?

Uno de los mejores amigos del albatros fue Bob. Entre el niño y el pájaro se estableció bien pronto cordial amistad. Nada había que temer de las crueldades del uno ni de los picotazos del otro. Cuando el tiempo era malo, ambos entraban en la gruta, donde el albatros tenía reservado su sitio... En fin, salvo este incidente, que no autorizaba hipótesis alguna, nada vino a sacar al capitán Gould y a sus compañeros de la monótona existencia que arrastraban.

Entretanto la prudencia exigía que se pensara seriamente en la probabilidad de una próxima invernada. A menos de uno de esos cambios de suerte, a los que los náufragos no estaban acostumbrados, tendrían que sufrir cuatro o cinco meses de mal tiempo. En aquella latitud, en medio de los mares del Pacífico, las tormentas se desencadenan con extraordinaria violencia y pueden provocar notable descenso en la temperatura.

El capitán Gould, Fritz y John Block hablaban frecuentemente de este asunto. Puesto que no podían oponerse a las amenazas del porvenir, lo mejor era mirarlas frente a frente. Resueltos a luchar, no volverían a sentir el desaliento que la pérdida de la chalupa había provocado.

—¡Ah...! —decía el capitán—. ¡Si Ja situación no estuviera agravada por la presencia de esas tres mujeres y de ese niño! ¡Si no estuviéramos aquí más que hombres...!

—Razón para hacer más de lo que en tal caso hubiéramos hecho —respondía Fritz.

En previsión del invierno se presentaba una cuestión grave. Si el frío era muy excesivo, sí era preciso mantener el fuego día y noche... ¿No llegaría a faltar el combustible?

No era de temer, pues se contentaban con hierbas que la marea ascendente arrojaba con regularidad a la playa, y que el sol secaba en seguida. Pero, como la combustión de estas plantas marinas producía acre humareda, no sería posible emplearlas para calentar la gruta, pues la atmósfera se haría irrespirable. Así es que convendría cerrar las puertas de aquélla con las velas de la chalupa, sujetas con la solidez necesaria para que resistiesen los huracanes que asaltaban la base del acantilado en la época del invierno.

Quedaba la cuestión de alumbrar el interior de la gruta cuando el tiempo impidiera trabajar fuera.

El contraamaestre y François, ayudados por Jenny y Dolí, se ocuparon en fabricar gran número de gruesas velas con la grasa de los lobos de mar que frecuentaban la ensenada, y la captura de los cuales no ofrecía dificultad.

Como se había practicado en Felsenheim, John Block, fundiendo dicha grasa, obtuvo una especie de aceite, que, al enfriarse, se congelaba, y por no disponer del algodón que *monsieur* Zermatt recolectaba, se contentó con la fibra de las laminarias marinas, disponiéndolas a manera de mechas.

Otra cuestión difícil de resolver era la renovación de los vestidos.

—Decididamente —dijo un día el contraamaestre—, cuando un naufragio os arroja a una isla desierta es bueno poder disponer de un navío, en el que se encuentre todo aquello de que se tiene necesidad. De lo contrario... ¡mal negocio!

Esto era lo que les había sucedido con el *Landlord* a los huéspedes de la Nueva Suiza.

En la tarde del 17 causó la inquietud más viva un suceso, cuyas consecuencias nadie hubiera podido prever.

Se sabe que a Bob le agradaba mucho jugar con el albatros. Cuando lo hacía en la playa su madre no cesaba de vigilarle, a fin de que no se alejase, pues al niño le gustaba tanto subir por las rocas bajas del promontorio como correr delante de las olas. Pero cuando el pájaro y Bob quedaban dentro de la gruta, no había inconveniente para dejarles solos.

Eran las tres. James Wolston ayudaba al contraamaestre a disponer la cortina de gruesa tela que había de ser colocada en la entrada de la gruta, Jenny, Suzan y Doll,

sentadas en el ángulo junto al hornillo donde la olla hervía, trabajaban en el repaso de sus vestidos.

Se acercaba el instante en que Bob acostumbraba merendar. *Mistress Wolston* se dirigió entonces hacia la gruta llamando al niño.

Bob no respondió.

Suzan bajó hacia la playa y llamó con voz más fuerte sin obtener respuesta.

Entonces gritó el contraamaestre.

—¡Bob! ¡Bob...! ¡Es hora de merendar!

El niño no acudió, ni se le veía correr por la playa.

—Hace un momento estaba aquí... Cerca de nosotros —afirmó James.

—¿Dónde diablos puede estar? —se preguntó John Block subiendo hacia el promontorio.

El capitán Gould, Fritz y François se paseaban entonces al pie del acantilado.

Bob no estaba con ellos.

El contraamaestre, haciendo bocina de sus manos, gritó varias veces:

—¡Bob...! ¡Bob!

El niño no aparecía.

James se acercó al capitán y a los dos hermanos.

—¿No habéis visto a Bob? —preguntó ya muy inquieto.

—No —respondió François.

—Hace media hora le he visto yo jugando con el albatros.

Todos se pusieron a buscarle por distintos lados.

Fue inútil.

Fritz y James se dirigieron al promontorio, cuyas primeras piedras escalaron, y pasearon sus miradas por toda la extensión de la ensenada.

Nadie... Ni el niño, ni el pájaro.

Volvieron, pues, adonde estaban sus compañeros con Jenny, Doll y Suzan, pálida de inquietud.

—Pero ¿le habéis buscado en la gruta? —preguntó el capitán Gould.

Bob, en efecto, podía estar dentro... ¿pero cómo no había contestado a tantas voces?

Fritz corrió a la gruta, inspeccionó todos sus rincones y reapareció sin traer al niño.

Mistress Wolston iba de un lado a otro enloquecida... Podía haber sucedido que Bob se hubiese deslizado entre las rocas, que hubiera caído al mar... En fin, puesto que no se le encontraba por ninguna parte, las más alarmantes suposiciones eran permitidas.

Era menester, pues, continuar, sin perder un instante, las pesquisas por la playa hasta la ensenada.

—Fritz, James —dijo el capitán Gould—, venid conmigo, y sigamos por la base del acantilado... Tal vez Bob esté oculto entre algún montón de hierba.

—Entretanto —dijo el contramaestre— François y yo exploraremos la ensenada.

—Y el promontorio —añadió François—. Es posible que Bob haya subido por él y caído en algún agujero.

Los unos se dirigieron a la derecha y los otros a la izquierda. Jenny y Doll quedaron al lado de *mistress* Wolston, cuya angustia procuraban calmar.

Media hora después todos estaban de vuelta tras haber practicado inútiles pesquisas. Nadie en toda la extensión de la bahía. Ninguna huella del niño, y las voces no habían dado resultado.

La desesperación de Suzan estalló entonces en sollozos. Presa de espasmos que le desgarraban el pecho, fue preciso, a pesar suyo, conducirla a la gruta. Su esposo, que la acompañaba, no podía pronunciar palabra.

Fuera, Fritz decía:

—No es admisible que el niño se haya perdido... Repito que le he visto en la playa hace una hora, corriendo y saltando, y no por la parte del mar. Llevaba una cuerda en la mano con una piedra al final... El albatros y él jugaban juntos.

—Pero ¿dónde está el pájaro? —preguntó François mirando alrededor.

—Sí... ¿Dónde está? —repitió John Block.

Al principio no se había prestado gran atención a este punto.

—¿Es que ambos han desaparecido? —dijo el capitán.

—Así parece —respondió Fritz.

Las miradas se dirigían a todas partes, y principalmente hacia las rocas, donde el pájaro tenía costumbre de posarse.

Nada se advirtió, ni se oyó su característico grito.

No era imposible que el albatros hubiera tendido el vuelo por encima del acantilado, que hubiera ganado alguna otra altura de la costa, por más que se hubiera acostumbrado a aquella playa, y a los que en ella vivían, y más particularmente a Jenny. ¡Pero el niño no había podido volar...! Lo más hubiera podido remontarse a lo largo del promontorio siguiendo al pájaro, y después de las pesquisas practicadas por François y el contramaestre, nada permitía admitir esta explicación.

Sin embargo... ¿cómo no relacionar la desaparición de Bob y la del albatros? De ordinario no se separaban, y ahora no se veía ni al uno ni al otro. La cosa era extraordinaria, por lo menos.

Al aproximarse la noche, y ante el inexpresable dolor del padre y de la madre, a la vista de Suzan, cuyas palabras incoherentes hacían temer por su razón, Jenny, Doll, el capitán Gould y sus compañeros no sabían qué intentar. Pensando que si el niño había caído en algún hoyo iba a permanecer en él toda la noche, se hicieron nuevas pesquisas. En la extremidad del promontorio se encendió una hoguera, a fin de que

sirviera de guía al pequeño, en el caso de que hubiera llegado al fondo de la ensenada.

Después de haber estado en pie hasta las últimas horas, fue preciso renunciar a la esperanza de encontrar a Bob. ¿Existía la probabilidad de que el siguiente día fuera más feliz?

Todos volvieron a la gruta no para dormir, que no hubieran podido hacerlo; tan pronto uno como otro salía, miraba, prestaba oído, y volvía a su asiento sin pronunciar palabra.

Aquella noche fue la más dolorosa, la más horrible de todas las que el capitán Gould y los suyos habían pasado sobre la desierta costa.

A las dos de la madrugada el cielo, cuajado hasta entonces de brillantes estrellas, comenzó a nublarse. El viento había saltado al norte, y las nubes que venían en esta dirección se acumulaban en el espacio. Aunque no eran muy densas, caminaban con creciente velocidad, y seguramente al este y al oeste del acantilado la mar debía de estar agitada.

Era la hora de la marea ascendente.

En este momento *mistress* Wolston se levantó, y antes de que nadie pudiera sujetarla, lanzóse fuera de la gruta, presa del más espantoso delirio, gritando con voz desgarradora:

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío!

Fue preciso apelar a la fuerza para hacerla entrar de nuevo.

James, que se había lanzado en pos de ella, la cogió en sus brazos y la condujo más muerta que viva a la gruta.

La desdichada madre quedó tendida sobre el lecho de hierba donde normalmente Bob dormía. Jenny y Doll procuraron reanimarla, y al fin, tras no pocos esfuerzos, recobró el sentido.

Durante el resto de la noche el viento no cesó de rugir. Veinte veces Fritz, François, Harry Gould y el contramaestre exploraron la playa, con el temor de que la marea ascendente arrojase a ella el cadáver del niño.

Sin embargo, ¡nada!, ¡nada! ¿Significaba esto que el niño había sido arrastrado a alta mar?

A las cuatro, ya en plena marea, el horizonte este empezó a blanquear.

En este momento Fritz, echado en un rincón, creyó percibir un grito tras la pared. Prestó oído, y temiendo equivocarse se acercó al capitán.

—¡Seguidme! —le dijo.

Sin saber lo que Fritz quería, ni preguntándose, Harry Gould le siguió.

—¡Escuchad! —dijo Fritz.

El capitán prestó oído.

—Oigo el grito de un pájaro —dijo.

—Sí... ¡un grito de pájaro! —afirmó Fritz.

—Existe, pues, una cavidad tras esta pared.

—Sin duda, y tal vez algún pasadizo que comunique con la parte de afuera...

—Tenéis razón.

John Block, que acababa de acercarse, se enteró del caso. Después de escuchar atentamente, dijo:

—Lo reconozco... Es el grito del albatros...

—Y si el albatros está ahí —dijo Fritz—, Bob debe de estar también.

—¿Pero por dónde han podido introducirse en ese sitio? —preguntó el capitán.

—¡Lo sabremos! —respondió John Block.

François, Jenny y Doll fueron puestos al corriente de lo que sucedía.

James y su esposa recobraron alguna esperanza.

—¡Está allí! ¡Está allí! —repetía Suzan.

John Block había encendido una de las antorchas. No se podía dudar de que el albatros estuviera tras la pared, pues seguían oyéndose sus gritos, y antes de ver si se había deslizado por algún agujero exterior convenía examinar si la pared del fondo presentaba algún orificio. Con la antorcha en la mano, el contramaestre examinó el estado de aquella pared, no advirtiendo en ella más que algunas rajadas muy estrechas para que el albatros, y menos aún Bob, hubieran podido pasar. Verdad que en la parte inferior, junto al suelo, había un agujero de veinte a veinticinco pulgadas de diámetro, y, por consecuencia, suficiente para dar paso al pájaro y al niño.

Entretanto, y por haber cesado el grito del pájaro, todos tuvieron el recelo de que el capitán, el contramaestre y Fritz se hubieran equivocado.

Jenny ocupó entonces el sitio de John Block, y acercándose al agujero llamó varias veces al pájaro, que estaba tan acostumbrado a su voz como a sus caricias.

Un grito le respondió, y casi en seguida salió el albatros por el agujero.

—¡Bob! ¡Bob! —repitió Jenny.

El niño no respondió ni salió... ¿Estaba solo el pájaro tras la pared? La madre no pudo contener un grito de desesperación.

—Esperad —dijo el contramaestre.

Y poniéndose en cuclillas, agrandó el agujero echando fuera la arena. Algunos minutos bastaron para darle dimensiones suficientes para que él pudiera entrar.

Un instante después traía desvanecido al pequeño Bob, que no tardó en recobrar el sentido bajo los besos de su madre.

XXV

LA SEGUNDA GRUTA - ESPERANZA PERDIDA - LA
ANTORCHA DE FRITZ - AL TRAVÉS DEL MACIZO -
VARIAS PARADAS - LA MESETA SUPERIOR - NADA AL
SUR, NI AL ESTE, NI AL OESTE - EN EL MOMENTO DE
BAJAR.

Mistress Wolston iba a tardar algún tiempo en reponerse de la terrible sacudida que acababa de experimentar. Pero, en fin, Bob había aparecido, y el mejor remedio para las tristezas de la madre son las caricias del hijo.

Fácil es comprender lo que había sucedido. Jugando con el albatros, Bob le siguió al fondo de la gruta. El pájaro entró por el estrecho corredor, y Bob también. Más allá se abría una excavación sombría, de la cual no pudo salir el pequeño cuando intentó hacerlo. Primero llamó. Las voces no fueron oídas. Perdió el sentido, y no se sabe cuáles hubieran podido ser las consecuencias del suceso si, por la más feliz de las casualidades, el grito del albatros no hubiera atraído la atención de Fritz.

—En fin —dijo el contramaestre—, Bob está en los brazos de su madre y las cosas marchan bien, pues gracias a él hemos descubierto otra gruta. Verdad que con una teníamos de sobra, y hasta deseamos dejarla.

—Sin embargo —dijo Harry Gould—, deseo saber si se prolonga...

—¿Hasta el otro lado del acantilado, mi capitán?

—¡Quién sabe, Block!

—Muy bien —respondió el contramaestre—, pero incluso admitiendo que atravesase el macizo, ¿qué encontraríamos más allá? Arenas, rocas, ensenadas, promontorios, y ni el tamaño de mi sombrero de tierra vegetal o verdor.

—Probable es —declaró Fritz—. Sin embargo, es preciso verla.

—Se vera, *monsieur* Fritz, se verá... y el verla no costará nada.

Como de este examen pudiera resultar algo bueno, lo mejor era practicarlos sin perder tiempo, y lo comenzaron en el mismo instante. El capitán, Fritz y François volvieron al fondo de la gruta. El contramaestre, provisto de gruesas candelas, marchaba tras ellos. A fin de facilitar el paso, los primeros agrandaron la abertura retirando algunas piedras que se habían desprendido. La operación quedó terminada en un cuarto de hora. Ni Harry Gould ni sus compañeros habían engordado desde su desembarco en la isla. Tres meses de aquella penosa existencia no era para tomar carnes, a no ser que la naturaleza lo quisiera así, como le había sucedido al

contra maestre, que, a despecho de las miserias sufridas, había aumentado algunas libras desde que había abandonado el *Flag*.

Cuando todos hubieron franqueado la abertura, las candelas dieron luz suficiente para permitir examinar la segunda gruta.

Era más profunda que la primera y bastante menos ancha; su longitud, de unos cien pies. Para hablar más propiamente, era más bien una especie de corredor de un diámetro de diez a doce pies, y de altura casi igual. Tal vez otros se unían a éste formando en el interior del macizo una especie de laberinto, cuyas ramas se prolongaban en distintas direcciones. ¿Y por qué, como Harry Gould pensaba, una de estas ramas no conduciría, si no a la meseta superior, por lo menos a alguna de las otras caras laterales del acantilado, más allá del cerro o del contrafuerte?

Y como el capitán insistiera de nuevo en ello, John Block dijo:

—Es posible; y ¿quién sabe si por el interior podemos llegar a la meseta?

Después de avanzar unos cincuenta pasos por el corredor que se estrechaba poco a poco, el capitán Gould, el contra maestre y Fritz llegaron ante una pared rocosa donde se detuvieron.

El contra maestre, tras pasear la luz por la superficie del muro, desde el suelo a la bóveda, no encontró más que estrechas hendeduras por las que no cabía la mano. Así pues, se desvanecía la esperanza de ir más lejos a través del macizo.

Las paredes laterales del corredor no presentaban orificio alguno en toda su extensión. La segunda excavación, tras la primera, era, pues, el único descubrimiento que resultaba del incidente que se ha relatado.

—Vamos —dijo el capitán—. Tampoco por aquí franquearemos el acantilado.

—Ni subiremos a la meseta —añadió el contra maestre.

No quedaba, pues, más que dar la vuelta de nuevo.

En suma, aunque era una decepción, nadie hubiera podido creer en serio que se encontrara un paso interior; y, no obstante, cuando el capitán, Block y Fritz estuvieron de vuelta, se les antojó que estaban más imposibilitados que nunca para abandonar aquella playa.

En los días siguientes, el tiempo, bueno hasta entonces, mostró tendencia a modificarse. El cielo se oscurecía con nubes, al principio ligeras, pero que no tardaron en espesarse, impulsadas sobre la meseta superior por el viento norte, que en la noche del 22 de enero se acentuó, soplando recio.

La dirección del viento hacía que nada se temiese para la bahía de las Tortugas, que, al abrigo del acantilado, no estaría expuesta al golpe de las olas como en la época de la furiosa tempestad que causó la pérdida de la chalupa. La mar quedaba en calma a lo largo de la ribera, y no sentiría la fuerza del viento más que a media legua hacia alta mar, de lo que se desprende que, aunque se desencadenase el huracán, no había nada que temer.

La noche del 22 al 23 se declaró una violenta tempestad. A la una todos fueron bruscamente despertados por un trueno de tal fuerza, que una pieza de artillería, disparada a la entrada de la gruta, no hubiera hecho más ruido.

Fritz, François y el contraamaestre saltaron de sus menguados lechos y se dirigieron a la entrada.

—El rayo ha caído cerca —dijo François.

—Sobre la cúspide, sin duda —respondió John Block, avanzando algunos pasos al exterior.

Suzan y Dolí, muy impresionadas durante estas tormentas, que tan profundamente afectan a las personas nerviosas, habían seguido a Jenny fuera de la gruta.

—¿Y bien? —preguntó Dolí.

—No hay ningún peligro, mi querida Doll —respondió François—. Entrad de nuevo y cerrad los ojos y los oídos.

Pero en aquel momento Jenny dijo a su marido:

—¡Cómo huele a humo, Fritz!

—No es de extrañar... Hay fuego... allá abajo —exclamó el contraamaestre.

—¿Dónde? —preguntó el capitán Gould.

—En aquel montón de hierba que está al pie del acantilado.

En efecto: el rayo había incendiado aquel montón de hierba seca. Algunos instantes bastaron para que el fuego se comunicase a la masa de plantas marinas acumuladas en la base del acantilado. Ardieron como paja, chisporroteando al soplo del viento y extendiendo acre olor por toda la playa.

Felizmente, la entrada de la gruta estaba lejos y el fuego no podía llegar a ella.

—¡Nuestra reserva de combustible que arde! —exclamó John Block.

—¿No podemos salvar nada? —dijo Fritz.

—¡Es imposible! —respondió el capitán Gould.

Las llamas se propagaban con rapidez tal, que no permitía poner en lugar seguro aquellos montones que constituían el único combustible de los náufragos.

Ciertamente, lo que el mar arrojaba a la playa era poco, y se necesitaría mucho tiempo para reunir alguna cantidad de hierba, pues la marea ascendente no depositaba en la arena más que algunas brazadas dos veces al día, y las que había en la playa eran la obra de muchos años. ¿Quién sabía si, durante las semanas anteriores a la mala estación, las olas llevarían lo bastante para las necesidades del invierno?

En menos de un cuarto de hora nada quedó, salvo algunos montones a lo largo del promontorio.

Este golpe de la mala suerte agravaba la ya difícil situación.

—Decididamente esto va mal.

Y en boca del contraamaestre, tan confiado de costumbre, estas palabras tenían excepcional importancia.

¡Ah! ¿No se derrumbarían los muros de aquella prisión para permitir huir a los náufragos?

Al siguiente día, 23 de enero, el tiempo, aunque no tormentoso, quedó malo, y el viento norte continuó barriendo violentamente la meseta.

La primera ocupación a que se dedicaron nuestros amigos, fue a reconocer si las hierbas marinas, amontonadas a lo largo del contrafuerte, habían sido respetadas por el incendio.

En parte, sí. John Block, Fritz, François y James se pusieron a la tarea, llevando varias brazadas que bastarían para una semana, sin contar con las que las mareas arrojarían diariamente.

Verdad que, mientras el viento soprase del norte, aquellas masas flotantes serían arrastradas hacia alta mar; pero, cuando saltase al sur, la recolección se efectuaría con más abundancia.

Sin embargo, el capitán Gould hizo observar que era preciso tomar algunas medidas para el porvenir.

—Tenéis razón, mi capitán —respondió John Block—; convendrá poner en buen sitio la hierba que resta, en previsión de una invernada.

—¿Por qué no almacenarla en la segunda gruta que acabamos de descubrir? —añadió Fritz.

Esto era lo indicado, y aquel mismo día, por la mañana, Fritz quiso volver a la gruta con objeto de reconocer con más minuciosidad su disposición interior. Provisto de una antorcha, franqueó la estrecha abertura que ponía en comunicación las dos grutas. ¿Quién sabía si la segunda no tenía salida más allá del macizo?

Al llegar al extremo del largo corredor, Fritz sintió un soplo más fresco, al mismo tiempo que a su oído llegó un silbido continuo.

—¡El viento...! —murmuró—. ¡Es el viento!

Aproximó la cabeza a la pared, y su mano encontró algunas hendiduras.

—Es el viento —repitió—. ¡Llega hasta aquí cuando sopla del norte...! Existe, pues, un paso, sea sobre el flanco o la cumbre del acantilado... ¿No habrá comunicación con la parte septentrional?

En aquel instante, la candela que Fritz paseaba a lo largo de la pared se apagó bruscamente bajo un soplo más vivo que atravesaba una de las grietas.

Fritz no se preguntó más. Su convicción estaba formada. Franqueando aquella pared se tendría acceso a la parte de afuera. En un momento volvió a la caverna, donde todos le esperaban, les dio noticia de su descubrimiento y les llevó con él para que se aseguraran de que no había error en lo que decía.

Algunos instantes después, Fritz, el capitán Gould, John Block, François y James pasaban de la primera cavidad a la segunda, encendiendo varias candelas, que esta vez no fueron acercadas a la pared del fondo.

Fritz no se había engañado. Un viento fresco corría al través del corredor.

Entonces el contraamaestre, proyectando la luz a raíz del suelo, observó que el corredor no estaba cerrado más que por un montón de piedras, caídas sin duda a lo largo de una especie de pozo natural.

—¡La puerta! —exclamó—. ¡Aquí tenemos la puerta! Y no hay necesidad de llave para abrirla... ¡Ah, mi capitán, teníais razón!

—¡A la faena! ¡A la faena! —se contentó con responder Harry Gould.

Fue fácil abrir el paso obstruido de piedras. Pasaron éstas de mano en mano en buena cantidad, pues el montón se elevaba cinco o seis pies sobre el suelo. A medida que avanzaba el trabajo, la corriente de aire se acentuaba.

Seguramente existía una especie de garganta en el interior del macizo.

Un cuarto de hora bastó para dejar libre el paso por completo.

Fritz lo franqueó el primero, y seguido de sus compañeros subió unos diez o doce pasos por una pendiente muy estrecha y vagamente alumbrada.

No había pozo vertical. A cielo abierto, entre dos murallas que se perdían a gran altura, se abría una garganta de cinco a seis pies.

Por esta garganta penetraba el viento que se deslizaba a través de las hendeduras de la pared hasta el fondo del corredor.

Así pues, el acantilado, ¿estaba hendido en todo su espesor? ¿Pero dónde terminaba la hendedura?

Sólo podría saberse después de haberla recorrido hasta su extremidad, en el supuesto de que esto fuera posible.

No hay para qué hablar de la impresión que produjo el descubrimiento. Todos quedaron como prisioneros a los que se acababa de abrir la puerta de su prisión.

Apenas eran las ocho de la mañana, y no faltaría el tiempo. No hubo ni aun cuestión respecto a enviar antes a Fritz o al contraamaestre. Todos querían subir por el paso sin perder un instante.

—Pero, al menos —dijo Jenny—, llevemos algunos víveres. ¿Quién sabe si nuestra ausencia se prolongará?

—Y además —dijo François—, ¿sabemos dónde vamos?

—¡Fuera! —respondió el contraamaestre.

Esta sencilla palabra, que de modo tan cabal expresaba el sentimiento general, respondía a todo.

Sin embargo, el capitán Gould exigió que se tomase el desayuno y, en previsión de algún retraso, que se llevaran provisiones para varios días.

Tomóse rápidamente el desayuno. Apenas se habló para no perder tiempo. Después de cuatro meses pasados en el fondo de aquella bahía, era natural que Harry Gould y sus compañeros tuvieran prisa por saber si su situación se había mejorado y tal vez modificado por completo.

Por lo demás, siempre habría tiempo de volver si la meseta superior era tan árida como el litoral y si no se prestaba a una instalación para algún tiempo, o si desde la cúspide no se veía ninguna tierra próxima. Si los abandonados del *Flag* estaban en un islote o en una isla, regresarían a la gruta y tomarían las disposiciones necesarias para la invernada.

Realmente, antes de subir por aquella garganta, que no se sabía dónde terminaba, lo más razonable hubiera sido dejar que Harry Gould, Fritz y el contramaestre reconociesen si había en ella camino practicable. Pero nadie hubiera consentido en ello. Secreto presentimiento les arrastraba a todos a aquella tentativa. Jenny, Doll y Suzan no eran las que mostraban menor ardimiento, y puesto que no había ningún inconveniente para partir juntos, no hubo discusión sobre este punto.

Terminado el almuerzo, los hombres se cargaron con algunas provisiones. La primera gruta fue abandonada, y seguidos del albatros, que marchaba junto a Jenny, franquearon el orificio del corredor. Llegados a la entrada de la garganta, Fritz y François pasaron primero. Tras ellos Jenny, Doll y Suzan, que llevaba de la mano a Bob. El capitán Gould y James les siguieron, y John Block cerraba la marcha.

En su nacimiento la garganta era tan estrecha, que hubo que caminar en fila... Si se ensanchaba más lejos, irían de dos en dos o de tres en tres.

En realidad, aquel camino no era más que una hendedura del macizo, con dirección norte, entre dos paredes verticales de ochocientos a novecientos pies de altura.

Andando un centenar de pasos, casi en línea recta, el suelo presentó una pendiente bastante practicable, por lo que la ascensión no sería muy penosa. Verdad que se alargaría el camino, pues, admitiendo que terminara en la meseta, hubiera podido evitarse la diferencia de ochenta toesas que existía entre el nivel de la playa y la parte superior del acantilado. Aparte de esto, las sinuosidades de la garganta aumentaron sensiblemente el trayecto. Parecían las bruscas y caprichosas vueltas de un laberinto. Pero, por la luz que se propagaba de lo alto, Harry Gould podía creer que la dirección general de la garganta era de sur a norte. Las paredes laterales se separaban poco a poco, lo que haría más fácil la marcha.

A las diez fue necesario hacer alto para tomar aliento. Se detuvieron en una especie de ensanche semicircular, sobre el que aparecía un trozo de cielo.

Harry Gould calculaba en doscientos pies solamente la altura de aquel sitio sobre el nivel del mar.

—De modo —dijo— que nos serán precisas de cinco a seis horas para llegar a la meseta.

—Pues bien —dijo Fritz—. Será aún muy de día cuando lleguemos, y en caso de necesidad tendremos tiempo de bajar antes de la noche.

—Tenéis razón —respondió Harry Gould—. Pero ¿estamos seguros de que las

vueltas de esta garganta no prolongarán el camino?

—¿Y de que dé acceso al desfiladero? —añadió François.

—Que conduzca a la cúspide o a los lados del acantilado es igual —dijo el contraamaestre—. Aceptemos las cosas como son... En lo alto, si es en lo alto. En lo bajo, si es en lo bajo... Poco importa, después de todo.

Seguramente; ¡pero qué decepción y, como consecuencia de ella, qué desaliento, si, cerrado por obstáculo infranqueable, el camino no ofrecía salida afuera!

Tras un descanso de media hora, volvieron nuestros amigos a ponerse en marcha. La garganta, cada vez más sinuosa, y que medía ahora de diez a doce pies de anchura, estaba tapizada de arena, entreverada de piedrecillas, sin rastro de vegetación. Entonces pensaron todos que la cúspide debía de ser árida, pues algún grano, algún germen arrastrado por las lluvias hubiera echado raíces... Y ¡nada! ni una brizna de hierba ni un trozo de césped.

A las dos de la tarde hubo un nuevo alto, no solamente para descansar, sino también para tomar algún alimento. Sentáronse en un claro, sobre cuyas paredes pasaba el sol declinando al oeste. La altura alcanzada debía de ser entonces de setecientos a ochocientos pies desde el punto de partida, y de aquí la esperanza de que se podría llegar a la meseta superior.

Terminada la comida, dijo Fritz:

—Jenny, te suplico que te quedes aquí con *mistress* Wolston y Doll.

François os acompañará... El capitán Gould, John Block y yo procuraremos llegar a la cúspide del acantilado. No hay el temor de extraviarse... Volveremos a encontraros en este mismo sitio... Con esto os evitaréis fatigas tal vez inútiles.

Pero Jenny, apoyada por Doll y Suzan, suplicó con insistencia tal a su esposo, que éste tuvo que retirar su proposición, aunque Harry Gould la hubiera aprobado.

A las tres emprendióse de nuevo el camino, y desde el principio se advirtió que las dificultades aumentaban. Pendiente muy estrecha, suelo lleno de piedras, que hacían la ascensión muy penosa. Harry Gould y Fritz tomaban extremas precauciones ahora que la garganta, muy abierta, formaba una quebrada, cuyos taludes se alzaban todavía de doscientos a trescientos pies. Era preciso ayudarse los unos a los otros, tirándose del brazo. Por lo demás, todo parecía indicar que se llegaría a la meseta... El albatros, desplegando sus alas, se elevó de un salto como en invitación de que le siguieran. ¡Y que no fuera esto posible...!

Al fin, y después de grandes esfuerzos, un poco antes de las cinco todos estaban sobre el acantilado.

Nada ante ellos... Ni al sur... Ni al este... Ni al oeste. ¡Nada más que la inmensidad de la mar...!

Extendiéndose al norte, la meseta desenvolvía una extensión que era imposible de determinar, pues no se distinguía el pinito en que terminaba... ¿Sería preciso ir hasta

su extremidad pata encontrar el horizonte del mar?

En suma, aquello era una decepción para los que esperaban poner el pie en una región fértil, llena de árboles y verdor. La misma aridez, la misma desolación que en la bahía de las Tortugas, que era menos triste, si no menos estéril, puesto que el césped la tapizaba por todos lados y las plantas marinas no faltaban en sus arenosas márgenes. Además, al volverse a levante o a poniente, en vano se buscaban los perfiles de un continente o de una isla. Todo indicaba que se trataba de un islote solitario en medio de aquellos parajes. Ciertamente que, puesto que la mar no aparecía en dirección norte, la meseta se desarrollaba en una distancia de varias leguas... Y claro es que, para distinguirse la alta mar, sería preciso franquear esta distancia.

Ni una palabra fue pronunciada ni por el capitán Gould ni por sus compañeros ante el derrumbamiento de su última esperanza. Aquellas tristes soledades no ofrecían recurso alguno, y no había más sino desandar lo andado y regresar a la gruta, instalándose en ella durante los largos meses de la invernada, no esperando la salvación más que de fuera. Eran las cinco y no había tiempo que perder, pues pronto el sol desaparecería. Sin duda se tardaría menos tiempo en descender que el que se había empleado en subir, pero entre sombras no sería fácil caminar.

Ahora bien; puesto que quedaba por reconocer la parte septentrional de la meseta, ¿convenía hacerlo en lo que restaba de día o se debía acampar durante la noche entre las rocas? Esto último no hubiera sido prudente, pues sí cambiaba el tiempo sería difícil encontrar abrigo en ninguna parte. La prudencia exigía, pues, que se diese la vuelta, y cuanto antes mejor.

Fritz hizo entonces la proposición siguiente:

—Querida Jenny —dijo—. Lo más acertado será que François os acompañe a la gruta a ti, a Suzan, a Doll y al niño... El capitán Gould, John Block y yo quedaremos aquí, y mañana al amanecer acabaremos la exploración de estos lugares.

Jenny no respondió. Suzan y Doll la consultaron con la mirada.

—Lo que Fritz propone es lo prudente —añadió François—. Y además, ¿qué podemos esperar permaneciendo aquí?

Jenny seguía guardando silencio y observando el inmenso mar... Tal vez buscaban sus ojos un navío... El sol declinaba rápidamente entre las nubes que el viento impulsaba del norte, y para llegar a la bahía de las Tortugas en medio de la oscuridad, se necesitarían dos horas por lo menos.

Fritz añadió:

—Jenny... Yo te lo ruego... Vete... El día de mañana nos bastará... Por la noche estaremos de vuelta... y si hay motivo para que volvamos aquí... volveremos.

Jenny miró por última vez en torno a ella. Todos se habían levantado prestos a partir... El fiel albatros revoloteaba de roca en roca, mientras que los otros pájaros volaban en busca de las grietas del desfiladero.

La joven comprendía que era preciso seguir el consejo de su marido, y así es que dijo, no sin disgusto:

—Partamos.

—Partamos —repitió François.

De repente el contraмаestre se levantó de un salto, y poniéndose en la oreja la mano para escuchar mejor, atendió en dirección norte.

Una detonación, debilitada por la distancia, acababa de dejarse oír...

—¡Un cañonazo! —exclamó John Block.

XXVI

NADIE QUIERE ABANDONAR EL SITIO - LA NOCHE EN
LA MESETA - EN MARCHA HACIA EL NORTE - EL
MÁSTIL DEL PABELLÓN - LOS COLORES BRITÁNICOS -
EL VELO DE BRUMAS - UN GRITO DE FRITZ.

Todos inmóviles, con el corazón palpitante de emoción y la mirada fija en el horizonte del norte, escuchaban casi sin respirar. No... no era admisible que hubieran sido juguetes de una ilusión... Algunas lejanas descargas sonaron aún, traídas por los débiles soplos del viento.

—¡Es un barco que pasa al largo de esta costa! —dijo al fin Harry Gould.

—Sí... Esos cañonazos no pueden provenir más que de un navío —respondió John Block— y cuando llegue la noche ¿quién sabe si veremos sus fuegos...?

—Sin embargo, ¿por qué no han de venir de tierra esos cañonazos? —hizo observar Jenny.

—¿De tierra, mi querida Jenny? —respondió Fritz—. ¿Suponemos que haya una tierra cercana a este islote?

—Yo creo más bien que un barco se encuentra en alta mar, al norte —repitió el capitán Gould.

—¿Y con qué objeto hubiera disparado? —preguntó James.

—En efecto..., ¿por qué? —repitió Jenny.

Admitiendo la última hipótesis, era preciso deducir que el navío no debía de estar muy lejos del litoral. Tal vez en plenas tinieblas se distinguiría la luz de las descargas si éstas continuaban. Tal vez pronto se verían sus fuegos de posición. Verdad que, como los cañonazos sonaban de la parte norte, el barco podía no ser visto, pues la mar no se distinguía de este lado.

Y ahora no se trataba ya de aventurarse a través de la quebrada, ni volver a la bahía de las Tortugas. Hiciese el tiempo que hiciese, todos permanecerían en aquel lugar hasta el día. Desgraciadamente, en el caso de que un navío descendiese por el oeste o por el este, no sería posible, por falta de leña, encender fuego en la cúspide del acantilado a fin de ponerse en comunicación con él.

La verdad era que aquellas lejanas detonaciones habían removido hasta el fondo del ser a los que acababan de oírlas. Parecía como si ellas les hubiesen unido a sus semejantes y que aquel islote estuviera menos abandonado.

Y entonces acometióles un irresistible afán de discutir nuevas probabilidades, en las que veían su salvación. Lo que hubieran deseado sin esperar al día siguiente,

hubiera sido ganar la extremidad de la meseta y observar en dirección norte aquella parte del mar de donde habían partido los cañonazos. Pero la tarde avanzaba, y no tardaría la noche, una noche sin luna, sin estrellas, espesada por las nubes bajas que el viento empujaba hacia el sur... Y en medio de la sombra, ¿cómo arriesgarse entre las rocas? Lo que ya sería difícil de día, sería imposible por la noche.

Al fin, decididos a instalarse en aquel sitio, se hicieron los preparativos necesarios para ello. Después de explorar el terreno, el contraamaestre acabó por encontrar un espacio entre dos bloques, donde Jenny, Suzan y Doll y el niño podrían tenderse a falta de hierba. Allí había un refugio contra el viento si refrescaba, y aun contra la lluvia si caía en aquel sitio.

En primer lugar sacáronse las provisiones de los sacos, y cada cual comió a su gusto. Había víveres para varios días, y tal vez no sería preciso volver a la gruta a renovarlos. Además, no debía pensarse en la vuelta a la bahía de las Tortugas.

La noche era cerrada, interminable noche cuyas largas horas no olvidaría ninguno de los naufragos, a excepción de Bob, que se durmió en los brazos de su madre. Reinaba profunda oscuridad, y por la parte del mar, los fuegos de un navío hubiesen sido vistos a varias leguas.

El capitán Gould y la mayor parte de los suyos insistieron en permanecer en pie hasta el alba. Sus miradas escudriñaban incesantemente el este, el oeste, el sur, con la esperanza de que un barco pasase ante el islote, aunque con el temor de que lo dejase atrás.

Si los naufragos hubieran estado en aquellos momentos en la bahía de las Tortugas, habrían encendido una hoguera en la cúspide del promontorio... Allí, donde estaban, era imposible.

Ninguna luz brilló antes del alba; ninguna detonación turbó el silencio de aquella noche; ningún navío se mostró a la vista del islote.

Así es que el capitán Gould, Fritz, François y el contraamaestre se preguntaban si no se habían engañado; si no habrían tomado por descargas de artillería lo que podía ser el ruido lejano de la tempestad.

—No... No... —aseguraba Fritz—. No hemos podido equivocarnos. Es el cañón lo que ha sonado en dirección norte, a bastante distancia.

—Estoy seguro de ello —respondía el contraamaestre.

—¿Pero, por qué han sonado esos cañonazos? —repetía James Wolston.

—Para saludar o para defenderse —decía Fritz—. No conozco otra circunstancia en que se haga uso de la artillería.

—Tal vez —observó François— ha habido un desembarco y ataque de salvajes en este islote.

—En todo caso —respondió el contraamaestre—, no son salvajes los que han disparado esos cañonazos.

—¿Estará, pues, el islote habitado por americanos o europeos? —dijo James.

—En primer lugar, ¿esto es sólo un islote? —respondió el capitán Gould—. ¿Sabemos lo que hay más allá del acantilado? ¿No estamos sobre una isla..., una gran isla...?

—¿Una gran isla en estos parajes del Pacífico? —preguntó Fritz—. ¿Cuál...? Yo no la conozco.

—En mi opinión —dijo John Block, no sin buen sentido—, es inútil la discusión. Lo cierto es que ignoramos si esta tierra es un islote o una isla del océano Pacífico o del océano Índico. Un poco de paciencia hasta el día, que no tardará, e iremos a ver lo que hay por la parte norte.

—Tal vez todo... tal vez nada —dijo James.

—Y bien —replicó el contramaestre—, algo será el saberlo.

A las cinco de la mañana empezó a amanecer. El tiempo estaba en calma, pues el viento había caído durante la segunda parte de la noche.

A las nubes que la brisa empujaba, había sustituido una cortina de brumas, que el sol traspasó al fin. El espacio se aclaraba poco a poco. La raya de fuego, claramente dibujada al este, se extendió redondeándose sobre la línea formada por el agua y el cielo. El disco solar apareció proyectando sus rayos luminosos en la superficie del mar.

Las miradas se dirigieron ávidamente a la parte visible del océano.

Ningún navío se mostraba a lo lejos.

En este instante Jenny. Doll y Suzan Wolston, que llevaba a su hijo de la mano, se reunieron con el capitán Gould.

El albatros iba y venía, saltando de roca en roca, y alejándose en dirección norte como si indicara el camino.

—Parece que nos muestra el camino —dijo Jenny.

—Es preciso seguirle —añadió Dolí.

—Pero no sin haber almorzado —respondió Harry Gould—; tal vez tendremos que caminar durante algunas horas, y conviene tomar fuerzas.

Almorzaron rápidamente, pues la impaciencia era grande, y antes de las siete se habían puesto en camino, siguiendo la dirección norte.

El camino, entre las rocas, fue de los más penosos. Se saltaba sobre las pequeñas y se daba vuelta a las grandes. A la cabeza de los expedicionarios, el capitán Gould y el contramaestre indicaban los pasos practicables. Tras ellos iban Fritz ayudando a Jenny, François a Doll y James a Suzan y al niño. En ninguna parte encontraba el pie arena ni hierba. No había allí más que un amontonamiento caótico, vasta extensión cubierta de bloques graníticos. Por encima pasaban los pájaros, gaviotas y golondrinas de mar, a cuyo vuelo el albatros unía a veces el suyo.

Fue preciso hacer alto para descansar un poco.

Fritz propuso entonces adelantarse con el capitán Gould y John Block. Esto evitaría a los demás nuevas fatigas.

Esta proposición fue rechazada por todos. No se separarían... Todos querían estar juntos en el momento en que la mar apareciese al norte... si es que aparecía.

A las nueve se continuó la marcha. La bruma atemperaba los ardores del sol, que en aquella época hubieran sido irresistibles sobre aquel terreno pedregoso, herido perpendicularmente por ellos al mediodía.

Desarrollándose hacia el norte, la meseta se ensanchaba por las partes este y oeste, y el mar, visible hasta entonces en estas dos últimas direcciones, acabaría por ocultarse... Por lo demás, ni un árbol, ni trazas de vegetación, la misma esterilidad, la misma soledad... Aquí y allá, en la parte norte, se dibujaban algunas tumescencias.

A las once una especie de cono mostró su cima desnuda que dominaba aquella parte de la meseta en unos trescientos pies.

—Ésa es la cumbre a la que tenemos que subir —dijo Jenny.

—Sí —respondió Fritz—, y desde allí nuestra mirada se extenderá sobre horizonte más amplio; pero tal vez sea ruda la ascensión.

Sí... Sin duda, pero era tal el irresistible deseo de conocer definitivamente la situación, que nadie hubiera querido quedar atrás, por grande que fuera la fatiga. ¡Quién sabía, sin embargo, si aquellas pobres gentes no iban a encontrar otra decepción que disiparía su última esperanza!

Se continuó el camino con dirección hacia el cono, distante entonces unos tres cuartos de legua. ¡Qué de dificultades a cada paso, y cuán lenta fue la marcha por entre aquellos centenares de bloques que era preciso rodear o franquear! Camino de cabras monteses más que de peatones. El contramaestre cargó con Bob. Fritz y Jenny, François y Doll, James y Suzan iban juntos con el fin de ayudarse en los pasos peligrosos.

Eran más de las dos de la tarde cuando llegaron a la base del cono. Fue preciso descansar, pues se había tardado tres horas en franquear mil quinientas toesas desde la parada anterior.

Veinte minutos después, la ascensión comenzó.

Seguramente el capitán Gould tenía el pensamiento de rodear el cono a fin de evitar una subida demasiado fatigosa; pero se reconoció que la base era impracticable... Después de todo no se trataba más que de una ascensión de trescientos pies.

Al principio, entre las rocas, el pie pudo encontrar apoyo sobre un suelo donde vegetaban mezquinas plantas, a las que la mano podía agarrarse.

Media hora bastó para llegar a la mitad del cono. Entonces Fritz, que iba delante, lanzó un grito de sorpresa.

Todos se detuvieron, mirándole.

—¿Qué hay allí? —dijo él señalando con la mano a la cúspide...

En aquel sitio, en efecto, y entre las últimas rocas, se alzaba un palo de cinco a seis pies.

—Será una rama de un árbol despojada de sus hojas —dijo François.

—No... No es una rama —dijo el capitán Gould.

—Es un bastón... Un bastón de viaje —afirmó Fritz—, un bastón que ha sido colocado en ese sitio.

—Y al que se ha fijado un pabellón —añadió el contramaestre—, y el pabellón está ahí todavía.

¡Un pabellón en la cima de aquel cono!

Sí... y el viento comenzaba a desplegar el pabellón, cuyos colores no se podían apreciar a aquella distancia.

—¡Hay, pues, habitantes en este islote! —exclamó François.

—No hay duda. Está habitado —afirmó Jenny.

—Y si no lo está, es, por lo menos, cierto que se ha tomado posesión de él —dijo Fritz.

—¿Pero, qué islote es éste? —preguntó James Wolston.

—O más bien: ¿de quién es ese pabellón? —añadió Harry Gould.

—¡El pabellón inglés! —gritó el contramaestre—. ¡Ved el color rojo con el yate en el ángulo!

El viento acababa de desplegarlo y se vio que era el pabellón de la Gran Bretaña.

Entonces todos se lanzaron de roca en roca. Ciento cincuenta pies les separaban aún de la cúspide, pero ya no sentían cansancio, no pensaban tomar aliento, y subían sin detenerse arrastrados por sobrehumano empuje.

Al fin, a las tres, el capitán Gould y sus compañeros estaban reunidos en la punta del cono.

¡Qué descorazonamiento experimentaron cuando sus miradas se dirigieron hacia el norte!

Espesa bruma se extendía hasta perderse de vista. Imposible reconocer si la meseta terminaba por aquella parte en un acantilado vertical, como en la bahía de las Tortugas, o si se prolongaba más allá. A través de la espesa neblina nada se distinguía. Sobre la zona de los vapores, en el cielo brillaban aún los rayos del sol.

Pues bien: no se abandonaría aquel sitio, aunque fuera preciso permanecer en él hasta el siguiente día; se acamparía allí en espera de que el viento disipase la niebla. ¡No! Nadie volvería atrás sin haber observado el islote en su parte septentrional.

¿No era el pabellón británico el que flotaba a impulso del viento? ¿No indicaba que aquella tierra ocupaba su sitio en la nomenclatura geográfica, y que ahora debía figurar en los mapas ingleses?

¡Quién sabía si los cañonazos oídos la víspera no procedían de barcos ingleses

que al pasar saludaban al pabellón inglés! ¡Quién podía asegurar que no existiese un puerto de escala en aquella parte del litoral, y que algunos barcos no estaban anclados en él!

En fin, aun en el caso de que aquella tierra no fuera más que un islote, ¿había que extrañar que, dada su situación, entre los límites del océano Índico y el océano Pacífico, la Gran Bretaña hubiera tomado posesión de él...? Y... ¿por qué no había de pertenecer esta tierra al continente australiano, en aquella parte, poco conocida que se unía al dominio británico? Todas estas hipótesis se presentaban a la imaginación; eran expuestas y discutidas... y ¡con qué impaciencia esperaban todos el momento en que se hiciera luz en el asunto!

En este instante se oyó un grito de pájaro, seguido de rápido batir de alas.

Era el albatros de Jenny que tendía el vuelo y se dirigía hacia el norte.

¿Dónde iba el pájaro...? Su partida produjo tristeza y angustia... Parecía como si les abandonase...

Entretanto avanzaba el tiempo y los intermitentes soplos del viento no lograban disipar las brumas. ¿Llegaría la noche antes de que el horizonte del norte se hubiese revelado a las miradas de nuestros amigos?

No estaba perdida toda esperanza... Como los vapores comenzaban a descender, Fritz pudo advertir que el cono dominaba, no un acantilado, sino grandes pendientes, que, probablemente, se extenderían hasta el nivel del mar.

Después aumentó el viento, los pliegues del pabellón se extendieron, y a ras de la bruma se pudo observar el talud en un centenar de pies.

No era un montón de rocas, sino el reverso de unas montañas, donde aparecía una vegetación que los ojos no habían visto desde hacía muchos meses.

¡Con qué avidez miraron todas aquellas extensiones de verdor, aquellos arbustos, áloes, lentiscos y mirtos que por todas partes aparecían! Seguramente no se aguardaría a que la neblina se hubiera disipado por completo, y era menester llegar a la base de aquella montaña antes de que la noche la envolviera en sus sombras.

Pero he aquí que a ochocientos o novecientos pies más abajo, entre las desgarraduras de los vapores, aparecieron los altos árboles de un bosque, que se extendía varias leguas... Después una fértil llanura sembrada de árboles y macizos, con amplios campos y praderas, atravesados por ríos, el principal de los cuales se dirigía al este hacia una bahía del litoral.

Al mismo tiempo al levante y al poniente la mar continuaba hasta el horizonte sin faltar más que hacia el norte para formar aquella tierra... no un islote... sino una isla... una gran isla.

En fin, a mayor distancia dibujábanse las vagas líneas de un baluarte rocoso, que corría de oeste a este... ¿Era una costa?

—¡Partamos...! ¡Partamos! —exclamó Fritz.

—Si... partamos... —repitió François—. Antes de la noche estaremos allá abajo...

—Y la pasaremos al abrigo de los árboles —dijo el capitán Gould.

Jenny iba a reunirse con Fritz para suplicarle que no se retrasase más tiempo cuando los últimos vapores se disiparon. El océano apareció entonces en toda su inmensidad a distancia de siete a ocho leguas.

¡Una isla...! ¡Era una isla!

Pudo entonces verse que la costa se recortaba por tres bahías de desigual extensión, la más considerable al noroeste, la mediana al norte y la más pequeña al nordeste.

El brazo de mar que daba acceso a este sitio terminaba en dos lejanos cabos, uno de los cuales se apoyaba en un promontorio bastante elevado.

A lo largo ninguna tierra... Ni una vela en el horizonte.

Descendiendo de nuevo al sur, la mirada era detenida a dos leguas de allí por la cúspide del acantilado que cerraba la bahía de las Tortugas.

¡Qué contraste entre la árida región que el capitán Gould y sus compañeros acababan de recorrer y la que ahora se extendía ante sus ojos! Veían un campo fértil y variado, con bosques y praderas, presentando por todas partes la exuberante vegetación de las zonas tropicales. Por lo demás, no había rastro de cabaña, ni casa... Y entonces un grito... un grito de revelación repentina, que no hubiera podido contener, se escapó del pecho de Fritz, mientras tendía los brazos hacia el norte.

—¡La Nueva Suiza!

—¡Sí...! ¡La Nueva Suiza! —exclamó a su vez François.

—¡La Nueva Suiza! —exclamaron con voz alterada por la emoción Jenny y Dolí.

Ante ellos, más allá del bosque y de las llanuras veían la barrera rocosa, el baluarte donde se abría el desfiladero de Cluse, sobre el valle de Grünthal. ¡Y más allá estaba la Tierra Prometida, con sus bosques, sus granjas, y el arroyo de los Chacales...! ¡Falkenhorst en medio de sus macizos de nopales... Felsenheim y los árboles de su cercado! La bahía de la derecha era la bahía de las Perlas... y más lejos, como un punto negro, la Roca Humeante, coronada de vapores volcánicos... y la bahía de los Nautilos, de donde se proyectaba el cabo de la Esperanza Perdida, y al fin la bahía del Salvamento, defendida por el islote del Tiburón... ¿Y por qué los cañonazos que se oyeron no habían de haber sido disparados por la batería del islote, puesto que no se veía navío alguno ni en la bahía, ni en alta mar?

¡Penetrados de indescriptible alegría, con el corazón palpitante y los ojos llenos de lágrimas de gratitud, todos se unieron a François en la oración que se elevó al cielo!

XXVII

UNA GRUTA AL PIE DE LA CORDILLERA - RECUERDOS
DEL PASADO - POR EL BOSQUE - CAPTURA DE UN
ANTÍLOPE - EL RÍO MONTROSE - EL VALLE DE
GRÜNTAL - EL DESFILADERO DE CLUSE - UNA
NOCHE EN EBERFURT.

La gruta en la que *mister Wolston*, Ernest y Jack habían pasado la noche cuatro meses antes, cuando su excursión a la *montaña*, la *víspera* del día en que el pabellón inglés se arbolaba en la cúspide del pico Jean Zermatt, estaba llena aquella noche de la más viva y legítima animación. La alegría se desbordaba. Si al llegar la noche nadie dormía, no era debido al insomnio, a disgustos ni tristezas, sino a la agitación de espíritu, al tumulto de las ideas provocadas por los últimos sucesos.

Después de dar las gracias al cielo, el capitán Gould, Fritz, François, James, el contraamaestre, Jenny, Doll y Suzan Wolston no permanecieron un minuto más en la cima del cono. Faltaban dos horas para la noche, y este tiempo era bastante para llegar al pie de la cordillera.

—Sería asombroso —dijo Fritz— que no encontráramos alguna cueva donde refugiarnos todos.

—Y si no la encontramos dormiremos bajo los árboles..., ¡bajo los árboles de la Nueva Suiza! —respondió François, que no pudo por menos de repetir este nombre, bendecido por todos.

—Repítelo... repítelo, querida Doll —añadió—. ¡Quiero oírlo otra vez!

—Sí... ¡La Nueva Suiza! —dijo la joven, cuyos ojos brillaban de alegría.

—¡La Nueva Suiza! —repitió a su vez Jenny, estrechando la mano de Fritz.

Hasta Bob se hizo eco de este nombre, lo que le valió numerosos besos.

—Amigos míos —dijo el capitán Harry Gould—, si decidimos bajar al pie de la montaña no hay tiempo que perder.

—¿Y comer? —preguntó John Block.

—Dentro de cuarenta y ocho horas estaremos en Felsenheim —afirmó François.

—Además, la caza abunda en los campos de la Nueva Suiza —añadió Fritz.

—Pero ¿cómo cazar sin fusil? —preguntó Harry Gould—. Por diestros que sean Fritz y François, supongo que haciendo solamente el ademán de disparar...

—¡Bah! —respondió Fritz—. ¡Tenemos buenas piernas...! Ya veréis, capitán... Mañana, antes del mediodía, tendremos buena y verdadera carne en vez de esta carne

de tortuga...

—Fritz... No hablemos mal de las tortugas, aunque sólo sea por gratitud —dijo Jenny.

—Tienes razón, querida esposa...; pero partamos... Bob no quiere estar aquí más tiempo... ¿Verdad, Bob?

—No... no... —respondió el niño—. Si papá y mamá vienen conmigo.

—Sí... contigo irán —aseguró Jenny—, y no serán los últimos que se pongan en camino.

—¡Partamos! ¡Partamos!

Tal fue el grito general.

—Y pensar —dijo con malicia el contramaestre—, pensar que allá abajo... al sur... dejamos una hermosa playa donde abundan las tortugas y los moluscos... una hermosa gruta donde hay provisiones para varias semanas, y en esa gruta tenemos hermosas camas de hierba... y que vamos a abandonar todo esto por...

—Más tarde volveremos a buscar nuestros tesoros —dijo Fritz.

—Sin embargo... —insistió John Block.

—¿Quieres callar, maldito? —ordenó el capitán riendo.

—Me callo, mi capitán... y sólo pido añadir dos palabras.

—¿Cuáles?

—¡En marcha!

Siguiendo su costumbre, Fritz se puso a la cabeza; los otros se agruparon como en otras ocasiones lo habían hecho. Después de bajar sin dificultades por los flancos del cono, llegaron al pie de la montaña. Un feliz instinto, verdadero sentido de orientación, les había hecho tomar el camino que mister Wolston, Ernest y Jack habían seguido, y eran apenas las ocho cuando estuvieron en el límite del extenso bosque.

En fin, por una no menos dichosa casualidad (¿por qué extrañarse de ello si se había entrado en el período de la buena suerte?), el contramaestre descubrió la gruta en la que *mister* Wolston y los dos hermanos habían encontrado refugio. Poco importaba que fuese de reducidas dimensiones desde el momento en que bastaba para albergar a Jenny, a Dolí, a Suzan y a Bob. Los hombres dormirían al raso, Por las cenizas de su hogar se comprendió que la gruta había sido ocupada antes.

¿De modo que *monsieur* Zermatt, Wolston, Ernest y Jack. tal vez las dos familias, habían atravesado el bosque y subido al cono sobre el que floraba el pabellón británico? ¿Quizá, de retrasarse unos o adelantarse otros hubieran podido encontrarse en aquel sitio!

Después de la comida, y dormido Bou en un rincón de la gruta, la conversación, no obstante la fatiga de la jornada, recavo sobre los incidentes del *flag*.

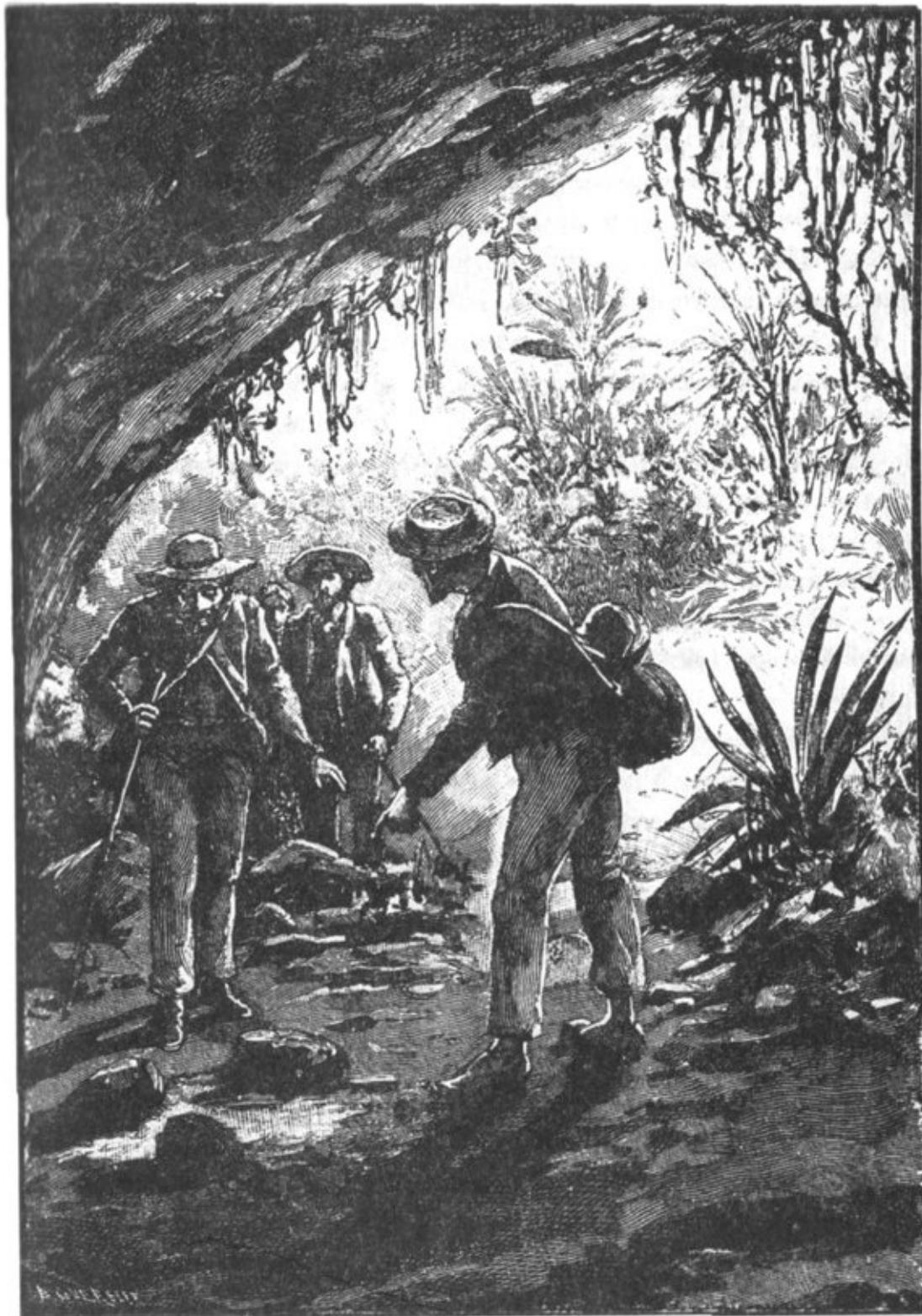
Sí... Durante los ocho días que el capitán Gould, el contramaestre, Fritz. François

y James estuvieron presos, el navío se había dirigido hacia el norte. Esto no podía explicarse más que por la persistencia de los vientos contrarios, pues el interés de Robore Borupt y de la tripulación era llegar a los lejanos mares del Pacífico. Si no lo habían hecho, era por no habérselo permitido el tiempo. Todo indicaba que el *flag* se había dirigido hacia los parajes del océano Índico, en la proximidad de la Nueva Suiza. Teniendo en cuenta el tiempo transcurrido y la dirección seguida desde que la chalupa fue abandonada, era evidente que dicho día Harry Gould, y sus compañeros debían de encontrarse más que a unas cien leguas de la isla que tan lejos suponían toda vez que tras una semana de navegación la chalupa arribaba a la Nueva Suiza.

Fritz y François no conocían esta parte del sur del litoral. ¿Quién hubiera podido imaginar que existía tan gran diferencia entre la rica comarca situada al norte de la cordillera y la árida meseta que se extendía desde el cono hasta el mar?

De esta manera se explicaba igualmente la llegada del albatros.

Después de la marcha de Jenny Montrose el pájaro habría, probablemente, vuelto a la Roca Humeante, de donde a veces volaría a las costas de la Nueva Suiza, sin llegar a Falkenhorst o Felsenheim... Realmente el fiel pájaro había tenido mucha parte en la salvación común pues a él se debía el descubrimiento de la segunda gruta donde lo había acompañado Bob y por consecuencia el del paso que terminaba en la meseta.



¡Sí! Tal era el encadenamiento de circunstancias y hechos en los que los corazones, llenos de gratitud, veían la intervención de la Providencia. Verdad que, a pesar de tantas pruebas y miserias, aun ante la terrible amenaza de una invernada, jamás habían perdido su confianza en Dios.

Esta conversación se prolongó mucho tiempo; pero al fin, venció el cansancio y las últimas horas de la noche se dedicaron al sueño. Al amanecer se pusieron en

camino con tanta alegría como impaciencia.

Tras los restos del hogar en la gruta los expedicionarios iban a encontrar nuevas huellas en el bosque y en el campo. La hierba hundida y las ramas despojadas indicaban el paso de los animales rumiantes o fieras; pero encontrando algunos vestigios de campamento era imposible engañarse.

—Además —dijo Fritz—, ¿quiénes sino mi padre, mis hermanos y *mister Wolston* hubieran podido colocar el pabellón en la cúspide del cono?

—¡A no ser que él haya ido a plantarse solo...! —respondió riendo ti contra maestre.

—¡Lo que no sería muy asombroso en un pabellón inglés! —añadió François en el mismo tono—, pues son innumerables los sitios en que parece haberse plantado solo.

El capitán Gould sonrió al escuchar esta salida. Sin embargo, por muy dotado de cualidades vegetativas que esté el pabellón de la Gran Bretaña, no había duda de que el del cono lo había arbolado la mano del hombre; de donde resultaba que *monsieur Zermatt* y los suyos habían hecho una excursión hasta la cordillera por el camino más corto, y lo más sencillo era seguir sus huellas.

Guiados por Fritz, sus compañeros bajaron las primeras pendientes, que el bosque cubría en parte.

No parecía probable que hubiera obstáculos ni peligros en el trayecto entre la cordillera y la Tierra Prometida. La distancia entre ambos puntos se podía calcular en unas ocho leguas. Haciendo cuatro por día, con un descanso de dos horas al mediodía, y durmiendo durante la noche, no sería imposible llegar al día siguiente por la tarde al desfiladero de Cluse, y desde el desfiladero a Felsenheim o a Falkenhorst, sería cuestión de algunas horas.

—¡Ah! —decía François—. Sí contáramos no más que con nuestros dos valientes búfalos *Sturm* y *Brummer*, o con *Rash*, el onagro de Fritz, o con *Brausewind*, el avestruz de Jack, con sólo un día de camino estaríamos ante Felsenheim.

—Segura estoy —respondió Jenny bromeando— de que François se habrá olvidado de echar al correo la carta en que decíamos que nos enviasen esos bichos.

—¡Cómo, François! —añadió Fritz—. ¡Tú...! ¡Un hombre tan serio... tan cuidadoso!

—¡No! —respondió François—. Jenny ha sido la que se ha olvidado de atar una carta a la pata de su albatros antes de que éste tendiera el vuelo.

—¡Qué aturdida soy! —dijo la joven.

—Puede —dijo Doll— que el mensajero hubiera llevado el mensaje a su dirección.

—¡Quién sabe! —respondió François—. ¡Es tan extraordinario cuanto ahora nos sucede!

—En fin —dijo el capitán Gould—, puesto que no podemos contar ni con *Sturm*, ni con *Brummer*, ni con *Rash*, ni con *Brausewind*, lo mejor es no contar más que con nuestras piernas...

—Y alargar el paso —concluyó John Block.

Partieron con la intención de no detenerse hasta el mediodía.

De vez en cuando, James, François y el contraamaestre llevaban a Bob en brazos, aunque el niño quería caminar. No hubo, pues, retraso en lo que duró la travesía del bosque.

Mientras caminaban, James y Suzan Wolston, que no conocían nada de las maravillas de la Nueva Suiza, no cesaban de admirar aquella poderosa vegetación, muy superior a la de la colonia del Cabo.

¡Y no estaban más que en la parte de la isla abandonada a sí misma, en la que la mano del hombre no había transformado nada! ¿Qué sería, pues, cuando visitasen la región cultivada del distrito, las granjas de Eberfurt, de Zuckertop, de Waldegg, de Prospect-Hill, aquel rico dominio de la Tierra Prometida?

La caza abundaba: agutíes, pécaris, cabieles, antílopes, conejos, y también avutardas, perdices, gallos salvajes, pintadas, ortegas y ánades. Fritz y François tenían motivo para lamentar la falta de sus fusiles de caza. ¡Ah, si los perros *Braun* y *Falb*, y aun el viejo *Turco*, saltasen, a su lado! Y hasta si el águila de Fritz no hubiese muerto y estuviera con su amo, no habría tardado mucho en cazar media docena de tan hermosas piezas, Pero como los cobayos, los pécaris y agutíes no les esperaban, todas las tentativas que se hicieron no produjeron resultado en la primera etapa, y probablemente nuestros amigos se verían reducidos a devorar, en la próxima comida, el resto de las provisiones.

No sucedió así. Véase por qué feliz incidente la cuestión de la alimentación quedó resuelta.

A las once, Fritz, que marchaba delante, hizo señal de detenerse en el límite de un pequeño claro, atravesado por un estrecho río, a orillas del que bebía un animal de gran talla.

Era un antílope. Si lograban apoderarse de él, tendrían carne sana y apetitosa.

Lo más sencillo pareció cercar el claro sin dejarse ver, y cuando el antílope intentase salir cerrarle el camino, aun a riesgo de recibir algunas cornadas, y después sujetarlo y echarlo por tierra.

Era esta operación difícil de ejecutar sin que la advirtiera un animal de vista tan aguda, oído tan fino y tan sutil olfato.

Mientras Jenny, Simón, Doll y Bob permanecían aparte tras unas matas, Fritz, François, James, el capitán. Gould y el contraamaestre, que no poseían más armas que sus cuchillos, comenzaron a cercar el claro, ocultándose tras los árboles.

El antílope continuaba bebiendo tal el arroyo sin mostrar inquietud cuando Fritz

surgió repentinamente lanzando un gran grito.

El animal se irguió, tendió el cuello y se lanzó al bosque, encontrándose con François y John Block, que lo esperaban cuchillo en mano. Si no conseguían impedir que saltase por encima de sus cabezas, el animal estaría pronto libre.

La bestia salto; peto habiendo tornado mal la distancia, cayó, derribando al contraamaestre, e intentando levantarse de nuevo para huir a través del bosque, donde no quedaría probabilidad de capturarlo.

En este instante llegó Fritz, y arrojándose sobre el antílope le hundió el cuchillo en el costado. No hubiera bastado el golpe de no secundarle Harry Gould con otro en la garganta.

El animal quedó inmóvil sobre las ramas, mientras el contraamaestre se levantaba lentamente.

—¡Bestia del diablo! —exclamó John Block, que sólo había recibido algunas contusiones—. ¡He sentido más de un golpe de mar, pero ninguno me ha hecho rodar de este modo!

James, Jenny, Doll y Suzan acababan de acercarse.

—Espero que no sera grave el daño, Block —dijo Harry Gould.

—No. Algunos arañazos, y esto no vale la pena, mi capitán... Lo desagradable y hasta humillante es haber sido derribado de este modo.

—Pues bien, en compensación se os reservará el mejor trozo —dijo Jenny.

—No, madame Zermatt: prefiero el que me hizo caer por tierra... y como fue la cabeza del animal, pido comerme su cabeza.

Se despedazó al antílope, separando las partes comestibles. Asegurado el alimento hasta el día siguiente por la noche... no había que preocuparse por este punto antes de la llegada al desfiladero de Cluse.

Fritz y François no tenían necesidad de recibir lecciones tratándose de preparar la caza, pues habían adquirido teoría y practica durante los once años de cazadores, a través de los campos y montes de la Tierra Prometida, Además, tampoco era torpe el contraamaestre en estos menesteres, y en la ocasión presente parecía experimentar cierto placer vengándose de la bestia despojándola. En menos de un cuarto de hora, los pemiles, costillas y otros sabrosos bocados estaban en disposición de ser puestos sobre las brasas.

Como era cerca del mediodía, pareció conveniente acampar en el claro donde el nos suministraría agua limpia y fresca. Harry Gould y James encendieron luego, y sobre las brasas Fritz colocó los mejores trozos del antílope, dejando a Suzan y Doll el cuidado de vigilar el asado.

Por feliz casualidad, Jenny acababa de descubrir gran cantidad de raíces, que asadas bajo las cenizas son comestibles, y que completarían el almuerzo de aquel día.

Nada más delicado que la carne de antílope, a la vez tierna y sabrosa. Fue un

verdadero regato para todos.

—¡Qué bueno es —exclamó John Block— comer al fin carne de verdad... que ha andado, en vez de arrastrarse pesadamente por el suelo...!

—No hablemos mal de las tortugas —respondió el capitán—, ni aun para celebrar los méritos del antílope.

—*Mister Gould* tiene razón —añadió Jenny—. Sin estas excelentes bestias, ¿de qué nos hubiéramos alimentado desde nuestra llegada a la isla, y qué hubiera sido de nosotros?

—Entonces... ¡vivan las tortugas! —exclamó el contraamaestre—, pero dadme otra chuleta.

Terminado el sabroso almuerzo, volvieron a ponerse en camino.

No había instante que perder para que la jornada de la tarde completase las cuatro leguas del día.

Seguramente, de haber estado solos Fritz y François, hubieran caminado por la noche sin concederse punto de reposo. Tal vez tuvieron la tentadora idea de hacerlo así, pues a la tarde del siguiente día hubieran llegado a Felsenheim. Pero sabiendo que no les dejarían adelantarse solos, no se atrevieron a proponerlo a sus compañeros.

Además, ¡qué alegría llegar juntos al fin tan deseado...! ¡Arrojarse todos en los brazos de aquellos parientes y amigos que les aguardaban hacía tanto tiempo, que tal vez desesperaban de volverlos a ver! ¡Con qué emoción, con qué explosión de alegría exclamationarían!

—¡Aquí estamos! ¡Aquí estamos!

La segunda parte de la jornada se efectuó en las mismas condiciones que la primera, en forma de no agotar las fuerzas de las mujeres, y, sin incidente digno de relatarse, a las cuatro de la tarde los viajeros llegaron a la orilla del bosque. Fértil campo se extendía más allá. La vegetación era únicamente debida al poder productivo del suelo. Verdes praderas, bosques y grupos de árboles se extendían hasta la entrada del valle de Grünthal.

Algunas manadas de ciervos y gamos pasaban a lo lejos. No se trató de darles caza. Viéronse también numerosos avestruces, cuya presencia trajo a la memoria de Fritz y de François su expedición a los alrededores de la torre de los Árabes.

Varios elefantes aparecieron igualmente. Caminaban con reposado andar; ¡y qué miradas de envidia les hubiera arrojado Jack, de estar allí!

—Durante nuestra ausencia —dijo Fritz— es posible que Jack haya logrado capturar algún elefante y domesticarlo, como hicimos nosotros con *Sturm*, *Brummer* y *Leichtfuss*.

—Es posible —respondió Jenny—. Después de catorce meses de ausencia, es de esperar que encontraremos grandes novedades en la Nueva Suiza...

—¡Nuestra segunda patria! —dijo François.

—Yo me figuro —dijo Dolí— que posee otras casas... otras granjas... tal vez un pueblo.

—¡Eh! —dijo el contraamaestre—. Yo me contentaré con lo que veamos... y no creo que haya en vuestra isla campo más hermoso que éste...

—Esto no es nada comparado con la Tierra Prometida, *mister* Block —afirmó Dolí.

—Nada —añadió Jenny—; y sí *monsieur* Zermatt le ha dado este nombre bíblico, es porque lo merece; y nosotros, más favorecidos que los hebreos, vamos a poner el pie en la tierra de Canaán.

John Block tuvo que dejarse convencer de la verdad de tales elogios.

A las seis Fritz organizó la parada de la noche, aunque con disgusto suyo y de su hermano, pues los dos hubiesen doblado la jornada hasta el valle de Grünthal. En aquella época el tiempo no amenazaba modificarse y el frío no era de temer. El capitán Gould y sus compañeros habían, más bien, sentido calor durante la jornada, a pesar del abrigo que en las horas del mediodía les prestaron los grandes árboles. Más allá, algunos bosques aislados habían permitido caminar a la sombra, sin apartarse mucho del camino derecho, y por consecuencia, sin experimentar grandes retrasos.

Ante el hogar formado de leña seca, preparóse la comida como la de la mañana. Aquella noche no había gruta en que cobijarse, pero el natural cansancio les haría dormir a todos.

Sin embargo, por prudencia, Fritz y François quisieron vigilar. Con la oscuridad, algunos rugidos se dejaban oír a lo lejos, y no había que olvidar que las fieras frecuentaban aquella parte de la isla.

Al siguiente día, al amanecer, se volvió a emprender el camino. Era fácil franquear el desfiladero de Cluse en la segunda jornada si no se presentaba ningún obstáculo en aquel camino, donde seguían apareciendo huellas de fecha reciente.

Aquel día no ofreció la marcha mayores dificultades que el anterior. Se caminaba de unos a otros macizos para defenderse de los rayos solares.

Después del almuerzo, a orillas de un río de nueve a diez toesas de anchura y de rápido curso, que huía hacia el norte, no hubo más que seguir por la ribera izquierda.

Ni Fritz ni François conocían este río, puesto que en sus excursiones nunca llegaron a la parte central de la isla. No sospechaban, en verdad, que hubiera va recibido nombre; que se llamase el río Montrose, como tampoco conocían el del pico de Jean Zermatt, sobre el que flotaba el pabellón británico. ¡Qué satisfacción sentiría Jenny cuando supiera que aquel río, uno de los más importantes de la Nueva Suiza, llevaba el nombre de su familia!

Después de una hora de marcha, se alejaron del Montrose, que torcía bruscamente hacia el este. Dos horas más tarde, Fritz y François, que se habían adelantado, ponían el pie en un sitio ya conocido por ellos.

—¡El valle de Grünthal! —exclamaron todos, saludándolo efusivamente con un viva.

Era, en efecto, el valle de Grünthal, y no había más que subir hasta el parapeto que cerraba la Tierra Prometida para encontrarse en el desfiladero de Cluse.

Esta vez, ninguna consideración, ni la fatiga ni el hambre hubieran podido detener a ninguno de ellos. Tras Fritz y François todos avanzaban con rápido paso, aunque el camino fuera difícil. Iban como empujados por misteriosa tuerza, ya cerca del Pin al que habían desesperado llegar.

¡Ah! ¡Si por buena suerte *monsieur* Zermatt y *mister* Wolston estuvieran en Eberfurt, y sus familias les acompañasen como era costumbre en la buena estación!

Pero, como vulgarmente se dice, esto hubiera sido demasiada dicha, y ni el mismo John Block la esperaba. Al fin, el extremo noroeste del valle de Grünthal apareció junto a la muralla de rocas, y Fritz se dirigió al desfiladero.

Las vigas de la entrada estaban en su sitio, sólidamente sujetas a los intersticios de las rocas, de forma que resistieran los esfuerzos de los más vigorosos cuadrúpedos.

—¡He aquí nuestra puerta! —exclamó Fritz.

—Sí —dijo Jenny—; ¡la puerta de esta Tierra Prometida, donde viven todos los que amamos!

No había más que separar un madero.

Al fin, el desfiladero fue franqueado, y todos experimentaron el sentimiento de que entraban en su casa en aquella casa, de la que hacía tres días se creían a centenares y centenares de leguas.

Fritz, François y John Block volvieron a colocar las vigas en su sitio, a fin de que no pudieran pasar por allí ni las fieras ni los paquidermos.

Eran las siete y media, la noche caía con la rapidez propia de las zonas tropicales, cuando Fritz y sus compañeros llegaron a Eberfurt.

No había nadie en la granja; lo que no era para disgustar, ni para causar sorpresa.

La casita estaba en buen estado. Abiertas las puertas y ventanas, se procedió a una instalación que no debía prolongarse más de diez horas.

Siguiendo la costumbre de *monsieur* Zermatt, la casa estaba dispuesta para recibir a las dos familias, que la visitaban vanas veces por año. Las alcobas fueron destinadas a Jenny, Dolí, Suzan, Bob y al capitán Gould. El suelo, cubierto de hierbas secas, bastaría a los otros para aquella última noche que precedía al regreso.

Por lo demás, en Eberfurt había siempre provisiones para una semana.

Jenny no tuvo más que el trabajo de abrir los grandes cestos de paja, que encerraban víveres de distinta especie, sopa, cazabe o harina de yuca, carne y pescado en conserva. Frutas había de distinta especie: higos, mangos, bananas, peras, manzanas; y no era preciso más que dar algunos pasos para cogerlos de los árboles, lo mismo que para hacer abundante recolección de legumbres en el huerto.

No hay que decir que la cocina estaba provista de los utensilios necesarios. Encendióse un buen fuego, y sobre él colocóse la olla, sacando el agua de una derivación del río Oriental, que alimentaba el depósito de la granja. Lo que particularmente regocijó a todos, fue el poder regalarse con algunos vasos de vino de palma.

—¡Vaya... vaya! —exclamo el contraamaestre—. Hacía tiempo que estábamos a régimen de agua clara.

—Así es que vamos a hacer los honores a este vino —exclamó Fritz.

—Todos los honores que queráis —respondió el contraamaestre—. Nada más agradable que beber a la mutua salud con este excelente vino del país.

—Bebamos, pues... —dijo François—. ¡Bebamos a la dicha de volver a ver a nuestros parientes y amigos en Falkenhorst o en Felsenheim!

Al chocarse los vasos, tres burras fueron lanzados en honor de las familias Zermatt y Wolston.

—A decir verdad —hizo observar John Block—, hay en Inglaterra muchas posadas que no valen lo que la casa de Eberfurt.

—Y notad, Block —añadió Fritz—, que aquí el hospedaje no cuesta nada.

Terminada la comida, Jenny, Doll, Suzan y el niño en una alcoba, el capitán Gould en otra, Fritz, François, James y el contraamaestre sobre el suelo, fueron a tomar el descanso, de que tanta necesidad tenían tras una jornada tan fatigosa.

Aquella noche se pasó en las mejores condiciones de seguridad, y todos durmieron sin pausa hasta la salida del sol.

XXVIII

PARTIDA PARA FALKENHORST - EL CANAL -
INQUIETUD - EL CORRAL DEVASTADO - LA MORADA
AÉREA - EN LA CIMA DEL ÁRBOL - DESESPERACIÓN -
UNA HUMAREDA SOBRE FELSENHEIM - ¡ALERTA!

Al día siguiente, a las siete, después de un almuerzo compuesto de los restos de la víspera con el aditamento de la despedida —un vaso de vino de palma—, Fritz y sus compañeros abandonaron Eberfurt.

Llenos de impaciencia, se proponían andar en menos de tres horas las tres leguas que les separaban de la granja de Falkenhorst.

Porque, efectivamente, hacia Falkenhorst, y no sin razón, decidió Fritz dirigirse.

Existía otro camino: el que unía la granja de Waldegg, al extremo del lago de los Cisnes, pero hubiera alargado la jornada. Lo más corto era caminar en línea recta hacia Falkenhorst, de donde se bajaría a Felsenheim, siguiendo la hermosa avenida que bordeaba la ribera hasta la desembocadura del arroyo de los Chacales.

—Posible es —dijo Fritz— que nuestras familias estén actualmente instaladas en su casa aérea...

—Y si así es —añadió Jenny—, tendremos el placer de abrazarlas una hora antes...

—Y tal vez antes —respondió Dolí—, si tenemos la buena suerte de encontrarlas en el camino...

—¡Con tal que no estén veraneando en Prospect-Hill! —observó François—. Entonces nos veríamos obligados a subir hasta el cabo de la Esperanza Perdida...

—¿No es desde ese cabo —pregunto el capitán Gould—, desde el que *monsieur* Zermatt debe espiar la llegada de la *Licorne*?

—Ese es capitán —respondió Fritz—, y como la corbeta ha debido de terminar sus reparaciones, no puede tardar en estar a la vista de la isla...

—Sea lo que sea —dijo el contramaestre—, en mi opinión, lo mejor que podemos hacer es partir... Sí en Falkenhorst no hay nadie, iremos a Felsenheim; y si aquí tampoco hay nadie, iremos a Prospect-Hill o a otra parte... Pero... ¡andando...!

Los utensilios de cocina y los útiles para el cultivo no faltaban en Eberfurt, pero Fritz había buscado inútilmente armas y municiones de caza. Cuando su padre y hermanos iban a la granja llevaban sus fusiles, pero por prudencia nunca los dejaban allí. Por lo demás, desde el momento en que ni los tigres, ni los leones, ni las panteras podían franquear el desfiladero de Cluse, no había temor de atravesar el distrito de la

Tierra Prometida. Seguramente el viaje ofrecía más peligros entre el pico Jean Zermatt y el valle de Grünthal. Un sendero propio para carros —¡cuántas veces había pasado por el de *monsieur* Zermatt, arrastrado por los búfalos y el onagro!— aparecía entre los campos cultivados y en plena vegetación y los verdes macizos de árboles. La prosperidad de aquel suelo regocijo a los ojos, y el capitán Gould, el contraamaestre, James y Suzan Wolston que por vez primera veían aquella región, estaban maravillados. ¡Sí...! ¡Los colonos podían emigrar a ella, pues bastaría para alimentar a centenares de ellos, como la isla a miles...!

Tras hora y media de marcha, y casi en la mitad del camino de Eberfurt a Falkenhorst hizo alto durante unos minutos ante un río cuya existencia no conocía.

—Esto es nuevo... —dijo.

—Ciertamente —respondió Jenny—. No recuerdo que hubiera un río en este sitio...

—¡Este río mas bien parece un canal! —hizo observar el capitán Gould.

En efecto un canal hecho por la mano del hombre.

—Tenéis razón capitán —dijo Fritz—, *mister* Wolston habrá tenido la idea de derivar las aguas del arroyo de los Chacales, con objeto de alimentar el Lago de los Cisnes y mantener el nivel de éste durante la estación cálida, lo que permite regar los alrededores de Waldegg...

Como se sabe, Fritz no se engañaba.

—Sí —continuó François—. Debe de ser vuestro padre, querida Doll, quien ha tenido esta idea y la ha puesto en práctica...

Tampoco François se engañaba.

—¡Oh! —dijo Doll—. En mi opinión, algo habrá contribuido a esta obra vuestro hermano Ernest...

—Sin duda. Nuestro sabio Ernest —añadió Fritz.

—Y ¿por qué no el intrépido Jack y también *monsieur* Zermatt? —preguntó el capitán Gould.

—¡Entonces, toda la familia! —dijo riendo Jenny.

—Sí... ¡Las dos familias que ahora no forman más que una! —respondió Fritz.

El contraamaestre intervino, según su costumbre, con una observación de las mas justas.

—Si aquel o aquellos que han construido este canal —dijo— han hecho bien, aquel o aquellos que permiten que sea atravesado arrojando sobre él un puentecillo, merecen también elogios... Pasemos, pues, y continuemos nuestro camino.

Franqueado el puentecillo, entraron en la parte más espesa del bosque, del que salía el riachuelo que vertía sus aguas cerca de Falkenhorst, un poco mas abajo del islote de la Ballena.

Para ser verídicos, conviene advertir que Fritz y François, con el oído alerta,

buscaban percibir algún lejano ladrido o algún escopetazo... ¿Qué hacía Jack, el furioso cazador, si no cazaba en tan hermosa mañana? Precisamente la caza se levantaba en todas direcciones, huía por entre las matas y se dispersaba de árbol en árbol... De tener fusiles, los dos hermanos hubieran hecho doble golpe varias veces. Les parecía que el pelo y la pluma no habían sido nunca abundantes en el distrito.

Sus compañeros demostraban verdadera sorpresa.

Pero, salvo el piar de los pajarillos, el canto de las perdices y avutardas, y a veces los rugidos de los chacales, no se percibía el ruido de detonación alguna ni el ladrido del perro en persecución de la caza.

Verdad que Falkenhorst se encontraba aún a una legua larga, y bien podía suceder que la familia estuviera instalada todavía en Felsenheim.

Pasado el río de Falkenhorst, siguióse por la orilla derecha hasta la entrada del bosque, al extremo del cual se alzaba el gigantesco nopal, cuyas ramas bajas soportaban la casa aérea. Medía hora era suficiente para atravesar dicho bosque.

Probablemente ni *madame* ni *monsieur* Zermatt, ni Ernest ni Jack, ni *mister* Wolston, ni su mujer ni su hija debían de estar en Falkenhorst. Parecía imposible que ya no se hubieran encontrado huellas que indicasen su presencia... ¿*Turco*, *Falb*, *Braun*, no hubieran sentido la proximidad de sus amos? ¿No hubiesen anunciado con alegres ladridos la vuelta de los ausentes?

Profundo silencio reinaba bajo los grandes árboles, silencio que no dejaba de producir vaga inquietud. Cuando Fritz miraba a Jenny, leía en los ojos de ésta un sentimiento de ansiedad, que realmente no tenía justificación. François, presa de excitación nerviosa, iba y volvía sobre sus pasos.

Todos sentían lo mismo. Dentro de diez minutos estarían en Falkenhorst... ¿Diez minutos...? ¿No era como si ya hubieran llegado?

—Seguramente —dijo el contraamaestre, que pretendía que los espíritus reaccionasen— nos veremos obligados a descender por vuestra hermosa avenida de árboles hasta Felsenheim... Un retraso de una hora... esto es todo... ¿Y qué vale después de tan larga ausencia...?

Se apresuró el paso... Algunos instantes después aparecieron la orilla del bosque y el gigantesco nopal en medio del corral, cerrado con una empalizada que limitaba un seto vivo.

Fritz y François corrieron a la puerta colocada en mitad del seto.

Esta puerta estaba abierta, y se pudo notar que había sido medio arrancada de sus goznes.

Los dos hermanos penetraron en el corral deteniéndose junto al estanque central.

La casa estaba desierta.

Del corral y de los establos no se escapaba ningún ruido, por más que las vacas, cameros y aves fueran sus huéspedes durante el verano. Bajo los cobertizos y en gran

desorden, que contrastaba con los cuidadosos hábitos de *madame Zermatt*, *mistress Wolston* y su hija, veíanse diversos objetos, cajas, instrumentos de cultivo, etcétera.

François corrió a los establos...

No contenían más que algunas brazadas de hierba seca en los pesebres.

¿Era que aquellos animales habían forzado las puertas del cercado? ¿Erraban por el campo? No... Puesto que ni uno de ellos había sido visto en los alrededores de Falkenhorst... Después de todo, podía ser que, por una u otra razón, hubieran sido llevados a otras granjas; y sin embargo, esta explicación no satisfacía a nadie.

Como se recordará, la granja de Falkenhorst comprendía dos pisos: el uno, dispuesto entre las ramas del nopal y el otro entre las raíces que formaban arco en su base. Sobre éstas, y construidas con cañas de hambres que sostenían el techo, había una terraza con barandilla; terraza que cubría varios cuartos, separados por tabiques fijados en las raíces, y bastante espaciosos para que cupiesen las dos familias.

Este primer piso estaba tan silencioso como los artejos del corral.

—¡Entremos! —dijo François con alterada voz.

Siguiéronle los demás... De todas las bocas se escapó un grito... Palabra no pudo pronunciarla ninguno... Los muebles estaban derribados, las sillas; y mesas tiradas... los cofres abiertos... la ropa blanca sobre el suelo, los utensilios por los rincones. Parecía como si la casa hubiera sido entregada al pillaje... De las reservas de víveres que generalmente había en Falkenhorst nada quedaba. En el almiar, ni rastro de heno... En la bodega, vacíos los barriles de vino, cerveza y licores. Ni un arma, a excepción de una pistola cargada, que el contraamaestre recogió y se puso en el cinto; y sin embargo en Falkenhorst se dejaban siempre carabinas y fusiles durante la época de la caza.

Fritz, François, Jenny... todos quedaron aterrados ante el inesperado desastre... ¿Había sucedido lo mismo en las demás granjas, y únicamente la de Eberfurt había quedado libre del pillaje...? ¿Y quiénes eran los que lo habían realizado...?

—Amigos míos —dijo el capitán Gould—. Ha sucedido una desgracia, pero tal vez no es tan grande como parecéis temer...

Nadie respondió. Fritz, François y Jenny tenían el corazón herido... Después de poner la planta en la Tierra Prometida, cuando la alegría se desbordaba de su alma... ¿qué encontraban en Falkenhorst...? ¡La ruina y el abandono...!

¿Qué había sucedido? ¿La Nueva Suiza había sido invadida por una banda de esos piratas, tan numerosos en aquella época en el océano Indico, donde las islas Andamán y Nicobar les ofrecían seguro refugio? ¿La familia había podido abandonar a tiempo Felsenheim, retirándose a alguna otra parte del distrito y hasta huir de la isla? ¿Habían caído en manos de los piratas o habían sucumbido procurando defenderse?

En fin; última pregunta: ¿el suceso había acaecido algunos meses antes, algunas

semanas o algunos días, y hubiera sido posible evitarlo, de llegar la *Licorne* en el plazo fijado?

Jenny se esforzaba por contener sus lágrimas, mientras que Suzan y Doll sollozaban. François quería lanzarse en busca de su padre, de su madre, de sus hermanos, y fue menester que Fritz le contuviera. Harry Gould y el contraamaestre, después de haber salido varias veces de la casa para visitar la empalizada, habían vuelto sin haber visto nada que pudiera aclarar las dudas de todos.

Preciso era, no obstante, tornar alguna resolución. ¿Convenía permanecer en Falkenhorst y esperar allí los acontecimientos, o era preferible bajar a Felsenheim sin saber a qué atenerse? ¿Convendría efectuar un reconocimiento dejando a Jenny, a Doll y a Suzan Wolston al cuidado de James, mientras que Fritz, François, Harry Gould y John Block iban a la descubierta, ya por la avenida del litoral ya a través del campo?

En todo caso era menester salir de aquella incertidumbre, aunque la verdad de los hechos robase la última esperanza.

Y Fritz respondió indudablemente al sentimiento general cuando dijo:

—Procuremos llegar a Felsenheim...

—Y partamos... —exclamó François.

—Yo os acompañaré —declaró el capitán Gould.

—Y yo también —añadió John Block.

—Sea —respondió Fritz—; pero James quedará con Jenny. Doll y Suzan, que estarán seguras en lo alto de Falkenhorst...

—Subamos todos primero —propuso John Block—, y desde arriba tal vez veremos algo...

Era lo más indicado antes de hacer exploraciones por fuera. Desde la cima del nopal la mirada se extendía por una parte de la Tierra Prometida y de la mar en su parte este, y abrazaba también unas tres leguas del litoral comprendido entre la bahía del Salvamento y el cabo de la Esperanza Perdida.

—¡Arriba! ¡Arriba! —respondió Fritz al oír la proposición del contraamaestre.

El piso, establecido entre las ramas del árbol, había escapado a la devastación gracias al espeso ramaje del nopal que lo ocultaba a las miradas. La puerta que daba acceso a la escalera que subía por el interior del tronco no mostraba señales de violencia, siendo, por lo demás, poco visible en el fondo de la última habitación.

François hizo saltar la cerradura de la puerta.

En pocos instantes todos subieron por la escalera, alumbrados por las rendijas del tronco, llegando al balcón circular resguardado por una cortina de hojas.

Fritz y François se apresuraron a penetrar en el interior de la primera habitación.

Ni ésta ni las contiguas presentaban señal de desorden. Los lechos estaban en buen estado; los muebles en su sitio. Esto confirmaba que los bandidos no habían

podido descubrir la puerta de abajo. El piso, se repite, no había sido advertido por estar oculto entre las ramas del nopal y ser espesísimo el follaje.

Jenny visitó con Doll y Suzan aquellas alcobas que tanto conocía y que varias veces había habitado con la familia.

Verdaderamente parecía que *madame* Zermatt y *mistress* Wolston lo habían ordenado todo la víspera. Se encontró carne, fiambre, harina, arroz, conservas, líquidos para una semana, conforme a la costumbre seguida lo mismo en Falkenhorst que en las granjas de Waldegg, Eberfurt. Prospect-Hill y Zuckertop.

Verdad que en aquella situación nadie pensaba en la cuestión de víveres. Lo que preocupaba, lo que desesperaba, era el abandono en que se encontraba Falkenhorst, en pleno verano, y el pillaje de que los compartimientos del corral habían sido teatro.

Vueltos al balcón, Fritz y el contraamaestre se izaron hasta las ramas superiores del nopal, a fin de dominar con la vista el mayor espacio posible.

Al norte se desarrollaba la línea de la costa que terminaba en el cabo de la Esperanza Perdida, en la colma donde se elevaba Prospect-Hill. Pero en esta dirección la mirada era detenida por los macizos, y no podía pasar de la granja de Waldegg. Nada sospechoso se advirtió.

Al oeste, más allá del canal que ponía en comunicación el arroyo de los Chacales y el lago de los Cisnes, se extendía la comarca regada por el río de Falkenhorst, cuyo puentecillo habían atravesado Fritz y sus compañeros. Comarca tan desierta como la que se desarrollaba al oeste hasta el desfiladero de Cluse.

Al levante se alargaba el vasto brazo de mar comprendido entre el cabo de la Esperanza Perdida y el cabo del Este, tras el cual aparecía la bahía de la Licorne, No se veía una sola vela, ni una embarcación a lo largo del litoral. Nada más que la extensión líquida, de la que emergía al nordeste el escollo sobre el que, en otro tiempo, naufragó el *Landlord*.

Cuando las miradas se volvieron al sur no pudieron distinguir a distancia de una legua más que la entrada de la bahía del Salvamento, junto al baluarte que protegía la casa de Felsenheim.

Verdad que de esta casa y de sus dependencias nada se percibía, a excepción de la cima verde de los árboles del huerto, y, subiendo al oeste, la línea luminosa que indicaba el curso del arroyo de los Chacales.

Fritz y John Block descendieron al balcón después de diez minutos consagrados a este primer examen. Utilizando el catalejo que *monsieur* Zermatt dejaba siempre en Falkenhorst, habían mirado atentamente en dirección a Felsenheim y al litoral.

A nadie vieron... Era de creer que las dos familias no estaban en la isla.

Era posible que *monsieur* Zermatt y los suyos hubiesen sido conducidos por los salteadores a alguna granja de la Tierra Prometida, y aun quizás a otra parte de la Nueva Suiza. Sin embargo, a esta hipótesis hizo Harry Gould una objeción a la que

hubiera sido difícil responder:

—Esos salteadores, sean los que sean —dijo—, han debido venir por mar y acostar en la bahía del Salvamento. Pero no hemos visto ninguna de sus embarcaciones... De aquí que hay que suponer que han partido de nuevo... Llevándose tal vez...

Nadie osó responder al capitán... Lo más grave era que Felsenheim no parecía tampoco habitado... Desde la cima del árbol no se veía humareda alguna sobre las plantaciones del huerto.

Harry Gould emitió entonces la idea de la posibilidad de que las dos familias hubiesen abandonado voluntariamente la Nueva Suiza en vista de que la *Licorne* no había llegado en la época fijada.

—¿Y cómo? —preguntó Fritz, que hubiese querido asirse a esta esperanza.



—A bordo de un navío llegado a estos parajes —respondió Harry Gould—. Ya en alguno de los que han debido ser enviados de Inglaterra, ya en otro cualquiera al que los azares de la navegación hayan conducido a vista de la isla...

Esta explicación era admisible en cierto modo. Pero ¡cuántas razones había para que el abandono de la Nueva Suiza no fuera debido a esta circunstancia!

Fritz dijo entonces:

—No hay que dudar... Exploremos...

—¡Vamos! —respondió François.

En el momento en que Fritz se disponía a bajar, Jenny le detuvo diciendo:

—¡Una humareda! Me parece distinguir una humareda que se eleva sobre Felsenheim.

Fritz tomó el catalejo, y dirigiéndolo al sur miró durante un minuto.

Jenny tenía razón. Una columna de humo, visible entonces, se distinguía sobre las rocas que por la parte de atrás limitaban Felsenheim.

—¡Allí están! ¡Allí están! —gritó François—. Ya debiéramos estar a su lado.

Nadie lo dudó. Había tal necesidad de asirse a una esperanza, que todo fue olvidado... la soledad de los alrededores de Falkenhorst, el pillaje del corral, la ausencia de los animales domésticos, los establos vacíos, el piso bajo devastado... todo.

Sin embargo, la razón volvió a algunos; por lo menos al capitán y al contraamaestre... Evidentemente el humo que se percibía indicaba que en aquel momento había gente en Felsenheim... ¿pero quién era esta gente? ¿No serían los salteadores...? De aquí la conveniencia de acercarse con toda prudencia... Quizá lo mejor sería no seguir la avenida que descendía al arroyo de los Chacales.

Caminando a campo través, de macizo en macizo, había probabilidades de llegar al fin sin ser descubiertos.

En fin, todos se disponían ya a abandonar la morada aérea cuando Jenny dijo, bajando el catalejo que acababa de pasear por la parte de la bahía:

—Y la prueba de que las dos familias están allí... de que no han abandonado la isla, es que el pabellón flota sobre el islote del Tiburón.

Así era la verdad... Aún no se había visto aquel pabellón blanco y rojo, que no obstante se desplegaba sobre la batería... ¿Pero daba esto la seguridad de que *monsieur Zermatt*, *mister Wolston*, sus mujeres y sus hijos no hubiesen abandonado la isla? ¿Es que por costumbre el pabellón no flotaba siempre en aquel sitio?

No se discutió sobre este punto... Antes de una hora todo se explicaría en Felsenheim.

—¡Partamos! ¡Partamos! —repetía François, y se dirigió a la escalera.

—¡Esperad! ¡Esperad! —dijo de pronto el contraamaestre en voz baja.

Se le vio subir por el balcón en la parte que daba a la bahía del Salvamento. Después de separar las hojas, pasó por entre ellas su cabeza y la retiró precipitadamente.

—¿Qué hay? —preguntó Fritz.

—Los salvajes —respondió John Block.

XXIX

DIVERSAS HIPÓTESIS - LO QUE HABÍA QUE HACER - EL
ISLOTE DEL TIBURÓN - RECONOCIMIENTO HASTA LA
PLAYA - UNA CANOA ABANDONADA - EL EMBARQUE -
¡NO TIRAR!

Eran entonces las dos y media de la tarde. El follaje del nopal era tan espeso, que los rayos del sol, casi perpendiculares, no conseguían traspasarlo. Fritz y sus compañeros no corrían el riesgo de ser vistos en la morada aérea de Falkenhorst, desconocida aún por los salvajes que habían desembarcado en la isla.

Cinco hombres, medio desnudos, de piel negra, como los naturales de Australia Occidental, armados de arcos y flechas, avanzaban por la avenida. No podía dudarse de que en la Tierra Prometida hubiera más de su especie. ¿Pero, qué había sido de *monsieur* Zermatt y de los suyos? ¿Habían podido huir...? ¿Habían sucumbido en la lucha?

No podía, en efecto, suponerse, como hizo notar John Block, que el número de los indígenas llegados a la isla se redujese a aquella media docena de hombres. Con tal inferioridad numérica nada hubieran podido hacer contra *monsieur* Zermatt, los dos hijos de éste y *mister* Wolston, aun en el caso de una sorpresa.

Se trataba de toda una banda, a bordo de su flotilla de piraguas, que había invadido la Nueva Suiza. Flotilla que, al presente, sin duda estaba anclada en la ensenada con la chalupa y la pinaza; y si no se la veía desde lo alto de Falkenhorst, era porque por esta parte la mirada era detenida por la punta de la bahía del Salvamento.

¿Y dónde estaban las familias Zermatt y Wolston? Toda vez que no se las había hallado ni en Falkenhorst ni en sus alrededores, ¿debía deducirse que estuvieran prisioneras en Felsenheim, que no hubieran tenido ni tiempo ni posibilidad de buscar refugio en las otras granjas, o que habían sido sacrificadas por los salvajes?

Todo se explicaba ahora: las devastaciones de Falkenhorst, el abandono en que se encontraba la parte de la Tierra Prometida, entre el canal del lago de los Cisnes y el litoral, Fritz, François y Jenny no podían recibir golpe más duro; lo mismo que James, su mujer y su hermana. ¿Cómo conservar una esperanza que no fuese muy débil? Así es que mientras Harry Gould y el contramaestre no perdían de vista a los salvajes, los otros daban curso a sus lágrimas y a su desesperación.

Quedaba una última hipótesis: ¿se habrían refugiado las dos familias en la parte oeste, más allá de la bahía de las Perlas? Suponiendo que hubiesen visto las piraguas

desde lejos, a través de la bahía del Salvamento, ¿no habían tenido tiempo para huir, llevándose armas y provisiones...? Ninguno se atrevía a creerlo.

Harry Gould y John Block continuaban observando a los salvajes que se acercaban. ¿Se disponían a penetrar en el corral primero, y después en la casa ya visitada y saqueada por ellos? ¿No se podía temer que al cabo descubriesen la puerta de la escalera? En este caso, puesto que los salvajes no eran más que cinco o seis, no costaría mucho trabajo desembarazarse de ellos; al aparecer en la plataforma, sorprendidos uno a uno, serían arrojados por la balaustrada... Una caída de cuarenta a cincuenta pies...

—¡Y si después del salto —dijo el contraamaestre— les quedan piernas para ir a Felsenheim, será que estos animales tienen más de gatos que de monos!

Cuando llegaron al final de la avenida los cinco hombres, se detuvieron. Fritz, Harry Gould y Block no perdieron uno solo de sus movimientos... ¿Qué iban a hacer en Falkenhorst? ¿No descubrirían la casa aérea y también a los que entonces la ocupaban...? ¿Y no vendrían en mayor número haciendo imposible la resistencia?

Franqueado el claro, los salvajes se dirigieron a la empalizada, a la que dieron la vuelta. Tres de ellos se introdujeron en el corral, colocándose bajo un cobertizo de la izquierda, del que salieron en seguida, llevando algunos aparejos de pesca que había en este sitio.

—¡Mal educados están esos canallas! —murmuró el contraamaestre—. Ni siquiera piden permiso...

—¿Tendrán alguna canoa en la playa e irán a pescar? —dijo Harry Gould.

—No tardaremos en saberlo, mi capitán —respondió John Block.

Los tres hombres acababan de reunirse con sus compañeros; y siguiendo por una senda bordeada de espinos, que limitaba la ribera derecha del río de Falkenhorst, descendieron hacia la mar.

No se les perdió de vista hasta el momento en que llegaron a la quebrada, por la que corría el río hasta su desembocadura en la bahía de los Flamencos.

Pero cuando dieron la vuelta por la izquierda ya no fueron visibles y sólo podrían serlo si ganaban la alta mar... Era probable que tuviesen una embarcación en la playa, como también que se sirviesen de ella habitualmente para la pesca en los alrededores de Falkenhorst.

Mientras que Harry Gould y John Block quedaban en observación, Jenny, dominando el dolor, que en Doll y Suzan se manifestaba por suspiros y lágrimas, dijo a Fritz:

—Amigo mío... ¿qué hacemos?

Fritz miró a su esposa sin saber qué responder.

—Eso es lo que vamos a decidir —declaró el capitán Gould—. Pero, antes de nada, diré que me parece inútil que permanezcamos en el balcón, donde corremos el

peligro de ser descubiertos.

Una vez en el interior de la casa, y mientras Bob, fatigado por la larga jornada, dormía en una alcoba próxima, dijo Fritz, respondiendo a la pregunta que momentos antes le había hecho su esposa:

—Querida Jenny... No... No se ha perdido toda esperanza de encontrar a nuestras familias. Es posible... muy posible que no hayan sido sorprendidas... Mi padre y *mister* Wolston habrán visto a lo lejos las piraguas de los salvajes... Tal vez han tenido tiempo de refugiarse en alguna de las granjas, y quizás en el fondo de los bosques de la bahía de las Perlas, donde los salvajes no se habrán aventurado. Al abandonar la granja de Eberfurt, después de atravesar el canal, no hemos encontrado huella de su paso... Mi opinión es que no han intentado alejarse del litoral.

—Así me parece también a mí —añadió Harry Gould—, y a mi juicio, *monsieur* Zermatt y *mister* Wolston han huido con sus familias.

—Sí... ¡Yo lo afirmaré...! —declaró Jenny—. ¡Querida Doll... Suzan, no os desesperéis... no lloréis más! ¡Volveréis a ver a vuestro padre, a vuestra madre, como nosotros, Fritz, volveremos a ver a los tuyos... y a los vuestros, James!

Expresábase la joven con convicción tan grande, que, oyéndola, volvía a todos la esperanza. François tomó una de las manos de ella, y le dijo:

—¡Dios habla por tu boca, querida Jenny!

Reflexionando bien en el caso, como dijo el capitán, era poco probable que Felsenheim hubiera sido sorprendido por el ataque de los naturales, puesto que las piraguas no podían haber atracado de noche en aquella tierra que ellos desconocían. Habrían arribado durante el día, ya por el este, ya por el oeste, dirigiéndose a la bahía del Salvamento; y, teniendo en cuenta la disposición del brazo de mar comprendido entre el cabo del Este y el cabo de la Esperanza Perdida, lo lógico era que hubieran sido vistas por *monsieur* Zermatt y *mister* Wolston, Ernest o Jack, con tiempo suficiente para buscar refugio en cualquier otra parte de la isla.

—Además —añadió Fritz—, si el desembarco de esas gentes es reciente, tal vez nuestras familias no estarían en Felsenheim. ¿No es ésta la época en que teníamos la costumbre de visitar nuestras granjas? Si no los hemos encontrado en Eberfurt, tal vez estén en Waldegg, en Prospect-Hill, en Zuckertop...

—Dirijámonos primero a Zuckertop —propuso François.

—Así lo debemos hacer... pero no antes de la noche... —respondió John Block.

—¡Sí...! ¡Al instante... al instante...! —repitió François, que no quería escuchar nada—. Yo puedo ir solo... Dos leguas y media de ida, y otro tanto de vuelta... En tres horas vuelvo y sabremos a qué atenernos...

—¡No, François, no...! —dijo Fritz—. Yo te suplico que no te separes de nosotros... Sería una imprudencia... Y si es preciso, como hermano mayor, ¡te lo mando!

—Fritz... ¿tú quieres impedirme...?

—Quiero impedirte que cometas una imprudencia.

—François... François... —dijo Doll con suplicante voz—. ¡Escuchad a vuestro hermano...! ¡Yo os lo ruego!

François, resuelto a partir, se preparaba a bajar.

—¡Sea...! —dijo el contraamaestre, que creyó deber intervenir—. Puesto que hay pesquisas que practicar, hagámoslas sin esperar a la noche... Pero ¿por qué no ir todos juntos a Zuckertop?

—Venid... —dijo François.

—Mas —añadió el contraamaestre dirigiéndose a Fritz—, ¿es que debemos dirigirnos a Zuckertop?

—¿Dónde, si no? —preguntó Fritz.

—¡A Felsenheim! —respondió John Block.

Y este nombre produjo el resultado de cambiar el curso del debate.

Realmente, si *monsieur Zermatt* y *mister Wolston*, sus mujeres y sus hijos habían caído en manos de los naturales, y sus vidas habían sido respetadas, allí debían encontrarse, puesto que la humareda percibida indicaba que Felsenheim estaba habitado.

—¿Ir a Felsenheim...? Bien... —respondió el capitán Harry Gould—. ¿Pero ir todos...?

—¿Todos...? No... —respondió Fritz—. Dos o tres de nosotros, y cuando llegue la noche.

—¿Cuándo llegue la noche...? —repuso François, cada vez más obstinado en su idea—. Yo voy ahora...

—Pero mientras sea de día, ¿cómo esperas escapar de esos salvajes que rodean los alrededores? —dijo Fritz—. Y si lo consigues, ¿cómo entrarás en Felsenheim si ellos lo ocupan en este momento?

—No lo sé, Fritz, pero lograré enterarme de si nuestras familias están allí, y después volveré.

—Mi querido François —dijo Harry Gould—, comprendo vuestra impaciencia y participo de ella. Pero debéis rendiros a nuestra opinión, que está dictada por la prudencia. Si esos salvajes se apoderan de vos, dada la señal de alarma se pondrían en nuestra busca, y no estaríamos seguros ni en Waldegg ni en ninguna parte.

En efecto, la situación sería muy comprometida, y allí donde se refugiaran Fritz y sus compañeros, los indígenas acabarían por descubrirlos.

Fritz consiguió hacer entrar en razón a su hermano, y éste se sometió a la autoridad del que tal vez era el jefe de la familia.

Se esperaba, y cuando llegase la noche, François y el contraamaestre abandonarían Falkenhorst. Era mejor que fuesen dos los que practicasen aquel reconocimiento, que

presentaba bastantes peligros. Deslizándose a lo largo del seto vivo que bordeaba la avenida, ambos procurarían llegar al arroyo de los Chacales. Si el puente estaba quitado, pasarían a nado el río e intentarían penetrar por el huerto en el cercado de Felsenheim.

Por una de las ventanas sería fácil ver si la familia estaba allí encerrada. Si no lo estaba, François y John Block volverían a Falkenhorst y se procuraría llegar a Zuckertop antes del amanecer.

¡Con qué lentitud transcurrieron las horas! El capitán Gould y sus compañeros nunca se habían sentido más enervados, ni aun cuando el abandono de la chalupa en aquellos parajes desconocidos, ni cuando la barca se hizo pedazos contra las rocas de la bahía de las Tortugas, ni cuando los naufragos, y entre ellos tres mujeres y un niño, se vieron amenazados de una invernada sobre aquella costa árida, en el fondo de una prisión de la que no podían salir. Por lo menos, en medio de tantas pruebas, no habían hasta entonces sentido inquietud por los que habitaban la Nueva Suiza. ¡Y al llegar a la isla se la encontraban en poder de los indígenas! sin saber lo que había sido de sus parientes y amigos.

Entretanto avanzaba el día. De vez en cuando uno u otro, generalmente Fritz o el contra maestre, se izaba por las ramas del nopal, a fin de observar el campo y la mar. Lo que más le preocupaba era saber si los salvajes ocupaban los alrededores de Falkenhorst, o si habían vuelto a tomar el camino de Felsenheim.

Nada veían, a no ser, en dirección sur, hacia la desembocadura del arroyo de los Chacales, la pequeña columna de humo que subía sobre las rocas.

Hasta las cuatro de la tarde ningún incidente había modificado la situación. La comida fue preparada utilizando las reservas que en la casa había.

¿Quién podía decir si, después de regresar François y John Block, no habría necesidad de partir para Zuckertop, y cuál sería la duración de la jornada?

En este instante se oyó una detonación.

—¿Qué será? —preguntó Jenny, a la que Fritz detuvo al verla dirigirse a una de las ventanas.

—¿Será un cañonazo? —dijo François.

—Sí... ¡Un cañonazo! —exclamó el contra maestre.

—Pero ¿quién lo habrá disparado? —dijo Fritz.

—¿Algún barco en vista de la isla? —preguntó James.

—¡Tal vez la *Licorne*! —exclamó Jenny.

—Muy cerca de la isla tendría que estar, pues la detonación no ha sonado de lejos —dijo John Block.

—¡A la plataforma! ¡A la plataforma! —exclamó François dirigiéndose hacia el balcón.

—Procuremos no ser vistos, pues la banda debe estar alerta —recomendó el

capitán Gould.

Todas las miradas se dirigieron hacia la mar.

Ningún navío, que por la proximidad de la detonación hubiera debido estar a la altura del islote de la Ballena, se distinguía. Al largo el contraмаestre señaló una canoa tripulada por dos hombres, y que pretendía llegar a la playa de Falkenhorst.

—¿Serán Ernest y Jack? —murmuró Jenny.

—No —respondió Fritz—; esos dos hombres son dos indígenas, y la canoa es una piragua.

—¿Pero por qué huyen? —preguntó François—. ¿Es que son perseguidos?

Fritz lanzó un grito... un grito en el que se unían la alegría y la sorpresa.

El resplandor de una viva luz, en medio de una nube de vapor blanco, había llegado a sus ojos, y casi en seguida resonó una segunda detonación, que repercutieron los ecos del litoral.

Al mismo tiempo un proyectil, rasando la superficie de la bahía, hizo saltar el agua a dos brazas de la embarcación, que continuó huyendo a toda velocidad hacia Falkenhorst.

—¡Allí...! ¡Allí...! —exclamó Fritz—. ¡Mi padre... *mister* Wolston..., todos los nuestros están allí!

—¿En el islote del Tiburón? —dijo Jenny.

—¡En el islote del Tiburón!

En efecto, de este sitio habían partido la primera y segunda detonación; la última con la bala dirigida contra la piragua. No había duda de que *monsieur* Zermatt y los suyos habían podido refugiarse bajo la protección de la batería, a la que los salvajes osaban acercarse. Sobre ella se desplegaba el pabellón blanco y rojo de la Nueva Suiza, mientras que el pabellón británico flotaba sobre el pico más alto de la isla.

Nada podría pintar la alegría, más que alegría, el delirio, al que se abandonaron Fritz, François, Jenny, Dolí, James y Suzan. Puesto que sus parientes habían podido ganar el islote del Tiburón, no había que ir a buscarlos, ni a Zuckertop, ni a ninguna otra granja de la Tierra Prometida. Y se comprenderá que de tales sentimientos participaban el capitán Harry Gould y el contraмаestre, unidos tan de corazón a los pasajeros del *Flag*.

Ya no había que pensar en ir a Felsenheim, sino en dirigirse al islote del Tiburón. ¡Ah, sí desde lo alto del nopal hubiera sido posible comunicarse por medio de señales, izando un pabellón que respondiese al de la batería! Verdad que esto no hubiera sido prudente, como tampoco disparar la pistola, pues podían ser oídos por los salvajes si éstos vagaban aún por los alrededores de Falkenhorst. Lo esencial era que éstos no se diesen cuenta de la presencia del capitán Gould y de los suyos, en la imposibilidad de resistir un ataque en el que tomara parte toda la banda, ya dueña de Felsenheim.

—Nuestra situación ahora es buena —dijo Fritz—. No la comprometamos.

—Es verdad —dijo Harry Gould—, puesto que no hemos sido descubiertos, no nos arriesguemos a serlo... Esperemos la noche antes de hacer nada.

—¿Cómo será posible llegar al islote del Tiburón? —preguntó Jenny.

—A nado —respondió Fritz—. Sí... Yo sabré llegar a nado. Y después yo traeré para conducirlos a todos a la chalupa en la que mi padre habrá ido.

—Fritz... esposo mío —no pudo por menos de decir Jenny—; ¡atravesar ese brazo de mar...!

—¡Bah!, para mí eso es un juego, querida; un juego —respondió el intrépido joven.

—Además, ¿quién sabe? —añadió John Block—. Tal vez la canoa de esos salvajes estará en la playa.

La noche se acercaba. Antes de las siete ya estaba oscuro, sucediendo aquélla al día casi sin crepúsculo. A las ocho, llegado el momento, decidióse que Fritz, François y el contramaestre descendieran al patio. Después de asegurarse de que los indígenas no estaban ya en los alrededores, se aventurarían hasta el litoral. En todo caso, el capitán Gould, James Wolston, Jenny, Doll y Suzan esperarían al pie del árbol una señal para unirse a los primeros.

Los tres se dirigieron, pues, a la escalera, palpando en la sombra, pues, por miedo a ser descubiertos, no habían querido encender una linterna.

Nadie en la habitación del piso bajo ni al abrigo de los cobertizos. Los hombres que habían venido por el día habían vuelto a tomar el camino de Felsenheim o se encontraban en la playa hacia la que se dirigía la piragua. Esto era conveniente saberlo.

Pero, sobre todo, lo más importante era proceder con la prudencia observada hasta entonces; y por esta razón Fritz y John Block decidieron ganar solos el río, mientras François quedaba en observación a la entrada del patio, dispuesto a subir si algo amenazaba a Falkenhorst.

Fritz y el contramaestre franquearon la empalizada y atravesaron el claro que conducía a la avenida de Felsenheim. Después, arrastrándose de árbol en árbol en un espacio de doscientos pasos, escuchando, mirando, espionando, llegaron a la cortadura de las últimas rocas, bañadas por las olas.

La playa estaba desierta lo mismo que el mar hasta el cabo, cuyo perfil apenas se distinguía al este. Ninguna luz se mostraba, ni en dirección a Felsenheim, ni en la superficie de la bahía del Salvamento. Únicamente un macizo se destacaba a tres cuartos de legua al largo. Era el islote del Tiburón.

—Vamos —dijo Fritz.

—Vamos —respondió John Block.

Ambos se dirigieron hacia la orilla arenosa que la marea descendente dejaba al

descubierto.

¡Qué grito de alegría tuvieron que contener! Una canoa estaba allí tumbada sobre uno de sus lados.

Era la piragua que la batería había saludado con dos cañonazos.

—Buena fortuna ha sido que no la hayan tocado las balas —dijo John Block—, pues, en caso contrario, se hubiera ido a pique. Si la falta de destreza ha provenido de *monsieur* Jack o *monsieur* Ernest, les felicitaremos por ello.

La pequeña embarcación, de construcción australiana y que se gobernaba por medio de pagayas, no podía contener más que cinco o seis personas. El capitán Gould y sus compañeros eran ocho, y además el niño, para embarcarse con dirección al islote del Tiburón. Verdad que la distancia no excedía de tres cuartos de legua.

—Pues bien; nos estrecharemos —dijo John Block—, y no será preciso hacer dos viajes.

—Además —añadió Fritz—, dentro de una hora la marea se dejará sentir, y como empuja hacia la bahía del Salvamento, sin alejarse demasiado del islote del Tiburón, no tendremos necesidad de hacer grandes esfuerzos para llegar allí.

—Todo va de la mejor manera —respondió el contramaestre—, y se empieza a ver claro en el asunto.

No hubo necesidad de arrastrar la piragua al mar, pues con la marea se pondría a flote por sí sola. John Block se aseguró de que estaba sólidamente amarrada y que no sería arrastrada hacia alta mar.

Ambos subieron a la playa, volvieron a tomar por la avenida y se reunieron con François, que les esperaba en el patio.

Cuando François fue puesto al corriente de lo que sucedía, sintió gran regocijo. Pero como convenía esperar a que la marea se presentase, Fritz le dejó con el contramaestre para que ambos vigilasen los alrededores del patio. ¡Calcúlese la satisfacción con que los demás recibirían las nuevas que Fritz les comunicó!

A las nueve y media todos estaban al pie del nopal.

François y John Block no habían visto nada sospechoso. Los alrededores de Falkenhorst continuaban en silencio. El menor rumor se hubiera oído; pues ni el más ligero soplo atravesaba el espacio.

Después de haber franqueado el patio y el claro, Fritz, François y Harry Gould delante, y los otros detrás, desfilaron por debajo de la cubierta que los árboles formaban y llegaron a la playa.

Esta, lo mismo que dos horas antes, estaba desierta.

La marea había ya puesto a flote la embarcación. No había más que embarcarse, desamarrarla y dejar que la corriente la impulsara.

Jenny, Doll, Suzan y el niño se colocaron en la popa. Sus compañeros se estrecharon en los bancos. Fritz y François tomaron los remos.

Eran las diez. La noche, sin luna, hacía esperar que pasarían inadvertidos. A pesar de la oscuridad, no sería difícil dirigirse hacia el islote; y desde que la piragua entró en la corriente, fue arrastrada hacia este lado.

Todos guardaban silencio. Ni una palabra se cambiaba en voz baja. Los corazones de todos estaban bajo el yugo de la emoción profunda. No había duda de que las familias Zermatt y Wolston estaban en el islote... Pero ¿y si alguno de ellos estaba prisionero? ¿Si había sucumbido defendiéndose?

No había que contar con la marea para ganar directamente el islote del Tiburón, A media legua de la orilla, ella se volvía para subir hacia la desembocadura del arroyo de los Chacales y extenderse hasta el fondo de la bahía del Salvamento.

Fritz y François bogaron con vigor en dirección al sombrío macizo, del que no escapaba ni el más ligero ruido ni la luz más débil.

Pero *monsieur* Zermatt o *mister* Wolston, Ernest o Jack debían vigilar en la batería. ¿No corría la piragua el riesgo de ser vista y de recibir algún proyectil; por suponer los del islote que se trataba de una tentativa de los salvajes para tomar posesión de aquél a favor de la noche?

Precisamente, cuando la barca estuvo a cinco o seis cables, una luz brilló en el cobertizo de la batería.

¿Era la llama de una mecha, con la que se disponían a disparar?

Entonces, no temiendo hacerse oír, el contraamaestre gritó con voz fuerte:

—¡No disparar...! ¡No disparar!

—¡Amigos...! ¡Somos amigos...! —añadió el capitán Harry Gould.

—¡Somos nosotros...! ¡Somos nosotros! —repetieron Fritz y François.

Y en el momento en que desembarcaban al pío de las rocas, *monsieur* Zermatt, *mister* Wolston, Ernest y Jack les recibieron en sus brazos.

¡AL FIN REUNIDOS! - RELATO BREVE DE LO SUCEDIDO
DESDE LA PARTIDA DE LA LICORNE - LAS FAMILIAS EN
LA DESOLACIÓN - NO HAY ESPERANZA - LA
APARICIÓN DE LAS PIRAGUAS.

Algunos instantes después, las dos familias —completas esta vez—, el capitán Harry Gould y el contra maestre, estaban reunidos en el depósito instalado en el centro del islote, a quinientos pasos del montecillo de la batería, sobre el que se desplegaba el pabellón de la Nueva Suiza.

Imposible sería, y vale más no intentarlo, dar una idea de lo que fue aquella escena de ternura y gratitud para con el cielo. Frite, François y Jenny fueron estrechados y cubiertos de besos por *monsieur* y *madame* Zermatt, Ernest y Jack. James, Dolí, Suzan y Bob no podían arrancarse de los brazos de *mister* y *mistress* Wolston. Las manos del capitán y del contra maestre fueron estrechadas con efusión por todos. Hubo lágrimas, gritos de alegría, apasionadas caricias... Lo que el lector puede figurarse como apropiado a la situación y a la sorpresa del encuentro. Calmado el primer arranque de la general emoción, preciso era que los unos refiriesen a los otros, y viceversa, lo acaecido durante aquellos quince meses, desde el día en que la *Licorne*, llevándose a Jenny Montrose, a Fritz, a François y a Doll, desapareció tras las alturas del cabo de la Esperanza Perdida.

Pero antes de entregarse al pasado, convenía pensar en lo presente.

Aunque ahora tuvieran las dos familias la satisfacción de verse reunidas, la situación era grave y amenazadora. Los salvajes acabarían por apoderarse del islote, cuando las municiones o provisiones faltasen, y *monsieur* Zermatt y los suyos no podían esperar socorro de nadie.

En breves palabras habló Fritz de la *Licorne* que había quedado en escala en El Cabo, de la rebelión efectuada a bordo del *Flag*, del abandono de la chalupa, de su llegada a la parte árida de una isla desconocida; de las circunstancias en que el capitán Gould y sus compañeros reconocieron que aquella isla era la Nueva Suiza, del camino recorrido hasta el distrito de la Tierra Prometida, de la parada hecha en Falkenhorst y de la aparición de los indígenas...

—¿Y dónde están? —preguntó al terminar su relato.

—En Felsenheim —respondió *monsieur* Zermatt.

—¿En gran número?

—Un centenar, por lo menos, que han venido en unas quince piraguas... y

probablemente de la costa australiana.

—¡Y habéis podido escapar de ellos! ¡Bendito sea el cielo! —exclamó Jenny.

—Sí, hija mía —respondió *monsieur* Zermatt—. Así que hemos visto las piraguas que, después de doblar el cabo del Este, se dirigieron hacia la bahía del Salvamento, nos hemos refugiado en el islote del Tiburón, con la idea de la posibilidad de defendernos contra los ataques de los indígenas.

—Padre —dijo François—, ¿los salvajes saben ahora que estáis en el islote?

—Lo saben —respondió *monsieur* Zermatt—; ¡pero, gracias a Dios, hasta la fecha no han podido desembarcar en él, y nuestro pabellón flota aquí siempre!

He aquí, en breves términos, lo sucedido desde la época en que terminó la primera parte de este relato.

Al volver la buena estación, y después de las excursiones que trajeron el descubrimiento del río Montrose, efectuóse un reconocimiento, que se extendió hasta la cadena de montañas, donde *mister* Wolston, Ernest y Jack arbolaron el pabellón británico en la punta del pico Jean Zermatt. Pero esto había pasado doce días antes de la llegada de la chalupa a la costa meridional de la isla, y si la referida excursión hubiera sido prolongada más allá de la cordillera, fácil fuera que los expedicionarios se hubieran encontrado con el capitán Gould en la bahía de las Tortugas. Y de tener efecto este encuentro, ¡qué de lágrimas, de inquietudes y tormentos se hubiesen evitado a unos y a otros! Pero, como se sabe, *mister* Wolston y los dos hermanos no se aventuraron a través de la árida meseta que se extendía al sur, y volvieron a tomar el camino que conducía al valle de Grünthal.

Sábese igualmente que Jack, arrastrado por su ardiente deseo de capturar un elefante joven, había caído en mitad de un campamento de salvajes, los que le hicieron prisionero, y que, después de escapar, había llevado a sus parientes y amigos la grave noticia de que una banda de indígenas había desembarcado en la costa oriental de la isla.

No hay para qué insistir en los temores que tal nueva causó a la familia en las resoluciones que adoptó en previsión de un ataque contra Felsenheim y en la vigilancia que por esta causa se estableció día y noche.

Durante tres meses no hubo motivo para aumentar la alarma. Los salvajes no aparecieron, ni por la parte del cabo del Este, ni por el interior de la Tierra Prometida. Podía creerse que habían abandonado la isla.

Entretanto, no dejaba de producir inquietud que la *Licorne*, que hubiera debido llegar en septiembre o en octubre, no apareciese. En vano Jack fue varias veces a lo alto de Prospect-Hill para espiar la llegada de la corbeta... Siempre tuvo que regresar a Felsenheim sin haberla visto.

Importa advertir, para no volver sobre ello, que el navío observado por *mister* Wolston, Ernest y Jack desde el pico de Jean Zermatt, era el *Flag*, hecho que pudo ser

comprobado por la relación entre las fechas. ¡Sí! Era el *Flag*, caído en manos de Robert Borupt, que, después de acercarse a la isla, había entrado en el océano Pacífico por los parajes de la Sonda, y del que no se debía volver a oír hablar.

Las últimas semanas del año transcurrieron en una tristeza, que bien pronto debía convertirse en desesperación. Después de quince meses *monsieur Zermatt* y *mister Wolston*, Ernest y Jack no conservaban esperanza de volver a ver la *Licorne*, *Madame Zermatt*, *mistress Wolston* y Annah no cesaban de llorar por los ausentes. Ninguno de ellos tenía ánimos para nada.

—¿Para qué trabajar por la prosperidad de la isla? —se decían—. ¿Para qué fundar otras granjas, sembrar nuestros campos, mejorar sin cesar un dominio ya demasiado grande para nosotros, demasiado considerable para nuestras necesidades? ¡Nuestros hijos, nuestros hermanos y hermanas, nuestros amigos, no volverán a esta segunda patria, donde les esperaba tanta dicha, donde tan felices hemos sido, donde tanto podríamos serlo...!

Después de tan larga ausencia ya no ponían en duda que la *Licorne* hubiera naufragado, perdiéndose cuerpos y bienes, y que, por consecuencia, no se tendrían nunca noticias de ella ni en Inglaterra ni en la Nueva Suiza.

Motivo había para tan triste suposición; pues si la corbeta había efectuado sin accidente su viaje de ida, después de permanecer algunos días en el cabo de Buena Esperanza, habría llegado en tres meses a Portsmouth. Desde aquí, algunos meses después habría partido para la Nueva Suiza, y bien pronto varios navíos de emigrantes hubieran sido enviados a la colonia inglesa. Pero, puesto que ningún barco había visitado aquella parte del océano índico, era esto prueba de que la *Licorne* había naufragado en los peligrosos mares comprendidos entre Australia y África, antes de llegar a El Cabo, y la existencia de la isla quedaba ignorada, y lo estaría hasta que los azares de la navegación condujeran algún navío a los lejanos parajes que en aquella época no atravesaban las vías marítimas.

Sí... ¡Justo era encadenar de esta manera los hechos, y lógicas las consecuencias que de este enlace debían ser deducidas, siendo la última de ellas que la Nueva Suiza no figuraba aún en el dominio colonial de las islas británicas!

Durante la primera mitad de la buena estación, *monsieur Zermatt* y *mister Wolston* no habían pensado en abandonar Felsenheim. Por costumbre ellos permanecían la mayor parte del año en Falkenhorst, destinando una semana a visitar las granjas de Waldegg, Zuckertop, Prospect-Hill y Eberfurt. Esta vez se limitaron a cortas visitas que el cuidado de los animales exigía. No trataron de conocer otras partes de la isla, fuera del distrito de la Tierra Prometida.

Ni la pinaza ni la chalupa doblaron el cabo del Este o el de la Esperanza Perdida para ir a la descubierta. Ni la bahía de los Nautilos, ni la de las Perlas fueron exploradas hasta sus últimos límites. Apenas si Jack hizo algunas excursiones en

kayak a través de la bahía del Salvamento, y se contentó con cazar por los alrededores de Felsenheim, dejando en reposo a *Brausewind*, *Sturm* y *Brummer*. Diversos trabajos ideados por *mister Wolston*, y a los que sus instintos de ingeniero le impulsaban, quedaron sin emprenderse. ¿Para qué? Sí... ¿Para qué? Estas palabras resumían el desaliento de las dos familias, tan cruelmente tratadas por la suerte.

Así es que el 25 de diciembre, cuando se reunieron para las fiestas de Navidad, fecha celebrada con tanta alegría otros años, las lágrimas brotaron de todos los ojos y a ellas se unieron las oraciones por los que no estaba allí.

En estas condiciones comenzó el año 1817. Jamás la naturaleza se había mostrado tan pródiga de sus dones como aquel hermoso verano. Pero su generosidad excedía a las necesidades de un hogar, donde no se reunían más que siete personas.

El salón parecía vacío después de haber estado lleno de tanta animación; ¡muerto después de haber estado tan alegre!

¡Cuánto debieron arrepentirse entonces los Zermatt y los Wolston de haber consentido en la marcha de sus hijos, de haberlos animado a ella! ¿No podían haberse contentado con la dicha de que disfrutaban? ¿Era prudente buscar su aumento, y no significaba tal afán ingratitud hacia el cielo, que desde hacia muchos años había protegido de tan visible modo a los sobrevivientes del *Landlord*?

Y, sin embargo, lo que *monsieur* y *madame* Zermatt habían hecho por sus dos hijos debía hacerse. Jenny tenía el deber de procurar reunirse con su padre. Fritz tenía el de acompañar a la que sería su esposa y el de pedir la mano de ésta al coronel Montrose. François tenía el deber de conducir a Doll al Cabo, de dejarla en manos de James Wolston, y luego, al regreso de la *Licorne*, conducirles a todos al lado de su familia. En fin, *monsieur* Zermatt tenía el deber de atraer a los emigrantes en tanto número como lo permitían los recursos de la Nueva Suiza.

Sí... ¡Todos habían procedido con juicio! ¿Quién podía prever que la corbeta no volvería de aquel viaje y que se debiese renunciar a la esperanza de su regreso? Pero ¿realmente no había esperanza? ¿No podía explicarse el retraso de la *Licorne* más que por un naufragio? ¿No había podido prolongar su estancia en Europa? ¿No podía suceder que bien pronto se viera dibujarse en el horizonte sus altas velas y su palo mayor?

En la segunda semana de enero de aquel funesto año, *monsieur* Zermatt vio una flotilla de piraguas en el momento en que ella doblaba la punta del cabo del Este, con dirección a la bahía del Salvamento. Realmente no había motivo para sorprenderse del suceso, puesto que, desde el instante en que Jack cayó en manos de los salvajes, éstos no debían ignorar que la isla estaba habitada.

Fuese de ello lo que fuese, antes de dos horas, empujadas por la marea, las piraguas llegarían a la desembocadura del arroyo de los Chacales. Tripuladas probablemente por un centenar de hombres, pues toda la banda desembarcada en la

isla tomaría parte en aquella expedición, no había que pensar en oponerles resistencia.

Ahora bien: ¿qué era lo más conveniente...? ¿Refugiarse en Falkenhorst, en Waldegg, en Prospect-Hill, en Zuckertop, en el mismo Eberfurt...? ¿Las familias estarían allí más seguras? Desde que pusieran el pie en el rico dominio de la Tierra Prometida, los invasores lo recorrerían todo. ¿Sería, por tanto, preciso buscar refugio más secreto en las regiones desconocidas de la isla y se tendría la seguridad de que no fuera descubierto?

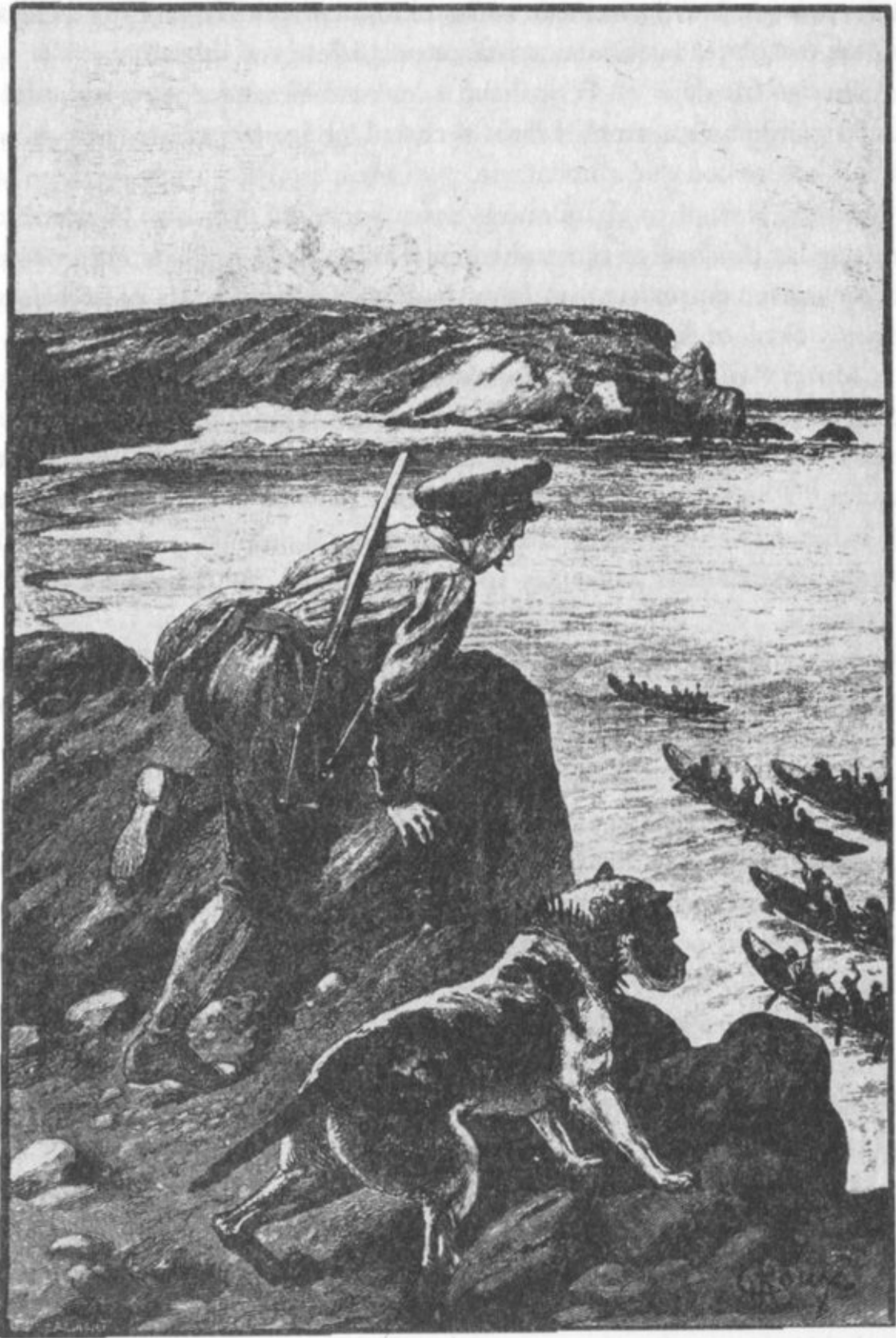
En estas circunstancias, *mister* Wolston propuso abandonar Felsenheim por el islote del Tiburón. Embarcándose en la chalupa, tras la punta de la bahía del Salvamento y marchando por la ribera de Falkenhorst, tal vez se llegaría al islote antes que las piraguas, y allí, al menos, protegidos por la batería, habría la posibilidad de defenderse si los indígenas intentaban poner el pie en el islote.

Por lo demás, si faltaba tiempo para transportar el material y las provisiones necesarias para una larga estancia, el depósito, provisto de lechos, podía albergar a las dos familias. *Monsieur* Zermatt cargaría en la chalupa los objetos de primera necesidad; y, por último, ya se sabe que el islote del Tiburón estaba plantado de nopales, cocoteros y otros árboles, que servía de parque a un rebaño de antílopes, y que una fuente limpia aseguraba agua abundante aun en la época de los más fuertes calores.

Nada había, pues, que temer durante algunos meses en lo que concernía a la alimentación. En cuanto a si los dos cañones de la batería bastarían para rechazar la flotilla si iba toda contra el islote... ¿quién lo podía decir?

Verdad que los indígenas debían ignorar el poder de aquellas armas de fuego, cuyas detonaciones sembrarían entre ellos horrible pánico, sin hablar de la metralla y de las balas que las dos piezas arrojarían contra ellos... Pero... si unos cincuenta conseguían desembarcar en el islote...

Aceptada la proposición de *mister* Wolston, no había instante que perder. Jack y Ernest condujeron la chalupa a la desembocadura del arroyo de los Chacales. Se transportó a ella algunas cajas de conservas, cazabe, arroz, harina y también armas y municiones. Zermatt y su esposa, *mister* Wolston y la suya, Ernest y Annah embarcaron en ella, mientras que Jack lo hacía en su kayak, que permitiría, en caso de necesidad, establecer la comunicación entre el islote y el litoral.



Preciso fue dejar en Felsenheim a los animales, excepto a los perros, que siguieron a sus amos. Libres el chacal, el águila y el avestruz, ya sabrían buscar con qué alimentarse.

En fin, la chalupa abandonó la desembocadura del río en el momento en que las piraguas se mostraban en el islote de la Ballena. Pero no corría el riesgo de ser vista

en la parte de mar comprendida entre Felsenheim y el islote del Tiburón.

Mister Wolston y Ernest empujaron los remos y *monsieur Zermatt* se puso al timón en forma de aprovechar ciertos remolinos que hicieron caminar sin gran trabajo contra la marea que subía. No obstante, durante una milla hubo que luchar vigorosamente para no ser arrastrados hacia la bahía del Salvamento, y tres cuatros de hora después de su partida, la barca, deslizándose entre las rocas, anclaba al pie del montecillo de la batería.

En seguida se efectuó el desembarco de cajas, armas y diversos objetos traídos de Felsenheim, y que fueron depositados en el almacén. *Mister Wolston* y Jack subieron al cobertizo de la batería y se apostaron allí para vigilar las cercanías del islote.

No hay que decir que el pabellón fue quitado en seguida, aunque era de temer que los salvajes lo hubiesen visto, pues sus piraguas estaban solamente a distancia de una milla.

Era preciso ponerse a la defensiva en previsión de un ataque inmediato.

El ataque no se efectuó. Las piraguas, al llegar a la altura del islote, se dirigieron al sur, y la corriente las condujo hacia la desembocadura del arroyo de los Chacales. Después del desembarco fueron a buscar abrigo a la ensenada donde estaba anclada la pinaza.

Así estaban las cosas. Hacía quince días que los salvajes ocupaban Felsenheim y no parecía que se hubiesen entregado al pillaje la casa. No había sucedido así en Falkenhorst, y desde lo alto del montecillo *monsieur Zermatt* les vio acosar a los animales, después de haber devastado las habitaciones y los almacenes del patio.

No había duda de que la banda hubiese descubierto que el islote del Tiburón servía de refugio a los habitantes de la isla. Varias veces media docena de piraguas atravesaron la bahía del Salvamento, en dirección hacia el islote. Algunos proyectiles enviados por Ernest y Jack echaron a pique una o dos y pusieron en fuga a las otras. Pero desde este momento fue preciso vigilar día y noche. Lo que más debía temerse por lo difícil de rechazar, era un ataque nocturno.

He aquí por qué desde que su refugio fue conocido, *monsieur Zermatt* había izado nuevamente el pabellón en la punta del montecillo, para el caso poco probable de que pasara un navío por delante de la Nueva Suiza.

XXXI

A LA MAÑANA SIGUIENTE - INSTALACIONES EN EL
DEPÓSITO CENTRAL - PASAN CUATRO DÍAS -
APARICIÓN DE LAS PIRAGUAS - ESPERANZA FALLIDA -
ATAQUE NOCTURNO - LOS ÚLTIMOS CARTUCHOS - UN
CAÑONAZO EN ALTA MAR.

Las últimas horas de la noche del 24 al 25 de enero pasáronse conversando. ¡Tenían nuestros amigos tantas cosas que decirse, tantos recuerdos que evocar, tantos temores por lo por venir! Nadie pensó en dormir y nadie durmió, a excepción de Bob. No hay que decir que hasta el alba *monsieur* Zermatt y sus compañeros no abandonaron la vigilancia que se necesitaba, y que se relevaron junto a los cañones, cargados con bala el uno y con metralla el otro.

Efectivamente; lo más peligroso hubiera sido un ataque nocturno, si los indígenas conseguían desembarcar antes de ser vistos.

El islote del Tiburón, más grande que el de la Ballena, situado una legua al norte de la bahía de los Flamencos, formaba un óvalo de dos mil seiscientos pies de longitud por setecientos de anchura, o sea, un perímetro de unos tres cuartos de legua.

Durante el día la vigilancia era fácil; y como importaba extremarla durante la noche, se decidió, a propuesta del capitán Gould que se rondase por las playas.

Cuando amaneció, no se había notado nada sospechoso. Aunque los salvajes no ignorasen que el islote estaba provisto de una pequeña guarnición, no era fácil que supusiesen que estaba reforzada desde la víspera, y que, por tanto, podía oponerles más formal resistencia. Sin embargo, no tardarían en advertir que una de sus piraguas había desaparecido, precisamente la que había conducido al capitán Gould y a los suyos desde la playa de Falkenhorst al islote del Tiburón.

—Tal vez pensarán —dijo Fritz— que la canoa ha sido arrastrada por la marea descendente...

—De todos modos, amigos míos —respondió *monsieur* Zermatt—, vigilemos con cuidado. Mientras el islote no sea invadido, nada tenemos que temer. Aunque seamos quince personas, nuestra alimentación está asegurada por largo tiempo con las reservas del depósito, sin hablar del rebaño de antílopes. La fuente no se agotará, y de municiones estamos bien provistos, a menos que los ataques sean muy reiterados.

—¡Qué diablo! —exclamó John Block—. Esos monos sin cola no estarán eternamente en la isla.

—¿Quién sabe? —respondió *madame* Zermatt—. Si se han instalado en Felsenheim no la abandonarán... ¡Ah...! ¡Nuestra querida casa, dispuesta para recibirnos a todos... y ahora en su poder...!

—Madre... —respondió Jenny—. No creo que hayan destruido nada en Felsenheim, pues ningún interés les iba en ello. Encontraremos nuestra casa en buen estado, y volveremos a nuestra vida de antes... con la ayuda de Dios.

—De Dios —añadió François— que no nos abandonará, después de habernos reunido como por milagro...

—¡Ah...! ¡Si yo fuese capaz de hacer uno...! —exclamó Jack.

—¿Cuál, haríais? —preguntó el contraamaestre.

—En primer lugar —respondió el joven—, obligaría a esos malditos a marcharse antes de desembarcar en el islote...

—Bueno... ¿y después? —preguntó Harry Gould.

—Después, capitán, si persistiesen en infestar nuestra isla con su presencia, haría que en oportuno momento apareciesen la *Licorne* o los otros barcos en la entrada de la bahía del Salvamento.

—Pero eso, querido Jack —dijo Jenny—, no sería un milagro, pues es natural eventualidad... Uno de estos días oiremos el cañonazo que salude a la nueva colonia inglesa.

—Y hasta es extraño que aún no haya aparecido ningún barco —dijo *mister* Wolston.

—¡Paciencia! —respondió John Block—. Todo llega cuando debe llegar.

—¡Dios lo quiera! —dijo suspirando *madame* Zermatt, cuya confianza estaba amenguada por tantas pruebas.

Resultaba, pues, que tras haber organizado su existencia en la Nueva Suiza, después de haber aprovechado sus recursos naturales y haberla hecho aún más rica con el trabajo y la inteligencia, las dos familias veíanse en el trance de volver a empezar su faena en un islote de la misma isla. ¿Cuánto tiempo estarían allí prisioneros? ¡Y qué fácil era que cayeran en manos de sus enemigos si no les llegaba socorro de fuera! Procedióse a una instalación que duraría semanas, meses quizá.

El almacén era bastante capaz para albergar a quince personas: *madame* Zermatt y *mistress* Wolston, Jenny Suzan y su hijo, Annah y Doll se acostarían en los lechos del segundo departamento, y los hombres ocuparían el primero.

En aquella época del verano las noches eran aún templadas.

Algunas brazadas de hierba secada al sol bastaría para los hombres, que de la noche a la mañana se turnarían en la vigilancia que la situación imponía.

De la cuestión del alimento, como *monsieur* Zermatt había dicho, no había que inquietarse. Se disponía de arroz, yuca, harina, conservas de carnes ahumadas y de pescado seco, salmones y arenques, sin hablar del pescado fresco, que se cogería al

pie de las rocas, Había recursos para seis meses. Los nopales y cocoteros daban abundantes frutos. Dos barriles permitirían adicionar algunas gotas de brandy al agua fresca y limpia de la fuente.

Lo que podría llegar a escasear —y no dejaba de ser grave— eran las municiones, por más que la chalupa hubiera llevado bastantes; y si lo persistente de los ataques hacía que las balas o la pólvora faltasen, la defensa sería imposible.

Mientras *monsieur* Zermatt y Ernest se ocupaban en la instalación, *mister* Wolston, Harry Gould, el contramaestre, Fritz, Jack y François recorrieron el islote del Tiburón, Por casi todos sus lados era fácilmente abordable por las playas. La parte mejor definida era la que dominaba el montecillo de la batería, elevado al extremo sudoeste, frente a la bahía del Salvamento. Al pie se amontonaban enormes bloques, en los que hubiera sido muy difícil desembarcar. Verdad que por todas las demás partes, embarcaciones tan ligeras como las piraguas encontrarían suficiente agua para hacer fácil el arribo. Era, pues, preciso vigilar las cercanías del islote.

Visitándolo, Fritz y François pudieron advertir el buen estado de las plantaciones. Los pastos eran abundantes, y sobre ellos saltaban los antílopes, Numerosos pájaros llenaban el espacio con sus cánticos. Un cielo magnífico derramaba su luz y su color sobre la mar. ¡Cuán deliciosa hubiera parecido la frescura de las sombras de Falkenhorst y Felsenheim!

Al siguiente día de aquel en que las dos familias se habían refugiado en el islote, llegó a éste un pájaro, que fue muy bien recibido. Era el albatros de la Roca Humeante, el que Jenny había encontrado en la bahía de las Tortugas, y el que desde lo alto del pico de Jean Zermatt había tendido el vuelo hacia la Tierra Prometida. A su llegada, el cordel que aún rodeaba una de sus patas atrajo la atención de Jack, que lo cogió sin necesidad de gran esfuerzo... Pero aquella vez el pájaro no llevaba noticia alguna.

Fritz, François, el capitán Gould, *mister* Wolston, Jack y el contramaestre subieron a la batería. Desde lo alto del montecillo la mirada, que no era detenida por ningún obstáculo, se extendía al norte hasta el cabo de la Esperanza Perdida, al este hasta el cabo de este nombre, y al sur hasta los últimos límites de la bahía del Salvamento. En dirección oeste, a distancia de tres cuartos de legua, se desarrollaba la ribera entre la desembocadura del arroyo de los Chacales y el bosque de Falkenhorst. Más allá hubiera sido difícil reconocer si los indígenas recorrían o no el campo a través del distrito de la Tierra Prometida.

En aquel momento, a la entrada de la bahía del Salvamento, algunas piraguas dirigidas por pagayas, tomaban la alta mar, sin aventurarse al alcance de las piezas de la batería.

Los salvajes no ignoraban el peligro a que se exponían aproximándose al islote del Tiburón, y seguramente, si intentaban desembarcar, no lo harían más que en

noche muy oscura.

Observando la alta mar hacia el norte, no se veía más que la inmensidad desierta... y por aquel lado era por donde hubiera podido aparecer la *Licorne* u otro barco enviado de Inglaterra.

Fritz, François, Harry Gould y John Block, después de asegurarse de que la batería estaba en disposición, de hacer fuego con sus dos cañones, se disponían a bajar, cuando el capitán. Gould preguntó:

—¿No hay un depósito de pólvora en Felsenheim?

—Sí —respondió Jack—, ¡y quiera Dios que estuviera aquí...! Son precisamente los tres barriles que nos dejó la *Licorne*.

—¿Y dónde están?

—En una grieta que nos sirve de polvorín, en el fondo del huerto...

—Tal vez —dijo el contramaestre adivinando la idea de su capitán—, esos miserables han descubierto el polvorín.

—Es de temer —respondió *mister* Wolston.

—Lo que sobre todo es de temer —dijo el capitán Gould— es que, en su ignorancia, los salvajes cometan una imprudencia y hagan volar la casa.

—¡Y ellos con ella...! —exclamó Jack—. ¡Vaya... aunque Felsenheim se hundiese por efecto de la explosión, eso lo resolvería todo, y los que escaparan supongo que abandonarían nuestra isla sin que les quedasen ganas de volver!

Posible era. ¿Pero debía desearse que este hecho no se realizara ni aun para librar a la Nueva Suiza de sus invasores?

Dejando al contramaestre de guardia en la batería, los demás volvieron al depósito. Comieron juntos... ¡y qué alegría hubiera habido si los comensales estuvieran reunidos en el salón de Felsenheim!

No es preciso extenderse sobre la monotonía de los días que se siguieron, 25, 26, 27 y 28 de enero, que no trajeron cambio a la situación. Salvo en lo que se refería a la vigilancia del islote, no se sabía en qué ocupar las largas horas. ¡Ah, qué diferencia y qué júbilo habrían sentido todos si la *Licorne* no se hubiera visto obligada a hacer escala en El Cabo para reparar sus averías, lo que trajo como consecuencia el embarque de sus pasajeros en el *Flag*...! ¡Desde dos meses antes parientes y amigos hubieran estado instalados en Felsenheim! Y efectuado ya el matrimonio de Fritz y Jenny... ¿quién sabía si el de Ernest y Annah no estaría a punto de ser celebrado por el capellán de la corbeta en la capilla de Felsenheim? Y probablemente más tarde, cuando Doll hubiera cumplido sus dieciocho años, se hubiera celebrado otro, en el que François representaría el principal papel, con extrema satisfacción de ambas familias, que decididamente estaban destinadas a formar una sola...

Pero en las circunstancias actuales no podía pensarse en la realización de aquellos proyectos, tan ardientemente deseados.

¿Cómo mirar sin espanto los peligros que traía la presencia de los indígenas en la isla, cuando no se disponía más que de aquel islote, del que ellos quizás no tardarían mucho en apoderarse?

Sin embargo, todos luchaban contra su propio desaliento. John Block no había perdido su habitual buen humor. Dábanse grandes paseos por las plantaciones. Se vigilaba la bahía del Salvamento, aunque mientras era de día no era de esperar el ataque de las piraguas. Con la noche volvían todas las inquietudes.

Mientras las mujeres permanecían en el segundo compartimiento del depósito, los hombres rondaban por las playas, prestos a reunirse al pie del montecillo si los agresores se aproximaban al islote.

El 29 de enero por la mañana nada se advirtió aún. El sol se alzaba sobre un horizonte libre de brumas. El día sería bastante caluroso, y hasta la noche apenas si soplaría la brisa del mar.

Después del almuerzo, Harry Gould y Jack, abandonando el almacén, fueron a relevar a Ernest y a *mister* Wolston, que estaban de guardia en la batería.

Iban a bajar estos últimos cuando el capitán Gould les detuvo, diciendo:

—Mirad... Varias piraguas aparecen en la desembocadura del arroyo de los Chacales...

—Probablemente irán a pescar como todos los días —dijo Ernest—, y cuidarán de no ponerse a tiro de nuestros cañones.

—¡Eh! —exclamó Jack que observaba aquella parte de la bahía con el catalejo—. Esta vez las piraguas son numerosas... Esperad... Cinco... seis... nueve... Aún dos más que salen de la ensenada... once... ¡doce...! ¿Es que toda la flotilla va de pesca?

—¿O es que se disponen a atacarnos? —añadió *mister* Wolston.

—Tal vez... —respondió Ernest.

—Estemos alerta y prevengamos a nuestros compañeros —dijo Harry Gould.

—Veamos primero a qué lado se dirigen esas piraguas —respondió *mister* Wolston.

—Y en todo caso estemos dispuestos a hacer fuego con nuestra artillería —añadió Jack.

Durante el tiempo que Jack permaneció entre los salvajes en la bahía de los Elefantes, había observado que el número de las piraguas era el de quince, y que cada una podía llevar siete u ocho hombres. Precisamente se pudo observar que una docena de estas embarcaciones acababa de doblar la punta de la ensenada; y con ayuda del catalejo parecía también, que llevaban a bordo a toda la banda, y que no debía de quedar un solo indígena en Felsenheim.

—¿Abandonarán al fin la isla? —exclamó Jack.

—No es probable —respondió Ernest—. Querrán visitar el islote del Tiburón...

—¿A qué hora empieza la marea? —preguntó el capitán Gould.

—A la una y media —respondió *mister* Wolston.

—Entonces no tardará en dejarse sentir; y como favorecerá la marcha de las piraguas, pronto sabremos a qué atenernos.

Entretanto Ernest fue a poner a su padre, a sus hermanos y al contraamaestre al tanto de lo que sucedía, y todos acudieron a la batería.

Era poco más de la una, y al comenzar la marea descendente las piraguas no avanzaban más que con gran lentitud a lo largo del litoral del este, permaneciendo tan alejadas como era posible del islote, a fin de evitar los proyectiles cuyo poder ya conocían.

—¡Ah...! ¡Sí se tratase de una partida definitiva! —repetía François.

—¡Pues, buen viaje! —dijo Jack.

—¡Y mucho gusto en no volverles a ver más! —añadió John Block.

Todavía nadie osaba admitir tan feliz eventualidad. ¿No esperaban las piraguas que la marea estuviera bien establecida para acercarse al islote?

Fritz y Jenny, juntos, miraban sin pronunciar palabra, no atreviéndose a creer que el desenlace de la situación estaba tan próximo.

Madame Zermatt y *mistress* Wolston, Suzan, Annah y Doll rezaban en voz baja.

Al fin, pareció que las piraguas sentían la acción de la marea descendente. Su velocidad aumentó, sin que cesasen de seguir a lo largo de la costa, como si el proyecto de los indígenas fuera doblar el cabo del Este.

A las tres y media, la flotilla se encontraba a medio camino de la bahía del Salvamento. A las seis, no había que conservar duda alguna. Después de haber dado la vuelta al cabo la última embarcación, desapareció.

Ni *monsieur* Zermatt ni ninguno de los suyos habían abandonado un instante el montecillo.

¡Qué alivio sintieron cuando no hubo a la vista ni una sola piragua! La isla estaba al fin libre de los salvajes... Las dos familias iban a poder trasladarse a Felsenheim, donde tal vez no habría que hacer más que insignificantes reparaciones... No se ocuparían más que en espiar la aparición de la *Licorne*. Las últimas angustias serían olvidadas...

—¿Partimos para Felsenheim? —exclamó Jack, en su impaciencia por abandonar el islote.

—Sí... Sí —respondió Doll, no menos impaciente.

François se unió a ellos.

—¿No sería mejor esperar a mañana? —dijo Jenny—. ¿Qué opinas tú, querido Fritz?

—Lo que piensan sin duda *mister* Wolston, el capitán Gould y mi padre —respondió Fritz—. Que debernos pasar la noche próxima en el islote.

—Efectivamente —añadió *monsieur* Zermatt—. Antes de regresar a Felsenheim

debemos estar seguros de que los salvajes no piensan en volver.

—¡Bah...! ¡Ya se fueron al diablo! —exclamó Jack—. Y el diablo no suelta a los que tiene entre sus garras. ¿No es verdad, Block?

—Sí... a veces —respondió éste.

A pesar de las instancias de Jack, se decidió esperar hasta el siguiente día. Todos se reunieron para comer. La comida fue alegre, y acabada la velada, nadie pensó en otra cosa que en descansar.

Todo hacía creer que aquella noche sería tan tranquila como tantas otras pasadas en las casas de Felsenheim y Falkenhorst.

No obstante, ni *monsieur* Zermatt ni sus compañeros quisieron separarse de sus hábitos de prudencia, por más que con la partida de las piraguas parecía que todo peligro había desaparecido.

Convínose, pues, que los unos rondarían, mientras que los otros permanecerían vigilando en la batería.

Una vez que *madame* Zermatt, *mistress* Wolston, Jenny, Doll, Annah, Suzan y Bob entraron en el depósito, Jack, Ernest, François y John Block con los fusiles al hombro, ganaron la extremidad norte del islote. Fritz y el capitán Gould subieron al montecillo y se instalaron bajo el cobertizo, pues su guardia debía durar hasta el amanecer.

Mister Wolston, *monsieur* Zermatt y James permanecieron en el depósito, donde podrían dormir hasta el alba.

La noche era sombría, sin luna. El espacio se llenaba de los vapores que despedía la tierra tras los calores del día. La brisa cayó al llegar la noche. Reinaba un profundo silencio. Sólo se percibía el ruido de la resaca de la marea ascendente, que había comenzado a las ocho.

Harry Gould y Fritz, sentados el uno junto al otro, llevaban sus recuerdos a todos los sucesos felices o desgraciados que se habían sucedido desde el abandono del *Flag*. De vez en cuando uno de los dos salía, dando la vuelta por la meseta de la batería, fijando la mirada en el sombrío brazo de mar comprendido entre los dos cabos.

Hasta las dos de la madrugada nada turbó la profunda soledad; pero a dicha hora el capitán y Fritz fueron interrumpidos en su plática por el ruido de una detonación.

—¡Un tiro! —dijo Harry Gould.

—Sí... y ha sido disparado en esa parte —respondió Fritz, indicando el nordeste del islote.

—¿Qué pasará? —exclamó el primero.

Ambos se precipitaron fuera del cobertizo, y procuraron distinguir alguna luz en medio de aquella profunda oscuridad.

Oyéronse entonces otros dos tiros a menor distancia que el primero.

—Las piraguas han vuelto —dijo Fritz.

Y dejando a Harry Gould en la batería, descendió apresuradamente hacia el depósito.

Monsieur Zermatt y *mister Wolston*, que habían oído las detonaciones, estaban ya en el umbral.

—¿Qué hay? —preguntó *monsieur Zermatt*.

—Temo, padre mío, que los salvajes hayan intentado desembarcar... —respondió Fritz.

—¡Y esos miserables lo han conseguido! —exclamó Jack, que apareció con el contramaestre y Ernest.

—¿Están en el islote? —preguntó entonces *mister Wolston*.

—Sus piraguas han arribado a la punta del nordeste en el momento en que nosotros llegábamos a ella... —dijo Ernest—, y nuestras descargas no han conseguido alejarles... No queda más...

—¡Qué defenderse! —concluyó el capitán Gould.

Jenny, Doll, Annah, Suzan, *madame Zermatt* y *mistress Wolston* acababan de dejar su cuarto. Bajo el temor de un ataque inmediato, fue preciso llevar lo que se podía de armas, municiones y provisiones y ganar la batería a toda prisa.

Resultaba, pues, que la partida de las piraguas había sido un engaño. Los salvajes quisieron hacer creer que habían abandonado definitivamente la isla; y después, aprovechando la marea ascendente, habían vuelto al islote del Tiburón, donde esperaban sorprenderles. La maniobra había resultado; pues aunque su presencia fuera conocida y se les recibiera a tiros, ocupaban la punta del islote y les sería fácil llegar al centro.

La situación se había, pues, agravado, y hasta se podía considerar como desesperada, toda vez que las piraguas habían podido desembarcar a toda la banda. Imposible era que *monsieur Zermatt* y sus compañeros opusieran seria resistencia a tan numerosos invasores. No se hacían ilusiones respecto a la suerte que les esperaba. Cuando las municiones y provisiones les faltasen tendrían que sucumbir.

Sucediera lo que sucediera, no quedaba más recurso que refugiarse en el montecillo junto a la batería. Allí solamente podrían defenderse. *Madame Zermatt*, *mistress Wolston*, Jenny, Annah, Doll, Suzan y su hijo buscaron refugio en el cobertizo, bajo el cual estaban los dos cañones. No dejaban escapar una queja, y se esforzaban en contener su angustia.

Por un instante *monsieur Zermatt* tuvo la idea de transportarlas a la ribera de Falkenhorst con la chalupa. Pero ¿qué sería de aquellas pobres mujeres si el islote era invadido y sus compañeros no podían reunirse con ellas? Además, ellas no hubiesen jamás consentido en la separación.

Eran poco más de las cuatro cuando un leve ruido de pasos indicó la presencia de

los salvajes a distancia de unas cien toesas. El capitán Gould, *monsieur* Zermatt, *mister* Wolston, Ernest, François, James y el contramaestre, armados con sus carabinas, estaban dispuestos a hacer fuego, mientras que Fritz y Jack, con la mecha encendida junto a las dos piezas, no esperaban más que el momento de cubrir de metralla los alrededores del montecillo.

Cuando las sombras negras se dibujaron a las primeras luces del día, el capitán Gould mandó en voz baja disparar en aquella dirección.

Siete u ocho detonaciones estallaron, seguidas de horribles gritos, prueba de que más de una bala había dado en el blanco... Después de este recibimiento, ¿los invasores se darían a la fuga o se precipitarían al asalto de la batería? En todo caso, los fusiles, cargados inmediatamente, les abasarían a balazos, y a éstos se unía la metralla de los cañones.

Hasta el amanecer hubo que rechazar tres ataques. El último permitió a unos veinte indígenas ganar la cresta del montecillo. Aunque regular número de ellos quedasen mortalmente heridos, las carabinas no bastaron para detener a los otros, y sin una doble descarga de artillería hubiéranse apoderado de la batería.

Al llegar el día la banda se retiró bajo los árboles, cerca del almacén, quizá para esperar la noche.

Desgraciadamente, *monsieur* Zermatt y los suyos habían gastado muchos cartuchos..., ¿y qué sucedería cuando no quedasen más que municiones para los cañones, que no podían ser dirigidos hada la base del montecillo?

Celebróse un consejo para estudiar la situación en todos sus aspectos. Si era imposible prolongar mucho tiempo la resistencia en las condiciones dichas, ¿no había posibilidad de abandonar el islote del Tiburón, de desembarcar en la playa de Falkenhorst y de buscar refugio en el interior de la Tierra Prometida o en alguna otra parte de la isla? ¿O sería mejor arrojarse en medio de los salvajes, y aprovechando la superioridad de las carabinas sobre los arcos y flechas, obligarles a darse de nuevo a la mar?

Pero *monsieur* Zermatt y sus compañeros no eran más que nueve contra los cien hombres que rodeaban el montecillo.

En aquel instante, y como respuesta a la última proposición, el espado se llenó del silbido de las flechas, de las que algunas se clavaron en el cobertizo, sin herir a nadie, afortunadamente.

—El ataque va a comenzar de nuevo —dijo John Block.

—¡Estemos dispuestos! —respondió Fritz.

La agresión esta vez fue de gran violencia, pues los salvajes, enfurecidos, no temían ya exponerse a las balas y a la metralla. Además, las municiones comenzaban a faltar y el fuego era más moderado. Varios de los salvajes, trepando por el montecillo, consiguieron llegar al cobertizo. Una doble descarga de los cañones

barrió a algunos de los salvajes, mientras que Fritz, Jack, François, James y John Block luchaban cuerpo a cuerpo con los otros. Los salvajes volvieron todos a la embestida, pasando por encima de los cadáveres.

No hacían uso de sus arcos, sino de un arma, mitad hacha, mitad maza, terrible en sus manos.

Era evidente que la lucha tocaba a su fin. Las últimas balas habían sido disparadas, y el mayor número debía vencer.

Monsieur Zermatt y sus compañeros intentaron resistir en tomo del cobertizo, que no tardaría en ser invadido... En su lucha con varios salvajes, Fritz, François, Jack y Harry Gould corrían el riesgo de ser arrastrados a la base del montecillo. La lucha terminaría pronto, y con la victoria vendría la matanza de nuestros amigos, que no podían esperar piedad de aquellas feroces gentes.

En este instante, las ocho y veinticinco, una detonación, traída por el viento del norte, que soplaba más recio, resonó en alta mar.

Los salvajes la oyeron... Los que estaban más avanzados se detuvieron de golpe.

Fritz, Jack y los demás subieron en seguida a la batería, algunos ligeramente heridos.

—¡Un cañonazo! —exclamó François.

—¡Y un cañonazo de un barco...! ¡Los conozco bien! —exclamó el contramaestre.

—¡Hay un navío ante la isla! —dijo *monsieur Zermatt*.

—Es la *Licorne* —respondió Jenny.

—¡Y Dios quien la envía! —murmuró François.

Los ecos de Falkenhorst repercutieron otra detonación más cercana, y esta vez los salvajes retrocedieron hasta llegar bajo los árboles.

Jack entonces se lanzó al mástil del pabellón, y ligero como un gaviero trepó hasta la punta.

—¡Navío! ¡Navío! —gritó.

Todas las miradas se dirigieron al norte.

Por encima del cabo de la Esperanza Perdida, tras su punta, se dibujaban las altas velas de un barco, hinchadas por el viento de la mañana.

Un tres mástiles, amuras a babor, maniobraba para doblar aquel cabo, que desde entonces recibió el nombre de cabo del Rescate.

Este navío mostraba el pabellón de la Gran Bretaña.

Madame Zermatt y *mistress Wolston*, Jenny, Annah, Doll y Suzan acababan de salir del cobertizo, levantando las manos al cielo en señal de agradecimiento.

—¿Y esos bandidos? —preguntó Fritz.

—¡En fuga! —respondió Jack, que acababa de deslizarse a lo largo del mástil.

—Sí... En fuga —respondió John Block—, y si no van de prisa les ayudaremos

con nuestras últimas balas de a cuatro.

En efecto; sorprendidos por las detonaciones que llegaban del norte, espantados por la aparición del navío, los salvajes se habían precipitado a la parte del mar donde les esperaban sus piraguas... Embarcáronse en ellas, y bogando con gran prisa procuraron llegar a alta mar, dirigiéndose al cabo del Este.

El contramaestre y Jack volvieron al cobertizo y colocaron las dos piezas en aquella dirección, y tres piraguas, tocadas por las balas, se fueron a pique.

En el momento en que el navío se dirigía hacia el islote del Tiburón, los proyectiles de sus piezas se unieron a los de la batería. La mayor parte de las piraguas procuraron en vano escapar, y solamente dos consiguieron desaparecer tras el cabo para no volver nunca.

XXXII

LA LICORNE - TOMA DE POSESIÓN EN NOMBRE DE
INGLATERRA - NINGUNA NOTICIA DEL FLAG -
REGRESO A FELSENHEIM - UN MATRIMONIO
CELEBRADO EN LA CAPILLA - VARIOS AÑOS -
PROSPERIDAD DE LA COLONIA DE LA NUEVA SUIZA.

El barco que acababa de anclar a la entrada de la bahía del Salvamento era la *Licorne*. Reparadas sus averías, el capitán Littlestone abandonó El Cabo después de una escala de varios meses, y llegaba al fin a la Nueva Suiza, de la que debía tomar posesión oficial en nombre de Inglaterra.

El capitán Littlestone supo entonces por el mismo Harry Gould los sucesos de que el *Flag* había sido escenario.

En cuanto a lo que había sido de este navío, si Robert Borupt se entregaba a la piratería en los mares mal afamados del océano Pacífico o si sus cómplices y él habían perecido en aquellos parajes, nunca se debía saber, y como ya hemos dicho, no hay que volver sobre el asunto.

¡Qué satisfacción para las dos familias cuando vieron que la casa de Felsenheim no había sido entregada al saqueo! Era verosímil que los indígenas, con la intención de establecerse en la isla, tuvieran la de instalarse en dicha casa; pues no había desperfecto ni en las alcobas, ni en las salas, ni en los anejos y almacenes, como tampoco en el huerto ni en los campos vecinos.

Cuando nuestros amigos regresaron a Felsenheim, los perros *Turco*, *Braun* y *Falb* acudieron, demostrando su alegría a fuerza de ladridos y saltos.

Pronto fueron hallados los animales domésticos, que andaban dispersos por los alrededores del cercado; los búfalos *Sturm* y *Brummer*; el avestruz *Brausewind*, el mono *Knips II*, el onagro *Leichtfuss*, la vaca *Blass* y sus compañeros de pasto, el toro *Brüll* y sus compañeros de establo, los asnos *Rash*, *Pfeil* y *Flink*, el chacal y el albatros de Jenny, que había franqueado el brazo de mar comprendido entre el islote del Tiburón y Felsenheim.

Como otros barcos expedidos desde Inglaterra no tardarían en llevar a la isla nuevos colonos, convenía elegir sitios para las construcciones nuevas, decidiéndose que serían emplazadas sobre las dos orillas del arroyo de los Chacales, subiendo hacía la cascada. Felsenheim formaría así el primer pueblo de la colonia en espera de que se convirtiese en ciudad. El porvenir le reservaba sin duda el puesto de capital de

la Nueva Suiza, pues ella sería el más importante de los pueblos que se elevarían tanto en el interior como en el exterior de la Tierra Prometida. La *Licorne* debía prolongar su escala en la bahía del Salvamento hasta la llegada de los emigrantes. Así es que había gran animación en aquella parte.

No habían transcurrido tres semanas cuando una ceremonia, a la que se procuró dar el mayor brillo posible, reunió al comandante Littlestone, a sus oficiales y a los tripulantes de la corbeta, con el capitán Harry Gould, el contramaestre y las familias Zermatt y Wolston, que iban a unirse por los más estrechos lazos.

Dicho día el capellán de la *Licorne* bendijo en la capilla de Felsenheim el matrimonio de Ernest Zermatt y de Annah Wolston; era el primero que se efectuaba en la Nueva Suiza, y seguramente en lo por venir sería seguido de otros.

Efectivamente, dos años después François se casaba con Doll Wolston, y en esta ocasión no fue en la humilde capilla donde el pastor de la colonia bendijo una unión tan deseada, sino que la ceremonia se efectuó en una hermosa iglesia construida en la mitad del camino de la avenida entre Felsenheim y Falkenhorst, cuyo campanario, que sobresalía de los árboles, era visible a tres millas en el mar.

Ocioso sería extenderse más sobre el destino de la Nueva Suiza.

La feliz isla vio aumentar de año en año el número de sus habitantes. La bahía del Salvamento, al abrigo de los vientos y las olas, ofrecía excelente anclaje a los barcos, entre los que la pinaza *Isabel* no hacía mal papel.

Claro es que las comunicaciones con la metrópoli habían sido regularmente establecidas, lo que fue causa de fructuosa exportación de los productos de la colonia, tanto los del distrito de la Tierra Prometida como los del campo que limitaba la cordillera al sur. Había entonces cuatro pueblos principales: Waldegg, Zuckertop, Prospect-Hill y Eberfurt. En la desembocadura del Montrose se construyó un puerto, y otro en la bahía de la *Licorne*, que un buen camino ponía en comunicación con la bahía del Salvamento.

En aquella época, es decir, tres años después de la toma de posesión por Inglaterra, la cifra de la población pasaba de dos mil. Habiendo el gobierno británico dejado su autonomía a la Nueva Suiza, *monsieur* Zermatt fue nombrado gobernador de la colonia. ¡Haga el cielo que los que le sucedan sigan el ejemplo del digno y excelente hombre! Conviene advertir que un destacamento de tropas de la India formó la guarnición de la isla después de que se construyeran dos fuertes: uno en el cabo del Este y otro en el cabo del Rescate (antes cabo de la Esperanza Perdida), para dominar el brazo de mar que daba acceso a la bahía del Salvamento.

Ciertamente no había que temer a los salvajes; ni a los de las islas Andamán o Nicobar, ni a los de la costa australiana. Pero la posición de la Nueva Suiza en aquellos parajes, aparte de que facilitaba la escala de los navíos, tenía real importancia desde el punto de vista militar por estar a la entrada de los mares de la

Sonda y del océano índico. Importaba, pues, que poseyera medios de defensa adecuados a esta posición.

Tal es la historia completa de esta isla desde el día en que la tempestad arrojó en ella a un padre, una madre y cuatro hijos. Durante doce años esta familia inteligente y animosa había trabajado sin descanso, empleando todas sus fuerzas en el cultivo de un suelo virgen, fecundado por el poderoso clima de las zonas tropicales. Su prosperidad no había cesado, su bienestar aumentó hasta el día en que la llegada de la *Licorne* les permitió establecer relaciones con el resto del mundo.

Como se sabe, otra familia fue por propia voluntad a unir su suerte a la primera, y material y moralmente jamás su vida había sido más feliz que sobre el dominio de la Tierra Prometida.

Pero entonces comenzaron las pruebas. La mala suerte se encarnizó contra aquellas honradas gentes. Tuvieron el temor de no volver a ver a los que esperaban y hasta la desgracia de ser acometidas por una banda de salvajes. Pero aun en las peores horas de este período, sostenidos por sincera fe, que nada podía quebrantar, no desesperaron jamás de la providencia.

Volvieron al fin los buenos días, y los malos no eran ya de temer para esta segunda patria de las dos familias.

En la actualidad el estado de la Nueva Suiza es floreciente, y llegará a ser pequeña para albergar a todos los que atrae. Su comercio se extiende por Europa y Asia, gracias a la proximidad de Australia, de India y de las posesiones neerlandesas. Afortunadamente, las pepitas encontradas en el río Montrose eran raras, y la colonia no fue invadida por esos buscadores de oro, que no dejan tras sí más que desorden y miseria.

Los matrimonios que habían unido a las familias Zermatt y Wolston han sido bendecidos por el cielo, y los abuelos y abuelas se han visto revivir en sus nietos. Sólo Jack se conforma con no tener más que sobrinos, que saltan sobre las rodillas de él. Teniendo por vocación ser tío, desempeña con buen éxito esta función social.

La prosperidad de la isla está asegurada; y aunque haya entrado en el dominio colonial de la Gran Bretaña, ésta, como ha hecho por Nueva Holanda, le ha dejado su nombre de Nueva Suiza en honor a la familia Zermatt.



JULES GABRIEL VERNE (Nantes, 8 de febrero de 1828 – Amiens, 24 de marzo de 1905), conocido en los países de lengua española como Julio Verne, fue un escritor francés de novelas de aventuras. Considerado, junto con H. G. Wells, uno de los padres de la ciencia ficción, es el segundo autor más traducido de todos los tiempos, después de Agatha Christie, con 4185 traducciones, de acuerdo con el Index Translationum. Algunas de sus obras han sido adaptadas al cine. Predijo con gran exactitud en sus relatos fantásticos la aparición de algunos de los productos generados por el avance tecnológico del siglo xx, como la televisión, los helicópteros, los submarinos o las naves espaciales. Fue condecorado con la Legión de Honor por sus aportes a la educación y a la ciencia.

Notas

[1] Éste es el diario que ha aparecido con el título de El Robinsón suizo. <<

[2] Unos cien kilómetros. <<

[3] Mister Wolston no se engañaba hablando de esta manera, y setenta años más tarde, la multiplicación extraordinaria de los conejos iba a constituir tal peligro para Australia, que fue preciso proceder a su destrucción por los medios más enérgicos. <<